

F 20

18



lectura 18

6. EXPLOTACIÓN

John Thelwall no era el único que veía en cada «manufactura» un centro potencial de rebelión política. Un viajero aristocrático que visitó los valles del Yorkshire en 1792 se alarmó al descubrir una nueva hilandería en el «valle pastoril» de Aysgarth: «Ahora, hay aquí una fábrica grande y ostentosa, cuyo arroyo ha acaparado la mitad del agua de los saltos de más arriba del puente. Con el ruido de la campana y el griterío de la fábrica, todo el valle está trastornado; la traición y los sistemas igualitarios son los temas de conversación; y la rebelión puede estar próxima.» La fábrica aparecía como un símbolo de energías sociales que estaban destruyendo el mismo «curso de la Naturaleza». Encarnaba una doble amenaza hacia el orden establecido. En primer lugar la de los propietarios de la riqueza industrial, aquellos advenedizos que gozaban de una injusta ventaja sobre los terratenientes cuyo ingreso dependía de los libros del registro de sus rentas:

Quando los hombres acceden así a las riquezas, o cuando las riquezas que provienen del comercio se consiguen con demasiada facilidad, el infortunio se cierne sobre nosotros, hombres de ingresos medianos y renta fija; como lo hizo sobre todos los Nappa Halls y la *Yeomanry* de la tierra.

En segundo lugar, la amenaza de la población obrera industrial, a la que nuestro viajero describía con una aliterada hostilidad* que revela una reacción no muy alejada de la que tienen los racistas blancos, hoy en día, hacia la población de color: «La gente, es cierto, tiene trabajo; pero

* En la versión inglesa, el final del texto es como sigue: «... they issue out to poaching, profligacy and plunder...» (N. de la t.)

todos ellos se abandonan al vicio propio de la muchedumbre ... En los ratos que las gentes no trabajan en la fábrica se aplican a la caza furtiva, al libertinaje y al pillaje ...»¹

La correlación entre la fábrica de algodones y la nueva sociedad industrial, y la correspondencia entre nuevas formas de relaciones de producción y sociales era algo común entre los observadores, entre 1790 y 1850. A fin de cuentas es lo que expresaba Marx, con una energía poco corriente, cuando decía: «el molino de agua lo asociamos con el señor feudal; la fábrica a vapor, con el capitalista industrial». Y no sólo era el propietario de la fábrica lo que les parecía «nuevo» a los contemporáneos, sino también la población obrera que se había establecido en las fábricas y alrededor de ellas. «Nada más llegar a las lindes de las zonas manufactureras del Lancashire —escribió un magistrado rural en 1808— encontramos una nueva estirpe de seres, tanto por lo que se refiere a las costumbres y la ocupación como a la subordinación ...»: mientras que Robert Owen afirmaba, en 1815, que «la difusión generalizada de manufacturas en todo un país da lugar a un nuevo carácter en sus habitantes ... un cambio esencial en el carácter general del grueso de la población».

En las décadas de 1830 y 1840, los observadores todavía se sorprendían ante la novedad del «sistema fabril». Peter Gaskell, en 1833, hablaba de la población manufacturera como de «un Hércules todavía en la cuna», «solo desde la introducción del vapor como fuerza motriz ha adquirido su importancia primordial». La máquina de vapor había «reunido a la población en densas masas» y Gaskell había visto ya en las organizaciones de la clase obrera un «imperium in imperio de la más detestable descripción».² Diez años más tarde Cooke Taylor escribía en términos similares:

La máquina de vapor no tenía precedente, la *spinning-jenny** no tiene ascendencia, la *mule*** y el telar mecánico iniciaron un patrimonio im-

1. *The Torrington Diaries*, compilado por C. B. Andrews, 1936, III, pp. 81-82.

2. P. Gaskell, *The Manufacturing Population of England*, 1833, p. 6; Asa Briggs, «The Language of "Class" in Early Nineteenth-century England», en *Essays in Labour History*, compilado por Briggs y Saville, 1960, p. 63.

* La *spinning-jenny* era una máquina de hilar con varios husos, fue inventada por James Hargreaves en 1764 (*N. de la t.*)

** La *mule* era una variante de la *spinning-jenny* inventada por Samuel Crompton en 1797. En España se la conocía como «mula». (*N. de la t.*)

previsto: surgieron de forma repentina como Minerva de la cabeza de Júpiter

Pero lo que más inquietud causaba a este observador eran las consecuencias humanas de esas «innovaciones»:

«Cuando un extraño atraviesa las masas de seres humanos que se han aglomerado alrededor de las hilanderías y estampaciones ... no puede contemplar esas «atestadas colmenas» sin sentimientos de ansiedad y aprensión que llegan a consternarle. La población, como el sistema al que pertenece, es nueva; pero está creciendo por momentos en extensión y fuerza. Es un agregado de multitudes, que nuestras ideas expresan con términos que sugieren algo amenazador y pavoroso ... como el lento crecimiento y la plenitud de un océano que, en un futuro no lejano, tiene que arrebatarse a todos los elementos de la sociedad en la cresta de sus olas y transportarlos Dios sabe dónde. Hay poderosas energías que yacen inactivas en esas masas ... La población manufacturera no es nueva únicamente en su formación, es nueva en sus hábitos de pensamiento y acción, que han sido conformados por las circunstancias de su condición, con poca instrucción, y menor guía, a partir de influencias exteriores».

Cuando Engels describía *La situación de la clase obrera en Inglaterra en 1844* le parecía que «los primeros proletarios estaban relacionados con la manufactura, fueron engendrados por ella ... los trabajadores fabriles, primogénitos de la Revolución industrial, han formado desde el comienzo hasta el presente el núcleo del Movimiento Obrero».

Por muy distintos que fuesen sus juicios de valor, los observadores conservadores, radicales y socialistas sugerían la misma ecuación: la energía del vapor y la fábrica de algodones = la nueva clase obrera. Se veía a los instrumentos físicos de la producción dando lugar, de forma directa y más o menos compulsiva, a nuevas relaciones sociales, instituciones y formas culturales. Al mismo tiempo, la historia de la agitación popular durante el período 1811-1850 parece confirmar esa imagen. Es como si la nación inglesa entrara en un crisol en la última década del siglo XVIII y surgiera con una nueva forma después de las guerras. Entre 1811 y 1813, la crisis ludista; en 1817 el motín de Peterloo; en 1819, Peterloo; durante toda la década siguiente, prolife-

3. W. Cooke Taylor, *Notes of a Tour in the Manufacturing Districts of Lancashire*, 1842, pp. 4-6.

* Sublevación que tuvo lugar en junio de 1817. (*N. de la t.*)

ración de la actividad de las *trade unions*, propaganda owenita, periodismo radical, el movimiento por las diez horas, la crisis revolucionaria de 1831-1832; y, además de eso, la multitud de movimientos que constituyeron el cartismo. Quizá sea la escala e intensidad de esa agitación popular multiforme la que, más que cualquier otra cosa, ha dado lugar (tanto entre los observadores contemporáneos, como entre los historiadores) a la sensación de algún cambio catastrófico.

Casi todo fenómeno radical de la década de 1790 se puede encontrar reproducido, diez veces mayor, después de 1815. El puñado de panfletos jacobinos dio lugar a una multitud de publicaciones ultraradicales y owenitas. Donde Daniel Eaton cumplía prisión por publicar a Paine, Richard Carlile y sus vendedores cumplían un total de más de doscientos años de cárcel por delitos similares. Donde las Sociedades de Correspondencia mantenían una precaria existencia en muchas ciudades, los Clubs Hampden de la posguerra, o las organizaciones políticas echaban raíces en las pequeñas poblaciones industriales. Y cuando toda esa agitación popular se asocia al espectacular ritmo de cambio de la industria del algodón, es natural suponer una relación causal directa. La fábrica de algodones aparece no ya como el agente de la Revolución industrial, sino también de la social; produce no sólo las mercancías, sino también el propio «Movimiento Obrero». La Revolución industrial, que empezó como una descripción, se invoca hoy como una explicación.

Desde la época de Arkwright hasta los tumultos de Plug* y más allá, la imagen que domina nuestra reconstrucción visual de la Revolución industrial es la «sombria fábrica Satánica». En parte, quizá, porque es una imagen visual dramática: los edificios parecidos a cuarteles, las grandes chimeneas, los niños trabajando en la fábrica, los chanclos y las pañoletas, las viviendas arracimándose en torno de las fábricas como si éstas las hubieran parido. (Es una imagen que nos obliga a pensar primero en la industria, y sólo en segundo lugar en la gente relacionada con ella o que está a su servicio.) En parte, porque a los contemporáneos les parecía que la fábrica de algodones y la nueva ciudad fabril —lo repentino de su crecimiento, la ingeniosidad de sus técnicas y la novedad o severidad de su disciplina— eran espectaculares y portentosos:

* Los cartistas recogieron 3.315.752 firmas para su segunda petición de 1842. El Parlamento se negó de nuevo a tomarla en consideración. Este mismo año hubo serias huelgas y motines en el norte de Inglaterra y en las áreas industriales. (N. de la t.)

sas: un indicador más satisfactorio para el debate sobre el problema de la «condición-de-Inglaterra»* que aquellos *distritos* manufactureros, anónimos y dispersos, que aún más a menudo figuran en los «libros de disturbios» del Ministerio del Interior. Y de ambos se derivó una tradición literaria e histórica. Casi todos los relatos clásicos de los contemporáneos acerca de las condiciones de vida en la Revolución industrial se basan en la industria del algodón; y en su mayoría en el Lancashire: Owen, Gaskell, Ure, Fielden, Cooke, Taylor, Engels, por mencionar a unos pocos. Novelas como *Michael Armstrong* o *Mary Barton* o *Tiempos difíciles*** perpetúan la tradición. Y el mismo énfasis se encuentra, de manera notable, en la literatura posterior de historia económica y social.

Pero quedan muchos puntos oscuros. El algodón fue, desde luego, la industria puntera de la Revolución industrial,⁴ y la fábrica de algodón sirvió de modelo básico para el sistema fabril. Sin embargo, no deberíamos dar por sentada cualquier correspondencia automática, o demasiado directa, entre la dinámica del crecimiento económico y la dinámica de la vida social o cultural. Porque medio siglo después del «avance decisivo» de la fábrica de algodón (alrededor de 1780) los trabajadores fabriles seguían siendo una minoría de la fuerza de trabajo adulta en la propia industria del algodón. A principios de la década de 1830, los tejedores manuales del algodón eran todavía, ellos solos, más numerosos que todos los hombres y las mujeres empleados en el hilado y el tejido de las fábricas algodoneras, laneras y sederas reunidas.⁵ El hilador adulto no era aún, en 1830, más representativo de aquella figura esquiva, el «obrero medio», de lo que, en la década de 1960, lo es el obrero de la Coventry.***

La cuestión es importante, porque el énfasis exagerado en la novedad de las fábricas de los algodones puede conducir a una subestima-

* Se refiere a la larga polémica sobre las condiciones de vida de la población obrera inglesa durante la Revolución industrial. (N. de la t.)

** *Michael Armstrong* fue escrita por Throllope, *Mary Barton* por Gaskell y *Tiempos difíciles* es de Dickens. (trad. cast. en Orbis S.A., 1982. N. de la t.)

4. Para una admirable exposición de las razones de la primacía de la industria del algodón en la Revolución industrial, véase E. J. Hobsbawm, *The Age of Revolution*, 1962, cap. 2. (Hay trad. cast.: *Las revoluciones burguesas*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1976, 2 vols.)

5. Estimación para el Reino Unido de 1833. Total de la fuerza de trabajo adulta en todas las fábricas textiles: 191.671. Número de tejedores manuales: 213.000. Véase más adelante, p. 433.

*** Téngase en cuenta que el libro se publicó por primera vez en 1963. (N. de la t.)

ción de la continuidad de las tradiciones políticas y culturales en la formación de las comunidades obreras. Los trabajadores fabriles, lejos de ser los «primogénitos de la Revolución industrial», eran los recién llegados. Muchas de sus ideas y formas de organización habían sido ya adoptadas por los trabajadores a domicilio, como los cardadores de lana de Norwich y el West Country, o los tejedores de cintas de Manchester. Y es discutible si la mano de obra fabril —excepto en los distritos algodoneros— «formó el núcleo del movimiento obrero» antes de los últimos años de la década de 1840 (y, en algunas ciudades del norte y las Midlands, los años 1832-1834, que conducen a los grandes cierres patronales). Como hemos visto, el jacobinismo echó raíces muy profundas entre los artesanos. El ludismo fue la obra de obreros cualificados en pequeños talleres. Desde 1817 hasta el cartismo, los trabajadores a domicilio, en el norte y las Midlands, jugaron un papel tan destacado como la mano de obra fabril en todas las agitaciones radicales. Y en muchas ciudades, el núcleo real de donde el movimiento obrero extrajo ideas, organización y líderes estaba constituido por zapateros, tejedores, talabarteros y guarnicioneros, libreros, impresores, obreros de la construcción, pequeños comerciantes y otros por el estilo. El vasto mundo del Londres radical, entre 1815 y 1850, no sacó su fuerza de las principales industrias pesadas (la construcción naval tendía a declinar, y los mecánicos no dejarían sentir su influencia hasta más avanzado el siglo), sino de la multitud de oficios y ocupaciones menores.⁶

Esa diversidad de experiencias ha llevado a algunos autores a poner en duda tanto la noción de una «Revolución industrial» como la de una «clase obrera». El primer reparo no requiere que nos detengamos.⁷ El término es bastante útil en su connotación habitual. En cuanto al segundo, muchos autores prefieren el término *clases trabajadoras*, que subraya la gran disparidad por lo que hace a posición, adquisiciones, calificaciones y circunstancias, que incluye en su seno aquella híbrida expresión. Y en este sentido se hacen eco de las quejas de Francis Place:

Si el carácter y la conducta de la gente trabajadora han de deducirse a partir de los estudios, revistas, folletos, diarios, informes de las dos

6. Cf. Hobsbawm, *op. cit.*, cap. 2.

7. Hay un resumen de esta controversia en E. E. Lampard, *Industrial Revolution*, American Historical Association, 1957. Véase también Hobsbawm, *op. cit.*, cap. 2.

Cámaras del Parlamento y de los Comisionados fabriles, les encontraremos a todos mezclados en los «órdenes inferiores»: los trabajadores más cualificados y los más prudentes con los obreros más ignorantes e imprudentes y los mendigos, aunque la diferencia es muy grande y, en realidad, en muchos casos apenas admitirá comparación.⁸

Por supuesto, Place tiene razón: el marinero de Sunderland, el braccero irlandés, el baratillero judío, el asilado de un pueblo de East Anglia obligado a trabajar en una *workhouse*, el cajista de *The Times*; todos podrían ser considerados por sus «superiores» como pertenecientes a las «clases bajas», aunque ni siquiera pudiesen entenderse en el mismo dialecto.

Sin embargo, cuando se han tomado todas las precauciones oportunas, el hecho destacable del período comprendido entre 1790 y 1830 es la formación de «la clase obrera». Esto se revela, primero, en el desarrollo de la conciencia de clase, la conciencia de una identidad de intereses a la vez entre todos esos grupos diversos de población trabajadora y contra los intereses de otras clases. Y, en segundo lugar, en el desarrollo de las formas correspondientes de organización política y laboral. Hacia 1832, había instituciones obreras —sindicatos, sociedades de socorro mutuo, movimientos educativos y religiosos, organizaciones políticas, publicaciones periódicas— sólidamente arraigadas, tradiciones intelectuales obreras, pautas obreras de comportamiento colectivo y una concepción obrera de la sensibilidad.

La formación de la clase obrera es un hecho de historia política y cultural tanto como económica. No nació por generación espontánea del sistema fabril. Tampoco debemos pensar en una fuerza externa —la «Revolución industrial»— que opera sobre alguna materia prima de la humanidad, indeterminada y uniforme, y la transforma, finalmente, en una «nueva estirpe de seres». Las relaciones de producción cambiantes y las condiciones de trabajo de la Revolución industrial fueron impuestas, no sobre una materia prima, sino sobre el inglés libre por nacimiento; un inglés libre por nacimiento tal y como Paine lo había legado o los metodistas lo habían moldeado. Y el obrero fabril o el calderero era también el heredero de Bunyan, de derechos locales no olvidados, de nociones de igualdad ante la ley, de tradiciones artesanas. Era el objeto de un adoctrinamiento religioso a gran escala y el crea-

⁸ Citado por M. D. George, *London Life in The Eighteenth Century*, 1930, p. 210.

dor de tradiciones políticas. La clase obrera se hizo a sí misma tanto como la hicieron otros.

Considerar a la clase obrera de ese modo es defender una visión «clásica» del período frente a la actitud predominante de las escuelas contemporáneas de historia económica y sociología. Porque el territorio de la Revolución industrial, que fue primero acotado y examinado por Marx, Arnold Toynbee, los Webb y los Hammond, hoy parece un campo de batalla académico. La conocida visión «catastrófica» del período ha sido discutida punto por punto. En lugar de contemplar esa etapa al modo habitual, como de desequilibrio económico, intensa miseria y explotación, represión política y agitación popular heroica, hoy se dirige la atención hacia la tasa de crecimiento económico (y las dificultades del «despegue» en la reproducción tecnológica autosostenida). Ahora, el proceso de las *enclosures** importa menos por su rigor en desplazar a los pobres de las aldeas, que por su éxito en alimentar una población que crecía con rapidez. Se considera que los infortunios del período se deben a las convulsiones que trajeron las guerras, a las comunicaciones defectuosas, a la inmadurez bancaria y crediticia, a los mercados inseguros y al ciclo comercial, más que a la explotación o a la competencia salvaje. El malestar popular se ve como resultado de la coincidencia inevitable de los elevados precios del trigo y las depresiones comerciales, y explicable en términos de un cuadro de «tensión social» elemental derivado de esos datos.⁹ En general, se sugiere que la situación del obrero industrial en 1840 era, en muchos aspectos, mejor que la del trabajador a domicilio de 1790. La Revolución industrial no sería ya una época de catástrofe o de grave conflicto y opresión de clase, sino de mejora.¹⁰

La ortodoxia catastrófica clásica ha sido reemplazada por una nueva ortodoxia anticatastrófica, que se distingue de forma muy clara por

* Proceso de aplicación del principio de propiedad absoluta de la tierra, cuya manifestación externa era el cercado de los campos. (N. de la t.)

9. Véase W. W. Rostow, *British Economy in the Nineteenth Century*, 1948, especialmente las pp. 122-125.

10. Algunas de las visiones que aquí se han bosquejado se encuentran, de forma implícita o explícita, en T. S. Ashton, *Industrial Revolution*, 1948 (hay una traducción castellana en Fondo de Cultura Económica, México) y A. Radford, *The Economic History of England*, 2.ª edición, 1960. Una variante sociológica es desarrollada por N. J. Smelser, *Social Change in the Industrial Revolution*, 1959, y una confusa popularización se encuentra en John Vauzey, *Success Story*, WEA, sin fecha.

su prudencia empírica y, entre sus exponentes más notables (sir John Clapham, doctora Dorothy George, profesor Ashton), por una crítica adusta de la imprecisión de ciertos autores de la vieja escuela. Los estudios de la nueva ortodoxia han enriquecido la erudición histórica y han modificado y revisado el trabajo de la escuela clásica en aspectos importantes. Pero como hoy en día la nueva ortodoxia está, a su vez, envejeciendo y se encuentra atrincherada en la mayoría de los centros académicos, está expuesta, también, al desafío de la crítica. Y los sucesores de los grandes empiristas manifiestan con demasiada frecuencia una complacencia moral, una estrechez de miras y un conocimiento insuficiente de los movimientos reales de la población obrera de la época. Están más enterados de las posturas empíricas ortodoxas que de los cambios en las relaciones sociales y en las formas culturales que provocó la Revolución industrial. Lo que se ha perdido es un sentido de todo el proceso: el contexto político y social global del período. Lo que surgió como aportaciones valiosas se ha convertido, a través de imperceptibles etapas, en nuevas generalizaciones (que los hechos pocas veces pueden confirmar), y de generalizaciones en actitudes arbitrarias.

La ortodoxia empírica se define a menudo en función de una crítica sistemática de la obra de J. L. y Barbara Hammond. Es cierto que los Hammond eran propensos a moralizar la historia y a organizar en exceso sus materiales desde el punto de vista de la «sensibilidad ofendida».¹¹ Muchos aspectos de su obra han sido criticados o modificados a la luz de investigaciones posteriores y nosotros pretendemos también señalar otros. Pero una defensa de los Hammond tiene que basarse no sólo en el hecho de que sus volúmenes sobre los trabajadores, con sus copiosas citas y amplia documentación, seguirán siendo una de las fuentes más importantes para estudiar este período, sino también en que a través de su narración nos aproximaron al contexto político en el que tuvo lugar la Revolución industrial. Para un investigador que examina los libros contables de una fábrica de algodón, las guerras napoleónicas sólo aparecen como una influencia anormal que afecta los mercados exteriores y que hace fluctuar la demanda. Los Hammond no habrían olvidado, ni por un momento, que también fue una guerra contra el jacobinismo. «La historia de Inglaterra en la época de la que se ocupan estas páginas aparece como una historia de guerra civil.» Este es el comienzo del capítulo introductorio de *The Skilled Labourer*. Y

¹¹ Véase E. E. Lampard, *op. cit.*, p. 7.

en la conclusión a *The Town Labourer*, entre otros comentarios de mediocre valor, hay una perspicacia que realza con imprevista claridad todo el período:

En la época en que media Europa estaba embriagada y la otra media aterrorizada por la nueva magia de la palabra ciudadano, la nación inglesa estaba en manos de hombres que contemplaban la idea de la ciudadanía como un desafío a su religión y su civilización; que pretendían convertir deliberadamente las desigualdades de la vida en la base del Estado, y acentuar y perpetuar la posición de los obreros como una clase sometida. De ahí el hecho de que la Revolución francesa haya dividido menos al pueblo francés de lo que la Revolución industrial ha dividido al pueblo de Inglaterra ...

«De ahí el hecho ...» Se puede poner en duda el juicio. Y sin embargo, es en esa intuición —que la revolución que no tuvo lugar en Inglaterra fue tan completamente devastadora, y en algunos aspectos más preocupante, que la que tuvo lugar en Francia— donde encontramos una clave para la naturaleza verdaderamente catastrófica del período. En toda esa época hay tres grandes influencias, y no dos, que actúan simultáneamente. Está el tremendo crecimiento demográfico (en Gran Bretaña, de 10.5 millones en 1801 a 18,1 millones en 1841, con el mayor índice de crecimiento entre 1811-1821). Está la Revolución industrial en sus aspectos tecnológicos. Y está la *contra-revolución* política de 1792 a 1832.

Al final, tanto el contexto político como la máquina de vapor tuvieron una influencia determinante sobre la conciencia y las instituciones de la clase obrera que se estaban configurando. Las fuerzas que contribuían a la reforma política a finales del siglo XVIII —Wilkes, los negociantes de la City, la pequeña *gentry* de Middlesex, la «muchedumbre»; o Wyvill y la pequeña *gentry* y *yeomen*, los pañeros, los cuchilleros y los artesanos— estuvieron en vísperas de conseguir al menos algunas victorias aisladas en la década de 1790: a Pitt le correspondió el papel de primer ministro reformista. Si los hechos hubieran seguido su curso «natural», hubiera sido lógico esperar algún conflicto mucho antes de 1832, entre la oligarquía agraria y comercial y los fabricantes y la pequeña *gentry*, con la clase obrera a remolque de la explotación de la clase media. E incluso en 1792, cuando los industriales y los profesionales liberales destacaban en el movimiento de reforma, el equilibrio de fuerzas aún era ése. Pero después del triunfo de *Los*

rechos del hombre, la radicalización y el terror de la Revolución francesa, y la arremetida de la represión de Pitt, sólo la plebeya Sociedad de Correspondencia se mantuvo firme contra las guerras contrarrevolucionarias. Y esos grupos plebeyos, a pesar de lo pequeños que eran en 1796, formaron una tradición «subterránea» que actuó hasta el fin de las guerras. La aristocracia y los fabricantes, alarmados por el ejemplo francés y en el fervor patriótico de la guerra, hicieron causa común. El *ancien régime* inglés recobró su vigor, no sólo en los asuntos nacionales, sino también en la perpetuación de las antiguas corporaciones municipales que mal administraban las abultadas poblaciones industriales. Los fabricantes recibieron a cambio importantes concesiones: y señaladamente la derogación o revocación de la legislación «paternalista» que protegía el aprendizaje, la regulación de los salarios o las condiciones de trabajo en la industria. La aristocracia estaba interesada en reprimir las «conspiraciones» jacobinas del pueblo, los fabricantes estaban interesados en frustrar sus «conspiraciones» para aumentar los salarios: las *Combination Acts* servían para ambos propósitos.

De ese modo, los obreros se vieron abocados al *apartheid* político y social durante las guerras (en las que, en parte, también tuvieron que combatir). Es cierto que eso no era completamente nuevo. Lo que era nuevo era que coincidiese con una Revolución francesa; con una conciencia creciente de la propia identidad y unas aspiraciones más amplias (puesto que se había plantado el «árbol de la libertad» desde el Támesis al Tyne); con un aumento demográfico, en el que la pura sensación de cantidad, en Londres y en los distritos industriales, se volvió más impresionante de año en año (y a medida que crecían en cantidad, probablemente disminuía el respeto hacia el patrono, el magistrado o el párroco); y con unas formas de explotación económica más intensas y transparentes. Más intensivas en la agricultura y en las viejas industrias domésticas, más transparentes en las nuevas fábricas y quizá en las minas. En la agricultura, los años comprendidos entre 1760 y 1820 son los años de la generalización de las *enclosures*, durante los cuales se pierden los derechos comunales, pueblo tras pueblo, y al que no tiene tierra y —en el sur— al trabajador empobrecido no le queda más remedio que sustentar a los arrendatarios, los terratenientes y los diezmos de la Iglesia. En las industrias domésticas, desde 1800 en adelante, se consolida la tendencia de que los menestrales dejen paso a los patronos más grandes (ya sean fabricantes o intermediarios) y de que la mayoría de los tejedores, calceteros o los que hacían clavos se convirtie-

sen en trabajadores a domicilio asalariados con un empleo más o menos precario. Estos son los años del empleo de niños (y de mujeres, de forma clandestina) en las fábricas y en muchas áreas mineras; y la empresa a gran escala, el sistema fabril con su nueva disciplina, las comunidades de las fábricas —donde el fabricante no sólo se enriquecía con el trabajo de la «mano de obra», sino que se podía ver cómo se enriquecía en una generación—, todo contribuía a la transparencia del proceso de explotación y a la cohesión social y cultural de los explotados.

Podemos ver ahora algo de la naturaleza verdaderamente catastrófica de la Revolución industrial, así como algunas de las razones por las cuales en esos años se conformó la clase obrera inglesa. El pueblo estaba sometido, a la vez, a una intensificación de dos tipos de relaciones intolerables: las de explotación económica y las de opresión política. Las relaciones entre patrón y obrero se volvían más estrictas y menos personales; y aunque es cierto que eso aumentaba la libertad potencial del trabajador, puesto que el jornalero agrícola o el oficial en la industria doméstica estaba (en palabras de Toynbee) «situado a medio camino entre la condición del siervo y la condición del ciudadano», esa «libertad» hacía que percibiésemos más su *no* libertad. Pero en cada uno de los aspectos que buscásemos para resistir la explotación, se enfrentaba con las fuerzas del patrono o del Estado, y normalmente con las dos.

La mayor parte de los trabajadores sintió la crucial experiencia de la Revolución industrial en términos de cambio en la naturaleza y la intensidad de la explotación. Esta no es una idea anacrónica extraída abusivamente de la documentación. Podemos describir algunas partes del proceso de explotación tal como las veía un notable operario de la industria del algodón en 1818, el año en que nació Marx. El relato —una declaración dirigida al público de Manchester, que estaba al borde de la huelga, firmada por «Un Oficial Hilandero de Algodón»— comienza describiendo a los patronos y a los obreros como «dos clases distintas de personas»:

En primer lugar, pues, por lo que se refiere a los patronos: con muy pocas excepciones, son un grupo de hombres que han surgido del negocio del algodón sin educación ni preparación, excepto la que hayan podido adquirir, gracias a su relación con el pequeño mundo de comerciantes en la lonja de Manchester; pero para contrarrestar ese defecto, dan unas apariencias, gracias a un ostentoso despliegue de mansiones elegantes, ajuares, libreas, parques, caballos, perros de caza, etc., que se cuidan de exhibir ante el comerciante extranjero de la forma más fa-

tuosa. Por supuesto, sus casas son elegantes palacios que superan con mucho, en volumen y extensión, las residencias refinadas y fascinantes que se pueden ver en los alrededores de Londres ... pero el observador puro de las bellezas de la naturaleza y el arte combinados advertirá en ellas una deplorable falta de gusto. Educan a sus familias en las escuelas más caras, decididos a dar a su descendencia una doble ración de lo que a ellos les falta. Así, sin que apenas haya en sus cabezas una segunda intención, son materialmente pequeños monarcas, absolutos y despóticos en sus distritos particulares; y para que todo eso se mantenga, ocupan todo su tiempo en maquinarse cómo obtener la mayor cantidad de trabajo a cambio del menor gasto ... En resumen, me atreveré a decir, sin miedo a la contradicción, que se observa una mayor distancia entre el amo y el hilandero aquí, de la que hay entre el mayor comerciante de Londres y su último criado o el más humilde artesano. Desde luego no se puede comparar. Sé que es un hecho que la mayor parte de los patronos de hilanderos desean mantener bajos los salarios con el propósito de mantener a los hilanderos indigentes y sin ánimos ... así como con el propósito de llevarse el beneficio a sus bolsillos.

Los patronos de hilanderos son una clase de hombres distinta de todos los demás maestros artesanos del reino. Son ignorantes, orgullosos y tiránicos. ¿Cómo deben ser los hombres, o mejor dicho los seres, que son los instrumentos de tales amos? Porque, durante años y años, han sido, con sus esposas y sus hijos, la paciencia personificada, esclavos y esclavas para sus crueles amos. Es inútil ofender nuestro sentido común con la observación de que aquellos hombres son libres; de que la ley protege por un igual a los ricos y a los pobres, y que un hilandero puede abandonar a su amo si no le gustan los salarios que paga. Es cierto, puede, pero ¿dónde debe ir? por supuesto, a otro amo. De acuerdo, va; le preguntan dónde trabajó antes, «¿te despidieron?». No, no nos poníamos de acuerdo acerca de los salarios. Bueno, no puedo darte empleo a ti ni a nadie que deje a su amo por este motivo. ¿Por qué ocurre esto? Porque existe un abominable pacto vigente entre los amos, que se estableció por primera vez en Stockport, en 1802, y desde entonces se ha generalizado tanto, que abarca a todos los grandes amos en una área de muchas millas alrededor de Manchester, aunque no a los pequeños patronos: éstos están excluidos. En opinión de los grandes, son los seres más detestables que se puedan imaginar ... Cuando se estableció el pacto, uno de sus primeros artículos fue que ningún amo debía emplear a un hombre hasta que hubiese averiguado si su último patrono le había despedido. ¿Qué debe hacer entonces el hombre? Si va a la parroquia, que es la tumba de toda independencia, le dicen: No podemos ayudarte, si riñes con tu amo te mandaremos a prisión, y no vamos a mantener a tu familia; de modo que el hombre se ve obligado, debido

a una combinación de circunstancias, a someterse a su amo. No puede viajar y encontrar trabajo en cualquier ciudad como zapatero, casamblador o sastre: está confinado en el distrito.

En general, los obreros son un grupo inofensivo de hombres instruidos y sin pretensiones, aunque es casi un misterio para mí el cómo adquieren esa instrucción. Son dóciles y tratables, si no se les irrita demasiado; pero esto no es sorprendente, si tenemos en cuenta que están acostumbrados a trabajar, a partir de los 6 años, desde las cinco de la mañana hasta las ocho y las nueve de la noche. Dejad que uno de los defensores de la obediencia al amo se aposte en la avenida que conduce a una fábrica, un poco antes de las cinco de la mañana, y que observe el aspecto miserable de los pequeñuelos y de sus padres, arrancados de sus camas a una hora tan temprana y en todo tipo de tiempo; dejadle que examine la miserable ración de comida, compuesta básicamente de gachas y torta de avena troceada, un poco de sal, y a veces coloreado con un poco de leche, junto con unas pocas patatas y un trocito de tocino o manteca para comer; ¿cómo sería esto un trabajador manual de Londres? En la fábrica están encerrados hasta la noche (si llegan algunos minutos tarde, se les descuenta una cuarta parte del salario) en estancias con una temperatura más elevada que la de los días más calurosos de este verano, y no se les deja tiempo, excepto tres cuartos de hora para comer, en todo el día; cualquier otra cosa que coman en otro momento la deben ingerir mientras trabajan. El esclavo negro que trabaja en las Indias Occidentales, cuando trabaja bajo un sol abrasador, tiene probablemente una pequeña brisa, de vez en cuando, para refrescarse; tiene un trozo de tierra y un tiempo permitido para cultivarlo. El esclavo hilandero inglés no disfruta de un espacio abierto ni de las brisas del cielo. Encerrado en fábricas de ocho pisos de altura, no tiene descanso hasta que el pesado motor se detiene, y entonces se va a su casa a recuperarse para el día siguiente; no hay tiempo para mantener una agradable relación con su familia; todos están igual de fatigados y agotados. No se trata de una imagen exagerada, es literalmente cierto. Yo pregunto de nuevo, ¿se someterían a esto los trabajadores manuales del sur de Inglaterra?

Cuando la hilatura del algodón estaba en sus inicios, y antes de que se utilizaran esas terribles máquinas, llamadas máquinas de vapor, destinadas a suplir la necesidad de trabajo humano, había gran número de lo que luego se llamaron *pequeños patronos*; hombres que con un pequeño capital se podían procurar unas pocas máquinas y emplear a unos pocos trabajadores, hombres y muchachos (es decir, de 20 a 30 años), el producto de cuyo trabajo se llevaba todo al mercado central de Manchester y se ponía en manos de los agentes de negocios ... Los agentes lo vendían a los comerciantes, gracias a los cuales el patrono de hilan-

deros podía seguir trabajando en su casa y ocuparse de sus trabajadores. En aquellos días, el algodón en rama siempre se distribuía en pacas a las esposas de los hilanderos en casa, donde lo calentaban y lo limpiaban a punto para los hilanderos de la fábrica. Con ello podían ganar 8, 10 o 12 chelines a la semana, y cocinar y atender a sus familias. Pero ahora nadie tiene ese trabajo, porque todo el algodón se desmenuza con una máquina, accionada por la máquina de vapor, que se llama diablo; de modo que las esposas de los hilanderos no tienen trabajo, a no ser que vayan a trabajar todo el día en la fábrica en lo que pueden realizar niños a cambio de unos pocos chelines, 4 o 5 por semana. En aquel momento, si un hombre no se ponía de acuerdo con su amo, le dejaba y podía emplearse en cualquier otro sitio. Sin embargo, hace pocos años cambió el cariz de las cosas. Se empezaron a utilizar las máquinas de vapor, y se requería un gran capital para comprarlas y para construir edificios suficientemente grandes para que cupiesen aquéllas y 600 o 700 trabajadores. La máquina producía artículos más vendibles (aunque no mejores) que los que podía hacer el pequeño patrón por el mismo precio. El resultado fue su ruina en poco tiempo; y los prósperos capitalistas triunfaron con su caída, puesto que aquéllos eran el único obstáculo que quedaba entre ellos y el absoluto control de los obreros.

Luego surgieron diversas disputas entre los obreros y los patronos con respecto a la pulcritud del trabajo, puesto que los obreros cobraban de acuerdo con el número de madejas o yardas de hebra que producían a partir de una cantidad de algodón dada, que siempre debía ser verificada por el supervisor, cuyo interés le obligaba a inclinarse en favor del patrono y a considerar el material como más burdo de lo que era. Si el obrero no se sometía *debía emplazar a su patrón ante un magistrado*; el conjunto de magistrados en activo de aquel distrito, con la excepción de dos honestos clérigos, eran caballeros cuyo origen era el mismo que el de los patronos de hilanderos del algodón. El patrono, en general, se contentaba con enviar a su supervisor para que respondiese a cualquiera de esos requerimientos, considerando que situarse frente a frente con su sirviente era rebajarse. La decisión del magistrado era, por lo general, favorable al patrono, aunque sólo se basaba en la declaración del supervisor. El obrero no se atrevía a apelar a los tribunales a causa del gasto ...

Estos males que se infligen a los hombres han surgido de aquel terrible monopolio que existe en aquellos distritos, en donde la riqueza y el poder están en manos de unos pocos, que, con la arrogancia en sus corazones, se creen los señores del universo.¹²

12. *Black Dwarf* (30 de septiembre de 1818).

Esta lectura de los hechos, en su lógica notable, es una manifestación *ex parte* tanto como lo es la «economía política» de lord Brougham. Pero el «Oficial Hilandero de Algodón» describía hechos de una clase diferente. No es necesario que nos preocupemos por la solidez de todas sus afirmaciones. Lo que hace esta declaración es especificar, una detrás de otra, las injusticias que los obreros sentían como cambios en el carácter de la explotación capitalista: la ascensión de una clase de patronos que no tenía autoridad tradicional ni obligaciones; la creciente distancia entre el patrono y el hombre; la transparencia de la explotación en el origen de su nueva riqueza y poder; el empeoramiento de la condición del trabajador y sobre todo su pérdida de independencia, su reducción a la dependencia total con respecto a los instrumentos de producción del patrono; la parcialidad de la ley; la descomposición de la economía familiar tradicional; la disciplina, la monotonía, las horas y las condiciones de trabajo; la pérdida de tiempo libre y de distracciones; la reducción del hombre a la categoría de un «instrumento».

El hecho de que los obreros sintiesen esas injusticias de alguna manera —y que las sintiesen de forma apasionada— es suficiente en sí mismo para merecer nuestra atención. Y nos recuerda, a la fuerza, que algunos de los conflictos más ásperos de aquellos años versaron sobre temas que no están englobados por las series del coste-de-la-vida. Los temas que provocaron la mayor intensidad de sentimiento fueron aquellos en los que estaban en litigio valores como las costumbres tradicionales, «justicia», «independencia», seguridad o economía familiar, más que los simples temas de «pan-y-mantequilla». Los primeros años de la década de 1830 están encendidos por agitaciones que versaban sobre temas en los que los salarios tenían una importancia secundaria: los alfareros contra el *Truck System**; los trabajadores de la industria textil en favor del proyecto de ley de las diez horas; los obreros de la construcción, en favor de la acción directa cooperativa, todos los trabajadores en favor del derecho a afiliarse a las *trade unions*. La gran huelga de la cuenca minera del noreste, en 1831, se hizo por la seguridad de empleo, los «*tommy shops*»** y el trabajo de los niños.

La relación de explotación es más que la suma de injusticias y an-

* Sistema de pago de salarios en vales intercambiables por productos, en lugar de dinero. (N. de la t.)

** Almacenes en los que pueden cambiarse los vales que obtienen los trabajadores, en lugar de dinero, por productos. (N. de la t.)

tagonismos mutuos. Es una relación que puede verse que adopta formas distintas en contextos históricos diferentes, formas que están en relación con las formas correspondientes de propiedad y poder del Estado. La relación de explotación clásica de la Revolución industrial es despersonalizada, en el sentido de que no se admiten obligaciones durables de reciprocidad: de paternalismo o deferencia, o de intereses del «Oficio». No hay indicios del precio «justo», o de un salario justificado en relación a las sanciones sociales o morales, como algo opuesto a la actuación de las fuerzas del libre mercado. El antagonismo se acepta como intrínseco a las relaciones de producción. Las funciones de dirección o supervisión exigen la represión de todos los atributos excepto aquellos que promueven la expropiación del máximo valor excedente del trabajo. Esta es la economía política que Marx analizaba minuciosamente en *El capital*. El trabajador se ha convertido en un «instrumento», o una entrada entre las demás partidas del coste.

De hecho, ninguna empresa industrial compleja se podría dirigir con esa filosofía. La necesidad de paz industrial, de una fuerza de trabajo estable y de un cuerpo de trabajadores cualificados y con experiencia exigía la modificación de las técnicas de dirección —y, por supuesto, el desarrollo de nuevas formas de paternalismo— en las fábricas de los algodones hacia la década de 1830. Pero en las industrias que tenían un exceso de trabajo externo, donde siempre había una cantidad suficiente de «mano de obra» desorganizada que competía por el empleo, esas consideraciones no afectaban. Ahí, dado que las viejas costumbres se habían erosionado y se había desechado el viejo paternalismo, la relación de explotación surgía omnipotente.

Eso no significa que podamos echar la «culpa» de cada una de las penurias de la Revolución industrial a «los patronos» o al *laissez faire*. El proceso de industrialización debe acarrear sufrimiento, en cualquier contexto social que podamos concebir, y la destrucción de las formas de vida más antiguas y apreciadas. Muchas investigaciones recientes han arrojado luz sobre las dificultades particulares de la experiencia británica: los riesgos de los mercados, las múltiples consecuencias comerciales y financieras de las guerras, la deflación de la posguerra, los movimientos en la relación real de intercambio, y las presiones resultantes de la «explosión» demográfica. Además, las preocupaciones del siglo XX nos han hecho tener conciencia de la magnitud de los problemas del crecimiento económico. Se puede argüir que Gran Bretaña, en la Revolución industrial, se tropezó con los proble-

mas del «despegue»: la fuerte inversión a largo plazo —canales, fábricas, vías férreas, fundiciones, minas, infraestructura— se hizo a costa del consumo cotidiano; las generaciones de trabajadores situadas entre 1790 y 1840 sacrificaron al futuro parte de, o todas, sus perspectivas de aumento del consumo.¹³

Todos estos argumentos merecen una atención cuidadosa. Por ejemplo, los estudios de la fluctuación de la demanda del mercado sudamericano, o la crisis bancaria en el país, nos pueden decir mucho acerca de las razones del crecimiento o retraso de industrias determinadas. La crítica que se hace a la ortodoxia académica predominante no se dirige a los estudios empíricos *per se*, sino a la fragmentación de nuestra comprensión del proceso histórico completo. En primer lugar, el empirista separa determinados hechos de este proceso y los examina de forma aislada. Como se dan por sentadas las condiciones que dan lugar a los hechos, éstos aparecen no sólo como explicables en sus propios términos, sino como inevitables. Las guerras se debían pagar con una fuerte imposición fiscal; aceleraron el crecimiento de ese modo y lo retrasaron en aquel otro. Dado que esto se puede demostrar, también quería decir que *necesariamente* fue así. Pero miles de ciudadanos ingleses de la época estaban de acuerdo con la condena que Thomas Bewick hacía de «esta guerra extremadamente malvada».¹⁴ El peso desigual de los impuestos, los inversores en deuda pública que sacaban beneficios de la deuda nacional, el papel moneda, no eran aceptados por muchos contemporáneos como datos dados, sino que eran el punto central de una agitación radical intensiva.

Pero hay un segundo nivel en el que el empirista puede volver a juntar de nuevo todos esos estudios fragmentarios, construyendo un modelo del proceso histórico compuesto de una multiplicidad de elementos inevitables entrelazados, una sucesión fragmentaria. Cuando examinamos las facilidades de crédito o la relación real de intercambio, en las que cada hecho es explicable y además aparece como una causa, suficiente en sí misma, de otros hechos, llegamos a un determinismo *post facto*. Se pierde la dimensión de la intervención humana, y se olvida el contexto de las relaciones de clase.

Es absolutamente cierto que existía aquello que señala el empirista. Las Órdenes Reales llevaron, en 1811, a ciertos oficios a la casi pa-

13. Véase S. Pollard, «Investment, Consumption, and the Industrial Revolution». *Econ. Hist. Review*, 2ª serie, XI (1958), pp. 215-226.

14. T. Bewick, *Memoir*, edición de 1961, p. 151.

ralización; los precios crecientes de la madera, después de las guerras, aumentaron excesivamente los costes de la construcción; un cambio pasajero en la moda (encaje en vez de cinta) podía silenciar los telares de Coventry; el telar mecánico competía con el telar manual. Pero incluso estos hechos evidentes, con sus limpias credenciales, merecen ser cuestionados. ¿Consejo de quién, y por qué las Órdenes? ¿Quién sacaría más beneficio del acaparamiento con la escasez de madera? ¿Por qué deberían permanecer ociosos los telares, si decenas de miles de muchachas del país suspiraban por las cintas, pero no se podían permitir comprarlas? ¿Por medio de qué alquimia social se convertían los inventos para ahorrar trabajo en máquinas de empobrecimiento? El hecho en sí —una mala cosecha— parece estar más allá de la elección humana. Pero la forma en que aquel hecho se desarrollaba tenía que ver con las condiciones de un complejo particular de relaciones humanas: ley, propiedad, poder. Cuando nos tropezamos con alguna frase sonora como ésta: «el intenso flujo y reflujo del ciclo del comercio», debemos ponernos en guardia. Porque detrás de este ciclo del comercio hay una estructura de relaciones sociales, que fomenta algunas clases de expropiación (renta, interés y beneficio) y proscribire otras (el robo, derechos feudales), que legitima algunos tipos de conflicto (la competencia, la guerra armada) e inhibe otros (el tradeunionismo, los motines de subsistencia, las organizaciones políticas populares); una estructura que, a los ojos del futuro, puede parecer a la vez bárbara y efímera.

Plantear esas amplias preguntas podría ser innecesario, puesto que el historiador no puede estar cuestionando siempre las credenciales de la sociedad que estudia. Pero, de hecho, todas esas preguntas fueron planteadas por los contemporáneos; no sólo por hombres de las clases más elevadas (Shelley, Cobbett, Owen, Peacock, Thompson, Hodgkin, Carlyle), sino por miles de obreros organizados. Sus portavoces pusieron en cuestión no sólo las instituciones políticas, sino la estructura social y económica del capitalismo industrial. Opusieron sus propios hechos y sus propios cálculos a los hechos que presentaba la economía política ortodoxa. Así, en fecha tan temprana como 1817, los tejedores de punto de Leicester propusieron, en una serie de resoluciones, una teoría del subconsumo de las crisis capitalistas:

Que el consumo de nuestros fabricantes se debe reducir en la misma proporción en que la Reducción de los Salarios hace a la gran Mayoría del Pueblo pobre y desgraciado.

Que si, en general, se dieran salarios abundantes a los Trabajadores Manuales de todo el País, el Consumo Interior de nuestras manufacturas sería, de inmediato, más del doble, y en consecuencia todo trabajador encontraría empleo pronto.

Que Reducir el Salario del Trabajador Manual en este País a un nivel tan bajo que no puede vivir de su trabajo, para vender Manufacturas Extranjeras a un precio inferior en un Mercado Extranjero, es ganar un cliente fuera y perder dos en el país...¹⁵

Si los que tienen empleo trabajaran menos horas, y si se restringiera el trabajo de los niños, habría más trabajo para los trabajadores manuales y los desempleados podrían trabajar por su cuenta y cambiar los productos de su trabajo de forma directa, substrayéndose a los caprichos del mercado capitalista: las mercancías serían más baratas y el trabajo estaría mejor remunerado. Oponían, a la retórica del libre mercado, el lenguaje del «nuevo orden moral». El hecho de que el historiador sienta, todavía hoy, la necesidad de tomar partido se debe a que, entre 1815 y 1850, se enfrentaban puntos de vista alternativos e irreconciliables respecto del orden humano.

Apenas es posible escribir la historia de la agitación popular durante esos años, a no ser que hagamos al menos el esfuerzo imaginativo de entender cómo interpretaba la realidad un hombre como el «Oficial Hlandero de Algodón». Él hablaba de los «patrones», no como un agregado de individuos, sino como una clase. Como clase, «ellos» le denegaban sus derechos políticos. Si había una recesión comercial, «ellos» recortaban sus salarios. Si el comercio mejoraba, tenía que luchar contra «ellos» y su Estado para obtener cualquier porción de la mejora. Si la comida era abundante, «ellos» sacaban beneficio. Si era escasa, algunos de «ellos» sacaban más beneficio. «Ellos» conspiraban, no sobre este o aquel hecho aislado, sino sobre la relación esencial de explotación, dentro de la cual todos los hechos tenían validez. Verdaderamente había fluctuaciones de mercado, malas cosechas y todo lo demás; pero mientras que la experiencia de la explotación intensificada era constante, las causas de las penurias eran variables. Éstas afectaban a la población obrera, no de forma directa, sino a través de la refracción de un sistema particular de propiedad y poder que distribuía las ganancias y las pérdidas con una gran parcialidad.

15. H.O. 42.160. Véase también Hammond, *The Town Labourer*, p. 303, y los datos de O'Leary sobre los tejedores manuales más adelante, pp. 326-327.

Estas consideraciones más amplias han estado recubiertas, durante algunos años, por el ejercicio académico conocido como la «controversia acerca del nivel de vida» (por la cual los estudiantes pasan y vuelven a pasar). ¿Aumentó o disminuyó el nivel de vida del grueso de la población entre 1780 y 1830, o entre 1800 y 1850?¹⁶ Para entender el significado de la discusión, debemos repasar brevemente su desarrollo.

El debate sobre valores es tan viejo como la Revolución industrial. La controversia acerca del nivel de vida es más reciente. La confusión ideológica es todavía más reciente. Podemos empezar por uno de los puntos más lúcidos de la controversia. Sir John Clapham escribió en su prefacio a la primera edición de su *Economic History of Modern Britain*, en 1926:

La leyenda de que todo empeoró para el obrero, a partir de una fecha no especificada que se sitúa entre la preparación de la Carta del Pueblo y la Gran Exposición [1837 y 1851: E.P.T.], tarda en morir. El hecho de que, después de la caída de los precios de 1820-1821, el poder adquisitivo de los salarios en general —por supuesto, no de todos los salarios— fuera claramente mayor de lo que había sido antes de las guerras revolucionarias y Napoleónicas, encaja tan mal con la tradición que pocas veces se menciona; los historiadores sociales ignoran constantemente el trabajo de los estadísticos acerca de los salarios y los precios.

J. L. Hammond dio, en la *Economic History Review* (1930), una respuesta de dos tipos: en primer lugar, criticó las estadísticas de ingresos agrícolas que utilizaba Clapham. Éstas se basaban en la suma de los promedios del país, y luego su división por el número de condados, para llegar a un promedio nacional; como sea que la población con bajo nivel de salarios de los condados del sur era más numerosa que la de los condados con altos niveles salariales (en los que los ingresos de la agricultura se hinchaban por la proximidad de la industria), Hammond pudo demostrar que el «promedio nacional» ocultaba el hecho de que el 60 por 100 de la población trabajadora se encontraba en condados donde los salarios estaban por debajo de la cifra «promedio». La segunda parte de su respuesta consistió en una desviación hacia las discusiones de valor (felicidad) en su forma más nubosa e insatisfactoria. Clap-

16. La inutilidad de una parte de esta discusión se demuestra por el hecho de que tomando distintos grupos de datos puede llegarse a diferentes respuestas. Los del período 1780-1830 favorecen la visión de los «pessimistas»; los de 1800-1850 favorecen la de los «optimistas».

ham aceptó la primera parte de esta respuesta, en el prefacio a la segunda edición de su libro (1930); refutó la segunda parte con una seca prudencia («un rodeo en palabras», «asuntos más importantes») pero, sin embargo, reconoció: «Estoy profundamente de acuerdo ... en que las estadísticas sobre bienestar material nunca pueden medir la felicidad de la población.» Además, afirmaba que cuando había criticado el punto de vista de que «todo empeoró», «no quería decir que todo mejorase. Sólo quería decir que los historiadores actuales han subrayado demasiado a menudo ... los empeoramientos y omitido o ignorado las mejoras». Los Hammond, por su parte, en una posterior revisión de *The Bleak Age*, edición de 1947, hicieron las paces: «Los estadísticos nos dicen que ... están convencidos de que los salarios aumentaron y de que la mayoría de los hombres y mujeres eran menos pobres cuando ese descontento era ruidoso y activo, que cuando el siglo XVIII empezaba a envejecer en un silencio como el del otoño. Los datos, por supuesto, son insuficientes y su significado no es muy sencillo, pero esta visión general es más o menos correcta.» La explicación al descontento «se debe buscar fuera de la esfera de las condiciones estrictamente económicas».

Hasta aquí, bien. Los historiadores sociales del período, más fecundos —pero menos consistentes—, se han tropezado con la severa crítica de un notable empirista; y finalmente ambas partes han cedido terreno. Y a pesar del acaloramiento que más tarde se ha generado, la divergencia real entre las firmes conclusiones económicas de los protagonistas es insignificante. En la actualidad, si bien ningún investigador serio está dispuesto a sostener que todo iba peor, tampoco ninguno que lo sea sostendrá que todo iba mejor. Tanto el doctor Hobsbawm (un «pesimista») como el profesor Ashton (un «optimista») coinciden en que los salarios reales disminuyeron durante las guerras napoleónicas y sus consecuencias inmediatas. El doctor Hobsbawm no afirma que haya con seguridad un aumento notable del nivel de vida hasta mediados de la década de 1840; mientras que el profesor Ashton observa un clima económico «más benigno» después de 1821, un «acusado movimiento hacia arriba sólo interrumpido por los retrocesos de 1825-1826 y 1831»; y en vista de las crecientes importaciones de té, café, azúcar, etc., «es difícil creer que los obreros no participaron de la ganancia». Por otra parte, su propia lista de precios de los distritos de Oldham y Manchester muestra que «en 1831 la dieta normal de los pobres apenas podía costar mucho menos que en 1791», aunque no ofrece ningun-

na tabla de salarios correspondiente. Su conclusión consiste en sugerir la existencia de dos grupos principales dentro de la clase obrera: «una amplia clase situada muy por encima del nivel de la mera subsistencia» y «masas de trabajadores no cualificados o poco cualificados —obreros agrícolas empleados de manera estacional y tejedores manuales, en particular— cuyos ingresos quedaban casi por completo absorbidos con el pago de las escuetas necesidades de subsistencia». «Mi suposición sería que el número de los que podían compartir los beneficios del progreso económico era mayor que el número de los que estaban excluidos de esos beneficios y que aquél crecía constantemente.»¹⁷

De hecho, por lo que se refiere al período 1790-1830, hay muy pocas mejoras. La situación de la mayoría era mala en 1790, y siguió siendo mala en 1830 (y 40 años son mucho tiempo), pero existe alguna desahucio en cuanto al tamaño de los grupos relativos dentro de la clase obrera. Y en la década siguiente el asunto no está mucho más claro. Sin duda, los salarios reales aumentaron entre los obreros organizados, durante el estallido de actividad de las *trade unions*, entre 1832 y 1834; pero el período de buenos negocios, entre 1833 y 1837, estuvo acompañado por la destrucción de las *trade unions* mediante los esfuerzos conjugados del gobierno, los magistrados y los patronos; mientras que los años 1837-1842 son de depresión. De modo que, ciertamente, en «alguna fecha no especificada que se sitúa entre la preparación de la Carta del Pueblo y la Gran Exposición» la marcha de los acontecimientos empieza a cambiar; digamos, con el *boom* del ferrocarril en 1843. Por otra parte, incluso a mediados de la década de los cuarenta la situación de grupos muy grandes de obreros continúa siendo desesperada, en tanto que la quiebra del ferrocarril condujo a los años de depresión de 1847-1848. Esto no se parece mucho a la «historia de un triunfo»; durante medio siglo del más pleno desarrollo del industrialismo, el nivel de vida todavía se mantenía —para grupos muy grandes aunque indeterminados de población— en el límite de subsistencia.

Sin embargo, esta no es la impresión que se da en muchas obras contemporáneas. Ya que, del mismo modo que una generación anterior

17. La cursiva es mía. T. S. Ashton, «The Standard of Life of the Workers in England, 1790-1830», en *Capitalism and the Historians*, compilado por F. A. Hayek, pp. 127 y siguientes; E. J. Hobsbawm, «The British Standard of Living, 1790-1850», *Economic History Review*, X (agosto 1957). (De este último hay trad. cast.: «El nivel de vida en Gran Bretaña entre 1790 y 1850», en *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*. Crítica, Barcelona, 1979, pp. 84-121.)

de historiadores, que también eran reformadores sociales (Thorold Rogers, Arnold Toynbee, los Hammond), dejaban que su solidaridad con los pobres les condujera en ocasiones a una confusión de la historia con la ideología, hoy encontramos que la solidaridad de algunos historiadores de la economía hacia el patrón capitalista les ha conducido a una confusión de la historia con las disculpas.¹⁸ El punto de transición estuvo marcado por la publicación, en 1954, de un simposio sobre *Capitalism and the Historians*, compilado por el profesor F. A. Hayek, que era el trabajo de un grupo de especialistas «que durante algunos años se han venido reuniendo con regularidad para tratar los problemas de la salvaguardia de una sociedad libre contra la amenaza totalitaria». Puesto que este grupo de especialistas internacionales consideraba que «una sociedad libre» era, por definición, una sociedad capitalista, los resultados de una mezcla tal de teoría económica y argumentos especiosos fueron deplorables; y no lo fueron menos en la obra de uno de los colaboradores, el profesor Ashton, cuyos prudentes descubrimientos de 1949 se han trasmutado ahora —sin nuevos datos— en la categórica afirmación de que «en general, hoy día se reconoce que, para la mayoría, el aumento de los salarios reales fue substancial».¹⁹ En este punto la controversia degeneró en una confusión. Y a pesar de los intentos más recientes de rescatarla para la investigación,²⁰ la controversia sigue existiendo desde muchos puntos de vista como una confusión de aseveraciones y argumentos especiosos.

La controversia se divide en dos partes. En primer lugar, está la auténtica dificultad de construir series de salarios, de precios e índices estadísticos a partir de los abundantes pero desiguales datos. Cuando

18. Para que el lector no juegue con demastada severidad al historiador, podemos recordar la explicación de sir John Clapham respecto de la forma en que el principio selectivo puede organizar la información: «Es muy fácil hacerlo de manera involuntaria. Hace 30 años leí y subrayé el libro de Arthur Young *Travels in France*, e impartí mis clases a partir de los párrafos señalados. Hace 5 años volví a leerlo, y descubrí que siempre que Young hablaba de un francés desgraciado, yo lo había subrayado, pero que muchas de sus referencias a los franceses felices o prósperos las había dejado sin señalar.» Tengo la sospecha de que durante 10 o 15 años, la mayor parte de historiadores de la economía se han dedicado a subrayar la información próspera y feliz del texto.

19. T. S. Ashton, «The Treatment of Capitalism by Historians», en *Capitalism and the Historians*, p. 41. El ensayo del profesor Ashton sobre «The Standard of Life of the Workers in England», que está reimpreso en este volumen, apareció originalmente en el *Journal of Economic History* (1949).

20. La valoración más constructiva de la controversia se encuentra en A. J. Taylor, «Progress and Poverty in Britain, 1780-1850», *History* (febrero, 1960).

tratemos de los artesanos examinaremos algunas de las dificultades que existen al interpretar los datos. Pero en este punto empieza una serie adicional de dificultades, puesto que el término «nivel» nos conduce desde los datos susceptibles de medición estadística (salarios o artículos de consumo) hacia aquellas satisfacciones de las necesidades que los estadísticos describen a veces como «imponderables». De la alimentación pasamos a las viviendas, de las viviendas a la salud, de la salud a la vida familiar, y de aquí al ocio, a la disciplina del trabajo, la educación y el juego, la intensidad del trabajo, etc. De un estándar de vida pasamos a un modo de vida. Pero las dos cosas no son lo mismo. La primera es una medición de cantidades, la segunda una descripción (y a veces una valoración) de calidades. Mientras que los datos estadísticos son apropiados para la primera, en cuanto a la segunda debemos apoyarnos ampliamente en los «testimonios literarios». Sacar conclusiones para una de ellas en base a los datos apropiados sólo para la otra da lugar a un importante foco de confusión. A veces parece que los estadísticos sostuvieran lo siguiente: «los índices revelan un aumento del consumo *per cápita* de té, azúcar, carne y jabón, *por consiguiente* la clase obrera era más feliz», mientras que los historiadores sociales respondían: «las fuentes literarias demuestran que el pueblo no era feliz, *por consiguiente* su nivel de vida debió empeorar».

Esto es una simplificación. Pero se deben establecer argumentos sencillos. Es perfectamente posible que los promedios estadísticos y las experiencias humanas vayan en direcciones opuestas. Pueden tener lugar al mismo tiempo un aumento *per cápita* de factores cuantitativos y un gran trastorno cualitativo en la forma de vida, las relaciones tradicionales y las legitimaciones de la población. La población puede consumir más bienes y a la vez ser menos feliz y menos libre. Junto con los obreros agrícolas, el grupo uniforme de población trabajadora más numeroso, durante todo el periodo de la Revolución industrial, era el de los criados. Muchos de ellos eran criados domésticos que vivían con la familia que los había empleado, compartían estrechas habitaciones y trabajaban excesivas horas a cambio de unos pocos chelines. Sin embargo, los podemos catalogar, con seguridad, entre los grupos más favorecidos, cuyos niveles de vida (o de consumo de alimento y vestido) por término medio mejoraron un poco durante la Revolución industrial. Pero el tejedor manual y su esposa, en el límite de la miseria, seguían considerando que su posición social era superior que la de un «lacayo». O de nuevo, podríamos citar aquellos oficios, como la minería del car-

bón, en los que los salarios reales mejoraron entre 1790 y 1840, pero lo hicieron a costa de más horas y mayor intensidad de trabajo, de modo que la persona que mantenía a la familia estaba «acabada» antes de los 40 años. En términos estadísticos esta realidad revela una curva ascendente. Para las familias implicadas podía significar la depauperización.

Así, es perfectamente posible sostener dos proposiciones que, vistas por encima, parecen ser contradictorias. A lo largo del período 1790-1840, hubo una pequeña mejora en la media del nivel de vida material. A lo largo del mismo período hubo una explotación intensificada, una mayor inseguridad y una miseria humana creciente. Hacia 1840, la mayor parte de la población estaba «más acomodada» de lo que lo habían estado sus predecesores 50 años antes, pero había sufrido y seguía sufriendo esa pequeña mejora como una experiencia catastrófica. Con el fin de explorar esta experiencia, en base a la cual surgió la expresión política y cultural de la conciencia de la clase obrera, debemos hacer lo siguiente: primero, estudiar la experiencia vital cambiante de tres grupos de trabajadores: los trabajadores rurales, los artesanos urbanos y los tejedores manuales;²¹ segundo, hablar de algunos de los elementos menos «ponderables» del nivel de vida de la población; tercero, examinar las coacciones más íntimas que provocó la forma de vida industrial y la relación que el metodismo tiene con ellas. Por último, analizar algunos de los elementos que hay en las nuevas comunidades de la clase obrera.

21. He seleccionado estos grupos porque parece que su experiencia tiene más la conciencia social de la clase obrera, durante la primera mitad del siglo. La influencia de los mineros y obreros del metal no se sentirá plenamente hasta más avanzado el siglo. Los otros grupos —los hilanderos del algodón— son el tema de un estudio admirable en la obra de los Hammond, *The Skilled Labourer*.

7. BRACEROS DEL AGRO

Si analizamos la historia, entre 1790 y 1830, de los trabajadores que constituían el mayor grupo de todas las ocupaciones —los braceros agrícolas—, veremos las dificultades que existen a la hora de fijar «niveles». No es completamente cierto (como suponían los Hammond) que los datos sean «insuficientes». La dificultad reside, más a menudo, en su interpretación. Existe documentación abundante referente a precios y salarios de principios del siglo XIX, pero son más escasas las series continuas con cifras fiables, para el mismo trabajo o la misma región. Cualquiera que haya examinado la densa maleza de datos que hay en la *Economic History of Modern Britain* de sir John Clapham, con su diversidad de usos regionales y ocupacionales, se puede sentir ciertamente abrumado por su exuberancia. Y, desde luego, los capítulos de Clapham sobre «Organización Agraria» y «Organización Industrial» son, en sí mismos, una lección; pero no una lección en cuanto a la interpretación de los datos, sino en cuanto a su cualificación.

A lo largo de toda esa laboriosa investigación, el gran empirista evita todas las generalizaciones excepto una, la busca del mítico «promedio». Cuando trata de la agricultura, encontramos la «granja media», la «pequeña tenencia media», la proporción «media» de braceros en relación con los patronos; conceptos que a menudo oscurecen más de lo que aclaran, puesto que se obtienen mezclando datos de las montañas de Gales y las tierras cerealícolas de Norfolk, que el propio Clapham había tomado el trabajo de distinguir. Seguimos para encontrarnos con el «cottage» medio de un área afectada por las *enclosures*, la pér-

El censo de 1831 indicaba 961.000 familias empleadas en la agricultura: el 28 por ciento de todas las familias de Gran Bretaña.

El obrero agrícola que vivía en una pequeña casa de campo y tenía un minúsculo trozo

dida «media» de ingresos rurales debida a los subempleos industriales, los ingresos brutos de «esa figura más bien vaga, el trabajador Inglés (incluyendo al Galés) medio», etc. Ya hemos visto que esta actividad de «promediar» puede darnos resultados muy extraños: el 60 por 100 de los braceros que, en 1830, vivían en condados con un bajo nivel de salarios quedaban por debajo del «promedio». ² «En cualquier promedio —admita Clapham— se puede esperar que más o menos el 50 por 100 de las cifras promediadas esté por debajo del límite.» Pero si el mismo promedio se basa en el salario convencional de un trabajador con empleo regular —es decir, si el *squire* hojea sus libros de cuentas e informa al Ministerio de Agricultura que el salario convencional de un arador o un carretero es de 12s.—, podemos esperar que todos o la mayor parte de los braceros eventuales queden por debajo de este nivel.

Pero en el punto que trata de los ingresos complementarios y de las consecuencias de las *enclosures* —como Clapham nos remite de detalles empíricos (las «amorosas siegas» en Glamorgan y los huertos de medio acre en Ludlow) a estimaciones «promedio»— tenemos la sensación de haber perdido el contacto con la realidad social:

Si el cerdo y el huerto del *cottage* le productan menos al jornalero Inglés medio en 1824 que en 1794 ... es muy posible que, de nuevo por promedio, la parcela de patatas equilibrase la pérdida. Verdaderamente, la pérdida de acceso a los bienes comunales durante aquellos 30 años había empeorado la suerte de muchos hombres en muchos lugares, aunque es dudoso que la pérdida de bienestar debida a las *enclosures* de los bienes comunales, hecho el promedio para toda Gran Bretaña, fuese muy grande. El recuerdo popular lo ha exagerado, puesto que en muchas partes de Inglaterra tuvo una importancia muy pequeña, todavía menos en Gales, y en Escocia, para el simple trabajador, no tuvo ninguna. ³

¿Qué es lo que se promedia hora? La primera parte de su afirmación podría tener algún valor, si se pudiera demostrar que en las mismas aldeas en las que los huertos de los *cottages* se perdieron, se introdujeron las parcelas de patatas (aunque también deberíamos examinar

de tierra. El equivalente castellano podría ser: pegujalero, pelantrín o labrantín. (N. de la I.)

2. Véase p. 217 más arriba. Los «promedios» de los condados en los que se basa el «promedio» nacional se pueden someter exactamente a la misma crítica. Por otra parte, están calculados a partir de datos de los patronos, no de los trabajadores.

3. *Loc. cit.*, p. 126.

los ingresos relativos). Pero la segunda parte, que ya se ha incorporado a la tradición, no es un ejemplo de promedio, sino de *adulteración* estadística. Se nos invita a mezclar las cifras que corresponden a las zonas de Gran Bretaña donde *tuvieron* lugar las *enclosures*, con las de las zonas donde *no tuvieron* lugar, a dividir la suma de esa solución rebajada, por el número de condados, y a obtener un «promedio» de pérdida de bienestar «debido a las *enclosures*». Pero esto es absurdo. No se puede sacar un promedio de cantidades desemejantes; ni se pueden dividir cantidades por condados para obtener un promedio cualitativo. Esto es lo que ha hecho Clapham.

Por supuesto, lo que estaba haciendo en realidad era ofrecer un juicio de valor provisional en relación a esa cualidad esquivada, el «bienestar», durante el período de máximas *enclosures*. Pero para hacer esto, deberían haberse introducido muchísimos más factores —tanto culturales como materiales— para sostener el juicio. Y como el juicio surge como un roble de la espesura de los detalles circunstanciales —y puesto que se le disfraza de «promedio»—, fácilmente se confunde con una afirmación de hecho.

Tampoco los hechos son tan claros como sugiere Clapham. Los ingresos agrícolas, durante gran parte del siglo XIX, se resisten tenazmente a ser reducidos a una forma estadística. ⁴ No sólo debemos enfrentarnos a las acusadas fluctuaciones estacionales de la demanda de trabajo, sino que tenemos por lo menos cuatro formas diferentes de relación entre patrono y empleado. 1) Empleados de la explotación agrícola, contratados por año o por trimestre. 2) Una fuerza de trabajo regular —en las grandes explotaciones agrícolas— con, más o menos, pleno empleo durante todo el año. 3) Trabajo eventual, pagado a jornal o a destajo. 4) Especialistas más o menos cualificados a los que se contrataba por un trabajo.

En la primera categoría, que disminuyó durante este período, se da la mayor seguridad y la menor independencia: salarios muy bajos, muchas horas de trabajo, pero casa y comida en la vivienda del agricul-

4. Es significativo que cuando Clapham se comprometía en estimaciones de las variaciones porcentuales de salarios y coste de la vida, no confiaba en una ordenación de sus propios datos, sino en el trabajo de otros investigadores, señaladamente Silberling, cuyas series sobre el coste de la vida han sido duramente criticadas recientemente: véase, p.e., T. S. Ashton, en *Capitalism and the Historians*. Para más precauciones respecto de las dificultades de la generalización, véase J. Saville, *Rural Depopulation in England and Wales*, 1957, pp. 15-17.

tor. En la segunda categoría se encontrarán algunas de las mejores y algunas de las peores condiciones: el arador, que el agricultor prudente mantiene con regularidad, cuya esposa e hijos tienen preferencia en los trabajos eventuales, y que puede comprar leche y grano a precios bajos; en el otro extremo, los jóvenes peones, alojados y alimentados tan pobremente como cualquiera de los aprendices pobres de las primeras fábricas, que viven en los heniles y están sujetos a despido en cualquier momento, y en medio, «aquellos infelices a quienes la necesidad ha obligado a convertirse en esclavos de un hombre», que viven en *cottages* del patrono, y «se ven forzados a trabajar todo el año a cambio, con seguridad, de salarios bajos».⁵ En la tercera categoría existe una gran variedad: trabajo indigente; mujeres y niños con salarios miserables; trabajadores migratorios irlandeses (incluyendo obreros u otros artesanos urbanos que dejaban su trabajo para aprovecharse de los altos ingresos de la cosecha); y los trabajos a destajo sutilmente graduados, como los de la siega de las diferentes calidades de heno. En la cuarta categoría, tenemos incontables usos diferentes e ingresos familiares o de subcontrato disfrazados que hacen estragos en cualquier serie estadística:

21 de marzo	Samson, construir canales de drenaje en 29 acres	8.9
	Robert, 1 día serrando árboles desmochados	1.9
20 de mayo	Forasteros, escardar 5 acres de trigo a 3s. 6d.	17.6
29 de julio	Wright, segar 7 acres de trébol	14.0
	Richardson y Pavely, limpiar la alberca del corral	2.12.6

esto se lee en el libro de cuentas de un agricultor de Essex en 1797.⁶ «Trabajé como constructor de vallas, de bardas, y a destajo haciendo cercas de seto vivo», le dijo Joseph Carter a Alexander Somerville, refiriéndose a los años 1823-1830:

5. Ministerio de Agricultura, *Agricultural State of the Kingdom*, 1816, p. 162. Una respuesta de Lincolnshire, que contrasta la situación de los *cottagers* vinculados en una hacienda con los braceros de otra hacienda en la que el señor le arrienda a cada uno un acre para cultivar patatas y cuatro acres para una vaca.

6. A. F. J. Brown, *English History from Essex Sources*, Chelmsford, 1952, p. 39.

El *squire* se comportaba como si yo obraviese de él 64 libras al año, por un trabajo de aquel tipo hecho durante siete años. Pero luego no decía que la mayor parte de las veces tenía a un hombre que me ayudaba, y además a veces dos mujeres. No decía que yo pagaba más de 20 libras al año por los ayudantes.⁷

Si las cifras «no dicen eso», es imposible que muestren una multitud de otras cosas que influyen: pagos en especie o a precios reducidos, huertos y parcelas de patatas; las consecuencias de las *enclosures*; la repercusión de los impuestos, los diezmos, las leyes de caza y los impuestos para asistir a los pobres; las fluctuaciones en el empleo rural industrial, y, sobre todo, la aplicación de las *Poor Laws*, antes y después de 1834. La incidencia de los diversos agravios se siente de manera completamente distinta en diferentes momentos y diferentes lugares. En algunas áreas, y en algunas explotaciones agrícolas, el pago en especie puede ser adicional a los salarios e indicar una mejora de nivel; pero en general (nos ha advertido un historiador de la agricultura) deberíamos considerar esos pagos como «el refinado eufemismo del *truck** en la agricultura»: un medio para mantener bajos los salarios y en casos extremos prescindir completamente de los salarios en dinero.⁸

En medio de toda esta maraña de datos contradictorios —entre las consecuencias de las *Poor Laws* aquí y las nuevas parcelas de patatas allí, este derecho comunal perdido y aquel huerto del *cottage*—, el trabajador «medio» resulta ser algo más que esquivo.⁹ Pero si bien los promedios se nos escapan, todavía podemos esbozar algunos de los procesos generales que están actuando en muchas partes del país. Y en primer lugar deberíamos recordar que el espíritu que animaba las mejoras en la agricultura, durante el siglo XVIII, estaba empujado menos por deseos altruistas de acabar con los ominosos yermos o —como reza la tediosa frase— para «alimentar a una población creciente» que por el

7. A. Somerville, *The Whistler at the Plough*, Manchester, 1852, p. 262.

* Se refiere al *Truck System*. Véase nota de la traductora en el capítulo 6, p. 212. (N. de la t.)

8. Para este y otros aspectos relacionados, véase la valiosa introducción de O. R. McGregor a la obra de Lord Ernle, *English Farming, Past and Present*, edición de 1961, en especial pp. cxviii-cxxi.

9. Las mejores descripciones generales son todavía las que aparecen en J. L. y B. Hammond, *The Village Labourer*, y Lord Ernle, *English Farming, Past and Present*, y (por lo que se refiere a viviendas, vestido y comida) G. E. Fussell, *The English Rural Labourer*, 1947.

deseo de obtener rentas más pingües y beneficios más cuantiosos. Esto se convertía, con respecto al bracero, en una actitud mezquina:

Predomina la costumbre ... de darles bebida tanto por la mañana como por la tarde, sea cual sea el trabajo que tienen que realizar; esta es una costumbre absurda y se debería abolir sin pérdida de tiempo. ¿Qué otra cosa puede ser más absurda que ver a un arador que para su caballo durante media hora, en un día frío de invierno, para beber cerveza?¹⁰

Los argumentos de los propagandistas de la *enclosure* se expresaban habitualmente en términos de valores más altos para los arriendos y rendimientos por acre más elevados. En una aldea detrás de otra, el cercado destruyó la más que precaria economía de subsistencia de los pobres. El *cottager* que no tenía prueba legal de sus derechos fue indemnizado pocas veces. Al *cottager* que podía probar su derecho se le dejaba una parcela de tierra insuficiente para la subsistencia y debía pagar una parte desproporcionada de los elevadísimos costes del cercado.

Las *enclosures* (cuando se tienen en cuenta todos los artificios) fueron un caso bastante evidente de robo de clase, puesto en práctica según las ajustadas reglas de la propiedad y la ley, establecidas por un parlamento de propietarios y abogados. La investigación reciente sugiere que las reglas del juego se observaron con más imparcialidad de la que indican los Hammond en su magnífico *Village Labourer*: incluso los pequeños propietarios recibieron un trato razonable, muchos comisarios de las *enclosures* actuaron concienzudamente, etc.¹¹ Pero, al

10. Reame, Broun y Shirreff. *General View of the Agriculture of the West Riding*, 1794, p. 25.

11. Un resumen sólido de la investigación reciente se encuentra en J. D. Chambers y G. E. Mingay, *The Agricultural Revolution, 1750-1850*, 1966, cap. 4; véase también W. E. Tate, *The English Village Community and the Enclosure Movements*, 1967, caps. 8-10, 16. Véase también mi reseña del primer libro en el *Times Literary Supplement* del 16 de febrero de 1967, a partir de la cual he redactado los párrafos siguientes (añadidos en la edición de Penguin), en donde planteo determinadas preguntas acerca de las consecuencias sociales de las *enclosures* que estas autoridades en la materia quizás han estudiado de forma demasiado superficial. Entre el número creciente de estudios de *enclosures* particulares, he encontrado de gran ayuda la serie de publicaciones de R. C. Russell, que incluyen *The Enclosures of Barton-on-Humber and Hibaldstow*, Barton, sin fecha; *The Enclosures of Scartho and Grimsby*, Grimsby, 1964; *The Enclosures of Botesford and Yaddethorpe, Messingham and Ashby*, Scunthorpe, sin fecha. Cada uno de los estudios del señor Russell investiga con gran detalle el proceso real, desde su inicio hasta la concesión.

hacer esas útiles precisiones, es posible pasar por alto el hecho, de mayor alcance, de que aquello que estaba en cuestión era una redefinición de la naturaleza misma de la propiedad agraria. De modo que Chambers y Mingay han observado que, en las *enclosures*,

Los *ocupantes* de *cottages* de derecho comunal ... que disfrutaban del derecho comunal en virtud de su *tenencia* del *cottage*, no recibieron indemnización porque, por supuesto, no eran los propietarios de los derechos. Esta era una distinción perfectamente adecuada entre propietario y tenedor, y no suponía fraude ni desconsideración alguna para los *cottagers* de parte de los comisarios.¹²

Pero lo que era «perfectamente adecuado» en términos de las relaciones de propiedad capitalistas implicaba, sin embargo, una ruptura del legamento de las costumbres y el derecho de la aldea; y la violencia social del cercado consistió precisamente en la imposición drástica y total de las definiciones de propiedad capitalistas sobre la aldea. Estas definiciones, por supuesto, habían ido penetrando en la aldea durante siglos antes de las *enclosures*; pero habían coexistido con aquellos elementos autónomos y tradicionales de la estructura de la comunidad aldeana precapitalista, que —aunque sin duda se estaban desmoronando bajo la presión de la población creciente— persistieron con una notable fuerza en muchos lugares. Las *copyhold** y otras tenencias familiares tradicionales todavía más imprecisas (que conllevaban derechos comunales) podían ser invalidadas legalmente aunque estuvieran aprobadas por la memoria colectiva de la comunidad. Esos pequeños derechos de los aldeanos, como espigar, acceder al combustible y el pastoreo del ganado en los caminos o en los rastrojos, que son irrelevantes para los historiadores del desarrollo económico, podían tener una importancia crítica para la subsistencia de los pobres.

Las *enclosures* fueron, ciertamente, la culminación de un largo proceso secular por medio del cual se socavaron las relaciones tradicionales de los hombres con los medios de producción agrarios. Tuvieron una profunda repercusión social porque revelan, tanto hacia atrás como hacia adelante, la destrucción de los elementos tradicionales de la socie-

12. Chambers y Mingay, *op. cit.*, p. 97.

* Tenencia de tierras que forman parte de un señorío, «a voluntad del señor de acuerdo con la costumbre del *manors*», por la posesión de una copia del documento guardado en el tribunal señorial. (*N. de la c.*)

dad campesina inglesa. Si estudiamos la agricultura inglesa del siglo XVIII, a través de las páginas de la obra de Arthur Young *Annals of Agriculture*, o los diversos informes que se prepararon (en el cambio de siglo) para el Ministerio de Agricultura, podemos suponer que las legitimidades tradicionales habían perdido fuerza desde hacía tiempo. Pero si examinamos la escena de nuevo, desde el punto de vista del aldeano, encontramos un denso racimo de derechos y costumbres que se extiende desde los bienes comunales hasta la plaza del mercado y que, tomados en su conjunto, componían el universo económico y cultural de los pobres del agro.

El profesor Chambers ha escrito con razón:

El hecho de que los propietarios legales se apropiasen de casi todas las tierras baldías para su uso exclusivo significó arrancar la cortina que separaba al creciente ejército de braceros de la proletarianización absoluta. Sin duda, era una cortina delgada y raquítica ... pero era real, y privar a los braceros de ella sin proporcionarles un sustituto suponía su exclusión de los beneficios que sólo el trabajo intensificado de aquellos hacía posibles.¹³

Para los pobres, la pérdida de los bienes comunales acarrió una sensación de desplazamiento radical. En algunas de las protestas contra las *enclosures*, que afloran de vez en cuando entre la documentación del Ministerio del Interior, se encuentra una excepcional nota de violencia; como testimonio de ello tenemos una carta anónima de 1799 dirigida al *Esquire* Oliver Cromwell de Cheshunt Park:

Estas líneas se las escriben los Asociados de la Parroquia de Cheshunt en Defensa de los derechos de nuestra Parroquia de los que vos ilícitamente estáis a punto de desheredarlos ...

Los susodichos Asociados han acordado que si intentáis cercar Nuestros bienes Comunales campos Comunales *Lammas** Praderas Marismas &c Acordamos que ante ... ese acto sangriento e ilícito está decidido que

13. J. D. Chambers, «Enclosure and Labour Supply in the Industrial Revolution», *Econ. Hist. Rev.* 2ª serie, V (1952-1953), p. 336.

* La «Tierra de *Lammas*» era una tierra de posesión privada hasta el día de *Lammas*, fiesta de la cosecha en la antigua Iglesia de Inglaterra que se celebraba el primero de agosto, desde aquel momento estaba sujeta a derechos comunales de pastoreo hasta la primavera. El equivalente castellano es la «derrota de mieses» o «apertura de heredades». (N. de la E.)

obtendremos la sangre de vuestro corazón si lleváis a cabo el susodicho sangriento acto. Nosotros os daremos caza, como sanguajuelas de caballo, os la daremos hasta que hayamos derramado la sangre de todos aquellos que quieren robar a los Inocentes que todavía no han nacido. No podréis decir estoy a salvo de las manos de mi Enemigo porque Nosotros como aves de rapiña estaremos secretamente al acecho para verter sangre de los susodichos Tipos cuyos nombres y moradas son como úlceras pútridas en nuestras Narices. Declaramos que no podréis decir estoy a salvo cuando vayais a la cama porque deberéis estar alerta de no abrir los ojos en medio de las llamas.¹⁴

Los «Asociados» de Cheshunt estaban excepcionalmente organizados y decididos; consiguieron elevar al Parlamento una contra-petición, y a consecuencia de su presión se tuvieron en cuenta los derechos comunales en la concesión de la *enclosure*. Pero el tono de una carta como ésta nos recuerda que las *enclosures* se deben entender en el seno de una situación global de poder y deferencia en el campo. Los hombres de la condición social y cultural de los autores de tales cartas sólo pudieron haber recurrido a los trámites costosos y dilatorios de una cultura y un poder ajenos, en las más excepcionales circunstancias, y con la ayuda de algunos hombres con educación y recursos. El fatalismo del *cottager* frente a ese poder siempre presente, y la incidencia desigual y poco sistemática de las *enclosures* (podían pasar varias décadas entre los cercados de dos pueblos vecinos), ayudan de algún modo a explicar la aparente pasividad de las víctimas.

Aún así, esta pasividad se puede haber exagerado; se ha investigado poco sobre las respuestas reales de los pobres ante las *enclosures*, y esta investigación presenta unas dificultades particulares porque tiene que ver con los analfabetos y no organizados, que sufrieron experiencias distintas en cientos de aldeas diferentes, durante muchas décadas.¹⁵ Los disturbios contra las *enclosures*, el derribo de los cercados, las cartas amenazadoras, los incendios fueron más comunes de lo que suponen algunos historiadores agrarios. Se puede encontrar una razón explicativa del carácter muy poco uniforme de la resistencia por parte de los pobres en las divisiones existentes entre los mis-

14. 27 de febrero de 1799, en H.O. 42.46.

15. Hoy existe un importante estudio de los disturbios agrarios: A. J. Peacock, *Bread or Blood. The Agrarian Riots in East Anglia: 1816*, 1965.

mos pobres. Un indicio de ello lo podemos encontrar en un pasaje posterior de la carta de los «Asociados» de Cheshunt:

No podemos dejar de decir que hay mucho espacio para hacer Cambios ya que no podemos entender por qué esos Ruskins y unos pocos más deberían invadir nuestros Comunales cuando no hay espacio para que nadie más ponga nada (Si) vos habéis Cambiado los derechos del Común tu Nombre en vez de ser respetado sería como un Unguento Pestilente que hubiese caído sobre nosotros Nuestra voz y la de la mayor parte de la parroquia está a favor de la regulación de los derechos comunales ...

A finales del siglo XVIII, hay pruebas de una presión creciente sobre los bienes comunales y de un exceso de ganado, no sólo por parte de los *squatters** y los *cottagers*, sino también por parte de los grandes ganaderos como «esos Ruskins». En una situación como ésta, las líneas divisorias entre los intereses del propietario muy pequeño y del *cottager* pobre llegaron a tener una importancia clave. El pequeño propietario estaba interesado en la limitación y regulación más estricta de los derechos comunales; por el contrario, al *cottager* o al *squatter* le interesaba que prevaleciera una definición más laxa de la costumbre. Los ojos del pequeño propietario podían brillar (como los de cualquier campesino en cualquier época y país) ante la perspectiva, a corto plazo, de tener la propiedad absoluta, aunque fuera de los cuatro o cinco acres que el cercado le podría proporcionar; pero el *cottager* que no tenía derecho alguno de propietario, lo perdía todo con el cercado. A largo plazo se podría demostrar que las conquistas de los pequeños propietarios eran ilusorias; pero la ilusión se mantuvo durante los años de precios altos de las guerras francesas.

En efecto, los dos objetivos principales de la operación (más alimentos y rentas más elevadas) se consiguieron durante las guerras. Las rentas aumentaron de forma notable en las zonas de *enclosures* recientes,¹⁶ y se apoyaban a la vez en los precios y en los rendimientos por acre más altos. Cuando cayeron los precios, en 1815-1816 y en 1821

* Ocupante no autorizado que cultiva una tierra en precario. (N. de la L.)

16. Chambers y Mingay, *op. cit.*, pp. 84-85, estiman que el promedio de las rentas se dobló después de la *enclosure*, durante el período álgido de las *Enclosure Acts*; véase también F. M. L. Thompson, *English Landed Society in the Nineteenth Century*, 1963, pp. 222-226.

las rentas continuaron siendo altas —o disminuyeron, como siempre ocurre, lentamente— significando, de ese modo, la ruina de muchos pequeños propietarios que todavía se sostenían en sus propiedades de pocos acres obtenidas con el cercado.¹⁷ Entre los terratenientes, las elevadas rentas sustentaban el gasto de un lujo extraordinario y ostentoso, mientras que los precios altos alimentaban las pretensiones sociales más elevadas —de las que Cobbett tanto se lamentaba— entre los agricultores y sus esposas. Este fue el cenit para aquellos «patriotas del campo» a quienes Byron descuartizó en su *Age of Bronze*.

Pero la codicia sola no puede explicar la situación a la que fue reducido el bracero durante estos años. ¿Cómo era posible que se mantuviese al bracero en un brutal nivel de subsistencia, mientras la riqueza de los terratenientes y los agricultores aumentaba? La respuesta debemos buscarla en el tono contrarrevolucionario general de todo el período. Es probable que los salarios reales de los braceros aumentasen en las décadas anteriores a 1790, especialmente en las áreas contiguas a los distritos manufactureros o mineros. «Es necesaria una guerra para reducir los salarios», este era el grito de alguna *gentry* del norte en la década de 1790.¹⁸ Y los reflejos de pánico y antagonismo de clase, que se habían avivado en la aristocracia debido a la Revolución francesa, bastaron para acabar con las inhibiciones y agravar las relaciones de explotación entre patronos y empleados. Las guerras presenciaron no sólo la desaparición de los reformadores urbanos, sino también el eclipse de la *gentry* humanitaria, de la que Wyvill es un representante. Además del argumento de la codicia, se añadió otro argumento en favor de la *enclosure* generalizada: el de la disciplina social. Los bienes comunales, «el patrimonio de los pobres desde hace mucho tiempo», respecto de los cuales Thomas Bewick podía recordar a los braceros independientes, que habían construido sus cabañas con sus propias manos, viviendo todavía en ellas,¹⁹ eran ahora considerados como un peligroso centro de indisciplina. Arthur Young los veía como un terreno abonado para los «bárbaros», «que alimentaba una estirpe dañina de gente»; con respecto a los pantanos del Lincolnshire decía, «una

17. Para ejemplos del declive de la propiedad campesina de la tierra, véase W. G. Hoskins, *The Midland Peasant*, 1957, pp. 265-268.

18. R. Brown, *General View of the Agriculture of the West Riding*, 1799, Apéndice, p. 13.

19. Bewick, *op. cit.*, pp. 27 y siguientes.

región tan salvaje alimenta a una estirpe de gente salvaje como el pantano».²⁰

Al individualismo se sumó la ideología. Para los señores, sacar a los *cottagers* de las tierras comunales, reducir a sus trabajadores a la subordinación, menguar los ingresos complementarios, expulsar al pequeño propietario, se convirtió en una cuestión política públicamente fomentada. En un momento en que Wordsworth ensalzaba las virtudes del viejo Miguel y su esposa, en su lucha por mantener sus «tierras patrimoniales», el *Commercial and Agricultural Magazine*, muchísimo más influyente, miraba al «yeoman» bajo una perspectiva diferente:

Un pequeño agricultor malvado y perverso es como la cerda en su corral, casi un individuo aislado, que no tiene comunicación con, y por lo tanto ningún respeto por, el mundo.

Y en cuanto a los derechos del *cottage* en la *enclosure*, «parece innecesario tener en cuenta sus demandas»:

Pero el interés de los otros demandantes implica, en el fondo, permitir que el trabajador obtenga cierta porción de tierra ... porque mediante esta gratificación los impuestos para asistir a los pobres disminuirán con prontitud; puesto que un cuarto de acre de tierra de huerto será una buena forma para que el campesino deje de necesitar cualquier ayuda. Sin embargo, hay que ser moderado en este benéfico intento, o corremos el peligro de transformar al bracero en un pequeño agricultor; es decir, de trasladarlo de la más provechosa a la más inútil de todas las aplicaciones de la laboriosidad. Cuando un bracero posee más tierra de la que él y su familia pueden cultivar por las tardes ... el agricultor ya no puede contar con él para el trabajo regular, y la siega del heno y la cosecha ... sufrirán las consecuencias hasta tal punto que ... en algún momento se convertiría en un perjuicio nacional.

Y en cuanto a los pobres de la aldea, son «pícaros intencionados que, bajo diversos pretextos, intentan estafar a la parroquia», y «aplican todos sus recursos para practicar el engaño, que les puedan proporcionar un subsidio en dinero de los asistentes de la parroquia para sus fines ociosos y libertinos».²¹

20. A. Young, *General View of the Agriculture of Lincolnshire*, 1799, pp. 223, 225, 437.

21. *Commercial and Agricultural Magazine* (julio, septiembre, octubre de 1800).

Por supuesto, hay excepciones. Pero así es como iban las cosas entre 1790 y 1810. Aumentar la dependencia de reservas baratas de trabajo era una cuestión de política: «las aplicaciones de la laboriosidad» en beneficio del agricultor en la época de la siega del heno y la cosecha, y para la construcción de carreteras y los eventuales trabajos de vallado y drenaje que se derivaban de las *enclosures*. Tanto los terratenientes como los industriales aprobaban sinceramente lo que Cobbett llamaba la «Filosofía Escocesa» y los Hammonds denominaban «el espíritu de la época». Pero mientras que éste se ajustaba como un guante a las condiciones de la Revolución industrial, en la agricultura rivalizaba (en el mejor de los casos) con las viejas tradiciones paternalistas (el deber del *squire* hacia sus trabajadores) y con la tradición de los ingresos basados en la necesidad (las viejas costumbres de diferenciación según la edad, el estado civil, los hijos, etc. que se perpetuaron bajo el sistema Speenhamland de ayuda a los pobres): en tanto que (en el peor de los casos) estaba forzado por la arrogancia feudal de la aristocracia hacia la estirpe inferior de los trabajadores. Hacía tiempo que la doctrina de que el trabajo encuentra su propio precio «natural», de acuerdo con las leyes de la oferta y la demanda, había empezado a sustituir la noción de salario «justo». Durante las guerras se propagó por todos los medios. «La demanda de trabajo debe, necesariamente, regular los salarios», escribía un magistrado rural en 1800. Y seguía para argumentar que los impuestos para asistir a los pobres, al mantener un excedente de población y favorecer los matrimonios —asegurando de ese modo una oferta de trabajo en los momentos de exceso de demanda—, bajaba el coste total de los salarios. Desde luego, demostró ser un precursor de la ciencia del «promedio»:

Vamos a suponer que sumamos los impuestos anuales para asistir a los pobres y el monto total de los salarios en toda Inglaterra; creo que este total sería menor que la suma *exclusiva* de los salarios, en el caso de que los impuestos para asistir a los pobres no existiesen.²²

Los motivos que condujeron a la introducción de diversos sistemas de ayuda a los pobres, que ponían en relación la ayuda con el precio del pan y el número de hijos, sin duda fueron variados. La decisión de Speenhamland, de 1795, estuvo impulsada tanto por el humanitarismo

22. *Ibid.*, octubre de 1800.

como por la necesidad. Pero la perpetuación de los sistemas *Speenhamland* y *roundsmen*,* en toda su variedad, se vio asegurada por la demanda de los grandes labradores —en una actividad que tiene necesidades excepcionales de trabajo temporero o eventual— de una reserva permanente de mano de obra barata.

Después de las guerras existe un nuevo énfasis: los agricultores están mucho más dispuestos a escuchar las advertencias de Malthus en contra de «una plétora de población». Los impuestos para asistir a los pobres habían aumentado desde menos de 2 millones de libras anuales en la década de 1780, hasta más de 4 millones en 1803, y unos 6 millones después de 1812. En aquel momento una plétora de población apareció, tal y como lo describiría la comisión de las *Poor Law* en 1834, como «una plétora de indolencia y de vicio». Los terratenientes y los agricultores acomodados empezaron a lamentar la pérdida de los bienes comunales —la vaca, la oca, los pastos— que habían permitido que los pobres subsistiesen sin tener que recurrir al inspector de la parroquia. Volvieron algunas vacas; las parcelas de patatas hicieron algunos avances aquí y allí; el Ministerio de Agricultura prestó un tenaz apoyo a la propaganda de la parcelación. Pero era demasiado tarde para invertir el proceso general: nunca se devolvieron unas tierras comunales (si bien se cercaron muchas más) y pocos terratenientes iban a arriesgarse arrendando tierras (quizá cuatro acres para una vaca, a un mínimo de 6 libras por año) a un bracero. Los agricultores, que habían convertido la mezquindad en una doctrina durante los años de prosperidad de la guerra, no estaban dispuestos a ser menos mezquinos cuando los precios del trigo cayeron. Además, la población de las aldeas se vio aumentada con el retorno de los soldados, los pequeños propietarios en bancarota ingresaron en el grupo de los jornaleros, el trabajo eventual en los cercados disminuyó y la concentración de las industrias textiles en el norte y en las Midlands debilitó todavía más la situación del bracero en East Anglia, el West Country y el sur. En algunos condados, las nuevas industrias rurales o las que estaban en expansión (trenzado de paja o el encaje) proporcionaban una ayuda temporal; pero el decaimiento global (muy particularmente en el hilado) está fuera de toda dis-

* Trabajador que necesitaba ayuda de la parroquia, al que se enviaba de una explotación agrícola a otra en busca de trabajo. Su salario se costaba en parte a expensas del agricultor y en parte a expensas de la parroquia. (N. de la t.)

puta. Y como faltaban los trabajos a domicilio, aumentaba el trabajo barato de las mujeres como jornaleras agrícolas.²³

Las rentas elevadas o los precios bajos; la deuda de la guerra y las crisis monetarias; los impuestos sobre la malta, las ventanillas, los caballos; las *Game Laws* con toda su parafernalia de guardabosques, trampas de alambre con escopeta, cepos y (después de 1816) sentencias de deportación, todo ello tenía como fin apretarle los tornillos al trabajador. «Los jacobinos no hicieron esas cosas», exclamó Cobbett:

¿Y pretenderá el Gobierno que esto lo hizo la «Providencia»? ... ¡Bah! Esas cosas son el precio de los esfuerzos que hicieron para aplastar la libertad en Francia, para que el ejemplo de Francia no produjese una reforma en Inglaterra. Esas cosas son el precio de aquella empresa ...²⁴

El bracero tampoco podía esperar encontrar un protector en el párroco «medio», que, según Cobbett, era un absentista que detentaba varios beneficios eclesiásticos al mismo tiempo y que tenía a su familia en Bath,* mientras un cura mal pagado atendía los servicios.

Durante casi cuatro décadas, existe una sensación de erosión de las legitimidades tradicionales y de un agro gobernado con licencia contrarrevolucionaria. «Por lo que se refiere a los impuestos para asistir a los pobres —escribió un «filósofo» de Bedfordshire (el doctor Macqueen) al Ministerio de Agricultura en 1816— siempre los he visto asociados con la holgazanería y la depravación de la clase obrera»:

La moralidad y las costumbres de los órdenes más bajos de la comunidad han ido degenerando desde los momentos más tempranos de la Revolución francesa. La doctrina de la igualdad y de los derechos del hombre no se ha olvidado todavía, al contrario se mantiene con fervor y se abandona a regañadientes. Consideran a sus parroquias respectivas como su derecho y su patrimonio, donde tienen derecho a recurrir ...²⁵

23. I. Pinchbeck, *Women Workers and the Industrial Revolution*, 1930, pp. 57 y siguientes.

24. *Rural Rides*, edición Everyman, I, p. 174.

* Ciudad situada en el oeste de Inglaterra que recibe su nombre y es famosa por sus aguas termales. (N. de la t.)

25. *Agricultural State of the Kingdom*, 1816, p. 25.

Uno tiene que esforzarse para recordar que Inglaterra también pertenecía a los braceros.

En las parroquias del sur y el este, la larga guerra de desgaste se centró en el derecho de los pobres a recibir ayuda. Después de la pérdida de los bienes comunales, éste era el último —el único— derecho que tenía el bracero. El joven, el soltero —o el artesano de la aldea— se podía arriesgar a ir a las ciudades, a trabajar en los canales (y más tarde en las vías férreas) o a emigrar. Pero el bracero maduro que tenía una familia, tenía miedo de perder la seguridad de su *settlement*;* esto junto con el apego a su propia comunidad y a las costumbres rurales le impedía competir en masa con los irlandeses pobres (que, todavía más inteligentes que él, ni siquiera tenían un *settlement* que perder) en el mercado de trabajo industrial. Incluso en las épocas de «escasez» de mano de obra en los distritos industriales, no se alentó su migración. Cuando los comisarios de las *Poor Laws* intentaron estimular esta emigración, después de 1814, principalmente hacia las fábricas del Lancashire y el Yorkshire —quizá para asestar un golpe contra las *trade unions*—, se dio preferencia a las «viudas con familia numerosa, o artesanos... con mucha familia. Los hombres adultos no podrían adquirir la cualificación necesaria para los métodos superiores de las fábricas». En Manchester y en Leeds se establecieron mercados de mano de obra, donde los propietarios de las fábricas podían escudriñar los detalles de las familias: la edad de los niños, el carácter como trabajador, el carácter moral, diversas observaciones («absolutamente saludable», «magnífico para su edad», «dispuestos a asumir el papel de padres para tres huérfanos»); como si fueran ganado de venta. «Tenemos muchas pequeñas familias —añadía un esperanzado guardián de Suffolk— como ésta, compuesta de marido y esposa que estarían dispuestos a cobrar, si usted les contrata juntos, digamos el hombre 8s. y la mujer 4s.»²⁶

Así pues, los impuestos para asistir a los pobres eran el último patrimonio del bracero. Desde 1815 a 1834, continuó la contienda. Del lado de la *gentry* y los inspectores, hacer economías, litigios en torno a los establecimientos, picar piedra y trabajos de castigo, cuadrillas de

* Residencia o establecimiento legal en una parroquia determinada, que le daba derecho a una persona a recibir ayuda de los impuestos para asistir a los pobres. (N. de la I.)

26. *First Annual Report of Poor Law Commissioners*, 1836, pp. 313-314; W. Dodd, *The Factory System Illustrated*, 1842, pp. 246-247. Véase también A. Redford, *Labour Migration in England, 1800-1850*, 1926, cap. 6.

trabajadores con salarios muy bajos, las humillaciones de las subastas de mano de obra, e incluso de los hombres enganchados a los carros. Del lado de los pobres, amenazas a los inspectores, sabotajes esporádicos, un espíritu «servil y astuto» o «taciturno y malhumorado», una desmoralización evidente que está documentada, página tras página, en los Informes de los comisarios de las *Poor Laws*. «Sería mejor para nosotros convertirnos inmediatamente en esclavos que trabajar bajo este sistema... cuando un hombre tiene el ánimo abatido, ¿para qué sirve?» En los condados del sur, que estaban bajo el sistema *Speenhamland*, los braceros tenían sus propios chistes amargos: los agricultores «nos mantienen aquí [con los impuestos para asistir a los pobres] como si fuéramos patatas en un hoyo, y sólo nos cogen para utilizarlos cuando ya no pueden pasar sin nosotros».²⁷

Esta es una descripción acertada. Cobbett tenía razón en cuanto a la descripción de las causas, cuando lanzaba sus improperios contra la despoblación rural masiva, pero se equivocaba en las conclusiones. Parece probable que las *enclosures* —particularmente de las tierras de labranza del sur y del este durante las guerras— no tuvieron como consecuencia la despoblación general. Al mismo tiempo que los braceros emigraban —en oleadas, desde las aldeas a la ciudad, y de condado en condado—, el crecimiento demográfico general compensó de sobras la pérdida. Después de las guerras, cuando cayeron los precios y los agricultores ya no pudieron «tener un escape para nuestros jóvenes en el ejército o la armada» (un poder disciplinario útil en manos de un magistrado rural), la queja fue acerca del «exceso de población». Pero, después de que se aplicasen las nuevas *Poor Laws* en 1834, se demostró que en algunos pueblos ese «exceso» era ficticio. En esos pueblos la mayor parte del coste de la mano de obra se cubría a través de los impuestos para asistir a los pobres: los jornaleros eran contratados de vez en cuando o por medio día y luego devueltos a la parroquia. «Si hay una helada les despiden —decía un inspector—, cuando empieza la temporada vienen a mí y los contratan de nuevo. Los agricultores convierten mi casa en lo que en nuestro oficio llamamos una lonja.» El tiempo húmedo crea «excedente»; la cosecha «escasez». Los patronos, recelosos de subvencionar la mano de obra de sus vecinos a través de

27. *First Annual Report of the Poor Law Commissioners* 1836, p. 212. El mismo chiste se «entendía a la perfección» en Wiltshire en 1845; pero en este caso el «hoyo» se había convertido en un asilo de pobres: A. Somerville, *op. cit.*, p. 385.

los impuestos para asistir a los pobres, despedirían a sus propios braceros y solicitarían su trabajo a través del inspector: «Fulano ha despedido a dos de sus hombres; si yo tengo que pagar por sus salarios, él debe pagar por los vuestros; por lo tanto, tenéis que ir». Es un sistema abierto a infinitas combinaciones de embrollos, despilfarro y extorsión; y también abierto a unos pocos trucos por parte de los jornaleros. Pero —aparte de las picardías y las testarudeces absolutas— iba dirigiendo a una única cosa: destruir el último vestigio de control, por parte del bracero, de su propio salario o de su vida de trabajo.²⁸

«Un sistema —reza la sesgada frase de la economía política de la época, cuando tiene que referirse a Spethamland— que ha roto los vínculos de mutua dependencia entre el patrono y su empleado.» En realidad, el bracero del sur había quedado reducido a una dependencia total en relación con los patronos como clase. Pero el trabajo esclavo es «antieconómico», en particular cuando se les impone a los hombres que aumentan agravios en base a derechos perdidos y a las resistencias rudimentarias del «inglés libre por nacimiento». Es «antieconómico» supervisar las cuadrillas de trabajadores (aunque esto se hizo durante muchos años en los condados del este); durante la mayor parte del año los braceros trabajan en grupos de dos o tres con el ganado, en los campos, haciendo trabajos de cercado, por su propia iniciativa. A lo largo de esos años, la relación de explotación se intensificó hasta el punto en que, simplemente, dejó de «salir a cuenta»; quienes constituían este tipo de mano de obra pobre pasaron a ser rateros de nabos, gorriones de cervecería, cazadores furtivos y vagos. Era más fácil emigrar que resistir; porque reforzar las relaciones de explotación significaba reforzar la represión política. El analfabetismo, el agotamiento, la emigración de los ambiciosos, los listos y los jóvenes de las aldeas, la sombra del *squire* y el párroco, el violento castigo contra los que participaban en tumultos de subsistencia o contra las *enclosures* y contra los cazadores furtivos; todo esto se conjugaba para inducir al fatalismo e inhibir la articulación de los agravios. Cobbett, el mayor tribuno de los braceros, tenía muchos partidarios entre los agricultores y en las pequeñas ciudades de mercado. Es dudoso que, antes de 1830, muchos braceros conociesen su nombre o comprendiesen cuál

28. Véase A. Redford, *op. cit.*, pp. 58-83; y en cuanto a los excedentes ficticios, *First Annual Report of the Poor Law Commissioners*, 1836, pp. 229-238; W. T. Thomson, *Over-Population*, 1846, pp. 231-232.

era su propósito. Cuando Cobbett pasaba cabaigando por la «Cuesta Maldita» de Old Sarum, se encontró a un jornalero que regresaba del trabajo:

Le pregunté cómo le iba. Dijo: muy mal. Le pregunté cuál era la causa. Dijo: los tiempos difíciles. «¿Qué tiempos? —dije— ¿Hubo jamás un verano más bueno, una cosecha mejor...?» «¡Ah! —dijo— así y todo, ellos hacen que sea mala para los pobres.» «¿Ellos? —dije— ¿Quiénes son ellos?» Se mantuvo en silencio. «¡Oh, no, no! amigo mío —dije— no son ellos; es esta Cuesta Maldita la que te ha robado...»²⁹

A lo largo de las guerras, la «gran fábrica de la sociedad» se sustentó sobre esa «afligida... base rústica». «Son las esposas de esos hombres —escribió David Davies— quienes crían a esas robustas camadas de hijos que, además de suministrar al campo los brazos que necesita, llenan los vacíos que deja la muerte de continuo en los campos y las ciudades.»³⁰ Después de las guerras, con la subida de precios y el retorno de los soldados a sus pueblos, se produjo algún estímulo de revuelta. «No estamos dispuestos a soportar por más tiempo la Carga que ahora ha recaído sobre nosotros», rechazaba una carta del distrito de Yeovil, firmada con un corazón sangrante: «Sangre, Sangre y Sangre, debe haber una Revolución General...»³¹ Pero la misma violencia de estas amenazas sugiere una sensación de impotencia. Sólo en 1816, en East Anglia, donde los jornaleros eran contratados en grandes cuadrillas, estallaron disturbios serios. A la demanda de un salario mínimo (2s. por día) se unió la demanda de un máximo de precios; hubo motines de subsistencia, recaudaciones forzosas de dinero de la *gentry*, y destrucción de máquinas trilladoras. Pero el desorden se reprimió brutalmente, y provocó la vuelta a la clandestinidad de la caza furtiva, la carta anónima y la quema de los almiares de grano.³²

Cuando llegó la revuelta, en 1830, con una muchedumbre curiosamente vacilante y no sanguinaria («la turbulencia de los hombres libres desmoralizados»), se afrontó con la misma sensación de ultraje que hu-

29. *Rural Rides*, edición Everyman, II, pp. 56-57.

30. W. Belsham, *Remarks on the Bill for the Better Support... of the Poor*, 1795, p. 5; D. Davies, *The Case of Labourers in Husbandry*, 1795, p. 2.

31. Carta adjunta a la de Moody a Sidmouth, 13 de mayo de 1816, H.O. 42.150.

32. H.O. 42.149/51. Para las cuadrillas de trabajadores en East Anglia, véase W. Hasbach, *History of the English Agricultural Labourer*, 1908, pp. 192-204.

biese provocado un levantamiento de los «negros». «Exhorté a los magistrados a que cabalgasen», consignaba el vencedor de Waterloo,

cada uno a la cabeza de sus propios criados, partidarios, mozos de cuadra, monteros, guardabosques armados con látigos, pistolas, escopetas y todo lo que pudiesen tener, y atacasen con coordinación ... a esas muchedumbres, las dispersaran, las destruyesen y que cogiesen y pusieran en prisión a los que no pudieran escapar.³³

Sin embargo, no fue el duque, sino el nuevo gabinete *whig* (que aprobaría el proyecto de reforma) el que envió comisiones especiales para aterrorizar a los insurgentes. Y fue el órgano del radicalismo de la clase media, *The Times*, el que encabezó la demanda de ejemplos de severidad. Se siguió el consejo:

El 9 de enero [1831], se dictó sentencia de muerte contra veintitrés acusados, por la destrucción de una máquina de papel en Buckingham; en Dorset, el día 11, contra tres por obtener dinero mediante extorsión, y contra dos por robo; en Norwich, fueron condenados cincuenta y cinco acusados por rotura de máquinas y amotinamiento; en Ipswich, tres por obtener dinero mediante extorsión; en Peterborough, veintiséis por rotura de máquinas y amotinamiento; en Gloucester, más de treinta; en Oxford, veintinueve; y en Winchester, de más de cuarenta acusados, seis pasaron a ser ejecutados. ... En Salisbury, fueron condenados cuarenta y cuatro acusados ...³⁴

Y de nuevo fue un gabinete *whig* el que, 3 años más tarde, decretó la deportación de los jornaleros de Tolpuddle, en Dorsetshire, que habían cometido la insolencia de formar una *trade union*.

Esta revuelta de los braceros rurales se extendió más ampliamente por East Anglia y las Midlands, así como en los condados del sur, y duró más tiempo de lo que se trasluce en la narración de los Hammond. Han sobrevivido unos pocos relatos de primera mano, de la parte de los braceros. En 1845, Somerville tomó nota de la historia de Joseph Carter, un jornalero de Hampshire del pueblo de Sutton Scotney (uno de

33. *Wellington Despatches*, serie segunda, viii, p. 388, cit. H. W. C. Davis, *op. cit.*, p. 224.

34. A. Prentice, *Historical Sketches of Manchester*, p. 372. En total, fueron ahorcados 9 braceros, 457 fueron deportados y casi 400 encarcelados. Véase J. L. y B. Hammond, *The Village Labourer*, caps. X y XI.

los lugares donde se inició la revuelta) que fue condenado a ser deportado por su participación en ella, y que estuvo durante 2 años en las galeras de Portsmouth. «Todo el mundo se sintió impulsado por un igual al ir —decía Carter—: Nadie se negó.»

Yo estuve en la reunión en aquella casa de la esquina, allí, al otro lado de la calle, la noche en que Joe Mason nos leyó a todos la carta que provenía de Overton. La carta no estaba firmada. Pero Joe dijo que sabía de quién era. Joe era un hombre instruido. La carta, yo lo sé, era del viejo D—s; que bien muerto esté; y venía de Newton, nunca vino de Overton. Decía que teníamos que parar el trabajo, y que los hombres de Sutton tenían que salir al campo y parar los arados. Tenían que mandar las caballerías a los agricultores para que se las arreglasen ellos solos e iban a llevar hombres con ellos. E irían y sacarían a los hombres de los establos. Y todos irían a romper las máquinas que los agricultores habían comprado para hacer la trilla ...

Bien, en cuanto a la carta, Joe Mason la leyó. Entonces no sabíamos de quien era. Pero ahora todos los de este lugar lo sabemos, aquel viejo D—s tenía que ver con aquello. Era un gran amigo del señor Cobbett. Solía escribirle al señor Cobbett. Nunca se puso en líos, y para ponerse él mismo en ellos. No, no le doy la culpa de eso al señor Cobbett. Sólo me refiero al viejo D—s, el zapatero ...

Luego los trabajadores recogieron dinero, o lo obtuvieron por extorsión, de la *gentry* y los agricultores, e hicieron tesorerero a Joseph Carter:

Dijeron que yo era hoarado y me lo dieron para que lo guardase. En cierto momento tuve 40 libras: 40 libras chelín por chelín. Desde entonces, mucha gente me ha dicho que debería haberme ido con él. Una vez pensé en hacerlo. Llegó el coche cuando estábamos en la carretera de Londres, y me vino a la cabeza subir al coche con las 40 libras, y desentenderme de todo el asunto. Pero pensé que dejaba a mi esposa y que todos me llamarían vagabundo, y el coche pasó de largo ...

No era necesario que me pusiesen a prueba. Vinieron una y otra vez cuando estaba en la prisión de Winchester, para hacerme hablar en contra de los dos Mason. Me ofrecieron la absolución con decirles simplemente lo que sabía contra ellos. Si hubiese dicho lo que sabía, les hubiesen colgado, tan seguro como colgaron a Borrowman, y Cooke y Cooper. Me llevaron junto con otros prisioneros a verles colgados. Con

eso intentaban asustarnos para que dijésemos todo lo que sabíamos unos de otros. Pero yo no iba a chivar. De ese modo a Mason solo lo deportaron y también me deportaron a mí. La muchedumbre me arrastró contra mi voluntad, pero eso no era suficiente para chivar luego, porque como ves, yo seguí estando con ellos ... Fueron los compañeros jóvenes quienes lo hicieron ...³⁵

La revuelta de los braceros fue un auténtico estallido de destrucción de máquinas, con pocos indicios de una motivación política ulterior. Aunque se destruyeron almares de grano y otras propiedades (así como maquinaria industrial en los distritos rurales), el principal ataque fue contra las máquinas trilladoras, que (a pesar de los sermones futuristas) desplazaban de manera evidente a los casi famélicos trabajadores. Por lo tanto, la destrucción de las máquinas tenía, de hecho, como resultado cierto alivio momentáneo.³⁶ Pero es posible que entre los «compañeros jóvenes» se divulgasen ideas políticas de mayor trascendencia.³⁷ Un hombre «instruido» como Joe Mason puede prefigurar a George Loveless. Remedones radicales como D-s podían encontrarse en la mayor parte de las pequeñas ciudades de mercado. Es tentador sugerir que en Norfolk las agitaciones de los jacobinos y los radicales habían dejado algunas huellas en los pueblos. En Lincolnshire, en 1830, se hicieron los más enérgicos esfuerzos para intimidar a los braceros que habían leído el *Register* de Cobbett.³⁸ Pero si bien se estaba despertando una conciencia política, ésta no alcanzó el punto necesario para que los trabajadores urbanos y rurales pudiesen formar organizaciones comunes o hiciesen causa común, hasta varios años después de que la revuelta de los braceros hubiese sido reprimida.³⁹

35. A. Somerville, *op. cit.*, pp. 262-264.

36. Véase E. J. Hobsbawm, «The Machine-Breakers», *Past and Present* (1 de febrero de 1952), p. 67. (Hay trad. cast.: «Los destructores de máquinas» en *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*. Crítica, Barcelona, 1979, pp. 16-35.)

37. Tuvo amplia repercusión lo que, al parecer, dijo un bracero de Kent: «Este año destruiremos las hacinas y las máquinas trilladoras. El año que viene les tocará a los Párrocos, y el tercer año les declaramos la guerra a los Hombres de Estado»; véase, como ejemplo, octavilla en H.O. 40.25.

38. Véase J. Hughes, «Tried Beyond Endurance», *The Landworker* (noviembre, 1954).

39. En 1833, James Watson hizo un llamamiento a los miembros de la *National Union of Working Classes* para que hiciesen un esfuerzo especial para crear secciones entre los trabajadores rurales. *Working Man's Friend* (3 de agosto de 1833). Véase también *Radical Reformer* (19 de noviembre de 1831).

La revuelta de 1830 no dejó de tener resultados por completo. En los condados del sur condujo a una elevación temporal de los salarios. Y, de forma indirecta, dio un empujón final a la Vieja Corrupción. Muchos agricultores, y unos pocos miembros de la *gentry*, se habían avergonzado de la cuestión, habían negociado con las muchedumbres o les habían dado un apoyo pasivo. La revuelta, por una parte socavó la confianza de la *gentry*, y por otra contribuyó a que surgiera la agitación en favor de la reforma de los años 1831-1832. «La característica importante del asunto —escribió Cobbett— es que la *clase media*, que anteriormente siempre se había alineado, hablando en general, contra la *clase obrera*, está ahora con ella en corazón y en pensamiento, aunque no siempre en acto. ... Entre los hombres de oficio, incluso los de la metrópolis, 99 de cada 100 están del lado de los braceros.»⁴⁰ La aristocracia perdió «prestigio»: la necesidad y la urgencia de la reforma se hizo más evidente. Y desde este momento en adelante se puede ver un desarrollo político articulado entre los braceros rurales: bolsas de trabajo como el Pasado, un hombre perseverante— represaliado en 1835 por negarse a firmar una petición en favor de las *Corn Laws*; una propagación de secciones cartistas en East Anglia y el sur.

Pero los agravios de los braceros tuvieron, por así decirlo, una existencia delegada, ensortijados con las otras hebras que componían la conciencia de la clase obrera urbana. Aunque —a diferencia de Francia o Irlanda— nunca dio lugar a una agitación nacional coherente, el mar de fondo de la protesta rural siempre volvía al acceso a la tierra. «Los tiempos solían ser mejores antes de que Bedlow fuese cercado ... Estaríamos contentos de vivir en un rood* de tierra y pagar la renta máxima por él» (Petición de los Braceros de Buckinghamshire, 1834). «... pequeñas parcelas de tierra para que los trabajadores las cultivasen con una laya ...» (Petición de los Braceros de Essex, 1837). «De-seaba que todo jornalero tuviese tres o cuatro acres de tierra a la misma renta que pagaban los agricultores. Pagarian esto y estarían contentos. (Fuertes aplausos ...)» (discurso de un jornalero de Wiltshire, 1845). Cuando el bracero o sus hijos se trasladaban a la ciudad,

40. *Political Register* (4 de diciembre de 1830).

* Medida de superficie para medir tierras, que tiene unos 40 *poles* o *perches* (medidas de longitud que equivalen a 5,029 m), pero que pueden variar localmente. (N. de la r.)

aspiración permanecía. Y cuando los diezmos, las *Game Laws* y máquinas trilladoras se habían olvidado, la sensación de haber per-
 unidos derechos persistía; o, como dice Clapham, se «exageraba» en
 recuerdo popular». Veremos cómo Cobbett y Hunt, ambos agricul-
 tura, ayudaron a configurar el nuevo radicalismo urbano; pero los re-
 dos rurales se alimentaron en la cultura de la clase obrera urbana
 a través de innumerables experiencias personales.⁴¹ A lo largo del si-
 xix, el obrero urbano elaboró de forma articulada el odio al «ha-
 gado aristócrata», que quizá su abuelo había alimentado en secre-
 te gustaba ver al *squire* repudiado en horribles melodramas, e
 el mismo prefería un Comité Protector a la caridad de lady Bountiful;
 consideraba que el terrateniente no tenía «derecho» a su riqueza, mien-
 tras que el propietario de la fábrica, aunque fuese con medios poco hon-
 rados, se la había «ganado». La respuesta de los miembros urbanos de
 las *trade unions* ante la deportación de los braceros de Tolpuddle fue
 inmediata y abrumadora; y ante las luchas posteriores de la *Arch's*
union apenas fue menor. Y el anhelo de tierra emerge una y otra vez,
 entremezclado con el deseo de «independencia» de los trabajadores a do-
 micilio, desde los tiempos de Spence hasta el *Land Plan* cartista y más
 allá. Quizá sus vestigios se encuentren aún hoy entre nosotros, en las
 parcelas y los pequeños huertos. La tierra siempre lleva consigo aso-
 ciaciones —de posición social, seguridad, derechos— más profundas
 que el valor de su cosecha.

La influencia de esto la encontramos, en un momento tan temprano
 como la década de 1790, en el odio jacobino hacia la aristocracia
 terrateniente. Esta fue una característica perdurable del radicalismo de
 los artesanos, alimentada por la *Agrarian Justice* de Paine y la propa-
 ganda de Spence en favor de la nacionalización de la tierra. Durante
 la fuerte depresión de la posguerra, el doctor Watson y otros oradores
 ganaron un gran apoyo por parte de los desempleados, los soldados
 marineros licenciados que asistieron a los mines de Spa Fields:
 «... los oficios y el comercio han sido aniquilados, pero la tierra, por
 naturaleza, todavía estaba preparada para sostener a la humanidad. La
 tierra siempre es suficiente para que el hombre supere la miseria ... si
 por lo menos tiene una pala y un azadón ...».⁴² En la década siguien-

41. Richard Hoggart ha dado testimonio respecto de la supervivencia de recuerdos
 tales entre la clase obrera de Leeds, en la década de 1930. Véase *Uses of Literacy*,
 pp. 23-25.

42. W. M. Gurney, *Trial of James Watson*, 1817, I, p. 70.

te, a medida que el owenismo cambió de forma entre sus seguidores
 plebeyos, el sueño de una comunidad cooperativa basada en la tierra
 adquirió una fuerza extraordinaria.

Y de ese modo, al mito político de la libertad inglesa anterior al
 «Bastardo normando y su ejército de bandidos», se le añadió el mito so-
 cial de la edad dorada de la comunidad aldeana antes de las *enclosu-
 res* y antes de las guerras:

En eso reside que podamos ver la restauración de los viejos tiempos
 de Inglaterra, de la vieja comida inglesa, las viejas fiestas inglesas, y
 la vieja justicia inglesa, y que cada hombre viva con el sudor de su frente
 ... cuando el tejedor trabajaba en su propio telar y desentumecía sus
 miembros en su propio campo, cuando las leyes reconocían el derecho
 del pobre a una abundancia de todo ...

Quien lo dice es Feargus O'Connor, el líder cartista, que le daba pro-
 porciones gargantuescas al mito; pero Cobbett, Hunt, Oastler y otros
 muchos líderes radicales contribuyeron a ello. Se olvidaron del feroz
 código penal, las privaciones, los correccionales de la vieja Inglaterra;
 sin embargo, el mito de la comunidad paternalista perdida se convir-
 tió en una fuerza de derecho propio, quizá una fuerza tan poderosa
 como las proyecciones utópicas de Owen y los socialistas. Decir que
 era un «mito» no quiere decir que todo era falso; más bien era un mon-
 taje de recuerdos, un «promedio» en el que cada pérdida y cada inju-
 ria queda insertada en un total. En su juventud, «el Viejo Robin» le dice
 al propietario de la fábrica (en un folleto de O'Connor) «todas esas ca-
 lles nuevas que están detrás de la casa del señor Twist y el señor Grab
 y el señor Screw ... eran *open fields*.* y los niños solían ir allí a los
 ocho, nueve, diez, once, sí, y a los doce años a emplear su tiempo ju-
 gando al críquet, al lazo, a las bolas y a la pelota ... y a la pídola...». Luego vino la época «en que la gente rica aterrorizó a la gente pobre
 hasta sacarla de sus cabales con su «Ya viene» y «ellos ya vienen».
 «¿Quiénes son "ellos", Robin?»

Pues, *Boney*** y los franceses, seguro. Bien, fue la época en que la
 gente rica asustó a la gente pobre y le robó toda la tierra. Todo esto era

* Sistema por el que la tierra cultivable de un pueblo se separaba en diversas por-
 ciones o franjas no cerradas y se distribuía entre los aldeanos. (*N. de la t.*)

** Se refiere a Bonaparte. (*N. de la t.*)

esta aspiración permanecía. Y cuando los diezmos, las *Game Laws* y las máquinas trilladoras se habían olvidado, la sensación de haber perdido unos derechos persistía; o, como dice Clapham, se «exageraba» en «el recuerdo popular». Veremos cómo Cobbett y Hunt, ambos agricultores, ayudaron a configurar el nuevo radicalismo urbano; pero los recuerdos rurales se alimentaron en la cultura de la clase obrera urbana a través de innumerables experiencias personales.⁴¹ A lo largo del siglo XIX, el obrero urbano elaboró de forma articulada el odio al «hacendado aristócrata», que quizá su abuelo había alimentado en secreto, le gustaba ver al *squire* repudiado en horribles melodramas, e incluso prefería un Comité Protector a la caridad de lady Bountiful; consideraba que el terrateniente no tenía «derecho» a su riqueza, mientras que el propietario de la fábrica, aunque fuese con medios poco honrados, se la había «ganado». La respuesta de los miembros urbanos de las *trade unions* ante la deportación de los braceros de Tolpuddle fue inmediata y abrumadora; y ante las luchas posteriores de la *Arch's union* apenas fue menor. Y el anhelo de tierra emerge una y otra vez, entremezclado con el deseo de «independencia» de los trabajadores a domicilio, desde los tiempos de Spence hasta el *Land Plan* cartista y más allá. Quizá sus vestigios se encuentren aún hoy entre nosotros, en las parcelas y los pequeños huertos. La tierra siempre lleva consigo asociaciones —de posición social, seguridad, derechos— más profundas que el valor de su cosecha.

La influencia de esto la encontramos, en un momento tan temprano como la década de 1790, en el odio jacobino hacia la aristocracia terrateniente. Esta fue una característica perdurable del radicalismo de los artesanos, alimentada por la *Agrarian Justice* de Paine y la propaganda de Spence en favor de la nacionalización de la tierra. Durante la fuerte depresión de la posguerra, el doctor Watson y otros oradores se ganaron un gran apoyo por parte de los desempleados, los soldados y marineros licenciados que asistieron a los mines de Spa Fields: «... los oficios y el comercio han sido aniquilados, pero la tierra, por naturaleza, todavía estaba preparada para sostener a la humanidad. La tierra siempre es suficiente para que el hombre supere la miseria ... si por lo menos tiene una pala y un azadón ...».⁴² En la década siguiente

41. Richard Hoggart ha dado testimonio respecto de la supervivencia de recuerdos rurales entre la clase obrera de Leeds, en la década de 1930. Véase *Uses of Literacy*, 1957, pp. 23-25.

42. W. M. Gurney, *Trial of James Watson*, 1817, I, p. 70.

te, a medida que el owenismo cambió de forma entre sus seguidores plebeyos, el sueño de una comunidad cooperativa basada en la tierra adquirió una fuerza extraordinaria.

Y de ese modo, al mito político de la libertad inglesa anterior al «Bastardo normando y su ejército de bandidos», se le añadió el mito social de la edad dorada de la comunidad aldeana antes de las *enclosures* y antes de las guerras:

En eso reside que podamos ver la restauración de los viejos tiempos de Inglaterra, de la vieja comida inglesa, las viejas fiestas inglesas, y la vieja justicia inglesa, y que cada hombre viva con el sudor de su frente ... cuando el tejedor trabajaba en su propio telar y desentumecía sus miembros en su propio campo, cuando las leyes reconocían el derecho del pobre a una abundancia de todo ...

Quien lo dice es Feargus O'Connor, el líder cartista, que le daba proporciones gargantuescas al mito; pero Cobbett, Hunt, Oastler y otros muchos líderes radicales contribuyeron a ello. Se olvidaron del feroz código penal, las privaciones, los correccionales de la vieja Inglaterra; sin embargo, el mito de la comunidad paternalista perdida se convirtió en una fuerza de derecho propio, quizá una fuerza tan poderosa como las proyecciones utópicas de Owen y los socialistas. Decir que era un «mito» no quiere decir que todo era falso; más bien era un montaje de recuerdos, un «promedio» en el que cada pérdida y cada injuria queda insertada en un total. En su juventud, «el Viejo Robin» le dice al propietario de la fábrica (en un folleto de O'Connor) «todas esas calles nuevas que están detrás de la casa del señor Twist y el señor Grab y el señor Screw ... eran *open fields*,* y los niños solían ir allí a los ocho, nueve, diez, once, sí, y a los doce años a emplear su tiempo jugando al críquet, al lazo, a las bolas y a la pelota ... y a la pidola...». Luego vino la época «en que la gente rica aterrorizó a la gente pobre hasta sacarla de sus cabales con su «Ya viene» y «ellos ya vienen». «¿Quiénes son "ellos", Robin?»

Pues, *Boney*** y los franceses, seguro. Bien, fue la época en que la gente rica asustó a la gente pobre y le robó toda la tierra. Todo esto era

* Sistema por el que la tierra cultivable de un pueblo se separaba en diversas porciones o franjas no cerradas y se distribuía entre los aldeanos. (*N. de la t.*)

** Se refiere a Bonaparte. (*N. de la t.*)

comunal, señor Smith ... Todo, a la derecha y a la izquierda, más allá de la prisión y los cuarteles todo era comunal. Y toda la gente (de Polvo del Diablo) tendría una vaca, o un burro, o un caballo en los pastos comunales, y jugarían a críquet y a carreras y a lucha libre ...

Construyeron el cuartel en un extremo y la iglesia en el otro ... y, por fin, todo el pueblo tuvo que vender la vaca para pagar al Abogado Molinero, y al Abogado Recaudador ... y ahora el hijo de uno de ellos es alcalde, y el del otro ... es director de un banco. Sí, querido, muchos de los hombres honrados fueron colgados y deportados lejos de las viejas tierras comunales.⁴³

Es una ironía histórica que no fuesen los braceros rurales, sino los obreros urbanos los que organizaron la mayor agitación coherente a nivel nacional, en favor del retorno de la tierra. Algunos de ellos eran hijos y nietos de braceros, cuyo talento se había agudizado con la vida política de las ciudades, liberados de las sombras del *squire*. Algunos —los que apoyaban el *Land Plan*— eran tejedores y artesanos de ascendencia rural: «mi padre y mi abuelo y toda la gente de mi pueblo trabajaban la tierra y esta no acabó con ellos, ¿por qué debería acabar conmigo?». ⁴⁴ Entrentado con los tiempos difíciles y el desempleo en los desiertos de ladrillo de las crecientes ciudades, el recuerdo de los derechos perdidos se alzó con la nueva amargura de la privación.

Nos hemos desviado lejos de los promedios. Esa era nuestra intención. Porque no podemos hacer un promedio del bienestar. Hemos atisbado algo de la otra cara del mundo de las novelas de Jane Austen; y los que vivieron en aquella cara *experimentaron* el periodo como bastante catastrófico. «Cuando los agricultores se convirtieron en *gentlemen* —escribió Cobbett— sus braceros se convirtieron en *esclavos*.» Si es posible argumentar que, al final del proceso, hubo mejora, debemos recordar que la mejora fue para otra gente. Cuando comparamos a un bracero de Suffolk con su nieta que trabaja en una fábrica de los algodones, estamos comparando —no dos niveles—, sino dos formas de vida.

Sin embargo, hay dos puntos importantes que se deben señalar acerca de esos promedios. El primero es que, dadas las mismas cifras, es posible demostrar tanto un relativo declive como un aumento absoluto de la pobreza. La agricultura es una actividad con una demanda de tra-

43. F. O'Connor, *The Employer and the Employed*, 1844, pp. 15, 41-42, 56.

44. *The Labourer*, 1847, p. 46.

bajo inelástica: si en 1790, se necesitaban diez jornaleros en una explotación agrícola determinada, en 1830 podrían ser diez u —con arados perfeccionados y máquinas trilladoras— ocho. Podríamos demostrar que el bracero o el carretero que tenían su empleo regular aumentaron sus salarios reales durante este periodo; mientras que el aumento demográfico de la aldea —trabajo eventual y desempleados— conducía a un aumento absoluto del número de los pobres. Y aunque esto podía ser más evidente en la agricultura, la misma hipótesis podría surgir en nuestra mente cuando tratemos la visión de conjunto a nivel nacional. Si, por mor de la discusión, tomamos la hipótesis de que un 40 por 100 de la población (10,5 millones) vivía por debajo de un nivel de pobreza determinado en 1790, pero en 1841 sólo el 30 por 100 de la población (18,1 millones) continuaba en la misma situación; sin embargo, nos encontramos con que el número absoluto de pobres habrá aumentado desde, más o menos, cuatro millones hasta bastante más de cinco millones. Se «notará» más pobreza, y por otra parte, habrá, de hecho, más gente pobre.

Esto no es hacer malabarismos con las cifras. Es posible que lo que ocurriese fuera algo de ese estilo. Pero a la vez ninguna valoración de este tipo de los promedios nos puede decir algo acerca de las relaciones humanas «medias». Para juzgarlas, estamos obligados a abrirnos camino como podamos a través de las problemáticas fuentes de información subjetivas. Y una opinión sobre este período debe incluir, con seguridad, alguna impresión del *gentleman* inglés «medio». No debemos aceptar el impropio de Cobbett: «la más cruel, la más insensible, la más brutal e insolente» de las criaturas de Dios. Pero tampoco debemos retroceder a algunas de las más sospechosas ideas que han reaparecido desde hace poco tiempo: «Los *gentlemen* rurales ingleses eran, ciertamente, quizá la más notable clase de hombres que jamás haya producido sociedad alguna en cualquier parte del mundo». ⁴⁵ En lugar de ésta, podemos dar la opinión de un bracero de Norfolk, en una carta anónima dirigida a los «*Gentlemen* de Ashill»: «Nos habéis sometido ya a la carga más pesada y nos habéis uncido al yugo más severo que jamás conocimos»;

Es demasiado cruel para soportarlo, a menudo nos habéis cegado diciéndonos que toda la culpa era de los que tienen un escaño en el Par-

45. R. J. White, *Waterloo to Peterloo*, 1957, pp. 40-44.

lamento pero ... ellos no tienen nada que ver con la regulación de esta parroquia.

Hacéis lo que queréis, les robáis a los pobres sus derechos Comunes, roturáis la hierba que Dios mandó crecer para que el pobre pueda alimentar una Vaca, un Cerdo, un Caballo y no un Asno; dejáis inmundicias y piedras en el camino para impedir que crezca la hierba ... Hay 5 o 6 de vosotros que tenéis toda la Tierra de esta parroquia en vuestras manos y deseáis ser ricos y matar de hambre a todos los demás pobres ...

«Hemos contado que somos 60 por cada 1 de vosotros: por consiguiente ¿deberíais gobernar, siendo tantos contra 1?»⁴⁶

Pero el odio especial de la comunidad rural se reservaba para el clero que consumía el diezmo. «Prepara tu perversa Alma para la Muerte», ésta es la amenaza que recibió un vicario de Essex en 1830, dentro de la carta había dos fósforos: «Tú & tu pandilla sois los más Desamparados de esta parroquia ...». El párroco de Freshwater (Isla de Wight) recibió una intimidación todavía más explícita de uno de sus parroquianos, en forma de un fuego suave acompañado de una carta. «Durante los últimos 20 años hemos vivido en una Condición Miserable para mantener tu Maldito Orgullo»:

Lo que hemos hecho ahora es luchar contra nuestra Voluntad, pero tu corazón es tan duro como el corazón de un Faraón ... De modo que de momento y por este fuego no te lo debes tomar como una ofensa, porque si no te lo hubieses mercedo no lo hubiésemos hecho. En cuanto a ti mi Viejo amigo suerte que no estabas aquí, de lo contrario me temo que te hubieras asado, y si eso hubiese ocurrido cómo se hubieran reído los agricultores al ver a su Párroco asado al fin ...

«Y en cuanto a este pequeño fuego —finalizaba el escritor con el mismo mal humor—, no te asustes, cuando Quememos tu granero será mucho peor ...»⁴⁷

46. Carta adjunta a la del reverendo Edwards a Sidmouth, 22 de mayo de 1816, H.O. 42.150.

47. Cartas adjuntas a las del reverendo W. M. Hurlock, 14 de diciembre de 1830, y el mismo reverendo deán Wood, 29 de noviembre de 1830, en H.O. 52.7.

8. ARTESANOS Y OTROS

Si en la agricultura el promedio es esquivo, no lo es menos cuando nos referimos a los trabajadores de la industria urbana. Todavía en 1830, el obrero industrial característico no trabajaba en una fábrica o factoría, sino (como artesano o «trabajador manual») en un pequeño taller o en su propia casa, o (como peón) en empleos callejeros más o menos eventuales, en solares para edificación, en los muelles. Cuando Cobbett dirigía su *Political Register* hacia la gente común, en 1816, no lo hacía a la clase obrera, sino a los «Oficiales y Peones». Debajo del término «artesano» había grandes diferencias de grado, desde el prósero maestro artesano que tenía mano de obra empleada por cuenta propia y que era independiente de cualquier patrono, a los explotados peones de buhardilla. Por esa razón, es difícil dar cualquier estimación precisa del número y la posición social de los artesanos en los diferentes oficios. Los cuadros referentes a oficios del censo de 1831, no se esfuerzan en diferenciar entre el patrono, el que trabaja por cuenta propia y el peón.¹ Después de los braceros agrícolas y los criados domésticos (para Gran Bretaña, en 1831, se cuentan 670.491 mujeres empleadas en el servicio doméstico), los oficios relacionados con la construcción componían el siguiente grupo más numeroso que daba trabajo a un conjunto de 350.000 a 400.000 hombres y muchachos en 1831. Dejando de lado las industrias textiles, en las que aún predominaba el trabajo a domicilio, el oficio artesano independiente más numeroso era el de la zapatería, con una estimación de 133.000 trabaja-

1. Más tarde, Mayhew describió las estadísticas sobre ocupación como «crudas, no digeridas y esencialmente acientíficas», un documento «cuya insuficiencia es una desgracia nacional para nosotros, puesto que en ellas se encuentran revueltas las clases negociantes y trabajadoras en la más compleja confusión, y los oficios se hallan clasificados de una forma que avergonzaría al simple principiante».

dores masculinos adultos para 1831, seguido de la sastrería, con 74.000. (Estas cifras incluyen al patrono, al zapatero remendón o al sastre rural, al trabajador a domicilio, al tendero y al artesano propiamente dicho.) Con respecto a Londres, el mayor centro artesano del mundo, para el que la doctora Dorothy George parece prestar su autoridad a una estimación grosera de 100.000 oficiales de todo tipo a principios del siglo XIX, sir John Clapham nos informa:

... el típico obrero cualificado de Londres no era ni empleado de una fábrica de cerveza, ni carpintero de navíos, ni tejedor de seda, sino miembro de los oficios de la construcción, o zapatero, sastre, ebanista, impresor, relojero, joyero, panadero. ... para mencionar los oficios principales, cada uno de los cuales tenía unos 2.500 miembros adultos en 1831.²

Los salarios de los artesanos especializados, a principios del siglo XIX, estaban a menudo menos determinados por «la oferta y la demanda» en el mercado de trabajo que por nociones de prestigio social o «costumbre». La regulación tradicional de salarios puede abarcar muchas cosas, desde la posición conferida al artesano rural por la tradición, a la intrincada regulación institucional en los centros urbanos. La industria estaba todavía ampliamente dispersa por todas las zonas rurales. El calderero, el afilador y el buhonero solían llevar sus cacharros y sus habilidades de hacienda en hacienda y de feria en feria. En las poblaciones grandes habría albañiles, techadores, carpinteros, carreteros, zapateros, herreros; en las pequeñas ciudades donde se hacía mercado habría talabarteros, guarnicioneros, curtidores, sastres, zapateros, tejedores y muy posiblemente alguna especialidad local como, por ejemplo, hacer estribos, aplicar encajes a las almohadas, así como todo lo relacionado con los mesones de las postas, el transporte de la producción agrícola y el carbón, la molienda, el hornear y otras cosas por el estilo. Muchos de esos artesanos rurales eran más instruidos y polifacéticos que los trabajadores urbanos —tejedores, calceteros o mineros—, con los que entraban en contacto cuando iban a las ciudades, y se sentían «superiores» a ellos. Llevaban consigo sus propias cos-

2. Para esas cifras, véase *Parliamentary Papers*, 1833, XXXVII; Clapham, *op. cit.*, en especial pp. 72-74, y cap. 5; R. M. Martin, *Taxation of the British Empire*, 1833, pp. 193, 256.

tumbres, y sin duda algunas de ellas influyeron en la fijación de salarios y la gradación de éstos en los oficios de aquellas pequeñas ciudades que se convirtieron, con el tiempo, en grandes industrias urbanas: la construcción, la construcción de coches, e incluso la mecánica.

En muchas de las industrias de los pueblos, los precios se regían por la tradición más que por el cálculo del coste (que rara vez se conocía), en especial cuando se utilizaban materiales —madera o piedra— locales. El herrero podía trabajar a tanto dinero la libra en un trabajo tosco y un poco más caro si se trataba de un trabajo delicado. George Sturt, en su clásico estudio de *The Wheelwright's Shop*, ha descrito hasta qué punto prevalecían todavía los precios tradicionales en Farnham cuando él se hizo cargo de la empresa de la familia en 1884. «Mi gran problema fue averiguar los precios tradicionales».

Dudo que hubiera un hombre de oficio en el distrito —estoy seguro de que no había ningún ruedero— que supiese en realidad cuál era el coste de su producción, o cuáles eran sus beneficios, o si ganaba o perdía dinero en un trabajo en particular.

Gran parte del beneficio provenía de las «chapuzas» y las reparaciones. En cuanto a las carretas y los carros, «la única posibilidad que tenía de sacar beneficio hubiese sido bajando la calidad de los productos; y esto quedaba excluido debido a la idiosincracia de los hombres que trabajaban». Éstos trabajaban al ritmo que su arte exigía: «posiblemente (y de manera apropiada) exageraban el respeto por la buena hechura y el buen material»; y en cuanto al último, «ocurría con cierta frecuencia que un trabajador disgustado se negara a utilizar el material que yo le había suministrado». En el trabajador se hallaba «depositado todo el saber local respecto de cómo debía ser el buen trabajo de un carretero».³

Las acostumbradas tradiciones de la artesanía traían normalmente consigo rudimentarias ideas de precio «equitativo» y de salario «justo». En las primeras discusiones de las *trade unions* eran tan destacados los criterios sociales y morales —la subsistencia, la dignidad, el orgullo de ciertos valores de la artesanía, las retribuciones tradicionales para los diversos grados de destreza—, como los argumentos estrictamente «económicos». El taller de ruedero de Sturt conservaba prácticas mucho más

3. G. Sturt, *The Wheelwright's Shop*, 1923, caps. 10, 37.

antiguas, y era el primo rural de la industria de la construcción de coches en la ciudad, en la que —a principios del siglo XIX— había una verdadera jerarquía cuyas diferencias en los salarios apenas podían justificarse por motivos económicos. «Los salarios están en proporción a la minuciosidad del trabajo», se nos dice en un *Book of English Trade* de 1818: para los que hacen el armazón, de 2 libras a 3 libras por semana; los que cepillan y pulen la madera «cerca de dos guineas»; los que construyen el carruaje de 1 libra a 2 libras; el herrero alrededor de 30s.; mientras que los pintores tenían su propia jerarquía, los pintores heráldicos, que adornaban con emblemas los carruajes de los grandes y los ostentosos, cobraban desde 3 libras a 4 libras, los que pintaban el armazón cerca de 2 libras, y los oficiales pintores de 20s. a 30s. Las diferencias respaldaban, o quizá reflejaban, gradaciones de prestigio social:

Los primeros son los que construyen el armazón; luego vienen los que construyen el carruaje; luego los que cepillan y pulen la madera, después los herreros; luego los que hacen las ballestas; luego los ruederos, los pintores, los niqueladores, los que hacen los tirantes de la suspensión, etc. Los que construyen el armazón son los más ricos de todos y entre ellos constituyen una especie de aristocracia a la que los demás trabajadores admiran con sentimientos medio de respeto, medio de envidia. Ellos advierten su importancia y tratan a los otros con diversas consideraciones: los que construyen los carruajes tienen derecho a una especie de familiaridad condescendiente; los que cepillan y pulen la madera son considerados demasiado buenos para ser despreciados; a un capataz de los pintores lo pueden tratar con respeto, pero los operarios de los pintores como mucho se pueden ver favorecidos con una inclinación de cabeza.⁴

Estas condiciones estaban respaldadas por las actividades de una «Sociedad de Socorro Mutuo de los Constructores de Coches», y sobrevivieron a la condena, en 1819 bajo las *Combination Acts*, del secretario general y otros veinte miembros de la sociedad. Pero en este punto, es importante observar ese uso primitivo del término «aristocracia»,

4. W. B. Adams, *English Pleasure Carriages*, 1837, citado en E. Hobsbawm, «Custom, Wages and Work-load in Nineteenth Century Industry», en *Essays in Labour History*, compilado por A. Briggs y J. Saville, p. 116. (Hay trad. cast.: «Costumbre, salarios e intensidad de trabajo en la industria del siglo XIX» en *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*. Crítica, Barcelona, 1979. pp. 352-383.)

con referencia al artesano cualificado.⁵ A veces se da por supuesto que el fenómeno de una «aristocracia obrera» coincidió con el sindicalismo de los obreros cualificados de las décadas de 1850 y 1860, o incluso fue una consecuencia del imperialismo. Pero de hecho, en los años comprendidos entre 1800 y 1850 encontramos a la vez una vieja y nueva élite del trabajo. La vieja élite estaba compuesta por los maestros artesanos que se consideraban tan «importantes» como los patronos, los tenderos o los profesionales.⁶ (El *Book of English Trades* cataloga al boticario, al abogado, al óptico y al escribano junto al carpintero, tintorero de pieles, sastre y alfarero.) En algunas industrias, la posición privilegiada del artesano sobrevivió en la producción del taller o la fábrica, merced a la fuerza de la costumbre, o a la asociación y la restricción del aprendizaje, o porque el oficio siguió siendo altamente cualificado o especializado, como por ejemplo, el trabajo delicado y «caprichoso» de las secciones de lujo de los oficios del vidrio, la madera y el metal. La nueva élite surgió con las nuevas técnicas en el acero, la mecánica y las industrias manufactureras. Esto está bastante claro por lo que a la mecánica se refiere, pero incluso en la industria del algodón debemos recordar la advertencia, «no todos somos hilanderos». Entre las 1.225 subdivisiones de las secciones de empleo de la industria del algodón, que se enumeran en el censo de 1841, se encuentran los inspectores, los diversos tipos de «encargados de mantenimiento» especializados que ajustaban y reparaban las máquinas, los diseñadores de dibujos para el estampado del percal, y multitud de otros oficios auxiliares cualificados en los que se podían ganar salarios excepcionales.

Si bien encontramos una aristocracia especialmente favorecida en los oficios de lujo de Londres y en el límite entre las especialidades y las funciones técnicas y de dirección en las grandes industrias manufactureras, también había una aristocracia inferior de artesanos o trabajadores privilegiados casi en cada una de las industrias especializadas. Esto lo podemos detectar si miramos, por un momento, a través de la visión inquisitiva y divertida de Thomas Large, un calcetero de Leicester que formó parte de una delegación que fue a Londres en 1812, para con-

5. Otro uso primitivo del término se encuentra en el *First Report of the Constabulary Commissioners*, 1839, p. 134, en un contexto que indica que el término se difundió en aquel momento.

6. Para la «aristocracia» del siglo XVIII, véase M. D. George, *op. cit.*, cap. 4.

vencer a los miembros del Parlamento en favor de un proyecto de ley para regular las condiciones en la industria calcetera.⁷ Cuando hubieron llegado a Londres, los tejedores de punto —que en aquel momento no tenían una *trade union* organizada de manera permanente, sino sencillamente un comité *ad hoc* que se había formado para promover la aprobación de su proyecto de ley— se pusieron en contacto con los sindicalistas de Londres que, a pesar de las *Combination Acts*, se encontraban con facilidad en sus locales de reunión:

Hemos ocupado la misma Sala en la que el comité de carpinteros se reunió [escribió Thomas Large a sus amigos de las Midlands] cuando decidieron acelerar el último Proceso sobre el sistema de corte. Hemos tenido la oportunidad de hablar con ellos sobre el tema, ellos pensaban que nosotros teníamos un fondo en base al principio inalterable de responder cualquier demanda en cualquier momento, y si este hubiera sido el caso, nos hubiesen dejado dos o tres mil libras (ya que en el fondo que pertenece a ese Oficio hay 20.000 libras), pero cuando supieron que nuestro Oficio no guardaba ningún fondo regular para mantenerse, En lugar de Prestarnos dinero, hicieron un mecánico gesto de desprecio y se hicieron señas unos a otros con miradas significativas. Exclamando, ¡¡¡Que el Señor nos bendiga!!! ¡¡¡qué locos!!! ¡tienen muy merecido todo lo que les ocurre! ¡¡¡y diez veces más!!! ¡Siempre habíamos pensado que los tejedores de punto eran un atajo de pobres criaturas! Tipos tan faltos de espíritu como sus bolsillos lo están de dinero. ¿Qué sería de nuestro Oficio si no nos asociáramos?, ¡quizá un día como hoy, seríamos tan pobres como vosotros! ¡Mirad los otros Oficios! todos se Asocian (exceptuando a los tejedores de Spitalfields, y en qué Miserable Condición se encuentran). Fijaos en los Sastres, Zapateros, Encuadernadores, Batidores de oro, Impresores, Albañiles, sastres especializados en confeccionar abrigos, Sombrereros, Tintoreros de pieles, Canteros, Hojalateros, ninguno de esos oficios Cobra Menos de 30/- por semana, y de aquello a cinco guineas todo es gracias a la Asociación, sin ella sus Oficios estarían tan mal como el vuestro ...⁸

A la lista de Thomas Large se pondrían añadir muchos más. Los cajistas y los periodistas estaban en aquel momento en el límite de los 30s., línea de privilegio, habiendo sostenido una lucha particularmen-

7. Véase más adelante, vol. 2, pp. 107-113.

8. *Records of the Borough of Nottingham 1800-1835*, 1952, VIII, de Thomas Large al Comité de Tejedores de punto, 24 de abril de 1812.

te dura para organizarse frente a los patronos asociados de Londres. Algunos trabajadores cualificados eran menos afortunados. La asociación de fundidores de tipos de letras se había disuelto, y se afirmaba que sus salarios eran de 18s. a la semana, por promedio, en 1818, sin haber experimentado ningún avance desde 1790. Lo mismo era también cierto para los ópticos y los constructores de cañerías. El *Gorgon* indicaba en 1819 que el salario del «trabajador manual» medio de Londres podía ser de 25s. si se hacía un promedio para todo el año.⁹ Pero en 1824, cuando se revocan las *Combination Acts* y las *craft unions* de los oficios de Londres se mostraron abiertamente, es cuando podemos hacernos una idea de la «aristocracia inferior», con la mención de algunos oficios que aparecían con mayor frecuencia en las columnas del *Trades Newspaper* de 1825; a la larga lista de Large podemos añadir los toneleros, carpinteros de navío, aserradores, calafateadores de barcos, estiradores de alambre, fundidores de piezas navales, tratantes de pieles, curtidores, cordeleros, fundidores de latón, tintoreros de seda, relojeros, peleteiros y otros. Es una lista impresionante; y esos hombres, tanto en Londres como en las ciudades más grandes, constituían el mismo corazón de la cultura artesana y de los movimientos políticos de esos años. Todos estos oficios de ningún modo eran privilegiados por un igual. En 1825, algunos de los oficios tenían menos de 100 miembros y muy pocos excedían los 500. Había una gran variedad que iba desde grupos excepcionalmente privilegiados, como los tapiceros (que cobraban «enormes primas» por la admisión al aprendizaje), a los zapateros, los cuales (como veremos) se encontraban ya en las garras de una crisis que les estaba degradando a la posición de trabajadores a domicilio.¹⁰

En las provincias encontraremos parecidos e importantes grupos de artesanos privilegiados o de trabajadores especializados, no sólo en los mismos oficios, sino en oficios que apenas estaban representados en Londres. Esto era particularmente cierto para la cuchillería de Sheffield y las pequeñas industrias de mercería de Birmingham. Más adelante, continuaron existiendo, hasta muy entrado el siglo XIX, los numerosos pequeños talleres que convirtieron a Birmingham en la metrópoli de los menestrales. Los talleres del soho de Boulton tienen un papel importante en el crecimiento económico. Pero la gran mayoría de la pobla-

9. Véase *Gorgon* (17 de octubre, 21 y 28 de noviembre de 1818, 6 de febrero y 20 de marzo de 1819).

10. *Trades Newspaper* (1825-1826), *passim*.

ción de la ciudad, a finales del siglo XVIII, estaba empleada en talleres muy pequeños, ya fuera como peones o como artesanos casi independientes. Enumerar algunos de los productos de Birmingham es evocar la intrincada constelación de especialidades: hebillas, cuchillería, espuelas, palmatorias, juguetes, pistolas, botones, mangos de látigo, cafeteras, escribanías, campanas, accesorios para carruajes, máquinas de vapor, tabaqueras, cañerías de plomo, joyería, lámparas, cacharros de cocina. «Cada hombre que me encontraba —escribió Southey en 1807— apesta a aceite de ballena y esmeril.»¹¹

Aquí, en el Black Country, el proceso de especialización durante las tres primeras décadas del siglo XIX tendió a trasladar los procesos más simples, como la fabricación de clavos y cadenas, a las poblaciones circundantes habitadas por trabajadores a domicilio, mientras que las actividades de especialización más elevada seguían estando en la propia metrópoli de Birmingham.¹² En estos oficios artesanos el abismo, en términos psicológicos y a veces económicos, entre el pequeño menestral y el oficial especializado podía ser menor que el que había entre el oficial y el trabajador urbano no cualificado. El acceso a un oficio completo podía estar limitado a los hijos de los que ya trabajaban en él, o sólo se podía comprar mediante una elevada prima de aprendizaje. La restricción con respecto al acceso a un oficio podía estar respaldada por regulaciones corporativas (como las de la Compañía de Cuchilleros de Sheffield, que no fueron abolidas hasta 1814), alentadas por los patronos y mantenidas por las *trade unions* bajo el sobrenombre de sociedades de socorro mutuo. A principios del siglo XIX, entre estos artesanos (observaron los Webb) «tenemos todavía la sociedad industrial dividida de manera vertical, oficio por oficio, en lugar de horizontalmente entre patronos y asalariados». ¹³ De igual modo, podía ocurrir que sólo los obreros de una sección privilegiada de una industria determinada consiguieran restringir o aumentar las condiciones de entrada en ella. Así, un estudio reciente de los mozos de cuerda de Londres ha revelado la fascinante complejidad de la historia de una sección de tra-

11. J. A. Langford, *A Century of Birmingham Life*, I, p. 272; C. Gill, *History of Birmingham*, I, pp. 95-98; Southey, *Letters from England*, Carta XXVI.

12. Véase S. Timmins (Comp.), *Birmingham and the Midland Hardware District*, 1866, pp. 110 *et passim*; H. D. Fong, *Triumph of Factory System in England*, Tientsin, 1930, pp. 165-169.

13. S. y B. Webb, *The History of Trade Unionism*, edición de 1950, pp. 45-46.

bajadores —incluyendo a los mozos de cuerda de Billingsgate— de quienes, a primera vista, se podría pensar que eran braceros eventuales, pero que, en realidad, se encontraban bajo la vigilancia particular de las autoridades de la City y que mantenían una posición privilegiada dentro del océano del trabajo no cualificado, hasta mediados del siglo XIX.¹⁴ Con más frecuencia la distinción se establecía entre el trabajador cualificado, o que había pasado un proceso de aprendizaje, y su operario: el herrero y su *striker*,* el albañil y su peón, el diseñador de estampados para la tela de percal y sus ayudantes, etc.

La distinción entre el artesano y el trabajador no cualificado —en términos de posición social, organización y remuneración económica— seguía siendo tan grande, si no mayor, en el Londres de Henry Mayhew de fines de la década de 1840 y la de 1850, como lo era durante las guerras napoleónicas. «Al pasar de los operarios especializados del *west-end* a los trabajadores no cualificados del barrio este de Londres —comentaba Mayhew—, el cambio moral e intelectual es tan grande, que parece como si estuvieras en otro país con otra población»:

Los artesanos son, casi todos sin excepción, políticos vehementes. Tienen educación suficiente y son bastante serios para calibrar su importancia en el seno del Estado. ... Los peones no cualificados son un tipo de gente diferente. Hasta ahora son tan apolíticos como los lacayos, y en lugar de sostener violentas opiniones democráticas, parecen no tener opiniones políticas en absoluto; o, si las tienen ... más bien apuntan hacia el mantenimiento de «las cosas como están» que hacia el poder de la población obrera.¹⁵

En el sur, la mayor participación en las sociedades de socorro mutuo se daba entre los artesanos¹⁶ y también era entre ellos donde la organización de las *trade unions* era más estable y continuada, donde florecieron los movimientos educativos y religiosos y donde el owenismo enraizó con mayor profundidad. De nuevo, la costumbre de «deambular» estaba tan extendida entre los artesanos, que un historiador la ha

14. W. M. Stern, *The Porters of London*, 1960.

* Operario ayudante en las herrerías, que manejaba el mazo o martillo. (*N. de la t.*)

15. H. Mayhew, *London Labour and the London Poor*, 1862, III, p. 243. Frente a ello se debería poner la afirmación de uno de los basureros de Mayhew: «No me preocupé de la política en absoluto, pero soy cartista.»

16. Sobre la composición social de las sociedades de socorro mutuo, véase P. H. J. H. Gosden, *The Friendly Societies in England*, Manchester, 1961, pp. 71 y siguientes.

descrito como «el equivalente, para el artesano, del *Grand Tour*».¹⁷ Veremos cómo su dignidad y su deseo de independencia tuvieron el radicalismo político de los años de posguerra. Y, por otra parte, si despojamos al artesano de su oficio y de las defensas que le proporcionaba su *trade union*, era una de las figuras más miserables del Londres de Mayhew. «Los trabajadores manuales desamparados —le dijo a Mayhew el Maestro de la Wandsworth and Clapham Union— son una clase totalmente diferente de los vagabundos habituales.» Sus casas de huéspedes y sus «locales de encuentro» eran diferentes de los de los vagabundos y de la fraternidad de los «viajeros»; sólo acudirían al asilo cuando estuviesen absolutamente desesperados: «Ha ocurrido algunas veces que, antes de solicitar la entrada, han vendido la camisa y el chaleco que llevaban puestos ...». «El trabajador manual pobre irá a parar al asilo como un hombre perdido, asustado. ... Cuando le vapulean es como un pájaro fuera de su jaula; no sabe a dónde ir, ni cómo conseguir algo.»¹⁸

El artesano de Londres se vería pocas veces tan abatido, había muchos estadios intermedios antes de llegar a la puerta del asilo. Su historia cambia mucho de oficio en oficio. Y si miramos más allá de Londres hacia los centros industriales del norte y las Midlands, encontraremos otras clases importantes de trabajadores cualificados u operarios de las fábricas —mineros en algunas cuencas mineras, hilanderos de algodón, obreros de la construcción cualificados, trabajadores especializados en las industrias del hierro y del metal— que están entre aquellos a quienes el profesor Ashton describe como «con posibilidad de compartir los beneficios del progreso económico». Entre ellos estaban los mineros de Durham (en el área de Sunderland) a quienes Cobbett describió en 1832:

Aquí no se ve nada bonito, pero todo parece tener mucho valor, y una cosa importante es que los obreros viven bien ... Los mineros reciben 24 chelines a la semana, no pagan alquiler, el combustible no les cuesta nada, y el médico tampoco les cuesta nada. Su trabajo es terrible, por supuesto, y, quizá, no reciben lo que merecerían; pero, de cualquier modo, viven bien, sus casas y su mobiliario son buenos; y ... sus

17. E. J. Hobsbawm, «The Tramping Artisan», en *Econ. Hist. Review*. Serie 2, III (1950-1951), p. 313. (Hay trad. cast.: «El artesano ambulante», en *Trabajadores, Estudios de historia de la clase obrera*, Crítica, Barcelona, 1979, pp. 49-83.)

18. Mayhew, *op. cit.*, I, p. 351.

vidas son todo lo bueno que razonablemente puede esperar la parte trabajadora de la humanidad.¹⁹

Los mineros, que en muchos distritos eran casi una «casta hereditaria», tenían fama de ser unos asalariados que comparativamente ganaban bastante:

Los muchachos de la mina de carbón obtienen oro y plata
Los muchachos de la fábrica nada obtienen, sino latón...*

El profesor Ashton considera probable que sus salarios fueran más elevados en la década de 1840 que en cualquiera de los años de la guerra, si se exceptúa el mejor. Pero probablemente sus condiciones de trabajo eran peores.²⁰

Muchos grupos como éste aumentaron sus salarios reales entre 1790 y 1840. El progreso no fue tan uniforme ni tan continuo como a veces se supone. Estaba estrechamente relacionado con el éxito o el fracaso del sindicalismo en cada industria, y frente a esa serie salarial «optimista» se debe situar el desempleo o la jornada reducida según las estaciones. Pero si sólo nos preocupásemos de los «trabajadores asociados» cualificados que tenían un empleo regular, entonces la controversia en torno al nivel de vida haría tiempo que se habría resuelto por el lado optimista.

Pero de hecho, el problema en su conjunto presenta infinitas complejidades. El estudiante que se encuentra, en su libro de texto, con una confiada afirmación de este tipo:

En 1830, el coste de la vida era un 11 por 100 más elevado que en 1790, pero en este lapso de tiempo los salarios urbanos habían aumentado, al parecer, por lo menos un 43 por 100.²¹

19. *Rural Rides*, II, p. 294. Frente a esta descripción se deberían situar los tempestuosos incidentes ocurridos en la cuenca minera del noreste: el surgimiento y destrucción de la *union* de Hepburn, entre 1830 y 1832, referidos en R. Fynes, *The Miners of Northumberland and Durham*, caps. 4-6, y *The Skilled Labourer*, caps. 2 y 3.

* Collier lads get towld and silver, / Factory lads gets nowt but brass...

20. Véase T. S. Ashton, «The Coal-Miners of the Eighteenth Century», *Econ. Journal* (Suplemento), I (1928), pp. 325, 331, 334.

21. T. S. Ashton, *The Industrial Revolution, 1760-1830*, 1948, p. 158.

debería percibir inmediatamente el peligro. No sólo se trata de que los mismos índices del coste de la vida sean objeto de una seria disputa (el propio profesor Ashton ha descrito el índice sobre el que fundamenta su propia afirmación como derivado, quizá, de la dieta de un «diabético»),²² deberíamos darnos también cuenta de que el índice de salarios urbanos se basa, en lo fundamental, en los salarios de trabajadores cualificados con pleno empleo. Y es precisamente aquí donde aparecen multitud de problemas adicionales. ¿Por qué razón deberíamos suponer, en un período de crecimiento demográfico muy rápido, que la proporción de trabajadores cualificados con empleo en relación con la de trabajadores eventuales y desempleados debería evolucionar de manera favorable a los primeros? ¿Cuál es la razón por la que los historiadores sociales encuentren repetidamente datos que sugieren que este fue un período excepcionalmente penoso para las grandes masas de la población? ¿Cómo se explica —si los años que van de 1820 a 1850 revelan un aumento apreciable del nivel de vida— que después de 30 años más de mejora incuestionable, entre 1850 y 1880, los trabajadores no cualificados de Inglaterra viviesen todavía en las condiciones de privación extrema que demostraron, para la década de 1890, Booth y Rowntree?

La primera mitad del siglo XIX debemos verla como un período de subempleo crónico, en el que los oficios especializados son como islas amenazadas por todos lados por la innovación tecnológica y la irrupción del trabajo juvenil no cualificado. Los mismos salarios por trabajo cualificado esconden a menudo una serie de deducciones obligadas: alquiler de maquinaria, pago por el uso de fuerza motriz, multas por trabajo defectuoso o indisciplina, o sustracciones forzosas de otros tipos. La subcontratación era predominante en la minería, las industrias del hierro y la alfarería, y estaba bastante extendida en la construcción, por lo cual el «intermediario» o el «capataz» emplearía él mismo a trabajadores menos cualificados; mientras que los niños —los *pieceners** en las hilanderías o los *hurryers*** en las minas— eran tradicionalmente empleados por el hilandero o el minero. Los hilanderos de algodón de Manchester declaraban, en 1818, que un salario de 2 libras 3s. 4d. estaba sujeto a las siguientes deducciones:

²² T. S. Ashton en *Capitalism and the Historians*, p. 146.

* Jóvenes empleados en las hilanderías para mantener los bastidores llenos de algodón en rama y para unir los cabos de los hilos que se rompían. (*N. de la t.*)

** Literalmente, uno que va de depreisa o que empuja depreisa. (*N. de la t.*)

1 ^{er} <i>piecer</i> * por semana	0 9 2
2 ^o <i>piecer</i> por semana	0 7 2
3 ^{er} <i>piecer</i> por semana	0 5 3
Velas, promedio, de invierno y verano, por semana	0 1 6
Enfermedad y otros gastos no previsibles	0 1 6
Gasto	1 5 0 libras

y quedaba un resto de 18s. 4d.²³ Pueden citarse casos similares para todas las industrias, por lo cual los salarios mencionados por los obreros tienen una fisonomía distinta de los que mencionan los patronos. El «*Truck*», o pago en productos, y los «*tommy shops*» complican todavía más el panorama; mientras que los marineros y los trabajadores ribereños estaban sujetos a extorsiones peculiares, a menudo a manos de los taberneros, por ejemplo, los descargadores de carbón del Támesis —hasta la aparición, en 1843, de una ley que les protegía—, sólo podían obtener empleo a través de los taberneros, quienes, a su vez, sólo daban empleo a los hombres que consumían un 50 por 100 de su salario en la taberna.²⁴

Cuando entraba en juego un oficio, el artesano se preocupaba tanto de mantener su posición frente al trabajador no cualificado, como de presionar a los patronos. Antes de 1830, son muy pocas las *trade unions* que trataban de atender los intereses de los cualificados y los no cualificados a la vez, en el mismo oficio; y cuando los constructores, durante el período de entusiasmo owenita, adoptaron propuestas que abarcaban a los peones, establecieron muy claramente la distinción:

Estas Logias** se deberían componer, gradualmente, por arquitectos, canteros, albañiles, carpinteros, pizarreros, yeseros, fontaneros, vidrieros, pintores; y también picapedreros, ladrilleros y peones tan pronto como se puedan preparar con mejores costumbres y más conocimiento

* En las hilanderías, *piecener* (véase nota p. 262) (*N. de la t.*)

²³ *Black Dwarf* (9 de septiembre de 1818). Sin embargo el reconocimiento de las cuotas de una asociación mutua para enfermedad (y posiblemente de la *trade union*) como «gastos» necesarios indica una mejora en los niveles de vida.

²⁴ Véase G. W. Hilton, *The Truck System*, Cambridge, 1960, pp. 81-87 *et passim*.

** Taller de un grupo de «*freemasons*». El *freemason* (francmasón) era miembro de un grupo determinado de canteros cualificados que iban de ciudad en ciudad trabajando en construcciones importantes. Se reconocían unos a otros por signos secretos y contraseñas. Por extensión se refiere a los talleres de cualquier oficio. (*N. de la t.*)

que les permita actuar por sí mismos, ayudados por las otras secciones que tendrán un interés muy grande en mejorar el espíritu, la moral y la condición general de sus familias en el menor tiempo posible.²⁵

Pero también debemos tener presente la *inseguridad* general de muchos oficios en un período de rápidas innovaciones técnicas y de débiles defensas de las *trade unions*. El invento devalúa simultáneamente los viejos oficios y encumbra a otros nuevos. El proceso es poco uniforme. En fecha tan tardía como 1818, el *Book of English Trades* (un libro de bolsillo que se basa principalmente en los oficios de Londres) no cataloga los oficios de mecánico, constructor de máquinas de vapor o constructor de calderas; el tornero se consideraba todavía principalmente como ebanista y las destrezas del mecánico se encuadraban en las del «maquinista»: un versátil maestro de muchos oficios, «considerablemente ingenioso y con un gran conocimiento mecánico» que «necesita del talento y la experiencia del ensamblador, el fundidor de latón y hierro, el herrero y el tornero, en su más amplia diversidad». Sólo 10 años más tarde se publicó *The Operative Mechanic and British Machinist*, con no menos de 900 páginas, que mostraba la extraordinaria diversidad de lo que en otro tiempo había sido el oficio de *mill-wright*.^{*} Y la separación de nuevos oficios la podemos observar en la formación de las primeras sociedades o *trade unions* que más tarde iban a organizar los mecánicos: los bien organizados clubs de oficio de los *millwrights* dan lugar, a finales del siglo XVIII, a la Friendly Society of Iron-moulders (1809), la Friendly and Benevolent Society of Vicemen and Turners (Londres, 1818), la Mechanic's Friendly Union Institution (Bradford, 1822), Steam Engine Makers' Society (Liverpool, 1824) y la Friendly Union of Mechanics (Manchester, 1826).

Pero la progresión de estas sociedades no nos debería llevar a suponer que se da un historial de avance continuo a medida que se establecen nuevos oficios. Por el contrario, puesto que el *mill-wright* era un aristócrata (al menos en Londres) que se encontraba protegido a la vez por su propia organización (que era tan poderosa que se esgrimió su existencia como razón para aprobar las *Combination Acts*)²⁶ y por

25. *Pioneer* (septiembre 1833), en R. Postgate, *The Builder's History*, 1923, p. 93.

* Diseñador o constructor de molinos o de maquinaria para molinos. (*N. de la t.*)

26. Según un cierto «Statement of facts respecting the Journeymen Mill-wrights» en P.C. A. 158, los *millwrights* habían aumentado sus salarios desde 2s. 6d. a 3s. por día en 1775 y a 4s. 6d. por día en 1799. Los oficiales trabajaban para pequeños menestrales que a su vez estaban empleados por «Cerveceros, Molineros y diversos fabricantes».

las restricciones al aprendizaje, y que mantenía un salario de dos guineas en los primeros años del siglo XIX, la revocación de las cláusulas sobre aprendizaje del *Elizabethan Statute of Artificers* en 1814 le dejó expuesto a una seria competencia. En 1824, Alexander Galloway, que había sido secretario adjunto de la SCL y era entonces uno de los patronos de mecánica importantes de Londres, puso de manifiesto que después de la revocación, «cuando un hombre podía trabajar en cualquier empleo, tanto si había servido en él uno, dos, tres o ningún año, aquello decapitó todas las asociaciones». Los viejos *millwrights* estaban «tan derrotados por los nuevos trabajadores, que podríamos pasar sin ellos», mientras que el trabajo a destajo y otros incentivos completaban el desconcierto de los sindicalistas. A los *millwrights*, que «solían mofarse y desdeñar la reputación de un mecánico» considerándolo un oficio inferior y advenedizo, les tocaba ahora el turno de desaparecer. Se podían encontrar mecánicos que no habían pasado un período de aprendizaje, por 18s. a la semana; y la aplicación del principio automático al torno (el soporte de corredera o «carretilla» de Maudslay) llevó a la afluencia de los jóvenes y los no cualificados.

Por lo tanto ni siquiera esta industria —que seguramente es una de las más notables en relación a la introducción de nuevas técnicas— muestra una progresión cómoda en cuanto a posición y salarios, que sea proporcionada al ritmo de las innovaciones técnicas. Más bien, muestra su punto más alto a finales del siglo XVIII, un declive rápido en la segunda década del siglo XIX, acompañada por una afluencia de mano de obra no cualificada, seguida del establecimiento de una nueva jerarquía y de nuevas formas de asociación. El trabajo era sumamente diferenciado, y durante algunos años (como indica la diversidad de nombres de las primeras *trade unions*) no se sabía a ciencia cierta qué oficio tendría la primacía.²⁷ La ascensión del mecánico especializado, en la industria de construcción de maquinaria, fue más fácil debido a la escasez de personas con su experiencia. El movimiento de la mano de obra en los primeros talleres mecánicos era prodigioso; Galloway, que

y cuyos talleres se paraban por cualquier huelga. De aquí que los oficiales en huelga pudieran hacer contratos con aquéllos, compitiendo con sus propios patronos.

27. Véase el testimonio de Galloway: «Nuestro negocio se compone de seis u ocho secciones diferentes; los que trabajan la madera, a los que llamamos carpinteros; éstos cuentan con buenos ebanistas, ensambladores, *millwrights* y otros que trabajan la madera; fundidores de hierro y de latón; herreros, fogoneros y martilladores; ... prensadores y limadores; y torneros del latón, hierro y madera de todas las variedades.»

daba trabajo a unos ochenta o noventa hombres en 1824, declaraba que durante los 12 años anteriores habían pasado entre 1.000 y 1.500 hombres por sus talleres; eso significa la total renovación de la mano de obra *per annum*. Agentes de algunos patronos extranjeros recorrían Inglaterra con la esperanza de atraer trabajadores cualificados hacia Francia, Rusia, Alemania y Norteamérica.²⁸ Naturalmente, los patronos de Londres sufrían en especial. Un agente extranjero (decía Galloway) «sólo tiene que apostarse a mis puertas cuando entran y salen, y obtener los nombres de los hombres más capaces: de ese modo se han hecho muchos contratos de este tipo». Por consiguiente, los salarios de los mejores hombres subieron constantemente mientras, hacia las décadas de 1830 y 1840, pertenecieron a una élite privilegiada. En 1845, en Messrs Hibbert y Platt's (Oldham), que era el primer taller de maquinaria textil de Gran Bretaña, con cerca de 2.000 obreros empleados, se pagaban a los hombres valiosos salarios de 30s. y más. Los mecánicos (se lamentaba un obrero metodista) gastaban con liberalidad, apostaban en las carreras de caballos y en las de galgos, adiestraban lebreles y comían carne «dos o tres veces al día». Sin embargo, ahora la rueda había dado la vuelta completa. Donde Galloway se había visto obligado a sobornar a sus mejores hombres para que se quedaran, en 1824, ahora el oficio de mecánico se había multiplicado hasta tal punto que Hibbert y Platt's podían seleccionar cuidadosamente sólo a los hombres mejor cualificados. «Vi a muchos principiantes —recuerda nuestro metodista— que fueron despedidos el mismo día, y algunos en un período de prueba todavía más corto.» El mecánico ya no podía confiar por más tiempo en la escasez de su oficio para proteger sus condiciones. Estaba obligado a volver al sindicalismo, y es significativo que Hibbert y Platt's fuese el centro de la agitación del plante de los mecánicos de 1851.²⁹

28. En un esfuerzo por proteger la supremacía industrial británica, se declaró ilegal la salida del país para muchas clases de obreros especializados.

29. Véase *The Book of English Trades*, 1818, pp. 237-241; J. Nicholson, *The Operative Mechanic and British Machinist*, 1829; J. B. Jeffreys, *The Story of the Engineers*, 1945, pp. 9-18, 35 y siguientes; *First Report from Select Committee on Artizans and Machinery*, 1824, pp. 23-27; Clapham, *op. cit.*, I, pp. 151-157, 550; Thomas Wood, *Autobiography*, Leeds, 1856, p. 12 *et passim*. Véase también W. H. Chaloner, *The Hungry Forties: A Re-Examination*, Historical Association, 1957, en el que, sin embargo, se da a entender de manera imprudente que las buenas condiciones de los trabajadores cualificados en Hibbert y Platt's son más características de los «Cuarenta» que las malas condiciones de los tejedores manuales.

También debemos tener en cuenta este solapamiento entre la extinción de los viejos oficios y el surgimiento de los nuevos. Uno detrás de otro, a medida que el siglo XIX avanza, los antiguos oficios domésticos se ven reemplazados en la industria textil: los «tundidores», los estampadores manuales de percal, los cardadores de la lana, los cortadores de fustán. Y sin embargo, hay ejemplos en sentido contrario de tareas laboriosas y mal pagadas, que se hacían a domicilio a veces realizadas por niños, que con la innovación técnica se transformaron en oficios celosamente defendidos. Así ocurrió con el cardado en la industria de la lana que se hacía con «cardas» cuyo lomo era de cuero, en el que había clavados miles de pequeños dientes de alambre; en las décadas de 1820 y 1830, este trabajo lo hacían niños al precio de $\frac{1}{2}d.$ por 1.500 o 1.600 dientes colocados, y (nos cuentan de un pueblo pañero del West Riding) «en casi todos los hogares de los *cottages*, pequeños trabajadores que apenas si sabían andar aligeraban la monotonía de la fatigosa tarea poniendo un diente en la carda por cada habitante del pueblo, diciendo en voz alta cada nombre a la vez que insertaban el alambre que los representaba.³⁰ Menos de cincuenta años más tarde, las innovaciones en la maquinaria de fabricación de cardas habían permitido que la pequeña *union* del oficio de cardero y el de mantenimiento de maquinaria se situara en una posición privilegiada entre la «aristocracia» de la industria lanera.

Pero cuando reseguimos la historia de industrias particulares y vemos cómo surgen nuevos oficios a medida que los viejos declinan, puede ocurrir que olvidemos que el viejo oficio y el nuevo casi siempre constituían retribuciones para personas distintas. En la primera mitad del siglo XIX, los industriales favorecían cada innovación que les permitía prescindir de los artesanos varones adultos y reemplazarlos con mujeres o mano de obra juvenil. Incluso cuando se reemplazaba un oficio viejo con un nuevo proceso que exigía la misma o mayor destreza, pocas veces encontramos a los mismos trabajadores trasladados del uno al otro, o desde la producción doméstica a la fábrica. La inseguridad y la hostilidad frente a la maquinaria y la innovación, no era el resultado del simple prejuicio y (como a la sazón suponían las autoridades) del conocimiento insuficiente de la «economía política». El tundidor o del cardador de lana sabían bastante bien que, aunque la nueva maquinaria le podía ofrecer un empleo cualificado a su hijo, o al hijo

30. Frank Peel, «Old Cleckheaton», *Cleckheaton Guardian* (enero-abril 1884).

de cualquier otro, a él no le ofrecería ninguno. Las recompensas de la «marcha del progreso» siempre parecían ser cosechadas por otros.

Cuando estudiemos el ludismo veremos esto con más claridad. Pero aun así, sólo estamos en la orilla del problema, porque esas inseguridades particulares eran sólo un aspecto de la inseguridad *general* de todos los oficios durante este período. La misma noción de regularidad en el empleo —en un puesto de trabajo, durante un número de años, por una cantidad regular de horas y un nivel salarial— es anacrónica. Hemos visto que en la agricultura el problema crónico era el del empleo a tiempo parcial. También era este el problema en la mayoría de industrias y en la experiencia urbana por lo común. El trabajador cualificado, que había seguido un proceso de aprendizaje, era propietario de sus herramientas de trabajo y trabajaba en un oficio durante toda la vida, era una minoría. Es de todos conocido que en los primeros estadios de la industrialización, las ciudades en crecimiento atraían mano de obra desarraigada y migratoria de todo tipo; esta es todavía la experiencia actual en África y Asia. Incluso los trabajadores establecidos pasaban con rapidez por una sucesión de empleos. Las series salariales extraídas de los sueldos que se pagaban en los oficios cualificados no nos ofrecen la realidad desagradable, e imposible de reducir a estadísticas, del ciclo del desempleo y del trabajo eventual que aparece en los recuerdos de un cartista del Yorkshire, que evocan su mocedad y su juventud desde finales de la década de 1820 hasta la de 1840.

Los Años de Colegio de Tom Brown no hubiesen tenido encanto alguno para mí, puesto que nunca en mi vida asistí a un día de escuela; cuando era muy joven tuve que empezar a trabajar, y me sacaban de la cama entre las 4 y las 5 en punto ... en verano para ir con un asno a una milla y media de distancia, y luego participar en el ordeño de diversas vacas; y por la tarde tenía que ir de nuevo con la leche, y se harían los ocho antes de que acabara. Más tarde fui a un taller de cardas y allí tenía que hincar 1.500 dientes de carda por $\frac{1}{2}d$. Desde 1842 a 1848 no llegué a cobrar 9/- de salario semanal por término medio; el asilo y el trabajo eran difíciles de conseguir en aquella época y los salarios eran muy bajos. He sido tejedor de lana, cardador de lana, peón caminero en el ferrocarril y en el desmonte en la cantera, por todo ello declaro que conozco un poco la situación de las clases trabajadoras.³¹

31. B. Wilson, *The Struggles of an Old Chartist*, Halifax, 1887, p. 13. El que trabajaba en el «desmonte de la cantera» era un cantero.

Hay algunas pruebas que indican que el problema empeoraba hacia las décadas de 1820 y 1830 y durante los años cuarenta. Es decir, mientras los salarios evolucionaban lenta pero favorablemente en relación al coste de la vida, la proporción de trabajadores crónicamente subempleados evolucionaba de manera desfavorable en relación a los que tenían pleno empleo. Henry Mayhew, que dedicó una sección de su gran estudio de los pobres de Londres al problema del trabajo eventual, creía que éste era el punto capital del problema:

En todos los oficios hay ... un *exceso de mano de obra*, y esto sólo tendería a darle al empleo de un amplio número de trabajadores un carácter eventual más que regular. En los oficios, en general, se hace el cálculo de que una tercera parte de la mano de obra está plenamente empleada, una tercera parte lo está parcialmente y una tercera parte está desempleada durante el año.³²

Mayhew era sin comparación el mejor investigador social de mediados de siglo. Perspicaz, irónico, objetivo y, sin embargo, compasivo, sabía apreciar todas las particularidades desagradables que se le escapan a la medición estadística. En una época de investigación, buscaba los hechos que quienes trabajan con cifras olvidaban; escribió conscientemente a contra corriente de las ortodoxias de su época, poniendo de manifiesto sus propias terribles «leyes» de la economía política: «los salarios insuficientes provocan un exceso de trabajo» y «el exceso de trabajo provoca los salarios insuficientes». Sabía que cuando un viento del este obstruía el paso por el Támesis, 20.000 estibadores de sus muelles quedaban de inmediato sin trabajo. Conocía las fluctuaciones estacionales del negocio de la madera o de la confección de gorras y la repostería. Se tomaba la molestia de averiguar durante cuántas horas y por cuántos meses al año estaban en realidad empleados los barrenadores y los carreteros que traían basuras. Asistió a reuniones de los que trabajaban en los oficios que investigaba y tomaba nota de sus historias de vida. Si (como sugiere el profesor Ashton) la controversia sobre el nivel de vida se basa realmente en una «estimación» respecto de qué grupo tenía un mayor crecimiento, los que «tenían la posibilidad

32. Mayhew, *op. cit.*, II, p. 338. Las partes de la obra de Mayhew en las que me he basado más ampliamente para las próximas páginas incluyen su relato sobre los sastres y los zapateros en el *Morning Chronicle*, 1849, y *London Labour and the London Poor*, II, pp. 335-382, III, pp. 231 y siguientes.

de participar de los beneficios del progreso económico» y «los que se hallaban excluidos», entonces la estimación de Mayhew merece nuestra atención.

Mayhew nos da su estimación de la siguiente forma:

... si calculamos que las clases trabajadoras totalizan entre cuatro y cinco millones de personas, creo que podemos afirmar con seguridad, teniendo en cuenta cuántos dependen de épocas particulares como las estaciones, las modas y las casualidades para obtener empleo, y teniendo en cuenta la gran cantidad de sobretrabajo y de trabajo chapucero que hay en casi todos los oficios ... la cantidad de mujeres y niños que son incorporados continuamente a las diversas actividades manuales con el fin de reducir los ingresos de los hombres, en algunos casos el desplazamiento de trabajo humano por parte de la maquinaria ... teniendo en cuenta todas estas cosas, afirmo que creo que podemos concluir que ... apenas hay suficiente trabajo para el empleo *regular* de la mitad de nuestros trabajadores, de modo que sólo 1.500.000 de ellos tienen pleno empleo de forma constante, mientras que 1.500.000 más sólo están empleados la mitad de su tiempo, y los 1.500.000 restantes están completamente desempleados obteniendo *de vez en cuando* trabajo por un día debido al desplazamiento de alguno de los otros.³³

Esto no pasa de ser una simple estimación, un intento de captar, en términos estadísticos, las complejidades de la experiencia de Londres. Pero se basa en otros hallazgos; en particular, que «por norma general ... los hombres de cada oficio que pertenecían a una asociación comprenden más o menos a uno de cada diez del conjunto».³⁴ Los salarios de los hombres asociados eran los que estaban regulados por la tradición y la presión de las *trade unions*; los salarios de los hombres que no pertenecían a una asociación estaban «determinados por la competición». En Londres, hacia la década de 1840, había una demarcación clara entre las partes «honrosas» y «deshonrosas» de los mismos oficios; y los oficios en los que esta división era escandalosa incluían a los ebanistas, carpinteros y ensambladores, los que confeccionaban zapatos y

33. Mayhew, *op. cit.*, II, pp. 364-365. Cf. *Mechanics Magazine* (6 de septiembre de 1823): «Es evidente que la razón por la cual no hay trabajo para la mitad de nuestra población es que la otra mitad trabaja el doble de lo que debería.»

34. Según los datos que Mayhew presenta en otras partes, referentes a los ebanistas y los sastres, esto sería una exageración: quizás una cifra más probable sea 1 de cada 15 o 1 de cada 16.

botas, los sastres y todos los que trabajaban en la pañería y la industria de la construcción. La parte honrosa comprendía las secciones de lujo y calidad; la parte deshonrosa comprendía todo el abanico de lo «feo y barato»: los vestidos de confección, el mobiliario ostentoso u ordinario, costureros chapados y espejos baratos, trabajo subcontratado (por los «*lumpers*»*) en la construcción de iglesias, trabajo contratado para la armada o el gobierno.

En varios oficios, que Thomas Large había apuntado como a la vez organizados y bien pagados en 1812, se produjo un serio deterioro en cuanto a la posición social y al nivel de vida de los artesanos durante los siguientes treinta años. La degradación de los oficios adoptó muchas formas, y a veces sólo se consumaba después de un intenso conflicto, en algunos casos en fecha tan tardía como la década de 1830. Cuando William Lovett, que había sido aprendiz de cordelero en Penzance, fue a Londres en 1821 y —como no encontraba empleo en su propio oficio— intentó obtener trabajo como carpintero o ebanista, la distinción entre los oficios honrosos y deshonorosos todavía no era tan marcada. El hecho de no haber pasado el aprendizaje pesaba mucho contra él, pero después de algunas experiencias malas en un taller deshonoroso, y experiencias peores al intentar vender sus propios productos por las calles, por fin consiguió empleo en un gran taller de ebanistería. Cuando descubrieron que no había hecho el aprendizaje, los hombres ...

hablaban de «ponerme encima a *Mother Shorney*»; éste es un término en la jerga del oficio que significa esconderte tus herramientas, estropear tu trabajo y molestarte de tal modo que por fin te vayas del taller ... Tan pronto ... como supe sus sentimientos ... pensé que lo mejor era convocar una reunión de taller y exponer mi caso ante ellos. Para convocar una reunión de este tipo, el primer requisito era encargar una cantidad respetable de bebida (en general un galón** de cerveza), y luego golpear el martillo y el garfio, los cuales haciendo un sonido similar al de una campana son una llamada que hace que todo el taller se agrupe alrededor de tu banco. Luego se elige un presidente y te invita a exponer tus problemas.

La explicación que hizo Lovett de su difícil situación satisfizo a los

* Pequeño contratista. (*N. de la t.*)

** Medida de capacidad que equivale a 4,546 litros. (*N. de la t.*)

hombres; «pero las peticiones de bebida que me hacían algunos individuos, a cambio de enseñarme cómo hacer algún tipo particular de trabajo, junto con las multas y las cuentas del taller, a menudo ascendían a siete u ocho chelines por semana, que tenía que descontar de mi guinea».³⁵ Diez o veinte años más tarde no hubiese conseguido obtener empleo en un taller respetable o asociado: la influyente Sociedad de Ebanistas (de la que el propio Lovett llegó a ser presidente) había consolidado la posición de sus miembros en las ramas de calidad del oficio y había cerrado las puertas a la masa de mano de obra sin aprendizaje o semicualificada que clamaba desde fuera. Al mismo tiempo, el oficio deshonesto había proliferado:³⁶ los intermediarios habían instalado «mataderos» o grandes almacenes de mobiliario, y los pobres «garret-masters»* de Bethnal Green y Spitalfields empleaban a sus propias familias y a «aprendices» en hacer sillas y mobiliario de bajísima calidad para vender en los almacenes a precios de regalo. Incluso los obreros más desafortunados comprarían o reunirían poco a poco madera para construir costureros o mesas de baraja que vendían por las calles o saldaban a precios reducidos en las tiendas del East End.

La historia de cada oficio es distinta. Pero es posible indicar el esbozo de un modelo general. Aunque se acepta en general que los niveles de vida declinaron durante los aumentos de precios de los años de las guerras (y esto es verdaderamente cierto para los braceros, los tejedores y los trabajadores no organizados en su conjunto), con todo la guerra estimuló muchas industrias y contribuyó al pleno empleo. En Londres el arsenal, los astilleros y los muelles estaban llenos de actividad, y había grandes contratos del gobierno para la confección de ropa y equipamientos destinados a los cuerpos militares. Birmingham prosperó de manera similar hasta los años del bloqueo continental. Los últimos años de la guerra presenciaron una erosión generalizada de las restricciones en el aprendizaje, tanto en la práctica como en la legis-

35. W. Lovett, *Life and Struggles in Pursuit of Bread, Knowledge, and Freedom*, edición de 1920, I, pp. 31-32. Para la vieja costumbre de «pagar el derecho de ingreso» y el «maiden garnish» (cuando el obrero nuevo o el aprendiz tenían que invitar a beber a todo el taller), véase J. D. Burn, *A Glimpse of the Social Condition of the Working Class*, sin fecha, pp. 39-40.

36. Mayhew, III, p. 231, habla de 600-700 trabajadores asociados, y 4.000-5.000 trabajadores no asociados.

* Ebanista o cerrajero que trabajaba por cuenta propia, en general en unas condiciones muy precarias. De ahí el nombre que equivaldría a maestros de buhardilla. (*N. de la L.*)

lación, que culminaron en la revocación de las cláusulas de aprendizaje del *Elizabethan Statute of Artificers*, en 1814. Acorde con su posición social, los artesanos reaccionaron enérgicamente ante esa amenaza. Debemos recordar que en aquella época había muy poca escolarización y no existían ni institutos mecánicos ni escuelas técnicas, y que la técnica y el «misterio» del oficio se transmitían casi por completo mediante el precepto y el ejemplo en el taller, por parte del oficial a su aprendiz. Los artesanos consideraban este «secreto» como *propiedad* suya y afirmaban su derecho incuestionable al «uso y disfrute privado y exclusivo de sus ... artes y oficios». En consecuencia, no sólo opusieron resistencia a la revocación, formándose en Londres un «consejo de oficios nacientes» y recogiendo 60.000 firmas a nivel nacional para una petición dirigida a reforzar las leyes del aprendizaje,³⁷ sino que hay pruebas de que, como consecuencia de la amenaza, los clubs de oficios se reforzaron realmente, de modo que muchos artesanos de Londres salieron de las guerras en una situación comparativamente fuerte.

Pero en este punto las historias de los diferentes oficios empiezan a diverger. La presión de la marea de los trabajadores no cualificados, que golpeaba las puertas, se abrió camino de distintas formas y con diversos grados de violencia. En algunos oficios la demarcación entre un oficio honroso y otro deshonesto podía detectarse ya en el siglo XVIII.³⁸ El hecho de que el oficio honroso hubiese mantenido su posición a pesar de la existencia, desde hacía mucho tiempo, de esta amenaza, se puede explicar por varias razones. Gran parte de los oficios del siglo XVIII se dedicaba a los artículos de lujo, lo cual exigía una calidad de hechura que no podía obtenerse con trabajo mal pagado. Además, en las épocas de pleno empleo, el oficio deshonesto a pequeña escala podía ofrecer, en realidad, mejores condiciones que aquellos oficios de los hombres que pertenecían a una asociación. Así, la *Gordon* observó, en 1818, a propósito de los ópticos y los fundidores de tipos de imprenta, que habían aumentado...

una pequeña clase de hombres de oficio, llamados *garret-masters*, que no sólo venden sus manufacturas a precio más bajo que las de aquellos

37. Véase T. K. Derry, «Repeal of the Apprenticeship Clauses of the Statute of Apprentices», *Econ. Hist. Review*, III (1931-1932), p. 67. Véase también vol. 2, p. 86.

38. La doctora Dorothy George observa que hay «garret-masters» y «chamber-masters» entre los relojeros y los zapateros; véase *London Life in the 18th Century*, pp. 172-175, 197-198. Véase también E. W. Gilboy, *Wages in Eighteenth Century England*, Cambridge, Mass., 1934.

que poseen una gran capital, y que tienen el oficio en una escala más extensiva, sino que en realidad pagan salarios más elevados a los hombres que emplean. Creemos que esto es lo que ocurre en todos los oficios ...³⁹

El perfil de esta demarcación se puede ver en la diferenciación que existía entre los sastres «*Flint*» y «*Dung*», y entre los agresivos y bien organizados zapateros que confeccionaban zapatos para las damas y los trabajadores del oficio de confección de botas y zapatos para hombres. Sin embargo, los zapateros de ambos grupos fueron de los primeros que experimentaron de lleno el efecto del influjo de los trabajadores «ilegales». La posición de los londinenses se debilitó con el crecimiento de la gran industria de la bota y el zapato, en la que predominaba el trabajo a domicilio, de Northamptonshire y Staffordshire.⁴⁰ Allen Davenport, un socialista spenceano, recogió algunos incidentes de la historia de los zapateros de Londres:

En 1810 empecé a trabajar para el señor Bainbridge, y entonces fue cuando asistí por primera vez a una reunión de taller, porque todos los talleres donde había trabajado con anterioridad estaban desconectados de cualquier reunión ... quizá se les consideraba demasiado insignificantes ... Fui recibido con amabilidad por los miembros de la quinta sección de operarios de mujeres (es decir, los que confeccionaban zapatos de mujer), que luego se reunió en el York Arms, en Holborn; y en muy poco tiempo me convertí en delegado. ... Desde que ingresé hasta 1813, la de operarios de mujeres adquirió una gran fuerza en cuanto al número de sus miembros y experimentó un aumento considerable en cuanto a recursos pecuniarios. Teníamos a la vez catorce divisiones en Londres, que además de formar parte de la *union*, mantenían correspondencia regular con gente del oficio en cada ciudad y población de alguna importancia, por todo el reino. Pero hacia esta época el oficio inició un pleito contra un patrono que había empleado a un trabajador ilegal y se negaba a despedirle. El caso fue llevado a los Tribunales Reales por dos inteligentes compañeros de taller ... ayudados por un abogado. ... Ganamos el caso, pero el proceso le costó al oficio cien libras que fueron dinero

39. *Gorgon* (21 de noviembre de 1818).

40. Véase Clapham, *op. cit.*, I, pp. 167-170; M. D. George, *op. cit.*, pp. 195-201; A. Fox, *History of the National Union of Boot and Shoe Operatives*, Oxford, 1958, pp. 12, 20-23. Para el reglamento de los Oficiales de la Confección de Botas y Zapatos, 1803, véase Aspinall, *op. cit.*, pp. 80-82.

malgastado, porque casi inmediatamente después se revocó la ley de Elizabeth que consideraba ilegal que un patrono emplease a un hombre que no hubiese hecho el aprendizaje en nuestro oficio; y entonces el oficio quedó abierto a todo el mundo.

En la primavera de 1813, la *union* sostuvo una huelga en apoyo de una lista de precios detallada: «se concedieron todas las demandas y volvimos cómodamente a nuestro trabajo»:

Pero algunos de los miembros más turbulentos, embriagados por el éxito de la última huelga, propusieron alocadamente que empezásemos otra huelga pocas semanas después. ... Esta arrogante forma de proceder suscitó una crisis en el oficio; los patronos, que hasta aquel momento no estaban asociados y no se conocían unos a otros, se alarmaron, se reunieron y formaron una asociación y, al estar completamente organizados, resistieron la huelga; los hombres fueron derrotados y dispersados a los cuatro vientos y cientos de hombres, mujeres y niños sufrieron las mayores privaciones durante el invierno siguiente. En esta huelga sitió la fecha de la caída del poder de los trabajadores, y el inicio del despotismo entre los patronos zapateros.⁴¹

Se puede calibrar el encarnizamiento de la lucha de los zapateros por el extremo radicalismo de muchos de sus miembros a lo largo de los años de posguerra. Los que confeccionaban zapatos para las damas alcanzaron su posición en los años del *boom*, 1820-1825; pero la recesión de 1826 mostró su debilidad inmediatamente. Los hombres organizados se encontraban rodeados de multitud de pequeños talleres «deshonrosos», en los que «*snoobs*» o «*translators*»* confeccionaban zapatos a 8d. o 1s. el par. En el otoño de 1826, algunos de sus miembros fueron procesados por motín y asalto a raíz de una huelga de una duración de siete o más semanas; se afirmaba que un sindicalista le había dicho a un «esquirol» que «le deberían haber sacado el hígado por trabajar a un precio inferior».⁴² Pero los obreros del ramo de la confección de botas y zapatos, a pesar de todo, mantuvieron algún tipo de organización nacional, y en la gran ola de creación de *unions*, de

41. *Life* de Davenport, reimpresso en *National Co-operative Leader*, 1861. Estoy en deuda con el señor Roydon por dirigir mi atención hacia esta fuente.

* La primera palabra hace referencia a los zapateros remendones. La segunda se refiere en particular a los remendones que remozan los zapatos viejos, (*N. de la t.*)

42. *Trades Newspaper* (10 de septiembre, 10 de diciembre de 1826).

1832-1834, los trabajadores a domicilio de Northamptonshire y Staffordshire se incorporaron a la misma lucha por la «igualación». ⁴³ Sólo la destrucción generalizada del sindicalismo en 1834 les privó de su categoría de artesanos.

Los sastres mantuvieron su categoría de artesanos durante bastante más tiempo. Podemos tomar su *union* como modelo de las *trade unions* cuasilegales de los artesanos. ⁴⁴ En 1818 Francis Place publicó el relato más completo que poseemos acerca de su actuación. Gracias a la organización eficaz los sastres de Londres habían conseguido empujar hacia arriba sus salarios durante la guerra, aunque probablemente quedándose un poco por detrás del avance del coste de la vida. Las cifras son las siguientes (en el promedio que ofrece Place), 1795, 25s.; 1801, 27s.; 1807, 30s.; 1810, 33s.; 1813, 36s. Con cada avance la resistencia de los patronos se volvió más firme: «En cualquiera de esos períodos, no se obtuvo un solo chelín que no fuese a la fuerza». Y en los numerosos locales de reunión de los sastres «*Flint*» se llevaban libros con los nombres de los miembros, y los patronos las utilizaban virtualmente como agencias de colocación. ⁴⁵ «Nadie está autorizado a pedir empleo», los patronos tienen que recurrir a la *union*. El trabajo se asignaba por lista de tanda, y la *union* disciplinaba a quienes «no eran buenos trabajadores». Los sastres tenían una suscripción doble, la cotización más grande se reservaba para los subsidios y la más pequeña para las necesidades de la propia *union*. Era obligado hacer una jornada laboral de doce horas, excepto en las épocas de pleno empleo. Había recaudaciones para los desempleados y se podían hacer recaudaciones especiales cuando se preparaba una huelga, con respecto a lo cual los miembros no hacían preguntas, incluso en el caso de que no se les hubiese explicado el objetivo. La dirección real de la *union* se protegía cuidadosamente de la persecución a que estaba sujeta bajo las *Combination Acts*. Cada local de reunión tenía un representante,

escogido mediante una especie de acuerdo tácito, con frecuencia sin que una gran mayoría sepa quién ha sido escogido. Los representantes for-

43. Véase más adelante, p. 474, para la organización en Nantwich.

44. Place consideraba que la asociación de los sastres era «con mucho, la más perfecta de todas». Pero, por supuesto, tenía la oportunidad excepcional de descubrir sus secretos.

45. Cf. anuncios como éste en los periódicos: «Trabajador competente para dirigir cualquier obra en la rama de la construcción, se puede conseguir dirigiéndose a los siguientes locales...» (oficiales carpinteros, en *Trades Newspaper* 17 de julio de 1825).

man un comité, y escogen de nuevo, de forma algo parecida, un comité muy pequeño, en el que, en ocasiones muy especiales, reside todo el poder ...

«Ninguna ley podía suprimirlo —escribió Place—, nada excepto la falta de reserva entre los mismos hombres podía impedir su existencia.» Y de hecho los «Caballeros de la Aguja» parecían sumamente fuertes, al menos hasta la recesión de 1826. Su organización se podría describir con imparcialidad como «casi un sistema militar». Pero en el propio relato de Place se escondía un presentimiento de debilidad:

Están divididos en dos clases, llamadas *Flints* y *Dungs*; los *Flints* tienen más de treinta locales de reunión, y los *Dungs* alrededor de nueve o diez; los *Flints* trabajan por días, los *Dungs* por días o por piezas. Entre ellos existía una gran hostilidad anteriormente, porque los *Dungs* trabajaban en general a cambio de salarios más bajos, pero durante los últimos años no han habido grandes diferencias en los salarios ... y en algunas de las últimas huelgas, habitualmente ambas partes han hecho causa común.

Esto puede verse como un intento impresionante de mantener al oficio deshonesto en algún tipo de relación organizativa con los «*Flints*», que eran extremadamente conscientes de su posición social. En 1824, Place calculaba una proporción de un «*Dung*» por cada tres «*Flints*»; pero los «*Dungs*» trabajan muchas más horas y sus familias les ayudan». Hacia principios de la década de 1830, la marea del oficio barato y de confección ya no se podía refrenar por más tiempo. Los «Caballeros» fueron por fin degradados en 1834, sólo después de un conflicto formidable, en el que se dijo que 20.000 estaban en huelga bajo el lema de «igualación». ⁴⁶

John Wade todavía podía hablar de los sastres de Londres de 1833, como trabajadores «que tienen una remuneración más elevada de la que recibe por regla general la gente trabajadora de la metrópoli». En verdad, los citaba como un ejemplo de artesanos que gracias a la fuerza

46. *Gorgan* (26 de septiembre, 3 y 10 de octubre de 1818); *First Report ... Artizans and Machinery*, 1824, pp. 45-46; Cole y Filson, *op. cit.*, pp. 106-107; [T. Carter], *Memoirs of a Working Man*, 1845, pp. 122-124. Para la huelga de 1834, véase G. D. H. Cole, *Attempts at General Union*, 1953. Para el antagonismo entre los organizados sombrereros y los deshonestos «alcornoques», véase J. D. Burn, *op. cit.*, pp. 41-42, 49-50.

de su asociación habían «fortalecido sus propios intereses frente a los intereses del público y de otras gentes trabajadoras».⁴⁷ Sin embargo, cuando Mayhew empezó su investigación para el *Morning Chronicle*, en 1849, citaba a los sastres como uno de los peores ejemplos de industria explotada, «barata y de mala calidad». Mayhew calculaba que de los 23.517 sastres de Londres, en 1849 había 2.748 maestros sastres independientes. De los restantes, 3.000 eran hombres asociados en el oficio honroso (en comparación con los 5.000 o 6.000 que lo estaban en 1821), y los 18.000 que estaban en el oficio deshonesto dependían completamente para sus ingresos de grandes intermediarios de los negocios del «*stop*»* o de la confección.

La situación de Londres no debería considerarse excepcional, aunque Londres fuese la Atenas del artesano. Y es importante observar que existe un modelo de explotación que contradice las pruebas de las series salariales recopiladas a partir de los precios de la mano de obra que se hallaba en los oficios honrosos. Éste adopta la forma tanto de la desintegración de las restricciones y las condiciones tradicionales, como de las defensas de las *trade unions*. En general es cierto que los oficios «artesanos» atravesaron dos períodos críticos de conflicto. El primero fue en 1812-1814, cuando las regulaciones referentes al aprendizaje fueron revocadas. Aquellos oficios, como el de los zapateros y el de los sastres, que tenían ya una organización fuerte, fueran las *unions* o los clubs del oficio, pudieron defender en alguna medida su situación después de la revocación, mediante huelgas y otras formas de acción directa, aunque en los mismos años se diera una mayor organización entre los patronos. Pero la consolidación en talleres «asociados» cerrados, entre 1815 y 1830, se hizo a un precio. Se mantuvo a los «ilegales» fuera de las mejores partes del oficio sólo para aumentar el número de los que estaban fuera, en el desorganizado oficio «deshonesto». El segundo período crítico es 1833-1835, cuando, en la cresta de la gran ola de las *trade unions*, se hicieron intentos de «igualar» las condiciones, disminuir las horas de trabajo en el oficio honroso y suprimir el trabajo deshonesto. Esos intentos (señaladamente el de los sastres de Londres) no sólo fracasaron ante las fuerzas conjugadas de los patronos y el gobierno, además condujeron a un deterioro al menos temporal de la posición de los trabajadores «asociados». Los historiadores de la econo-

47. J. Wade, *History of the Middle and Working Classes*, 5ª edición, 1835, p. 293.

* Prendas de vestir, de confección, baratas y de mala calidad. (N. de la t.)

mía deberían considerar los casos de los mártires de Tolpuddle y de los grandes cierres patronales de 1834 como algo tan importante para todas las clases de trabajo como los radicales y los sindicalistas de la época opinaban que lo fueron.⁴⁸

Pero este conflicto entre los artesanos y los grandes patronos sólo fue parte de un modelo de explotación más general. La parte deshonesto del oficio creció con el desplazamiento de los pequeños menestrales (que empleaban a unos pocos oficiales y aprendices) por parte de grandes «fábricas» e intermediarios (que empleaban trabajadores a domicilio o subcontrataban); con el hundimiento de cualquier protección significativa del aprendizaje (excepto en la honrosa isla) y el influjo de las mujeres y los niños, no cualificados; con el aumento de horas y de trabajo los domingos; y con la rebaja de los salarios, los precios del trabajo a destajo y por tarea realizada. La forma y la extensión del deterioro está en relación directa a las condiciones materiales de la industria: el coste de las materias primas, las herramientas, la cualificación necesaria, las condiciones que favorecen o desalientan la organización de las *trade unions*, la naturaleza del mercado. Así, los ebanistas y los zapateros podían obtener sus materiales baratos y ser propietarios de sus propias herramientas, de modo que el artesano sin empleo se establecía como «*garret-master*» o «*chamber-master*»,* con toda su familia trabajando —y quizá otros menores— cerca de siete días a la semana y vendiendo los productos por cuenta propia. Los carpinteros que necesitaban una inversión más costosa no tuvieron otra salida que los «grandes talleres» en los que se mantenía un ritmo infernal de producción de objetos sin valor bajo la vigilancia de un capataz, y donde cada hombre que se quedaba atrás era despedido. Los trabajadores de sastretería, que pocas veces podían adquirir sus propias telas, se volvieron totalmente dependientes de los intermediarios que cultivaban el trabajo externo a precios de explotación. La costura —un oficio notoriamente «explotado»— la hacían costureras (a menudo inmigrantes del campo o de pequeñas ciudades) en talleres contratados por establecimientos más grandes. El trabajador de la construcción, que no podía ni comprar sus ladrillos ni vender por su cuenta una parte de una catedral por las calles, se encontraba a merced del subcontratista; incluso el traba-

48. La mejor descripción —aunque todavía incompleta— de este segundo período se encuentra en G. D. H. Cole, *Attempts at General Union*.

* Zapatero que trabaja en su propia casa. (N. de la t.)

jador cualificado «asociado» esperaba que le despidiesen en los meses de invierno; y ambos tipos de trabajadores intentaban con frecuencia escapar de su situación apurada mediante la construcción especulativa directa; «la tierra —como dice Clapham— alquilada a cambio de promesas, los materiales conseguidos a base de créditos, con una hipoteca sobre la casa a medio construir, antes de ser vendida o arrendada, y un elevado riesgo de quiebra».⁴⁹ Por otra parte, el constructor de coches, el constructor de navíos o el mecánico que no eran propietarios de todas sus herramientas ni adquirían sus propios materiales, estaban, sin embargo, bien situados, en razón del carácter de su trabajo y de la escasez de personas de su oficio, para mantener o extender las defensas de la *trade union*.

En los viejos centros provinciales tuvo lugar un hundimiento parecido de la categoría del artesano. Se dan muchas complejidades y modificaciones. Por un lado, la industria de botas y zapatos de Stafford y de Northamptonshire había perdido desde hacía tiempo su carácter artesano y se llevaba a cabo en base a un trabajo a domicilio, en un momento en que los zapateros de Londres estaban todavía intentando frenar el oficio deshonesto. Por otra parte, la especialización extrema de la industria cuchillera de Sheffield —junto con las tradiciones políticas y de las *trade unions*, excepcionalmente fuertes, de unos obreros que habían sido los más resueltos jacobinos— había conducido al mantenimiento de la posición del trabajador cualificado en un mundo intermedio de semiindependencia, en donde trabajaba para un comerciante (y, a veces, para más de uno), alquilaba su fuerza motriz en la «rueda pública», y observaba de manera estricta las listas de precios. A pesar de la Declaración de los Cuchilleros de Sheffield (1814) que abolía las restricciones que habían limitado el oficio a los hombres avecindados* y que daba paso a una situación en la que «cualquier persona puede trabajar en los oficios asociados sin necesidad de estar avecindado, y puede tomar cualquier número de aprendices por el tiempo que sea», las *unions* eran suficientemente fuertes —a veces con la ayuda del «robo y la destrucción» y otras formas de intimidación— para frenar el avance de los no cualificados, aunque existía la amenaza continua de los «pequeños menestrales», a veces hombres «ilegales» u oficiales que traba-

49. Clapham, *op. cit.*, I, p. 174.

* En el original inglés «freemen», hombres que poseían los derechos de ciudadanía o vecindad de una ciudad. (*N. de la t.*)

jaban por cuenta propia, que intentaban rebajar los precios para competir con el oficio legal.⁵⁰ En las industrias de Birmingham se encuentran todo tipo de variantes, desde el gran taller, pasando por los laberintos de los pequeños talleres y los oficiales que trabajaban por cuenta propia, honrosos y deshonestos, a los trabajadores a domicilio medio desnudos y degradados que vivían en las poblaciones donde se fabricaban clavos. Una descripción de Wolverhampton en 1819, nos muestra cómo aparecía el «*garret master*» en una época de depresión:

El orden de las cosas ... está completamente invertido. Hoy día, el último recurso del famélico oficial es establecerse como patrono, su patrono no le puede dar trabajo del que sacar cualquier beneficio y se ve obligado por lo tanto a despedirle; entonces el pobre infeliz vende su cama, y compra un yunque, se procura un poco de hierro, y cuando ha manufacturado unos pocos artículos, los vende por ahí ... a cambio de lo que le den. ... Antes podría haber cobrado 10s. a la semana trabajando como eriado; pero ahora es afortunado si obtiene 7s. trabajando como patrono fabricante.⁵¹

En la industria de tejido de cintas de Coventry había otra situación intermedia, medio trabajador a domicilio, medio artesano: los tejedores que conservaban una condición artesana precaria, eran propietarios de sus costosos telares y a veces empleaban a un mancebo; mientras que otros tejedores de la ciudad estaban empleados en talleres o fábricas por salarios equiparables, pero hacia el norte, en los pueblos tejedores había una amplia fuente de reserva de tejedores medio desempleados, que trabajaban a precios degradados como trabajadores a domicilio eventuales.⁵²

Desde un punto de vista, puede considerarse que la auténtica industria a domicilio es aquella que ha perdido completamente su categoría artesanal y en la que no queda parte «honrosa» alguna del oficio:

50. T. A. Ward (comp. A. B. Bell), *Peeps in to the Past*, 1909, pp. 216 y siguientes; S. Pollard, *A History of Labour in Sheffield*, Liverpool, 1959, cap. 2; Clapham, *op. cit.*, I, p. 174.

51. *New Monthly Magazine* (1 de julio de 1819), citado por S. Maccoby, *op. cit.*, p. 335. Véase también T. S. Ashton, «The Domestic System in the Early Lancashire Tool Trade», *Econ. Journal* (Suplemento, 1926-1929), I, pp. 131 y siguientes.

52. Véase el lúcido relato en J. Prest, *The Industrial Revolution in Coventry*, Oxford University Press, 1960, caps. 3 y 4.

Se puede decir que el trabajo capitalista a domicilio está establecido por completo sólo cuando el material pertenece al patrono comerciante y se le devuelve después de que el proceso, para el cual se necesita la destreza del trabajador a domicilio, se ha completado: la lana distribuida para ser hilada, el hilo distribuido para ser tejido, la camisa distribuida para «coser las costuras, poner escudetes y ribetes», el cuero que es devuelto en forma de botas.⁵³

Clapham estimaba que esta era la «forma predominante» de organización industrial durante el reinado de Jorge IV; y si añadimos a los verdaderos trabajadores a domicilio (tejedores manuales, los que hacían clavos, la mayor parte de los cardadores, los que hacían cadenas, algunos trabajadores del calzado, los tejedores de punto, los cortadores de fustán, los guanteros, algunos alfareros, las encajeras de bolillos y muchos más) los que trabajaban en las partes «deshonrosas» de los oficios artesanos urbanos y de Londres, probablemente siguió siendo dominante hasta 1840.

Más adelante estudiaremos al tejedor como ejemplo del trabajador a domicilio. Pero existen algunos aspectos generales que ponen en relación a los trabajadores a domicilio y a los artesanos. En primer lugar, no vale la pena dar razones convincentes de la situación de los tejedores o de los trabajadores del «*slop*» como «ejemplos del declinar de los viejos oficios que estaban siendo desplazados por un proceso mecánico»; ni tampoco aceptaremos la afirmación, en su contexto peyorativo, de que «los ingresos más bajos se daban, no entre los que trabajaban en la fábrica, sino entre los trabajadores a domicilio, cuyas tradiciones y métodos eran los del siglo XVIII».⁵⁴ Lo que nos sugieren estas afirmaciones es que estas condiciones se pueden, de algún modo, separar en nuestra mente del verdadero impulso de mejora de la Revolución industrial; pertenecen a un orden preindustrial «más viejo», en tanto que los auténticos rasgos del nuevo orden capitalista se pueden ver donde hay vapor, operarios de las fábricas y mecánicos que comen carne. Pero el número de los que trabajaban en la industria doméstica se multiplicó enormemente entre 1780 y 1830; y muy a menudo *el vapor y la fábrica eran los multiplicadores*. Los que empleaban a los trabajadores a domicilio eran las fábricas que hilaban el hilo y las fundi-

53. Clapham, *op. cit.*, I, p. 179.

54. F. A. Hayek y T. S. Ashton en *Capitalism and the Historians*, pp. 27-28, 36.

ciones que hacían las varillas de los clavos. La ideología puede desear exaltar una y desacreditar a la otra, pero los hechos nos deben llevar a decir que cada una era un componente complementario de un solo proceso. Este proceso multiplicó primero a los trabajadores manuales (estampadores manuales de percal, tejedores, cortadores de fustán, cardadores) y luego hizo desaparecer su sustento con la nueva maquinaria. Además, la degradación de los trabajadores a domicilio muy pocas veces fue tan simple como indica la frase «desplazados por un proceso mecánico»; se llevó a cabo con métodos de explotación parecidos a los que había en los oficios deshonrosos y a menudo precedió a la competencia de la máquina. Tampoco es cierto que «las tradiciones y los métodos» de los trabajadores a domicilio «fueran los del siglo XVIII». El único grupo amplio de trabajadores a domicilio de aquel siglo cuyas condiciones anticiparon las de los proletarios a tiempo parcial del siglo XIX que hacían trabajo a domicilio son los tejedores de seda de Spitalfields; y esto debido a que la «Revolución industrial» en la seda precedió a la del algodón y la lana. En verdad, podemos decir que el trabajo a domicilio explotado a gran escala fue tan intrínseco a esta revolución, como lo fue la producción fabril o el vapor. Por lo que se refiere a las «tradiciones y métodos» de los trabajadores del «*slop*» en el oficio deshonroso, éstos, por supuesto, han sido endémicos durante siglos dondequiera que hubiese mano de obra barata y abundante. Sin embargo, debió aparecer como un cambio serio de las condiciones de los artesanos londinenses de finales del siglo XVIII.

Lo que podemos afirmar con seguridad es que el artesano *sentía* que su posición social y su nivel de vida estaban amenazados o se habían deteriorado entre 1815 y 1840. (La innovación técnica y la superabundancia de mano de obra barata debilitaban su posición. No tenía derechos políticos y el poder del Estado se utilizaba, aunque sólo fuese de manera caprichosa, para destruir sus *trade unions*. Como demostró claramente Mayhew, el pago de un sueldo insuficiente (en los oficios deshonrosos) no sólo provocaba el trabajo excesivo, también provocaba que hubiese *menos* trabajo por todos lados. Esta experiencia es la que subyace a la radicalización política de los artesanos y, de forma más drástica, de los trabajadores a domicilio. Las injusticias reales e imaginadas se combinan para dar forma a su cólera: el prestigio perdido, la degradación económica directa, la pérdida del orgullo del oficio a medida que éste se envilecía, las perdidas aspiraciones de llegar a ser patronos (como todavía podían esperar los hombres de la generación

de Hardy y Place). Los hombres que estaban «asociados», aunque eran más afortunados, no eran los menos radicales; muchos de los líderes de la clase obrera de Londres y las provincias provenían, lo mismo que William Lovett, de ese estrato social. Sólo habían podido mantener su posición social gracias a su ingreso en la militancia en las *trade unions*; y su forma de ganar el sustento les proporcionaba una educación corriente en los vicios de la competencia y las virtudes de la acción colectiva. Presenciaban cómo los vecinos o compañeros de taller menos afortunados (debido a un accidente o a su debilidad por la bebida) caían en los más bajos fondos. Quienes se encontraban en esos fondos eran los más necesitados, pero también quienes menos tiempo tenían de reflexión política.

Si los braceros del agro suspiraban por la tierra, los artesanos aspiraban a la «independencia». Esta aspiración tiñe gran parte de la historia del radicalismo primitivo de la clase obrera. Pero en Londres el sueño de convertirse en un pequeño menestral (que todavía era fuerte en la década de 1790; y aún lo era en Birmingham en la década de 1830) no podía sostenerse, en las décadas de 1820 y 1830, frente a las experiencias de los «*chamber*» o «*garret-masters*»; una «independencia» que significaba la esclavitud de toda la semana respecto de los almacenes o a los talleres de *shop*. Esto nos ayuda a explicar la súbita oleada de apoyo al owenismo, a finales de la década de 1820; las tradiciones de las *trade unions* y la aspiración a la independencia estaban entrelazadas en la idea del control social de los propios medios de subsistencia; se trataba de una independencia colectiva.⁵⁵ Cuando la mayor parte de las empresas owenitas fracasaron, el artesano de Londres todavía luchó hasta el final: cuando se acabaron el cuero, la madera y la tela, pasaron a engrosar el tropel de los vendedores callejeros que pregonaban la venta de cordones de zapato, de naranjas o nueces. Principalmente se trataba de trabajadores rurales que ingresaron en los «grandes talleres». El artesano de origen londinense apenas podía soportar el ritmo, pero tampoco quería convertirse en un proletario.

Quizá no hemos clarificado los índices salariales, pero hemos propuesto una forma de interpretar y criticar esos índices tal y como se nos presentan ahora. En particular, debemos averiguar siempre si las cifras se han obtenido a partir de los trabajadores asociados o no asociados

55. Véase la discusión del owenismo más adelante, vol. 2, pp. 391-422.

y cuán lejos llegó la división, en cualquier oficio y en cualquier momento determinado. Hubo ciertas experiencias comunes a la mayor parte de oficios e industrias. Unas pocas no se vieron afectadas durante la depresión de la posguerra, y la mayor parte de ellas fueron boyantes entre 1820 y 1825; por supuesto, en un período como aquél, del más pleno empleo, los oficios deshonrosos podían extender realmente su radio de acción y pasar casi inadvertidos, puesto que no amenazaban la situación de los obreros asociados. Los doce meses posteriores a la revocación de las *Combination Acts* fueron un período de optimismo excepcional, cuando la prosperidad general junto con el agresivo sindicalismo llevó a considerables avances por parte de muchos grupos de trabajadores. En el verano de 1825, se publicó un informe de las alfarerías en el *Trades Newspaper*, que admitía su situación de prosperidad en un lenguaje completamente insólito en el periodismo radical u obrero de la época. «Sería difícil señalar un período ... en el que las clases trabajadoras, excepción hecha de los tejedores, hayan disfrutado de un grado más elevado de bienestar.» Las alfarerías habían sido sacudidas, durante los ocho meses anteriores, por una verdadera ola de huelgas:

En Staffordshire, los carpinteros fueron los primeros en ponerse en huelga, y luego todos los demás oficios tomaron el relevo por turno. Los mineros sabían que los alfareros no podían seguir adelante sin ellos, y cuando los últimos hubieron obtenido un avance, no se levantó ni un solo pico, ni se bajó un solo cubo. ... Los alfareros resistieron un segundo momento y jugaron sus cartas con la siguiente declaración, que un trabajador ordinario hoy en día cobra 6s. al día, mientras que un oficial de mayor categoría que trabaje a destajo ingresa realmente 3 libras a la semana. Incluso los sastres se negaron tenazmente a cortar, coser, planchar o hacer las costuras o acolchar un cuello, a menos que supieran la razón detallada; mientras que los animosos barberos ... insistían en obtener un anticipo del 50 por 100 ...⁵⁶

Gran parte de estas conquistas se perdieron en 1826, se recuperaron en los 3 años siguientes y se volvieron a perder de nuevo a principios de la década de 1830. Y dentro de esta historia más amplia se encuentran las historias particulares de los oficios individuales. En general, en

56. *Trades Newspaper* (24 de julio de 1825). Véase también W. H. Warburton, *History of T. U. Organization in the North Staffordshire Potteries*, 1931, pp. 28-32.

aquellas industrias en las que se necesitaba mucho capital, técnica y maquinaria el artesano perdió algo de su independencia, pero pasó a ser, por etapas bastante sencillas, un proletario especializado e incluso privilegiado: el *mill-wright* se convirtió en mecánico o trabajador del metal, el oficio de constructor de navíos estaba todavía dividido entre los oficios de la construcción naval. En aquellas industrias en las que se podía prescindir de trabajo o se podía hacer entrar mano de obra joven o no cualificada, el artesano conservaba algo de su independencia, pero sólo al precio de una inseguridad creciente y una seria pérdida de categoría.

Lo que más nos interesará cuando volvamos a la historia política de los años de la posguerra es el punto de vista del artesano. Podemos ser, por lo tanto, más impresionistas al tratar a aquellos que vivían en los bajos fondos indignos de aquél. De hecho, se conoce menos acerca de los trabajadores no cualificados durante las primeras décadas del siglo XIX, puesto que no tenían *unions*, pocas veces tenían líderes que articularan sus agravios y pocos comités parlamentarios investigaron su situación a no ser como problema sanitario o de vivienda. El artesano degradado pocas veces tenía las condiciones físicas o las aptitudes necesarias para incorporarse a las penosas tareas semicualificadas o no cualificadas. Estos grupos de ocupación o bien se reclutaban a sí mismos o se ampliaban por medio de los inmigrantes rurales o irlandeses. Algunos de ellos ganaban buenos salarios a cambio de un trabajo irregular, en los muelles, como peones camineros o paleadores. Éstos se transforman en los «afortunados», o trabajadores eventuales; y los que se encontraban totalmente sin empleo e inmigraban a la ciudad podían quedar reducidos, al igual que el joven William Lovett cuando por primera vez llegó a Londres, a «una hogaza de pan de un penique al día y un trago de la fuente más cercana durante varias semanas seguidas». Él y un compatriota de Cornualles;

... en general nos levantábamos a las cinco de la mañana y andábamos por todas partes preguntando en diferentes talleres y edificios hasta las nueve; luego comprábamos una hogaza de un penique y la dividíamos entre los dos; luego volvíamos a andar por ahí hasta las cuatro o cinco de la tarde, hora a la que terminábamos nuestro día de trabajo con otra hogaza repartida; y nos íbamos a la cama muy temprano con los pies cansados y hambrientos.⁵⁷

57. Lovett, *op. cit.*, I, pp. 25-26.

Pero esta austeridad para hacer que se estiren los últimos pocos peniques era muy poco frecuente. La inseguridad habitual en el empleo, como saben todos los investigadores sociales, desalienta la previsión y da lugar al familiar ciclo de penuria alternado con las ocasionales parrandas con mucho gasto de dinero, cuando se tiene trabajo. Aquellos para quienes el «azar» se había convertido en una forma de vida (vendedores callejeros, mendigos y gorriones, pobres, delincuentes ocasionales y profesionales, el ejército) eran distintos de los peones (mozos de cuadra, barrenderos, trabajadores ribereños, peones de albañil, carreteros, etc.). Algunos de los vendedores callejeros eran negociantes prósperos, otros eran sablistas incorregibles; otros, como los vendedores ambulantes, charlatanes y los vendedores de baladas, constituían una antítesis cómica y devastadora de las tesis sentenciosas de Edwin Chadwick y el doctor Kay. El entendimiento se queda anonadado ante los recursos de los seres humanos para sobrevivir, recolectando excrementos de perro o vendiendo pamplinas o escribiendo cartas a *1d.* o *2d.* por un tiempo determinado (para las cartas de amor «se necesita el mejor papel con orla dorada y un sobre de lujo, y un diccionario»). Verdaderamente, hacia la década de 1840, la mayor parte de los vendedores callejeros eran desesperadamente pobres. Siguiendo una profunda inspiración estadística, podemos aventurar la opinión de que el nivel de vida del delincuente medio (sin contar a las prostitutas) aumentó durante este período hasta el establecimiento de un cuerpo de policía eficaz (a finales de la década de 1830), puesto que las oportunidades de robar en los almacenes, los mercados, las gabarras de los canales, los muelles y los ferrocarriles se multiplicaban. Con toda probabilidad muchos trabajadores eventuales complementaban de ese modo sus ingresos. Parecería que el auténtico delincuente profesional o «viajante», según su propia confesión, tenía un nivel de vida espléndido: se le puede considerar un «optimista». El nivel de las madres solteras, excepto en los distritos donde el trabajo femenino era abundante, como en el Lancashire, probablemente descendió: habían cometido una ofensa no sólo contra Wilberforce, sino contra Malthus y las leyes de la economía política.

Hubo una época en que una viuda con seis hijos de entre 5 y 15 años, que viviese en una ciudad fabril, podía considerarse afortunada; y en la que un mendigo ciego era un «aristócrata» de la fraternidad de los vagabundos, con quien intentaban viajar quienes tenían la vista normal y quienes estaban sanos para compartir sus ingresos. «Un hombre

ciego puede encontrar un guía para ir a cualquier sitio, porque sabe que obtendrá algo con seguridad», le dijo a Mayhew el ciego vendedor de cordones de zapatos. Viajando de casa de huéspedes en casa de huéspedes, desde mi Northumberland nativo hacia abajo, y llegando a ser «avisado en los trucos» del mendigar. «estuve cada vez más y más complacido con esta vida, y me preguntaba cómo cualquiera podía vivir de otro modo». Cuando por fin llegó a Londres, «a medida que andaba por las calles ... no sabía si yo iba por las calles o ellas me llevaban».⁵⁸

Entre los optimistas también se encontraban los sumamente profesionales «sablistas», que tenían tantos disfraces como un transformista, y que se hacían eco de los cambios, según la situación del oficio, a base de apropiarse de las desgracias de otros: «el respetable hombre de oficio arruinado o el caballero juerguista venido a menos», «el hurto del trabajador manual indigente», «los marineros del portazgo en los canales»:

Salí ... como uno de la Brigada Shallow, vestido con una camisa y unos calzones Guernsey, o unos pantalones andrajosos. Era una comitiva de cuatro. Sólo nos ganábamos justo la vida: 16s. o 1 libra entre todos. Solíamos abordar a todo aquel que se nos cruzaba —cargadores de carbón incluidos— capitanes de barcos de pesca. «Bien, mi noble capitán de pesquero —solíamos decir—, que nos disparen fuego y metralla desde vuestro arsenal de babor, a nosotros, *bulldogs* de Nelson»; ... La Shallow se hizo tan conocida en Londres que los suministros escasearon y abandoné la armada de tierra. Los naufragios se volvieron algo tan corriente en las calles, sabe, que la gente ya no se preocupaba de ellos ...⁵⁹

Los impostores, que estudiaban el mercado y eran ágiles para cambiar los surtidos de sufrimiento para satisfacer la cansada e inelástica demanda de compasión humana, tenían mejor suerte que las auténticas víctimas, que eran demasiado orgullosas o demasiado inexpertas para poner a la venta su propia miseria para sacar provecho de ella. Hacia la década de 1840 se conocían muchos de los trucos de los impostores; y el hombre de clase media, a menos que tuviese el conocimiento de

58. Mayhew, I, p. 452.

59. *Ibid.*, I, p. 461. Durante algunos años después de las guerras, el mayor grupo de mendigos de Londres se componía de verdaderos marineros licenciados: *Fourth Report of the Society for the Suppression of Mendicancy*, 1822, p. 6.

la humanidad que poseían Dickens y Mayhew, veía en todas las palmas abiertas la prueba de la holgazanería y el fraude. Y por lo que se refiere al centro de Londres o de las grandes ciudades, podía estar perfectamente en lo cierto, puesto que andaba por un mundo surrealista: la palma abierta podía ser la de un receptor de cosas robadas; el hombre medio desnudo en medio de la nevada podía estar haciendo el «truco de tirar» («un buen truco en una estación bastante inclemente ... no era tan buen recurso por dos tembleques al día como antes»); el niño sollozando en el arroyo sobre un paquete de té derramado y una historia sobre el cambio perdido, podría haber sido aleccionado por su madre para el truco. El minero que había perdido ambos brazos era un hombre que merecía la envidia por parte de los demás, y: «Está el hombre con una pierna, que se sienta en el pavimento y cuenta una larga historia acerca de la vagoneta que le había atropellado en la mina. Lo hace muy bien, notablemente bien.»⁶⁰

La mayor parte de las peores víctimas no estaban allí. Seguían, con sus familias, en las buhardillas de Spitalfields; los sótanos de Ancoats y el sur de Leeds; en las aldeas de trabajadores a domicilio. Podemos estar bastante seguros de que el nivel de vida de los pobres declinó. Los 30 años que conducen hasta las nuevas *Poor Laws* de 1834 presencian los continuos intentos de rebajar los impuestos para asistir a los pobres, acabar con la beneficencia fuera de los asilos, o promover los asilos de nuevo tipo.⁶¹ Crabbe escribió en *The Borough* (1810), no sobre una de las «Cárceles» de Chadwick, sino sobre un modelo anterior:

No me gusta vuestro plan; con un número
Habéis puesto a vuestros pobres, a ese grupo digno de lástima;
Allí, en una casa, para toda la vida,
El palacio de los pobres, al cual detestan ver:
Aquel edificio gigantesco, con aquel elevado muro que lo rodea,
Aquellos paseos desnudos, aquel vestíbulo grandioso e imponente
Aquel reloj grande y estrepitoso, que da cada temida hora,
Aquellas verjas y cerraduras, y todos aquellos signos de poder:
Es una cárcel, con un nombre más suave,
En la que pocos viven sin miedo o vergüenza.*

60. *Ibid.*, I, p. 465.

61. Véase J. D. Marshall, «The Nottinghamshire Reformers and their Contribution to the New Poor Laws», *Econ. Hist. Review*, 2ª serie, XIII (3 de abril de 1961).

* Your plan I love not; -with a number you / Have placed your poor, your pitiable few; / There, in one house, throughout their lives to be, / The pauper-palace which they hate to see: / That giant building, that high-bounding wall, / Those bare-worn walks,

La ley de 1834 y su aplicación subsiguiente, por parte de hombres como Chadwick y Kay, fue quizá el intento más prolongado, en la historia de Inglaterra, de imponer un dogma ideológico desafiando la evidencia de la necesidad humana. Ninguna discusión acerca del nivel de vida después de 1834 puede tener sentido si no se analizan las consecuencias, a medida que preocupadas comisiones de vigilantes intentaban aplicar las insensatas circulares de órdenes de Chadwick referentes a la abolición o a la restricción salvaje de la beneficencia al margen de los asilos, en los centros industriales deprimidos; y si no sigue la pista al celo misional de los comisarios auxiliares en su intento de llevar la doctrinaria luz del benthamismo malthusiano al empírico norte. La doctrina de la disciplina y el control fue, desde el principio, más importante que la de la «menor elegibilidad» material,⁶² el Estado más ingenioso hubiera encontrado difícil crear instituciones que simulasen condiciones peores que las de los *garret-masters*, los braceros de Dorset, los tejedores de punto y los que hacían clavos. Se desplazó la poca práctica política de la miseria sistemática por la de la disuasión psicológica: «trabajo, disciplina y control». «Nuestra intención —dijo un comisario auxiliar— es hacer que los asilos se parezcan a las cárceles tanto como sea posible»; y otro añadía, «nuestro objetivo ... es establecer allí dentro una disciplina tan severa y repulsiva como para convertirlo en un espanto para los pobres e impedir que ingresen». El doctor Kay señalaba con satisfacción sus éxitos en Norfolk; la reducción de la dieta demostró ser menos eficaz que «una observación minuciosa y regular de la rutina», los ejercicios religiosos, el silencio durante las comidas, «la obediencia inmediata», la separación total de sexos, separación de familias (incluso en el caso de que fuesen del mismo sexo), trabajo en una reclusión absoluta. «He observado», anotaba en ese bastardo inglés ceremonial que algún día será tan chocante como las empulgaderas y los cepos:

que se había conservado la costumbre de permitirles a los pobres retener sus posesiones mientras vivían entre las paredes del asilo, cajas, por-

that lofty thund'ring hall! / That large loud clock, which tolls each dreaded hour, / Those gates and locks, and all those signs of power: / It is a prison, with a milder name, / Which few inhabit without dread or shame.

62. Se tenía la intención de que las condiciones de los pobres en los asilos después de 1834 fueran «menos elegibles» que las de los peones peor situados, que estaban fuera de ellos.

celana, prendas de vestir, etc. ... Por lo tanto, mandé que esos artículos fueran puestos en poder de varias gobernantas ... y fueran depositados en la despensa. Al efectuar esos cambios en el asilo de la Cosford Union, el señor Plum encontró grandes cantidades de pan escondidas en las cajas (lo cual muestra cuán abundante es la dieta), y asimismo encontró jabón y otros artículos hurtados de los almacenes del asilo ... La mañana siguiente a este cambio doce mujeres pobres y sanas abandonaron la casa, diciendo que preferían trabajar fuera.

«Ni las viudas con hijos, ni los viejos y los achacosos, ni los enfermos —seguía el doctor Kay, en pleno alarido al estilo de Chadwick— deberían librarse de esas humillaciones del asilo, por miedo a mantener la imprevisión y la impostura, y de socavar las motivaciones para la laboriosidad ... la frugalidad ... la prudencia ... los deberes filiales ... esfuerzos independientes de los braceros durante sus años de capacidad y actividad. ...»

¡Fue una notable victoria para el doctor Kay y el señor Plum! ¡Doce mujeres sanas se habían convertido en frugales y prudentes (¿quizá se habían transformado por arte de encantamiento de pesimistas en optimistas?) de golpe! Y sin embargo, a pesar de todos sus esfuerzos, los informes incompletos de 443 *unions* de Inglaterra y Gales en las que estaban en funcionamiento las nuevas cárceles desde hacía tres meses de 1838 (con exclusión, entre otras áreas, del Lancashire y el West Riding) daban la cifra de 78.536 asilados. Hacia 1843 la cifra había subido hasta 197.179. El testimonio más elocuente de la intensidad de la pobreza reside en el hecho de que a pesar de todo, los pobres acudían a los asilos.⁶³

63. El testimonio del doctor Kay se encuentra en G. Cornwall Lewis, *Remarks on the Third Report of the Irish Poor Inquiry Commissioners*, 1837, pp. 34-35; los informes de los asilados en 1838, en el *Fifth Report of the Poor Law Commissioners*, 1839, pp. 11, 181; un ejemplo de las «insensatas» cartas de órdenes de Chadwick, cuando se contrastan con la necesidad de beneficencia durante la depresión industrial, se encuentra en su correspondencia con los vigilantes de Mansfield, *Third Annual Report PLC*, 1837, pp. 117-119; *Tenth Annual Report*, 1844, p. 272. Entre la extensa literatura sobre las *Poor Laws*, recomiendo la lúcida descripción de la resistencia a ella en el norte, que se encuentra en C. Driver, *Tory Radical*, 1946, caps. 25 y 26.

9. LOS TEJEDORES

La leyenda de los mejores tiempos está constantemente presente en la historia de los tejedores del siglo XIX. Los recuerdos más intensos son los del Lancashire y el Yorkshire. Pero los recuerdos prevalecen en la mayor parte de Gran Bretaña y en la mayoría de las ramas de la industria textil. Por ejemplo, de los calceteros de las Midlands, en la década de 1780: «Para la víspera de fiesta, el calcetero tenía guisantes y judías en su abrigado huerto, y un buen barril de espumosa cerveza.» Tenía «un traje de diario y uno para los domingos y tenía mucho tiempo libre».¹ De los tejedores de Gloucester: «Sus pequeños *cottages* parecían felices y contentos ... ocurría a menudo que un tejedor pedía ayuda a la parroquia. ... La paz y la satisfacción perduraban en la frente del tejedor.»² Del barrio de tejedores de lino de Belfast: «... un barrio que en una época fue notable por su pulcritud y su orden; recordaba sus casas blanqueadas y sus pequeños jardines floridos, y el aspecto decente de sus familias en los mercados o en el culto público. Esas casas eran ahora un montón de suciedad y miseria ...»³ La doctora Dorothy George, en su lúcida y persuasiva obra *England in Transition*, ha argumentado que la «época dorada», en general, fue un mito. Y sus argumentos se han impuesto.

Quizá lo han hecho con demasiada facilidad. Al fin y al cabo, si eri-

1. W. Gardiner, *Music and Friends*, 1838, I, p. 43. Véase también M. D. George, *England in Transition*, edición Penguin, 1953, p. 63.

2. T. Exell, *Brief History of the Weavers of Gloucestershire*, citado en E. A. L. Moir, «The Gentlemen Clothiers», en H. P. R. Finberg (comp.), *Gloucestershire Studies*, Leicester, 1957, p. 247.

3. Emerson Tennant, miembro del Parlamento por Belfast, en la Cámara de los Comunes, el 28 de julio de 1835. Véase también (para los tejedores de seda de Spitalfields) el relato de Thelwall, aparecido con anterioridad, pp. 145-146.

gimos el bolo de una «edad de oro» no será difícil derribarlo. Verdaderamente, la situación de los tejedores de seda de Spitalfields en el siglo XVIII no era envidiable. Y es cierto que la organización capitalista de las industrias de la lana y el estambre del sudoeste y de Norwich pronto dio lugar a muchas formas de antagonismo que mostraban de antemano procesos desarrollados de forma más tardía en el Lancashire y el Yorkshire. Es cierto que las condiciones de las comunidades de tejedores del siglo XVIII fueron idealizadas por Gaskell en su influyente obra *Manufacturing Population of England* (1833); y por Engels cuando (siguiendo a Gaskell) evocó una imagen de los abuelos de los obreros de las fábricas de 1844 «llevando una vida virtuosa y pacífica con toda devoción y honradez».

Pero la realidad de un siglo XVIII con penuria y conflicto por un lado, y la idealización del siglo XIX por el otro, no acaban con el problema. Los recuerdos perduran. Y lo mismo ocurre con la abundante información que no permite una fácil interpretación. La existencia de ingresos complementarios que provenían de la agricultura en pequeña escala o simplemente de estrechas franjas de huerta, del hilado, del trabajo durante la cosecha, etc., está confirmada para la mayor parte del país. Han llegado pruebas arquitectónicas hasta nuestros días que testimonian la solidez de muchas pequeñas aldeas de tejedores de finales del siglo XVIII, situadas en los Peninos. Hoy en día, el error más común no es el de Gaskell y Engels, sino el del optimista que emborrona la naturaleza difícil y dolorosa del cambio de posición social, desde la de artesano a la de trabajador a domicilio deprimido, con algunas frases consoladoras como las siguientes:

La visión de que el período anterior a la Revolución industrial fue una especie de edad de oro es un mito. Muchos de los males de la primera época de la fábrica no fueron peores que los de un período anterior. Los hilanderos y los tejedores domésticos del siglo XVIII habían sido «explotados» por los pañeros de manera tan despiadada como los obreros de las fábricas fueron «explotados» por los fabricantes en la década de 1840.⁴

De entre las relaciones tejedor-patrono que se encuentran en el siglo XVIII, podemos distinguir cuatro tipos: 1) La relación cliente-

4. Introducción de W. O. Henderson y W. H. Chaloner a F. Engels, *Condition of the Working Class in England in 1844*, 1958, p. xiv.

tejedor, el Silas Marner* que vivía en una situación de independencia en un pueblo o ciudad pequeña, de forma muy parecida a un maestro en sastrería, realizando los encargos para los clientes. Su número era decreciente, y aquí no debemos preocuparnos de él. 2) El tejedor, con la categoría de artesano superior, que trabajaba por cuenta propia, y lo hacía por piezas para una selección de patronos. 3) El oficial tejedor, que trabajaba en el taller del maestro pañero o, más comúnmente, en su propia casa y con su propio telar para un solo patrono. 4) El agricultor o pequeño propietario que también era tejedor y sólo trabajaba a tiempo parcial en el telar.

Los tres últimos grupos se interseccionan unos con otros, pero es útil hacer las distinciones. Por ejemplo, a mediados del siglo XVIII, en Manchester los oficios de la mercería y el tejido de telas de cuadros eran ampliamente controlados por tejedores-artesanos (grupo 2) con un elevado grado de organización. A medida que la industria del algodón se expandía, en la segunda mitad del siglo, más y más agricultores con pequeños trozos de tierra (grupo 4) se sentían tentados, gracias a los elevados salarios, de convertirse en tejedores a tiempo parcial. Al mismo tiempo, la industria lanera del West Riding seguía estando ampliamente organizada sobre la base de pañeros con pequeños talleres, en donde ellos mismos trabajaban, que empleaban a un puñado de mancebos y aprendices (grupo 3) en su propia unidad doméstica. Podemos simplificar las diversas experiencias de los años que van de 1780 a 1830, si decimos que estos años presenciaron la fusión de los tres grupos en uno solo cuya categoría se degradó en gran medida: el grupo de los proletarios a domicilio, que trabajaban en su propia casa, unas veces eran propietarios y otras veces alquilaban el telar, y que tejían el hilo según las órdenes del agente o representante de una fábrica o de algún intermediario. Perdieron la categoría y la seguridad que podían esperar los grupos 2 y 3, y los ingresos complementarios del grupo 4; se vieron expuestos a condiciones que, a juicio del artesano de Londres, eran completamente «deshonrosas».

Entre los tejedores del norte, los recuerdos de la condición perdida se basaban en experiencias auténticas y persistieron mucho más tiempo. En el West Country, hacia finales del siglo XVIII, los tejedores eran ya trabajadores a domicilio, empleados por el gran *gentleman* pañero

* Personaje principal de una novela de George Elliot que tiene por título el mismo nombre. Hay traducción castellana en Fontamara, Barcelona, 1980. (*N. de la t.*)

que «compra la lana, paga por el hilado, tejido, batanado, teñido, tundido y apresto, etc.», y que podía dar trabajo hasta a 1.000 obreros que trabajasen en esos procesos. Un testimonio del Yorkshire, de 1806, comparaba los dos sistemas. En el West Country,

no existe lo que nosotros, en el Yorkshire, denominamos el sistema doméstico; al decir sistema doméstico me refiero a los pañeros con pequeños talleres que viven en pueblos o en lugares aislados, con todas sus comodidades, sosteniendo el negocio con su propio capital ... Tengo entendido que en el oeste de Inglaterra ocurre exactamente lo contrario, allí el pañero es igual que el obrero común de una fábrica en el Yorkshire, excepto en que vive en una casa independiente; en el oeste le entregan la lana para que la teja, en el Yorkshire es propiedad del propio trabajador.⁵

Pero en la industria doméstica del Yorkshire, en el siglo XVIII, la lana era propiedad, no del tejedor, sino del maestro pañero que tenía un pequeño taller. La mayor parte de los tejedores eran oficiales que trabajaban para un solo pañero y (por mucho que luego se haya idealizado) estaban en una situación de dependencia. En un «Poema Descriptivo de las Costumbres de los Pañeros, escrito hacia el año 1730»⁶ encontramos una imagen «idílica» de la vida de los pañeros. Nos muestra a los tejedores —no sabemos si Tom, Will, Jack, Joe y Mary son mancebos, aprendices o hijos e hijas del «Maestro»— comiendo en una misma mesa, después de haber empleado el «tiempo con las manos y los pies»; Desde las cinco de la madrugada hasta las Ocho de la *noche!*

Dice el Maestro: «Muchachos, os ruego que trabajéis con ahínco,
El paño debe estar listo el próximo día de Mercado.
Y Tom tiene que ir mañana a casa de los hilanderos,
Y Will tiene que ir a buscar las bobinas;

5. Citado por E. A. L. Moir, *op. cit.*, p. 226. Para la industria del oeste de Inglaterra, véase también D. M. Hunter, *The West of England Woolen Industry*, 1910, y J. de L. Mann, «Clothiers and Weavers in Wiltshire during the Eighteenth Century», en L. S. Presnell (comp.), *Studies in the Industrial Revolution*, 1960.

6. La copia del manuscrito que se encuentra en la Leeds Reference Library ha sido transcrita por F. B. en *Publications of the Thoresby Society*, XLI, Parte 3, N.º 95 (1947), pp. 275-279; hay resúmenes en H. Heaton, *Yorkshire Woollen and Worsted Industries*, 1920, pp. 344-347. El libro del profesor Heaton sigue siendo la principal autoridad sobre la industria doméstica en el Yorkshire durante el siglo XVIII.

Y Jack, mañana debe levantarse pronto,
 E ir a la casa de aprestos para aprestar los paños,
 Y hacer que os preparén el urdido de la pieza
 Para que podáis montarla en el telar.
 Joe, ve a darle pienso a mi caballo
 Pues mañana quiero ir a los Wolds;
 Así que encárgate de limpiar mis botas y mis zapatos,
 Porque mañana me levantaré ¡muy temprano!
 Mary, aquí hay lana, cógela y tíñela
 ¡Es aquella que está en el hatillo!»

Ama: «Tal y como me estás diciendo qué trabajo debo hacer,
 Creo que es más necesario que zurza tu camisa,
 Te ruego que me digas, ¿quién debe sentarse en el torno de hilar?
 ¡Y nunca hay un bizcocho en la cesta!
 Y nosotras tenemos que cocer al horno, amasar y mezclar,
 Y ordeñar y mandar a los niños a la escuela,
 Y hacer pastelitos de frutas para los muchachos,
 E ir a buscar levadura enferma y todo
 Y fregar platos mañana, tarde y noche,
 Y lavar las escudillas con agua caliente y desnatar la leche,
 ¡E ir otra vez a por los niños cuando anochece!».*

La imagen nos induce a establecer una comparación con la nostálgica reconstrucción de Cobbett de las relaciones patriarcales que se establecían entre el agricultor del sur con pocas tierras y sus braceros, que compartían su mesa y su suerte en el siglo XVIII. Es una imagen creíble de una época en que, en los distritos de Halifax y Leeds, casi todos los procesos de la fabricación del paño tenían lugar en una sola unidad doméstica. Hacia finales del siglo XVIII serían necesarias algu-

* Quoth Maister - 'Lads, work hard, I pray, / 'Cloth mun be peaked next Market day. / 'And Tom mun go to-morn to t'spinners, / 'And Will mun seek about for t'swingers; / 'And Jack, to-morn, by time be rising, / 'And go to t'sizing house for sizing, / 'And get you web, in warping, done / 'That ye may get it into t'loom. / 'Joe -got give my horse some corn / 'For I design for t'Wolds to-morn; / 'So mind and clean my boots and shoon, / 'For I'll be up it 'morn right soon! / 'Mary -there's wooi- tak thee and dye it / 'It's that 'at ligs i th'clouted sheet! / 'Mistress: 'So thou's setting me my wark, / 'I think I'd more need mend thy sark, / 'Prithie, who mun sit at' bobbin wheel? / 'And ne'er a cake at top o' the' creel! / 'And we to bake, and swing, to blend, / 'And-milk, and barns to school to send, / 'And dumplins for the lads to mak, / 'And yeast to seek, and 'syk as that! / 'And washing up, morn, noon and neet. / 'And bowls to scald, and milk to fleet, / 'And barns to fetch again at neet!

nas modificaciones. El patrono ya no compraría la lana en los *Wolds** (ahora podía comprar el hilo directamente a una hilandería) y los procesos de acabado se encargarían a talleres especializados. Ni era tan «libre» el mercado para sus piezas, aunque la última de las grandes Lonjas de Paños del *yeoman* se construyese en fecha tan tardía como 1779, y en la década de 1790 se estableciera una nueva lonja pirata en Leeds, en la que los comerciantes no autorizados, los «zapateros y hojalateros» que no habían hecho el aprendizaje y los tejedores que trabajaban por cuenta propia vendían sus paños. El pañero con un pequeño taller se iba haciendo progresivamente dependiente de los comerciantes, los agentes comerciales o las fábricas. Si tenía éxito, podía convertirse en un pequeño capitalista, que emplease a 15 o 20 tejedores, muchos de los cuales trabajaban en sus propias casas. Si no lo tenía, podía encontrarse en la situación de perder su propia independencia; si perdía su beneficio al hacer un simple pago del trabajo encargado, podía quedar reducido a tejer el hilo bajo las órdenes de un intermediario. En los períodos malos para el oficio podía quedar endeudado con el comerciante. Estaba en camino de convertirse en un simple tejedor manual y, a medida que la competencia se hacía más intensa, la economía doméstica del ama de la casa se perdió debido a las exigencias del oficio.

Estos procesos fueron lentos y al principio no fueron excepcionalmente dolorosos. Entre quienes cabalgaron hacia York para votar por Wilberforce en 1807, había cientos de pañeros *yeomen*. Las complicadas subdivisiones de la industria permitieron a algunos menestrales sostenerse todavía durante 50 años más, mientras otros creaban pequeños talleres de acabado y de tundido. Además, el gran aumento de la producción de hilo forzaba una demanda especial sobre el trabajo del tejedor; entre los años 1780 y 1820 la pérdida de independencia y de categoría del pañero se vio paliada hasta cierto punto por la abundancia de trabajo. Y, si bien la categoría del Maestro, en algunos casos, estaba descendiendo hacia la de sus oficiales, la de Tom, Will, Jack y Joe parecía estar ascendiendo. A medida que los agentes comerciales y las fábricas buscaban tejedores, el oficial ganaba alguna independencia respecto del maestro pañero. Ahora podía elegir cuidadosamente a sus patronos. Esa fue, tanto por lo que se refiere a la lana como al algodón, la «época dorada» del oficial tejedor.

* Se usa en designaciones específicas de ciertas regiones montañosas de Inglaterra, por ejemplo, la zona montañosa del este y North Riding (Yorkshire Wolds). (N. de la t.)

Las relaciones que se describen en el poema, para los primeros años del siglo XVIII, son idílicas sólo en un sentido patriarcal. En el debe, el mancebo no gozaba de mucha más independencia, con respecto a su amo, que la mano de obra con contrato anual en la explotación agrícola. El aprendiz de la parroquia, si se colocaba con un mal amo, estaba durante años en una situación cercana a la servidumbre. En el haber, el mancebo se consideraba más un «pañero» que un simple tejedor; su trabajo era variado, la mayor parte de él se realizaba en el telar, pero alguno tenía lugar fuera; tenía alguna esperanza de obtener crédito para comprar lana y convertirse en menestral por cuenta propia. Si trabajaba en su propia casa, en vez de hacerlo en el taller del amo, no estaba sujeto a disciplina alguna excepto la de su forma de hacer. Las relaciones entre los menestrales y sus trabajadores eran personales y algunas veces estrechas: seguían las mismas costumbres y eran fieles a los mismos valores comunitarios.

Los «*little makers*»* ... eran hombres que no se descubrían ante nadie, y no reconocían derecho alguno, por parte del *squire* ni del párroco, a hacer preguntas o entrometerse en sus asuntos. ... Su brusquedad y su forma simple de expresarse podía resultar a veces ofensiva. ... Si el *little maker* ... se elevaba alguna vez lo suficiente como para emplear a unos pocos de sus vecinos, no por ello dejaba de trabajar con sus propias manos, sino que trabajaba tan duro o quizá más que cualquiera de los que había empleado. No pretendía tener ninguna superioridad ni en la forma de hablar ni en la de vestir.⁷

El maestro pañero fue el campesino, o pequeño *kulak*, de la Revolución industrial; y con respecto a él se puede establecer la fama de franqueza e independencia del Yorkshire.

En la industria del algodón la historia es distinta. En ésta, la unidad de producción media es mayor y se pueden encontrar relaciones parecidas a las de Norwich y el oeste de Inglaterra desde finales del siglo XVIII. Hacia la década de 1750, los merceros y los tejedores de tela de cuadros de Manchester habían organizado poderosas sociedades del oficio. Estaban ya intentando mantener su posición por medio de resistir

* Fabricantes con pequeños talleres, equivalente a menestrales. (N. de la r.)

7. Frank Peel, «Old Cleckheaton», *Cleckheaton Guardian* (enero-abril de 1884). Peel, historiador local de gran precisión, escribía hacia la década de 1830 en una zona del West Riding, en donde los maestros pañeros persistieron durante más tiempo.

el influjo de la mano de obra que no había hecho el aprendizaje. Los trabajadores «ilegales» empezaron a «multiplicarse tan deprisa que aparecían uno detrás de otro». En verano, se quejaban los tejedores, esos hombres «acudían a trabajar al campo, por ejemplo a jornal», y en otoño «volverían de nuevo al Telar, y estarían satisfechos de trabajar a cualquier Precio, o conformarse con hacer cualquier Tipo de Trabajo servil, antes que morir de hambre en Invierno; y las condiciones a las que se resignaban, se convirtieron pronto en Norma general ...».⁸ Cuando los tejedores de telas a cuadros intentaron, en 1759, asegurar la imposición legal de las restricciones al aprendizaje, el juez del *Assize* dictó una sentencia desfavorable en la que se dejaban de lado las leyes del país en favor de las todavía-no-establecidas doctrinas de Adam Smith. Si se imponía el aprendizaje, «aquella Libertad de establecer Oficios (el Fundamento de la actual Condición floreciente de Manchester) [sería] destruida»:

En los Inicios del Oficio, las Leyes de la Reina Elizabeth podían estar bien pensadas para el Bienestar público; pero ahora, cuando ha alcanzado la Perfección que podemos observar, quizá sería Útil revocar dichas Leyes, porque tienden a estorbar y a restringir aquel Conocimiento que al principio era necesario obtener como Norma ...

Y en cuanto a las asociaciones, «si los Inferiores tienen que dar órdenes a sus Superiores, si el Pie aspira a ser la Cabeza ... ¿con qué Fin se promulgan las Leyes?». Era el «Deber indispensable de cada uno, como Amigo de la Comunidad, esforzarse por reprimirlas en sus Inicios».⁹

Este notable veredicto se anticipaba en más de medio siglo a la revocación real del *Statute of Artificers*. Aunque de ningún modo desaparecieron sus organizaciones, los tejedores quedaron sin la menor sombra de protección legal, cuando el gran crecimiento de la producción de hilo que provenía de las primeras hilanderías condujo a la asombrosa expansión del tejido por todo el sudeste del Lancashire. Es bien conocida la descripción hecha por Radcliffe de estos años en las tierras altas de los Peninos:

8. Véase A. P. Wadsworth y J. de L. Mann, *The Cotton Trade and Industrial Lancashire*, Manchester, 1931, p. 348.

9. *Ibid.*, pp. 366-367

... como los talleres de tejido eran insuficientes, todos los trasteros, incluso los graneros viejos, los almacenes para carretas y los cobertizos de cualquier tipo se separaron, se abrieron ventanas en las paredes y se adecuaron todos para ser talleres de tejido. Al agotarse por fin este modo de hacer espacio, surgieron en todas direcciones nuevos *cottages* de tejedores con sus telares ...¹⁰

Fue el telar y no la hilandería quien atrajo a los inmigrantes por miles. A partir de la década de 1770 en adelante, empezó la gran colonización de las tierras altas: Middleton, Oldham, Mottram, Rochdale. Bolton pasó de tener 5.339 habitantes en 1773 a tener 11.739 en 1789; al principio de las guerras, «a pesar del gran número que se han enrolado, no se consiguen con facilidad casas para la clase obrera; y el verano pasado se construyeron muchas casas en las afueras de la ciudad, que ahora ya están ocupadas».¹¹ Los agricultores con pequeñas explotaciones se transformaron en tejedores, y los braceros agrícolas y los artesanos inmigrantes ingresaron en el oficio. Radcliffe describió los 15 años que van desde 1788 a 1803 como «la época dorada de este gran oficio» para las comunidades tejedoras:

Sus viviendas y pequeños huertos limpios y bien arreglados; toda la familia bien vestida; los hombres cada uno con un reloj en su bolsillo, y las mujeres vestidas cada una a su gusto; la iglesia llena a rebosar todos los Domingos; todas las casas bien amuebladas con un reloj de pared de elegante caoba o una caja lujosa; distinguidos servicios de té de Staffordshire ... Alfarería de Birmingham y baterías de Sheffield para uso cotidiano u ornamento ... muchas de las familias de los *cottages* tenían su vaca ...¹²

Aquí la experiencia y el mito se encuentran entrelazados, al igual que en el relato de Gaskell acerca de las familias de tejedores que ganaban 4 libras a la semana en el cambio de siglo y en la descripción de Bamford de sus propios *Early Days* en Middleton. A través de un viejo diarista de Oldham sabemos que la prosperidad no se extendía hasta los

10. W. Radcliffe, *Origin of Power Loom Weaving*, Stockport, 1828, p. 65.

11. J. Aikin, *A Description of the Country ... round Manchester*, 1795, p. 262. Obsérvese el temprano uso del término «clase obrera».

12. Radcliffe, *op. cit.*, p. 167.

tejedores de fustán, que constituían la rama más burda del oficio.¹³ De hecho, probablemente sólo una minoría de tejedores alcanzaba el nivel descrito por Radcliffe, pero muchos aspiraban a él. Durante esos 15 o 20 años de prosperidad moderada surge en las comunidades de tejedores un modelo cultural diferenciado; un ritmo de trabajo y ocio; en algunos pueblos, un wesleyanismo más suave y más humanizado de lo que sería en las primeras décadas del siglo XIX (en la escuela dominical de Bamford le enseñaron tanto a escribir como a leer), con líderes de clase y predicadores locales entre los tejedores; una agitación de radicalismo político, y una profunda adhesión a los valores de la independencia.

Pero la prosperidad ocasionada por el vertiginoso aumento de producción de hilo hecho a máquina enmascaraba una pérdida de categoría más esencial. Es precisamente en la «época dorada» cuando el artesano, u oficial tejedor, se convierte en el genérico «tejedor manual». Excepto en algunas ramas especializadas, los viejos artesanos (habiendo sido totalmente derribados los muros del aprendizaje) quedaron equiparados con los nuevos inmigrantes; a la vez que muchos agricultores-tejedores abandonaron sus pequeñas explotaciones agrícolas para centrar su actividad en el telar. Reducidos a una dependencia completa respecto de la hilandería o de los «putters-out»* que llevaban hilo a las tierras altas, los tejedores estaban ahora expuestos a las reducciones salariales una vez tras otra.

La reducción de los salarios había sido sancionada desde hacía tiempo, no sólo por la codicia del patrono, sino por la teoría ampliamente difundida de que la pobreza era un estímulo fundamental para la industria. El autor de *Memoirs of Wool* estaba probablemente pensando en la industria del oeste de Inglaterra cuando escribió:

13. Véase S. J. Chapman, *The Lancashire Cotton Industry*, Manchester, 1904, p. 40. Hay indicaciones de reducciones generalizadas alrededor de 1797. Una Asociación de Tejedores de Algodón, con sede en Bolton, afirmaba que los salarios se habían reducido una tercera parte entre 1797 y 1799; reverendo R. Bancroft, 29 de abril de 1799, P.C. A.155; A. Weaver, *Address to the Inhabitants of Bolton*, Bolton, 1799; Radcliffe, *op. cit.*, pp. 72-77. Pero los salarios parecen haber alcanzado su máximo de 45s. a 50s. por semana, en Blackburn en 1802; *Blackburn Mull* (26 de mayo de 1802).

* Término derivado del verbo *to put out*: dar trabajo para que se realice fuera del establecimiento industrial, o para que lo haga alguien que no tiene un empleo regular. (*N. de la t.*)

Es un hecho bien conocido ... que la escasez, hasta cierto punto, fomenta la industria, y que el fabricante que subsiste con tres días de trabajo estará ocioso y borracho el resto de la semana. ... Los pobres que viven en los condados manufactureros nunca trabajarán, en general, más tiempo del que les es exactamente necesario para vivir y mantener sus vicios semanales. ... Podemos afirmar con justicia que la reducción de salarios en la manufactura de la lana sería una bendición nacional y una mejora, y no sería un perjuicio real para los pobres. Gracias a ello, podríamos mantener nuestra industria, sostener nuestras rentas, y reformar al pueblo por añadidura.¹⁴

Pero esta teoría la encontramos, de manera casi universal, entre los patronos, así como entre muchos magistrados y clérigos, y también la encontramos en los distritos algodoneros.¹⁵ La prosperidad de los tejedores generó sentimientos de viva alarma en las mentes de algunos patronos y magistrados. «Hace algunos años —escribía un magistrado en 1818—, los tejedores recibían unas retribuciones tan excesivas que trabajando tres o cuatro días a la semana se podían mantener con relativo nivel de lujo.» «Gastaban gran parte de su tiempo y su dinero en las cervecerías, y en su casa la mesita del té estaba provista, dos veces al día, con una botella de ron y el mejor pan de trigo con mantequilla».¹⁶

Durante las guerras napoleónicas, las reducciones las impusieron a veces los grandes patronos, a veces los patronos menos escrupulosos, a veces los menestrales o los tejedores que trabajaban por cuenta propia y que producían para las «*commission houses*».* Cuando los mercados estaban inactivos, los fabricantes sacaban partido de la situación dando trabajo a los tejedores que estaban desesperados por encontrar cualquier trabajo a cualquier precio; por esa razón les obligaban a «fabricar gran cantidad de productos en un momento en que no eran en absoluto necesarios».¹⁷ Cuando volvía a haber demanda, entonces lanzaban los productos al mercado a precio de saldo; de modo que después de cada recesión menor había un período en el que el mercado se hallaba abarrotado de mercancías baratas que, de ese modo, mantenían

14. J. Smith, *Memoirs of Wool*, 1747, II, p. 308.

15. Véase Wadsworth y Mann, *op. cit.*, pp. 387 y siguientes.

16. Aspinall, *op. cit.*, p. 271.

* Casas que subcontrataban trabajo, llamadas también «mataderos». (*N. de la t.*)

17. Petición de los tejedores en favor de un proyecto de ley de salario mínimo, 1807.

bajos los salarios al mismo nivel que tenían en la época de recesión. Las prácticas de algunos patronos eran sumamente desaprensivas, tanto por lo que hace a la deducción de penalizaciones por trabajo defectuoso como a la estafa en el peso del hilo. Sin embargo, a la vez que los salarios eran presionados más y más abajo, el número de tejedores siguió creciendo durante las tres primeras décadas del siglo XIX; porque el tejido, junto con el trabajo no cualificado en general, constituía el gran recurso de los desempleados del norte. El tejido del fustán era pesado, monótono, pero se aprendía con facilidad. Los obreros agrícolas, los soldados desmovilizados, los inmigrantes irlandeses; todos seguían engrosando la mano de obra disponible.

Las primeras reducciones fuertes generalizadas tuvieron lugar en el cambio de siglo: se produjo una mejora en el último año o dos de las guerras, seguida por una nueva reducción después de 1815 y una disminución ininterrumpida después. La primera petición de los tejedores, desde 1790 en adelante, fue de un salario mínimo legal; demanda a la que dieron apoyo algunos patronos como forma de imponer unas condiciones justas de competencia con sus rivales menos escrupulosos. Al rechazo de esta petición por parte de la Cámara de los Comunes, siguió una huelga durante la cual de 10.000 a 15.000 tejedores se manifestaron en días sucesivos en St Georges Fields, Manchester. La manifestación fue dispersada, por orden de los magistrados, con efusión de sangre; y la actitud plenamente vengativa de las autoridades se hizo patente con el juicio y posterior encarcelamiento, por parte del Estado, de un destacado fabricante, el coronel Joseph Hanson de los Voluntarios, quien había prestado su apoyo al proyecto de ley de salario mínimo, por el delito de cabalgar entre los tejedores profiriendo «palabras rencorosas e incendiarias»: «Persiste en tu causa y seguro que triunfarás. Hoy, ni Nadin ni nadie de su banda te impedirán nada. *Gentlemen*, no podéis vivir de vuestro trabajo. ... Mi padre era tejedor; a mí me enseñaron el oficio de tejer; soy un auténtico amigo de los tejedores». Más tarde, los tejedores rindieron homenaje al coronel Hanson en forma de una copa de plata, en la compra de la cual contribuyeron 39.600 personas. «Los efectos de ese desafortunado juicio —comentaba el historiador de Manchester, Archibald Prentice— se dejaron sentir durante mucho

suscrito —según se afirma— por 130.000 tejedores de algodón; véase J. L. y B. Hammond, *The Skilled Labourer*, p. 74.

tiempo como una ofensa. Introdujeron aquel resentimiento de los empleados contra los patronos que se manifestó en 1812, 1817, 1819 y 1826 ...»¹⁸

Las fechas que ha escogido Prentice son las de la destrucción de telares mecánicos (1812, 1826), de la marcha de los tejedores de mantas (1817) y Peterloo (1819). Sin esperanza alguna de protección legal, los tejedores se dirigieron de manera más directa hacia los canales del radicalismo político.¹⁹ Pero durante algunos años después de 1800, una alianza entre el metodismo y el gamberrismo de los partidarios de la «Iglesia y el Rey» mantuvo a la mayor parte de los tejedores como «legitimistas» políticos. Se dijo que 20.000 de ellos se alistaron en los Voluntarios al principio de las guerras, y que hubo un tiempo en que a uno le podían derribar de un golpe si criticaba la monarquía o la lista de los que cobraban una pensión real. «Tengo a la vista a dos o tres individuos —declaró un testigo de Bolton ante la Comisión Especial que investigaba sobre los tejedores manuales en 1834— que estuvieron en grave peligro por el hecho de ser reformadores de la vieja escuela.» Después de las guerras fue cuando se inició la verdadera corriente radical; y en 1818 tuvo lugar una segunda confrontación crítica entre los tejedores y sus patronos. Fue el año de la gran huelga de hilanderos de algodón de Manchester, y del primer intento impresionante de sindicalismo generalizado (la «*Philanthropic Hercules*»). Una vez más los tejedores se pusieron en huelga, reunieron las lanzaderas y las encerraron en las capillas o los talleres, y no sólo lo hicieron en Manchester, sino en todas las ciudades de tejedores: Bolton, Bury, Burnley. La huelga finalizó con unas concesiones efímeras de parte de los patronos, y con el procesamiento y el encarcelamiento de varios de los líderes de los tejedores.²⁰ Fue el último movimiento de huelga general eficaz de los tejedores del Lancashire; después de esto, en la mayoría de las ramas los salarios siguieron siendo rebajados —9s., 6s., 4s. 6d. e incluso menos semanalmente por un trabajo sin regularidad— hasta la década de 1830.

Atribuir la causa de la degradación de las condiciones de los teje-

18. *State Trials* de Howell, vol. XXXI, pp. 1-98; Prentice, *op. cit.*, p. 33.

19. Para los sucesos que conducen al ludismo (1812), véase más adelante, vol. 2, p. 114.

20. Hammond, *op. cit.*, pp. 109-121. Los documentos del Ministerio del Interior sobre la huelga de 1818, utilizados por los Hammond, son hoy asequibles por completo en Aspinall, *op. cit.*, pp. 246-310.

dores al telar mecánico constituye una simplificación excesiva.²¹ La situación social de los tejedores se había quebrantado hacia 1813, en un momento en que el número total de telares mecánicos en el Reino Unido se estimaba en 2.400 y en que la competencia de lo mecánico con lo manual era en gran parte psicológica. El cálculo de telares mecánicos aumenta a 14.000 en 1820, pero incluso entonces el telar mecánico era lento y tosco y todavía no se había adaptado al sistema Jacquart, de modo que no podía tejer difíciles modelos con dibujos. Puede argumentarse que el mismo bajo precio y la abundancia de mano de obra para el telar manual retrasó la invención mecánica y la inversión de capital en el tejido. La degradación de los tejedores se parece mucho a la de los obreros de los oficios artesanos deshonorosos. Cada vez que se les rebajaban los salarios, su situación era más indefensa. Ahora el tejedor tenía que trabajar más horas por la noche para ganar menos; al trabajar más aumentaba la posibilidad de que otros quedaran sin empleo. Incluso los partidarios de la nueva «economía política» estaban horrorizados. «¿Ha visto alguna vez el doctor A. Smith un estado de cosas como éste?», exclamó un patrono humanitario, cuya honorable práctica fue la causa de su propia ruina:

Es inútil leer su libro para encontrar remedio a una enfermedad que ni siquiera se imaginaba que existía, a saber: 100.000 tejedores hacían el trabajo de 150.000 cuando no había demanda (como se dice), y lo hacían por la mitad de la manutención y el resto pagado con los impuestos para asistir a los pobres, ¿podía imaginarse que los beneficios de una Manufactura fueran lo que un Patrono pudiera exprimir, más que otro, de los fatigosos ingresos de los pobres?²²

«100.000 tejedores hacían el trabajo de 150.000»: esta es la esencia de los oficios deshonorosos, como más tarde observó Mayhew para Londres; una reserva de mano de obra excedente, empleo a tiempo parcial, indefensión y la rebaja continua de los salarios de unos y otros. Las mismas circunstancias del trabajo de los tejedores, especialmente las de las pequeñas aldeas de las tierras altas, constituían un obstácu-

21. Se pueden ver procesos similares en la industria del tejido de seda de Spitalfields, en el siglo XVIII, en los que el telar mecánico no intervino para nada. Véase M. D. George, *London Life in the Eighteenth Century*, p. 187.

22. Hammond, *op. cit.*, p. 123. Véase también la impresionante declaración de los tejedores de Manchester en 1823, en el libro de los Hammond, *Town Labourer*, pp. 298-301.

lo adicional para el sindicalismo. Un tejedor de Salford explicaba esas condiciones ante la Comisión Especial de 1834:

Las mismas circunstancias particulares en que se encuentran los tejedores manuales excluyen la posibilidad de que tengan el menor control sobre el valor de su propio trabajo. ... El hecho de que incluso los tejedores de un mismo patrono estén diseminados por un vasto distrito ofrece a ese patrono la continua oportunidad, si está dispuesto a hacerlo, de utilizar a sus tejedores como medios para reducir los salarios de unos y otros de manera alternativa; a algunos les dirá que otros están tejiendo por mucho menos y que no deben cobrar más o se quedarán sin trabajo, y a su vez les dice lo mismo a los demás. ... Ahora bien, la dificultad y la pérdida de tiempo que les acarrearía a los tejedores el descubrir la verdad o falsedad de esa afirmación, el miedo de que, en el ínterin, otros se entrometieran y le dejaran sin el trabajo que se le había ofrecido en aquellas condiciones ... la envidia y el resentimiento encendidos en todos los espíritus, con su tendencia a dividirles por lo que hace a sentimientos y opiniones, todo se confabula para que la reducción se lleve a cabo, con seguridad ...

El declive de los tejedores de lana y estambre del Yorkshire siguió un curso paralelo, aunque se rezagaran unos quince años o más con respecto a los cambios en el algodón. Las pruebas que se presentaron ante la Comisión del Oficio de la Lana de 1806 ponían de manifiesto que el sistema doméstico todavía dominaba la industria lanera. Pero los «*little makers*» iban disminuyendo: «muchas de las casas que antes eran ocupadas por patronos, ahora son casas de obreros»; mientras que al mismo tiempo los fabricantes comerciantes reunían una cantidad de telares manuales, así como de procesos de acabado, bajo un solo techo en «fábricas» no mecanizadas. («Una fábrica —decía un testigo— es el lugar en el que trabajan quizá unos 200 obreros en un solo y el mismo edificio.») Las fábricas —en particular las de Benjamin Gott de Leeds— dieron lugar a un acerbo disgusto tanto entre los menestrales como entre los oficiales, puesto que les estaban quitando los mejores clientes, y estaban contratando trabajadores «ilegales» en los procesos de acabado, en los que los aprestadores o los tundidores estaban sumamente organizados. La riqueza, declaraba un testigo, «ha ido cada vez más a los contratistas». Los oficiales se quejaban de que las fábricas daban más trabajo a los tejedores a domicilio en las épocas de actividad, y les dejaban sin trabajo en las épocas de inactividad sin el menor escrúpulo,

mientras que los maestros pañeros que tenían pequeños talleres todavía intentaban encontrar trabajo para sus propios mancebos. Además, incluso antes de la mecanización, las «fábricas» que tenían telares manuales vulneraban prejuicios morales profundamente arraigados. Entre los tundidores y los tejedores existía una *trade union* —la Comunidad de los Pañeros o «la Tradición»— cuyo objetivo declarado era unirse con los pañeros que tenían pequeños talleres para solicitar la restricción de las fábricas y la obligatoriedad del aprendizaje.²³

Ni los «*little makers*», ni los oficiales recibieron respuesta satisfactoria alguna que proviniese de la Cámara de los Comunes: sus peticiones sólo sirvieron para llamar la atención sobre su asociación y sobre los viejos estatutos paternalistas que un poco después fueron abolidos. En los distritos pañeros de Leeds y Spen Valley, los pañeros que tenían pequeños talleres fueron tenaces y su declive se prolongó durante unos cincuenta años más. En los distritos de Bradford y Halifax, que trabajaban mayoritariamente el estambre, y en el distrito lanero suntuario al sur de Huddersfield, fue donde el *putting-out system** se desarrolló más plenamente hacia la década de 1820; y, al igual que en el algodón, los tejedores fueron las víctimas del recorte de los salarios, y de los comisionistas que almacenaban existencias de productos de precios rebajados.

Del mismo modo que los tundidores eran la élite artesana de la industria lanera, los cardadores eran los trabajadores de élite del estambre. Al controlar un cuello de botella en el proceso de fabricación, estaban en situación de mantener su posición tanto tiempo como pudiesen limitar la entrada a su oficio. Y esto lo habían conseguido con bastante éxito, gracias a su extraordinaria organización de *trade union* que se remontaba por lo menos a la década de 1740. A principios del siglo XIX, a pesar de las *Combination Acts*, tenían una organización nacional eficaz, una constitución imponente, con todos los inconvenientes de una *union* clandestina, y la fama de rebeldía e indisciplina en cuanto a la organización del tiempo: «Vienen el Lunes por la mañana, y cuando hayan encendido el fuego de la marmita de la carda, a menudo se irán y quizá no volverán hasta el Miércoles, o incluso el Jueves. ... Siem-

23. Véase más adelante, vol. 2, pp. 94-98.

* Organización de una red de trabajo a domicilio por parte de los comerciantes empresarios o *putters-out*. (N. de la t.)

pre hay un banco de más en el taller, en el que pueden descansar los *ambulantes* ...».²⁴

En febrero de 1825, la fiesta en honor del obispo Blaize, el santo de los cardadores, se celebró en Bradford con una gran magnificencia.²⁵ En junio, como si fuera para señalar la transición hacia el nuevo industrialismo, se inició la huelga más dura de la historia de Bradford, en la que participaron 20.000 cardadores y tejedores, que tuvo una duración de 23 semanas y acabó en una derrota total para los huelguistas.²⁶ Las *Combination Acts* habían sido revocadas el año anterior. Habiendo empezado en demanda de mejoras salariales y racionalización, la huelga devino una lucha por el reconocimiento de la *union*, y los patronos llegaron al punto de despedir de las hilanderías a todos los niños cuyos padres se negasen a firmar un documento de renuncia a la *union*. La contienda fue considerada como algo crucial en todo el país, y se recogieron más de 20.000 libras de ayuda para los fondos de la huelga. Después de la derrota, el cardador, de la noche a la mañana, pasó de ser un artesano privilegiado a ser un trabajador a domicilio indefenso. Las restricciones en el aprendizaje se habían acabado y durante los años anteriores a 1825 miles de trabajadores se habían sentido atraídos hacia el oficio debido a los elevados salarios. Aunque algunos cardadores trabajaban en grandes talleres, para otros lo acostumbrado había sido reunirse en grupos de tres o cuatro que compartían un taller independiente. Ahora veían cómo aumentaba su número debido a cientos de recién llegados cuyo insalubre oficio se llevaba a cabo en sus propias casas. Aunque hacia 1825 existía ya maquinaria para el cardado, su utilidad era dudosa para el cardado de calidad; y el hecho de que la mano de obra para la carda fuera barata permitió que la amenaza de la maquinaria se mantuviera durante más de 20 años sobre sus cabezas. Durante este tiempo los cardadores siguieron distinguiéndose por su independencia y su política «democrática». La *union* calculó que en 1825 había 7.000 u 8.000 empleados en el oficio, en Bradford; 20 años más tarde todavía había 10.000 cardadores manuales en el distrito. Muchos

24. *Book of English Trades*, 1818, p. 441.

25. Véase más adelante, pp. 473-474.

26. Para conocer relatos de la huelga, véase J. Burney, *History of Wool and Wool-combing*, 1889, pp. 166 y siguientes; J. James, *History of the Worsted Manufacture*, 1857, pp. 400 y siguientes; *Trades Newspaper* (junio-septiembre de 1826); W. Scruton, «The Great Strike of 1825», *Bradford Antiquary*, 1888, I, pp. 67-73.

de ellos llegaron, durante la década de 1820, desde los distritos agrícolas:

Venían de Kendal, North Yorkshire, Leicester, Devonshire e incluso de Emerald Isle; de modo que si se permanecía una hora en una taberna (el cardador la llamaba la hora sedienta) se podía oír una perfecta Babel de dialectos diferentes. ... Su apego a la vida rural estaba claro por el hecho de que durante la siega del heno y la cosecha, abandonaban sus cardas, cogían su guadaña ... y se iban a segar a su propia tierra. ... También eran aficionados a los pájaros, y a menudo transformaban sus talleres de carda en perfectos aviarios. ... Algunos cardadores tenían talento para la elocución y podían recitar con una capacidad maravillosa. ... Otros eran tan hábiles en la representación dramática que llegaban al extremo de constituir compañías ...

así reza un relato de Bradford.²⁷ Un relato que proviene de Cleckheaton se expresa en términos más sombríos:

Quizá no existió jamás una clase de trabajadores más desgraciados que los viejos cardadores de lana. Todo el trabajo se hacía en sus propias casas, ocupando la mejor parte de sus *cottages*. Toda la familia, de seis u ocho miembros a veces, tanto hombres como mujeres, trabajaban juntos alrededor de una «marmita de carda» calentada con carbón vegetal, cuyos humos tenían un efecto nocivo sobre su salud. Si a eso añadimos que el taller era a la fuerza el dormitorio, no nos sorprenderá que los cardadores de lana estuviesen ojerosos de manera casi invariable ... y que muchos de ellos no viviesen ni la mitad de sus días ...

También sus esposas debían «permanecer a menudo atadas a la tarea y trabajar desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche como sus maridos». «Otra peculiaridad de los cardadores de lana era que sin excepción eran políticos exaltados. ... El movimiento Cartista no tuvo otros partidarios más entusiastas que ellos; su único libro de estudio era la «*Northern Star*».»²⁸

27. W. Scruton, *Bradford Fifty Years Ago*, Bradford, 1897, pp. 95-96.

28. Frank Peel, *op. cit.* La situación de los cardadores en la década de 1840 se describe en J. Burney, *op. cit.*, pp. 175-185; su repentina desaparición debido al perfeccionamiento de la maquinaria del cardado, en Bradford a finales de la década de 1840, es descrita por E. Sigsworth en C. Fay, *Round About Industrial Britain, 1830-1850*, 1952, pp. 123-128; para su extinción en Halifax en 1856, véase E. Baines, *Yorkshire Past and Present*, II, p. 145.

Quizá ningún otro grupo fue arrojado, de forma tan precipitada, de las condiciones «honrosas» a las «deshonrosas» como los cardadores de lana. Los tejedores de estambre y de lana no habían conocido una posición tan privilegiada como la de los cardadores del siglo XVIII; y en un primer momento resistieron de manera menos resuelta a medida que sus salarios disminuían. En fecha tan tardía como 1830, el mayor patrono de tejedores manuales de Bradford escribía:

Los tejedores son, de todos los tipos con los que tenemos que tratar, los más disciplinados y trabajadores, nunca en ningún momento, que yo sepa, han forzado un aumento de salarios, sino que se han resignado a todas las privaciones y sufrimientos con una paciencia y un dominio de sí mismos casi sin igual.²⁹

Dos años más tarde, Cobbett fue a caballo por el distrito de Halifax e informó que:

Es verdaderamente lamentable contemplar a tantos miles de trabajadores, que anteriormente ganaban 20 o 30 chelines por semana, obligados ahora a vivir con 5s., 4s. o incluso menos. ... Es de lo más pesadoso contemplar a esos trabajadores en esta situación, porque todavía conservan el carácter franco y valiente que adquirieron en los días de su independencia.³⁰

La depresión en el oficio «de lujo» de Huddersfield había continuado sin interrupción desde 1825. En 1826, había 3.500 familias en el registro de pobres de Delph, en el distrito de Saddleworth, y se dio cierta extensión del sistema «Speenhamland industrial» (que ya se aplicaba en algunos distritos algodonereros del Lancashire), por el cual los tejedores que todavía tenían trabajo recibían ayuda que provenía de los impuestos para asistir a los pobres, reduciendo de ese modo sus salarios todavía más. (En Saddleworth, los tejedores recibían, por dos días de trabajo, a la semana, 12 libras de harina de avena al día.) En Huddersfield, una comisión de los patronos verificó que, en 1829, de una población de 29.000 personas había más de 13.000 que —cuando dividían el salario entre todos los miembros de la familia— subsistían

29. Citado en W. Cudworth, *Condition of the Industrial Classes of Bradford & District*, Bradford, 1887.

30. *Political Register*, 20 de junio de 1832.

con 2d. al día por cabeza. Pero esta fue una curiosa «depresión» en la que la producción real de paño de lana sobrepasó la de cualquier período anterior. Las condiciones de los tejedores se atribuyeron abiertamente al «abominable sistema de reducir los salarios».³¹

Una vez más el declive precedió a la competencia seria con el telar mecánico. La mecanización no se introdujo en el tejido del estambre, a cualquier escala, hasta finales de la década de 1820; en los géneros de lana «de lujo» hasta finales de la década de 1830 (y entonces sólo parcialmente); mientras que el telar mecánico no se adaptó de manera eficaz al tejido de alfombras hasta 1851. Incluso donde se daba una competencia directa con el telar mecánico, la velocidad de tejido aumentó sólo muy lentamente hasta conseguir triplicar o cuadruplicar la producción del telar mecánico.³² Pero se produjo sin duda una reacción en cadena, a medida que los tejedores eran sacados a la fuerza de los algodones y fustanes bastos, empezaron a hacer tejidos de calidad o seda o estambre y de ahí a la ropa de lana «de lujo» o a las alfombras.³³ Durante 10, 15 o 20 años, el tejido mecánico, en realidad, siguió siendo en muchas ramas del textil un auxiliar del tejido manual. Informó un testigo a la Comisión Especial (de forma un tanto ilógica):

31. W. B. Crump y G. Ghorbal, *History of Huddersfield Woollen Industry*, Huddersfield, 1935, pp. 120-121.

32. Este es un argumento técnico difícil. Los testigos que comparecieron ante la Comisión Especial para las Demandas de los Tejedores del Telar Manual no coincidían en cuanto a si se debía estimar la proporción media de producción de tejidos de algodón sencillos en telares mecánicos y manuales en 3 a 1 o 5 a 1. Se afirmaba que el *dandy-loom*, un tipo de telar manual que funcionaba mecánicamente por lo que se refiere al movimiento de la tela en el telar, y a cuyo ritmo se debía adaptar el tejedor mediante acelerados movimientos de la lanzadera manejada de forma manual, trabajaba al mismo ritmo que el telar mecánico, pero con unos grandes costes en cuanto a la salud del tejedor. En el estambre, J. James estimaba que en el West Riding había 2.768 telares mecánicos en 1835, en comparación con los 14.000 telares manuales que se estimaban en el distrito de Bradford en 1838; hacia 1841, había 11.458 telares mecánicos en el West Riding. Las estimaciones que aparecen en el *Leeds Times* (26 de marzo, 11 de abril de 1835) indican que el tejedor de estambre que trabajaba en un telar mecánico (en general una muchacha o mujer que atendía dos telares) podía producir de dos y media a tres veces más que el tejedor manual. Pero durante los 15 años siguientes la velocidad de los movimientos de la lanzadora de un *six-quarter loom* pasó a ser más del doble (H. Forbes, *Rise, Progress, and Present State of the Worsted Manufactures*, 1852, p. 318). El telar mecánico Crossley para alfombras, patentado en 1851, podía tejer a una velocidad de 12 a 14 veces mayor que el telar manual («Reminiscences of Fifty Years by a Workman». *Halifax Courier*, 7 de julio de 1888).

33. Véase S. C. *on Handloom Weavers' Petitions*, 1835, p. 148 (2066).

En Halifax hay dos fábricas muy grandes, de dos hermanos (los señores Akroyd); el uno teje con telares mecánicos y el otro con telares manuales. ... tienen que vender sus mercancías compitiendo el uno con el otro, por lo tanto tienen que situar sus salarios en un punto de comparación tan cercano como sea posible ... para tener beneficio.³⁴

En este caso el telar mecánico podría aparecer como un recurso para reducir los salarios de los tejedores manuales y *viceversa*. Desde otro punto de vista, el fabricante estaba satisfecho con un arreglo que le permitiera sostener el negocio regular con sus naves de telares mecánicos, y en las épocas de mayor actividad en el negocio dar más trabajo a los trabajadores manuales que soportaban por sí mismos los costes de los gastos fijos debidos al alquiler, el telar, etc. «En el caso de que haya una demanda decreciente —informaba el comisario auxiliar que investigaba en el West Riding en 1839— el fabricante que emplea telares mecánicos a la vez que telares manuales, hará trabajar por supuesto su capital fijo tanto como sea posible. De ahí que prescinda en primer lugar de los servicios del tejedor manual.»

Las condiciones de la mayor parte de los tejedores, desde la década de 1820 a la de 1840 y más allá, se mencionan como «indescribibles» o como «conocidas». Sin embargo, merecen ser descritas y mejor conocidas. Había grupos escogidos de tejedores que mantuvieron su categoría de artesanos gracias a alguna habilidad especial, hasta la década de 1830; los tejedores de paños de Leeds estaban mejor situados que la mayoría, mientras que los tejedores de estambre de Norwich, cuyas tradiciones jacobinas y sindicales eran excepcionalmente fuertes, consiguieron mantener altos los salarios en la década de 1830, gracias a la combinación de formar piquetes, intimidar a los patronos y a los trabajadores «ilegales», la política municipal y la violenta oposición a la maquinaria; todo lo cual contribuyó a la sustitución de la industria de Norwich por parte de la del West Riding.³⁵ Pero la gran mayoría de los tejedores vivía al borde —y algunas veces más allá del borde— de los límites del hambre. La Comisión Especial sobre Emigración

34. *Ibid.*, 1835, p. 60 (465-466).

35. En el *First Report of the Constabulary Commissioners*, 1839, pp. 135-146, aparece una descripción de la fuerza del Comité de Tejedores de Norwich durante su resistencia a «esa cosa sucia que se llama trabajo a bajo precio» (desde el punto de vista de los patronos). Véase también J. H. Clapham «The Transference of the Worsted Industry from Norfolk to the West Riding», *Econ. Journal*. XX.

(1827) recibió información respecto a las condiciones de vida en algunos distritos del Lancashire que parecen una anticipación del hambre irlandesa de las patatas:

Mientras visitábamos a los pobres, una persona casi famélica nos pidió, a la señora Hulton y a mí, que entráramos en una casa. Allí encontramos a un lado del fuego a un hombre muy viejo, que parecía moribundo, al otro lado a un joven de unos 18 años con un crío en sus rodillas, cuya madre acababa de morir y ser enterrada. Ya nos íbamos de esta casa, cuando la mujer dijo: «Señor, no lo ha visto todo». Subimos las escaleras, y, bajo algunos andrajos, encontramos a otro hombre joven, el viudo; y al doblar los harapos, que él mismo era incapaz de retirar, descubrimos a otro hombre que estaba muriendo, y que murió durante el día. No tengo la menor duda de que la familia estaba realmente muriendo de hambre en aquel momento ...

La información provenía de West Houghton, donde la mitad de los 5.000 habitantes estaban «totalmente desprovistos de lecho y casi totalmente desprovistos de vestidos». Seis de ellos fueron descritos en el proceso real de morir de hambre.

Es cierto que los salarios citados para esos años (de 10s. a 4s.) quizá sólo representan uno de los varios salarios de la misma familia, puesto que muchas viudas, niñas o jóvenes trabajaban en un segundo o tercer telar. Pero los salarios también escondían pagos o deducciones adicionales. Los tejedores de estambre de Bradford, en 1835, afirmaban que de un salario medio de 10s. habría un desembolso de 4d. por apretar, 3d. por montar la urdimbre en el telar, 9 ½d. por devanar la trama, 3 ½d. para luz y aún se deberían añadir 4d. por la inversión, el desgaste y las reparaciones del telar. Si a eso se añadía el desembolso por el alquiler (1s. 9d.) y el fuego y la colada (1s. 6d.), las deducciones sumaban en total 5s. 3d., aunque cuando la esposa o el hijo también trabajaban en un segundo telar, esos gastos generales se podían repartir entre dos salarios.³⁶ En algunos casos el mismo tejedor alquilaba el telar, en otros casos era propietario, pero tenía que alquilar al patrono los engranajes o lizos para tejer según la muestra. Muchos tejedores estaban en un perpetuo estado de endeudamiento respecto del «putter-out», deshaciéndose de la deuda mediante entregas de su traba-

36. *Leeds Times* (7 de marzo de 1835).

jo, y en una situación en la que eran incapaces de rechazar cualesquiera salarios por bajos que fueran.

A medida que empeoraban sus condiciones, debían invertir más y más tiempo en trabajos no remunerados: llevando y yendo a buscar trabajo, y una serie de cosas más. «Aún recuerdo el tiempo», escribía un observador en 1844,

en que los fabricantes alquilaban habitaciones en los distritos, y las tramas y las urdimbres se les llevaban a caballo o en carro, para facilitar el trabajo de los tejedores, y el patrono preguntaba por el empleado; pero hoy la situación es diametralmente opuesta, el trabajador no sólo emprende largos viajes en busca de trabajo, sino que está condenado a tener muchas contrariedades.³⁷

Y de Pudsey proviene una descripción todavía más gráfica de todo este trabajo adicional no remunerado:

Cuando el oficio no iba mal, era muy común ver a los tejedores y los hilanderos yendo de un lugar a otro en busca de trabajo. ... Si lo conseguían era, en general, a condición de que a cambio ayudasen a desempaquetar la lana; es decir, abrían los fardos, luego seleccionaban los vellones de lana, sacando las partes más bastas que se llamaban el *brutch*, lo ponían en grandes sábanas y luego iban al molino y ayudaban a limpiarlo y luego a «tintarlo» o teñirlo. ... Todo esto se hacía a cambio de nada, a no ser en algunas ocasiones una pequeña paga para un poco de cerveza o pan y queso. ... Cuando el torcedor había sacado la primera tanda de hilaza, a menudo se convertía en un serio problema saber a quién le tocaba quedársela, y con frecuencia el modo de decidirlo sería echarlo a suertes. ... Cuando la tela estaba deformada se llevaba a cabo el proceso de aprestado y, por norma, los tejedores tenían que comprar su propio apresto. ... Después de aprestar la tela, uno de los procesos más críticos es tenderla al aire libre para el secado. ... Se escoge un lugar, se sacan los bastidores de la tela, y si hiela, se coge un pico con el fin de hacer agujeros en el suelo para poner estacas que sirvan para atar los extremos de la tela. ... A veces se puede ver a un hombre y a su esposa de rodillas sobre la nieve, con una tela para secar ...

Después, el trabajo de tejer, a última hora de la tarde a la luz de una vela o una lámpara de aceite, con «un muchacho o una muchacha o qui-

37. R. Howard, Cirujano, *History of the Typhus of Hepstonstall-Slack*, Hebden Bridge, 1844.

zá la esposa del tejedor, de pie a un lado del telar atentos para ver cuando se rompía un hilo, mientras el tejedor vigilaba el otro lado, puesto que si se rompía un hilo y arrancaba otro se podían romper una docena más». Y después de tejer, había que volver a hacer media docena de trabajos más antes de que el trajinero se llevase la pieza a Leeds: «Toda esa labor de más, afirmamos, se hacía a cambio de nada. ... Además, no era extraño que, cuando ya habían hecho el trabajo, los tejedores no consiguieran cobrarlo hasta algún tiempo después. ... No podemos asombrarnos de que al tejedor manual se le llegase a llamar «aldaba de la pobreza».³⁸

Algunas de esas prácticas no se daban en el algodón, o en todo caso, en el estambre se habían incorporado, desde hacía tiempo, a los procesos especializados. Son un indicador de lo anticuado del oficio de la lana en pequeña escala. Pero en los distritos tejedores del estambre y los productos laneros de lujo había también formas de trabajo que suponían pérdidas de tiempo. Entre las pequeñas aldeas dispersas de la tierra alta era conocido el «caballo de carga humano»: el hombre o la mujer que alquilaba su trabajo para transportar las pesadas piezas acabadas, 5 o incluso 10 millas, por los caminos de los páramos. Las mayores poblaciones de trabajadores a domicilio, deprimidas en extremo, se encontraban en los distritos tejedores situados en los alrededores de centros como Bradford, Keighley, Halifax, Huddersfield Todmorden, Rochdale, Bolton, Macclesfield. La Comisión Especial de 1834 informó que consideraba que «no sólo no se habían exagerado los sufrimientos de ese amplio y valioso grupo de trabajadores, sino que durante años habían continuado hasta llegar a un extremo y una intensidad que apenas se podía creer o imaginar». Cuando John Fielden testificó ante la misma Comisión en 1835, declaró que un gran número de tejedores no podía obtener suficientes alimentos del tipo más sencillo y barato; iban vestidos con harapos y estaban avergonzados de mandar a sus hijos a la escuela dominical; no tenían muebles y en algunos casos dormían sobre paja; trabajaban «a menudo 16 horas al día»; estaban desmoralizados por el abatimiento y debilitados por la subalimentación y la mala salud. Las adquisiciones que habían conseguido en la «época dorada» se habían desvanecido de los hogares de los tejedores. Un testimonio de Bolton declaraba:

38. J. Lawson, *Letters to the Young on Progress in Pudsey*, Stanningley, 1887, pp. 26-30.

Por lo que puedo recordar, casi todos los tejedores que yo conocía tenían una cómoda en su casa y un reloj y sillas y camas con somier y candelabros e incluso cuadros, artículos de lujo; y ahora me encuentro con que aquello ha desaparecido, ha ido a parar a las casas de los obreros, o a las de las personas de clase más alta.

El mismo testigo, un fabricante, sólo podía «recordar un caso en que uno de mis tejedores se comprase una chaqueta, durante muchos años». Un basto cobertor, que valía 2s. 6d. cuando era nuevo, servía a menudo como manta; «he visto muchas casas que sólo tenían dos o tres taburetes de tres patas y he visto algunas sin un taburete o una silla, sólo con un cajón de té para guardar sus ropas y sentarse encima».

Por lo que se refiere a la dieta del tejedor pobre y su familia, hay unanimidad: harina de avena, torta de avena, patatas, gachas de avena y cebolla, leche fermentada, melaza o cerveza elaborada en casa, y como cosas de lujo té, café, tocino entreverado. «Muchos de ellos —afirmaba Richard Oastler— no saben lo que es probar carne fresca de año en año ... y sus hijos irán a veces a Huddersfield a mendigar y traerán un trozo a casa, y esto constituye un verdadero lujo. ...» Si hacía falta tener una confirmación, ésta la aportaron las cuidadosas investigaciones de los Comisarios Auxiliares que viajaron por el país después del nombramiento de la Comisión Real en 1838. Quizá las peores condiciones fueran las que se encontraron en los sótanos de las viviendas de las grandes ciudades —Leeds y Manchester— donde los desempleados irlandeses intentaban ganarse unos pocos chelines con el telar.

Pero es fácil suponer que los tejedores de las zonas rurales que vivían en sólidos *cottages* de piedra, con amplias ventanas divididas por el parteluz de los talleres de tejido, en las hermosas tierras altas de los Peninos —en la zona alta del valle del Calder o Wharfedale, Saddleworth o Clitheroe— gozaban de atractivos que les compensaban por su pobreza. Un cirujano que investigó una epidemia de tifus en una pequeña aldea cerca de Heptonstall (un pequeño pueblo lanero que era floreciente durante la Guerra Civil) nos ha dejado una imagen terrible de la muerte de una de esas comunidades. Aunque estaba situada arriba en los páramos, las provisiones de agua estaban contaminadas: un riachuelo que discurría por la superficie, contaminado por un matadero, se convertía en verano en «un criadero de nauseabunda vida animal». La alcantarilla pasaba directamente por debajo de las losas de uno de los *cottages* de los tejedores. Las casas eran húmedas y frías, los pa-

vimentos estaban por debajo del nivel de la tierra: «Se puede decir con justicia que la harina de avena y las patatas son casi lo único que les permite subsistir», junto con la leche vieja y la melaza. Si no podían conseguir té o café, se preparaban una infusión de menta, tanaceto o hisopo. Pero incluso de esta dieta «de ningún modo tienen suficiente ... Los habitantes están sufriendo un rápido deterioro». La atención médica y los gastos del entierro se pagaban, en general, con los impuestos para asistir a los pobres; sólo una de cada diez mujeres recibía atención médica durante el parto:

¿Cuál es la situación de la esposa del tejedor manual durante los esfuerzos del parto? Está de pie, con una mujer a cada lado, sus brazos alrededor de los cuellos de aquéllas; y, en los dolores de dar a luz, casi derriba a sus sostenes; y en estas condiciones tiene lugar el nacimiento. ... ¿Y por qué se hace así? La respuesta es, porque no hay mudas de ropa de cama ...

«Cómo consiguen subsistir —exclamaba ese humanitario cirujano— es algo que desconcierta a las propias facultades de ver y oír.»³⁹

La reacción contemporánea contra «los Hammond» ha llegado tan lejos que es casi imposible citar estas fuentes, donde las hay en superabundancia para esos años, sin ser acusado de intenciones peyorativas. Pero es necesario hacerlo porque, sin ese pormenor, es posible que la mirada pase por encima de la frase «la decadencia de los tejedores manuales» sin darse en absoluto cuenta de la escala de la tragedia que tenía lugar. Las comunidades de tejedores —algunas situadas en el West Country y los Peninos, con 300 y 400 años de existencia ininterrumpida, algunas de fecha mucho más reciente pero, sin embargo, con sus propias pautas y tradiciones culturales— se estaban literalmente extinguiendo. Los patrones demográficos de Heptonstall-Slack eran extraordinarios: en una población de 348 personas, más de la mitad tenían menos de 20 años (de éstos, 147 estaban por debajo de los 15), mientras que sólo había 30 por encima de los 25 años; estos datos no representan una comunidad creciente, sino una baja esperanza de vida. Durante los catastróficos años de las décadas de 1830 y 1840, cuando el telar mecánico, la afluencia irlandesa y la nueva *Poor Law* remataron lo que ya había iniciado el recorte de los salarios, se produjeron —junto

39. R. Howard, *op. cit.*, *passim*.

con las esperanzas insurreccionales de los tejedores cartistas— las historias más horripilantes: los clubs de entierro de los niños (en los que cada alumno de la escuela dominical contribuía con 1*d.* a la semana a su propio funeral o al de un compañero); la difusión y seria discusión de un folleto (firmado por «Marcus») que estaba en favor del infanticidio. Pero esta no es toda la historia. Hasta que tuvieron lugar esos sufrimientos finales, los miembros de las comunidades más antiguas de tejedores preferían con mucho la forma de vida que éstas les ofrecían, frente a los niveles de vida material más elevados de las ciudades fabriles. El hijo de un tejedor del distrito de Heptonstall, que en la década de 1820 era un chiquillo, recordaba que los tejedores «tuvieron sus buenos tiempos». «El humo de la fábrica ... no ensuciaba la atmósfera.»

No había sirena alguna que les llamase a las cuatro o a las cinco ... había libertad para empezar y dejar de trabajar cuando quisieran. ... Por las tardes, mientras trabajaban, en las celebraciones de las escuelas dominicales, los hombres y mujeres jóvenes se unían con entusiasmo al canto de los himnos, mientras el ritmo musical de las lanzaderas marcaría el tiempo ...

Algunos tejedores obtenían frutas, hortalizas y flores de sus huertos. «Mi trabajo estaba al lado del telar, y cuando no devanaba, mi padre me enseñaba a leer, a escribir y aritmética.» Un niño de la fábrica de Keighley, que a la edad de 18 años había dejado la fábrica por un telar manual, informó a la Comisión Sadler (1832) que prefería «con mucho» el telar a la fábrica: «Estoy más relajado; puedo mirar a mi alrededor y salir y refrescarme un poco.» En Bradford, los tejedores tenían la costumbre de reunirse en el descanso de la comida a mediodía:

... y charlar con otros tejedores y cardadores sobre las noticias o contar chismes del momento. Algunos de estos grupos pasarían una hora hablando del engorde del cerdo, de la cría de la gallina y de la caza de pájaros y de vez en cuando habría disputas muy acaloradas sobre la gracia redentora, o acerca de si el bautismo de los niños o la inmersión de los adultos era la forma correcta y bíblica de realizarlo. Más de una vez he visto a varios hombres dispuestos a pelear unos contra otros por este ... tema.⁴⁰

40. J. Greenwood, «Reminiscences», *Todmorton Advertiser* (10 de septiembre de 1909); J. Hartley, «Memorabilia», *Todmorton and District News* (1903); W. Scruton, *op. cit.*, p. 92.

Una mezcla única de conservadurismo social, orgullo local y elaboración cultural componía la forma de vida de la comunidad tejedora del Yorkshire o el Lancashire. Estas comunidades eran, en un sentido, ciertamente «atrasadas»; se adherían con igual fuerza a sus tradiciones dialectales y a sus costumbres regionales como a la enorme ignorancia médica y a las supersticiones. Pero cuando más de cerca observamos su modo de vida, más inadecuadas nos parecen las nociones simples de progreso económico y de «atraso». Además, entre los tejedores del norte había verdaderamente un fermento de hombres autodidactas y organizados que habían alcanzado logros considerables. Cada distrito tejedor tenía sus tejedores poetas, biólogos, matemáticos, músicos, geólogos, botánicos: el tejedor viejo de *Mary Barton* está sacado con certeza de la vida real. Hay museos del norte y sociedades de historia natural que todavía poseen relaciones o colecciones de lepidópteros hechas por los tejedores; a la vez que existen relatos sobre tejedores de aldeas aisladas que se enseñaban geometría dibujando con tiza sobre las losas del suelo y que ansiaban discutir sobre cálculo diferencial.⁴¹ En algunos tipos de trabajo sencillo con hilo resistente se podía realmente apoyar un libro en el telar y leer mientras se trabajaba.

También existe poesía de los tejedores, alguna de tipo tradicional, otra más sofisticada. Las baladas de «Jone o' Grinfilt» del Lancashire atravesaron un ciclo patriótico a principio de las guerras (con contrabaladas jacobinas) y continuaron durante la época cartista hasta la guerra de Crimea. La más conmovedora es la canción de «Jone o' Grinfilt el joven», al final de las guerras:

Soy un pobre tejedor, como muchos ya sabéis,
No tengo qué comer ni ropa qué vestir,
Todo lo que hay en casa no vale ni seis peniques,
Mis zuecos y mis botas están rotos y voy sin calcetines;
Y que luego te manden a la guerra
A reventar y hacerlo lo mejor que puedas.

41. Véase también J. F. C. Harrison, *Learning and Living*, 1961, p. 45; y M. D. George, *op. cit.*, p. 188, para los tejedores de Spitalfields. Esas tradiciones también eran fuertes en el West Country, Norwich y, de forma más señalada, entre los tejedores escoceses. En Spitalfields, los tejedores de seda daban apoyo a sociedades de matemáticas, historia, floricultura, entomología, recitación y música: G. I. Stigler, *Five Lectures on Economic Problems*, 1949, p. 26.

El cura de la parroquia hace mucho que nos dice,
Que vendrán días mejores si tengo la lengua quieta,
La he tenido tanto tiempo que no puedo ni respirar,
Tal vez me quiera decir que al final reventaré;
Él se lo pasa muy bien, maldiciendo al diablo,
Pero sin dar golpe en su vida.

Llevamos seis semanas y cada día nos parece el último,
Esperando y dando vueltas, y hasta la fecha en ayunas;
Viviríamos de agujas, si se pudiesen tragar,
Las gachas de Waterloo son lo mejor que comimos;
Y a decir verdad, poca gente veo
Que viva mejor que yo ...*

Irrumpen los alguaciles y después de un forcejeo se llevan el mobiliario.

Le he dicho a mi Marget, acostado con ella en el suelo,
«Nunca estaremos peor en este mundo, estoy seguro ...»**

Cuando le lleva la pieza al patrono, le dicen a Jone que está en deuda porque por la última pieza le dieron sobrepaga. Sale del almacén desesperado y vuelve con su mujer.

Mi Marget dice: si tuviésemos ropa qué ponernos,
Nos iríamos a Londres para ver la gran ciudad;
Y, si una vez allí, las cosas no nos fuesen mejor,
Quién sabe lo que haríamos, luchando hasta el final,

* Aw'm a poor cotton-wayver, as mony a one knaws, / Aw've nowt t'ate i' th' heav-se, un' aw've worn eawt my cloas, / Yo'd hardly gie sixpence fur o' aw've got on, / Meh clogs ur' booth baws'n, un' stockins aw've none; / You'd think it wur hard, to be sent into th'ward / To clem un'do best 'ot yo' con. / Eawr parish-church pa'son's kept tellin'us lung, / We'st see better toimes, if aw'd but howd my tung; / Aw've howden my tung, toll aw con hardly dran breath. / Aw think i' my heart he meons t'clem me to death; / Aw knaw he lives weel, wi'backbitin' the de'il. / Bur he never pick'd o'er in his loife. / Wey tooart on six weeks, thinkin'aich day wur th'last, / Wey tarried un' shifted, till neaw wey're quite fast; / Wey liv't upo' nettles, whoile nettles were good, / Un' Wayterloo porritch wur' the best o' us food; / Aw'm tellin' yo' true, aw con foind foak enoo. / Thot're livin' na better nur me ...

** Aw said to eawt Marget, as wey lien upo' th' floor, / 'Wey ne'er shall be lower i' this wo'ald, aw'm sure...

No tenemos nada contra el rey, pero queremos justicia,
Y quién sabe a lo que puedes llegar cuando te hieren.⁴²

El otro tipo de tejedor poeta era el autodidacta. Un ejemplo notable fue Samuel Law, un tejedor de Todmorden, que publicó un poema en 1772 siguiendo el modelo de las *Seasons* de Thomson. El poema tiene poco valor literario, pero revela un conocimiento de Virgilio, Ovidio y Homero (en sus versiones originales), y también conocimientos de biología y astronomía:

Sí, el largo día, y en cada melancólico atardecer,
Meditaba en el telar...
Mientras tanto, tejía la florida y ondeante tela,
Con dedos más fríos que el témpano de hielo;
Y a menudo, mi entera complexión de hombre,
La recorrían oscuros y fríos horrores, y un malestar.⁴³

Otros tejedores poetas posteriores transmiten a menudo poco más que patetismo, los tímidos esfuerzos por emular las formas literarias ajenas (en particular la «poesía de la naturaleza») que poco recoge de la experiencia real de los tejedores. Un tejedor, que de 1820 a 1850 trabajó en un telar manual y luego obtuvo trabajo en una fábrica con telares mecánicos, lamentaba las consecuencias que el cambio había operado en sus versos:

Entonces trabajaba en una habitación pequeña, dominando con la vista el cementerio de Luddenden. Soñaba salir por los campos y los bosques ... durante las horas de las comidas, y escuchar los sonidos de los pájaros veraniegos, o contemplar las temblorosas aguas del Luddon ... Al-

42. J. Harland, *Ballads and Songs of Lancashire*, 1865, pp. 223-227. («Eawr Marget declares, if hoo'd, if hoo'd cloas to put on, / Hoo'd go up to Lannon to see the great mon; / Un' if things didno' awter, when theere hoo had been, / Hoo says hoo'd begin, un' feight blood up to th' e'en, / Hoo's nout agen th' king, bur hoo loikes a fair thing, / Un' hoo says hoo acon tell when hoo's hurt.»)

43. *A Domestic Winter-piece* ... de Samuel Law, natural de Barewise, cerca de Todmorden, tejedor del Lancashire (Leeds, 1772). (Yes, the day long, and in each evening gloom, / I meditated in the sounding loom... / Meanwhile, I wove the flow'ry waved web, / With fingers colder than the icy glebe; / And oftentimes, thro' the whole frame of man, / Bleak chilling horrors, and a sickness ran.)

gunas veces me despertaba de esos ensueños alguna doncella abandonada, enferma de amor, que ... había lanzado los lamentos de su corazón al ingrato viento. Entonces iba a casa y escribía. ... Pero todo esto se acabó; tengo que continuar trabajando en medio del estruendo de la maquinaria.

Es triste que los años de autodidaxia sólo tuviesen como resultado una pátina de tópicos. Pero era el logro en sí mismo lo que producía satisfacciones auténticas; como persona joven a finales de la década de 1820, sus observaciones de la naturaleza parecen tener una base mucho más sólida que sus observaciones de doncellas enfermas de amor:

Coleccionaba insectos junto con varios jóvenes del pueblo. Creamos una biblioteca. ... Creo que un compañero y yo ... reunimos 22 grandes cajas de insectos; 120 tipos diferentes de huevos de pájaros británicos; además de una gran cantidad de conchas (de tierra y de agua), fósiles, minerales, monedas antiguas y modernas ...⁴⁴

Samuel Bamford hace las veces de puente entre las tradiciones populares de las comunidades del siglo XVIII (que persistieron largo tiempo en el siguiente siglo) y los logros de tipo intelectual con una mayor conciencia de sí mismos que tuvieron lugar en las primeras décadas del siglo XIX. Entre estos dos períodos se dan dos experiencias profundamente transformadoras: la del metodismo y la del radicalismo político.⁴⁵ Pero por lo que se refiere al fermento intelectual, deberíamos recordar también la cantidad de pañeros con pequeños talleres que quedaron reducidos a la categoría de tejedores,⁴⁶ y que trajeron consigo logros educativos y pequeñas bibliotecas.

La expresión más completa de los valores de las comunidades de tejedores pertenece a la historia del movimiento cartista. Una elevada proporción de los dirigentes cartistas locales del norte y las Midlands eran trabajadores a domicilio, cuyas experiencias formativas tuvieron lugar en los años que van de 1810 a 1830. Entre ellos se encuentran

44. W. Heaton, *The Old Soldier*, 1857, pp. xxiii, xix.

45. Para el metodismo y los tejedores, véase el capítulo 11, más adelante. Para el radicalismo político de la posguerra, véase más adelante, vol. 2, pp. 233-237.

46. John Fielden declaró ante la Comisión Especial de 1835: «Pienso que por lo menos las tres cuartas partes de los fabricantes del vecindario en el que vivo han sido reducidos a la pobreza.»

Benjamin Rushton de Halifax, nacido en 1785 y que en 1832 era ya un «veterano» reformador. O William Ashton, un tejedor de lino de Barnsley nacido en 1806, deportado en 1830 por supuesta complicidad en tumultos sucedidos durante las huelgas, puesto en libertad en 1838 y retornado de Australia gracias a las suscripciones de sus compañeros tejedores, para jugar un papel dirigente en el movimiento cartista y sufrir un nuevo período de encarcelamiento. O Richard Pilling, un tejedor manual que había pasado a los telares mecánicos, y al que se conocía como el «Padre» de los motines de Plug en el Lancashire. O John Skevington, predicador local de los metodistas primitivos, calcetero y dirigente cartista de Loughborough; William Rider, un tejedor de paño de Leeds, y George White, un cardador de lana de Bradford.⁴⁷

La trayectoria de estos hombres nos conduciría más allá de los límites de este estudio. Pero el radicalismo del Lancashire de los años 1816-1820, fue en gran medida un movimiento de tejedores, y la *formación* de estos últimos dirigentes se dio en las comunidades de ese tipo. Lo que aportaron al primer movimiento obrero apenas si se puede valorar en exceso. En la medida que se mantenían los recuerdos de su «época dorada» tenían, al igual que los artesanos de la ciudad, una sensación de posición social perdida, y con ella fomentaban los valores de la independencia. En este sentido, en 1816, proporcionaron un público natural para Cobbett. Aparte de la enojosa cuestión del desfalco de hilo, casi todos los testimonios hablaban en favor de la honradez y la independencia de los tejedores: «tan leales, honrados y dignos de confianza como cualquier cuerpo colectivo entre los súbditos de su Majestad ...».⁴⁸ Pero poseían, en mayor medida que los artesanos de la ciudad, un profundo igualitarismo social. Del mismo modo que su forma de vida, en los mejores años, había sido compartida por la comunidad, los sufrimientos eran los de toda la comunidad; y quedaron tan degradados que no existía clase alguna de trabajadores no cualificados o eventuales que estuviese por debajo de ellos y frente a la cual hubiesen erigido muros protectores de tipo económico y social. Esto confería a su protesta una resonancia moral particular, cuando se expresa-

47. Para Rushton, véase más adelante, pp. 444-446. Para Ashton, diversas fuentes en la Barnsley Reference Library. Para Pilling, véase *Chartist Trials*, 1843. Para Skevington, véase J. F. C. Harrison, «Chartism in Leicester», en A. Briggs, *Chartist Studies*, 1959, pp. 130-131. Para White Rider, véase Harrison, «Chartism in Leeds», *ibid.*, pp. 70 y siguientes.

48. Radcliffe, *op. cit.*, p. 107.

ba en lenguaje owenita o bíblico; hacían un llamamiento a los derechos fundamentales y a las nociones elementales de solidaridad y de comportamiento humanos, más que a intereses sectoriales. Al pedir mejoras lo hacían como comunidad entera, y las ideas utópicas de volver a crear la sociedad de nuevo, de golpe —las comunidades owenitas, la huelga general universal, el *Land Plan* cartista— se extendieron entre ellos como fuego en un pajar. Pero en esencia el sueño que surgió con formas muy distintas era el mismo: una comunidad de pequeños productores independientes, que intercambiasen sus productos sin la distorsión de los patronos y los intermediarios. En fecha tan tardía como 1848, un tejedor de lino de Barnsley (un compañero que había sido deportado junto con William Ashton) declaró ante la Convención Cartista Nacional que cuando se ganara la Carta «dividirían la tierra en pequeñas casas de labranza, y darían a todos los hombres la oportunidad de ganar su sustento con el sudor de su frente».⁴⁹

Llegados a este punto deberíamos informarnos con mayor rigor acerca de la situación real de los tejedores en la década de 1830, y de los remedios posibles. Se acostumbra a describir su situación como «sin esperanza», en un oficio «enfermo» u «obsoleto», librando una «batalla perdida» y encaminado a una «decadencia inevitable». Por otra parte, puede afirmarse que hasta finales de la década de 1820 se utilizó el telar mecánico como una *excusa* para desviar la atención de otras causas de su decadencia.⁵⁰ Hasta 1820 es difícil dar una razón fundada para la competencia *directa* entre el telar mecánico y el manual; aunque los telares mecánicos se multiplicaban, se olvida a veces que el consumo de algodón estaba aumentando al mismo tiempo.⁵¹ Algo parecido es cierto

49. *Halifax Guardian* (8 de abril de 1848).

50. G. H. Wood, *History of Wages in the Cotton Trade*, 1910, p. 112, ofrece salarios medios para los tejedores de algodón que fluctúan desde 18s. 9d. (1797); 21s. (1802); 14s. (1809); 8s. 9d. (1817); 7s. 3d. (1828); 6s. (1832). Estos datos, probablemente, subestiman el declive: en muchos distritos, en la década de 1830, el promedio era verdaderamente de 4s. 6d. En la mayoría de ramas del estambre y la lana, el declive era el mismo, empezando un poco después y cayendo pocas veces con tal lentitud. Quienes prefieran las estadísticas pueden consultar las voluminosas pruebas de los Informes de la Comisión Especial y de los Comisarios Auxiliares; se encuentran útiles cuadros estadísticos en S. C. *on Hand-Loom Weaver's Petitions*, 1834, pp. 432-433, 446; y en J. Fielden, *National Regeneration*, 1834, pp. 27-30.

51. Estimación de telares mecánicos de algodón en Inglaterra: 1820, 12.150; 1829, 55.000; 1833, 85.000. Estimación del consumo de torzal en libras de peso: 1820, 87.096 millones de libras; 1829, 149.570 millones de libras. Estimación del número de tejedores

para la industria del estambre hasta 1835; y en otras ramas de la lana hasta la década de 1840.⁵² Así, hubo dos fases en el declive de los tejedores manuales. La primera, hasta 1830 o 1835, en la que el telar mecánico fue una causa secundaria que avanzaba con lentitud, aunque en términos psicológicos jugaba un papel más importante (y, en ese sentido, era un mecanismo para reducir los salarios); la segunda, en la que los productos del telar mecánico realmente desplazaron los productos manuales. La mayor reducción de salarios (digamos, de 20s. a 8s.) tuvo lugar en la primera fase.

¿Eran inevitables las dos fases? En opinión de la mayor parte de los historiadores parecería que lo fueron, aunque a veces se apunta que los tejedores podrían haber recibido una mayor asistencia o consejo. En opinión de muchísimos contemporáneos —incluyendo a los tejedores y a sus representantes— no lo eran. A la primera fase del declive contribuyeron una docena de factores, que comprendían las consecuencias generales de la década deflacionaria de la posguerra; pero las causas subyacentes serían, al parecer: primero, el deterioro tanto de la tradición como de la protección de las *trade unions*; segundo, el hecho de que los tejedores estuviesen expuestos a las peores formas de recorte de salarios; tercero, la sobresaturación del oficio por parte de los desempleados para quienes se había convertido en «el último refugio de los fracasados». Un fabricante de Bolton definía la causa eficiente de forma sucinta:

... Opino que desde el mismo principio de la fabricación de muselinas en Bolton, el oficio de tejer ha estado sujeto a reducciones arbitrarias que empezaron a un ritmo muy rápido. Se suponía que la remuneración del trabajo encontraría un nivel adecuado; pero ya desde el principio, cualquier fabricante ha podido ofrecer un ejemplo de reducción de salarios; y sé de cierto, que cuando no podían obtener por las mercancías un precio como el que pensaban que debían obtener, inmediatamente empezaban a reducir los salarios de los tejedores.

manuales de algodón en el Reino Unido: 1801, 164.000; 1810, 200.000; 1820, 240.000; 1830, 240.000; 1833, 213.000; 1840, 123.000. Véase N. J. Smelser, *Social Change in the Industrial Revolution*, 1959, pp. 137, 148-149, 207.

52. En la parroquia de Halifax, en donde predominaba el estambre, el consumo de lana dio un salto desde los 3.657.000 de libras, en 1830, a los 14.423.000 de libras, en 1850. Durante el mismo período, los telares mecánicos para estambre pasaron, de ser algunos cientos, a ser 4.000. En el sector del estambre de Bradford, la proporción de telares mecánicos respecto de telares manuales, en 1836, era todavía de 3.000 a 14.000, más o menos.

Pero al mismo tiempo, en Bolton, en 1834 —que fue un buen año— «no hay tejedores sin empleo; no hay peligro de que alguien esté sin empleo en esta época». ⁵³

La intervención del Estado tuvo una influencia directa en la desintegración de la tradición y el sindicalismo. Ésta fue «inevitable» sólo si aceptamos la ideología dominante y el tono contrarrevolucionario de esos años. Los tejedores y sus defensores oponían a esta ideología un análisis contrario y políticas contrarias, que se centraban en la demanda de un salario mínimo regulado que se impusiera desde comisiones del oficio compuestas por fabricantes y tejedores. Daban una negativa directa a los sermones de «la oferta y la demanda». A la pregunta de por qué no se debía dejar que los salarios encontrasen su propio «nivel», un tejedor de seda de Manchester respondió que entre «lo que se llamaba capital y trabajo» no había semejanza alguna:

En cuanto al capital, puedo afirmar que no es otra cosa que la acumulación de los productos del trabajo. ... Siempre llevan el trabajo al mercado quienes no tienen nada más que guardar o que vender y que, por lo tanto, deben desprenderse de él inmediatamente. ... ¿Puedo embotellar el trabajo que ... podría realizar esta semana, si, a imitación del capitalista, me niego a desprenderme de él ... porque me ofrecen un precio inadecuado por él? ¿Puedo conservarlo en salmuera? ... Estas dos distinciones entre la naturaleza del trabajo y del capital (a saber, que el trabajo siempre lo venden los pobres y siempre lo compran los ricos, y que el trabajo no se puede almacenar de ningún modo, sino que se debe vender o perder en cada momento), son suficientes para convencerme de que el trabajo y el capital jamás pueden, en justicia, estar sujetos a las mismas leyes ... ⁵⁴

Los tejedores veían con claridad, declaraba Richard Oastler, que «*el capital y la propiedad están protegidos y su trabajo se deja a la suerte*». El testimonio de Oastler ante la Comisión Especial, al ser asediado a preguntas por uno de los partidarios de la «economía política», pone de manifiesto los puntos de vista alternativos acerca de la responsabilidad social:

[Oastler.] Se debería reducir el tiempo de trabajo, y ... el Gobierno debería crear una comisión ... escogida por los patronos y los traba-

53. *S.C. on Hand-Loom Weavers' Petitions*, 1834, p. 381 (4901), p. 408 (5217).

54. *Ibid.*, 1835, p. 188 (2686).

jadores ... que decidiera la cuestión de cómo se deben regular los salarios. ...

P. ¿Pondría usted fin a la libertad de trabajo?

R. Pondría fin a la libertad para el asesinato, y a la libertad de emplear trabajadores más allá de su fuerza; pondría fin a todo aquello que impide que el trabajador pobre se gane bien la vida con un trabajo justo y razonable; y le pondría fin, porque destruye la vida humana.

P. ¿Tendría el resultado deseado?

R. Estoy seguro de que el resultado actual del trabajo libre es la pobreza, el dolor y la muerte. ...

P. Suponga que tuviera que aumentar el precio de forma muy considerable, y ... ¿podría dejar de exportar mercancías?

R. Podemos consumirlas en el país.

P. No consumirían tantas, ¿no es cierto?

R. El triple y mucho más, porque los trabajadores estarían mejor pagados y ellos las consumirían. Los capitalistas no consumen las mercancías, y ahí está la gran equivocación ... Si los salarios fueran más elevados, el trabajador podría vestirse ... y alimentarse ... y aquellos trabajadores son, después de todo, los grandes consumidores de la producción agrícola e industrial, y no el capitalista, porque un gran capitalista, por muy rico que sea, sólo viste un abrigo cada vez, a lo sumo, en verdad rara vez viste dos abrigos a la vez; pero 1.000 obreros que pudiesen comprar mil abrigos, mientras que ahora no pueden comprar ni uno, aumentarían sin duda el comercio ...

Por lo que se refiere a las *commission-houses* o «mataderos», Oastler abogaba por la intervención legislativa directa:

Jamás hacéis una ley en esta Cámara que no limite la libertad; hacéis leyes para impedir a la gente que robe, esto es una limitación de una libertad del hombre; y hacéis leyes para impedir que los hombres asesinen, esto es una limitación de una libertad del hombre ... Y yo debería afirmar que esos trabajadores de los mataderos no deben hacer lo mismo ...

Los capitalistas «parecen ser seres de un orden privilegiado, pero nunca supe por qué lo eran». ⁵⁵

«Ahí está la gran equivocación»: los tejedores que tejían telas, mientras ellos mismos vestían harapos, eran educados a la fuerza en el error

55. *S.C. on Hand-Loom Weavers' Petitions*, 1834, pp. 283-288.

corruptor de la economía política ortodoxa. Antes de que se diera la competencia del telar mecánico —y mientras todavía aumentaban numéricamente— los tejedores del Lancashire ya cantaban su triste «Lamento»:

Vosotros caballeros y hombres de negocios, que os enseñoreáis por doquier a voluntad,

Dignaos mirar a esa pobre gente; es suficiente para haceros llorar;
Dignaos mirar a esa pobre gente, cuando cabalgáis arriba y abajo,
Creo que hay un Dios por encima de todos que rebajará vuestro orgullo.

Coro: Vosotros tiranos de Inglaterra, quizá vuestra estirpe desaparezca pronto,
Quizá se os pidan cuentas de todo lo que habéis hecho de forma abusiva.

Bajáis nuestros salarios, da vergüenza contarlos;
Vais a los mercados y decís que no podéis vender;
Y cuando os preguntamos cuándo se arreglarán los malos tiempos,
Nos respondéis con rapidez, «Cuando se acaben las guerras».*

Los vestidos de los hijos de los tejedores son harapos, mientras «los vuestros visten tan monos como micos de feria»:

Los domingos vais a la iglesia, estoy seguro que no es otra cosa que arrogancia,
No puede haber religión donde la humanidad se deja de lado;
Si el lugar del cielo va a ser como el de la Bolsa,
Nuestras pobres almas no deben acercarse allí, sino vagar como oveja perdida.
Vuestras mesas están cubiertas de los más exquisitos manjares,
Con buena cerveza y coñac fuerte, para que vuestros rostros se pongan colorados;

Invitáis a una serie de visitas —lo cual constituye todo vuestro placer—
Y conspiráis juntando vuestras cabezas para que nuestros rostros palidezcan.

Decís que *Bonyparty* ha sido la ruina total,
Y que tenemos motivo para rezar por su derrota;

* You gentlemen and tradesmen, that ride about at will, / Look down on these poor people; it's enough to make you crill, / Look down on these poor people, as you ride up and down, / I think there is a God above will bring your pride quite down. / *Chorus:* You tyrants of England, your race may soon be run, / You may be brought into account for what you've sorely done / You pull down our wages, shamefully to tell; / You go into the markets, and say you cannot sell; / And when that we do ask you when these bad times will mend, / You quickly give an answer, "When the wars are at an end".

Ahora *Bonyparty* está muerto y ha desaparecido, y se ha visto claramente
Que nuestros mayores tiranos son nuestros propios *Boneys*.⁵⁶

A su ira y a sus sufrimientos se añadía la transparencia de su explotación: nada del sistema que llevaba tropas a Peterloo o permitía a sus patronos erigir grandes mansiones en los distritos manufactureros les parecía «natural» o «inevitable».

Los historiadores que dan por sentado que la regulación de los salarios era «imposible» no se han molestado en presentar un ejemplo que pudiese ser contestado. Las propuestas de John Fielden de un salario mínimo estudiado en cada distrito por comisiones del oficio no eran más «imposible» que el proyecto de ley de las 10 horas que sólo se ganó después de tres décadas de agitación intensiva y frente a una oposición igual. Fielden tenía a su favor no sólo a los tejedores, sino a muchos de los patronos que deseaban poner límite a los menos escrupulosos y a los «mataderos». La dificultad residía no (como ha señalado el profesor Smelser) en el «sistema de valores dominante en la época», sino en la fuerte oposición de una minoría de patronos y en el carácter del Parlamento (al cual elogia el profesor Smelser por su éxito en «manejar» y «canalizar» los «injustificados síntomas de alboroto» de los tejedores).⁵⁷ En 1834 la Cámara nombró una Comisión Especial presidida por un comprensivo fabricante de Paisley, John Maxwell. Él y John Fielden (que era miembro de la Comisión) aseguraron que estuviese provista de testigos comprensivos. La Comisión, aunque expresando una profunda preocupación por la situación de los tejedores, no llegó a ninguna recomendación firme en 1834; pero en 1835, después de recoger pruebas adicionales, se pronunció con un inequívoco informe en favor de la propuesta de ley sobre el salario mínimo de Fielden: «el resultado de la medida sería quitarles a los patronos que pagan peor, el

56. J. Harland, *op. cit.*, pp. 259-261. (You go to church on Sunday, I'm sure it's nought but pride, / There can be no religion where humanity's thrown aside; / If there be a place in heaven, as there is in the Exchange, / Our poor souls must not come near there; like lost sheep they must range. / With the choicest of strong dainties your tables overspread, / With good ale and strong brandy, to make your faces red; / You call'd a set of visitors —it is your whole delight— / And you lay your heads together to make our faces white. / You say that Bonyparty he's been the spoil of all, / And that we have got reason to pray for his downfall; / Now Bonyparty's dead and gone, and it is plainly shown / That we have bigger tyrants in Boneys of our own.)

57. Véase N. J. Smelser, *op. cit.*, p. 247. Para hacer justicia al profesor Smelser, debería añadirse que su libro, aunque profundamente insensible en sus argumentos ge-

poder que tienen en la actualidad de regular los salarios». Era imprescindible hacer una prueba de la aplicación de esta medida, y «se demostrará al menos, que el Parlamento se ha compadecido de su dolor, y ha prestado oídos a sus súplicas de ayuda».

En cuanto a la opinión de que el Parlamento no puede y no debe intervenir en casos de esta naturaleza, Vuestra Comisión se opone decididamente. Por el contrario, cuando el bienestar y la felicidad de cualquier número considerable de súbditos británicos está en juego, Vuestra Comisión cree que el Parlamento no debería perder un momento para informarse y, si es posible, poner en marcha el remedio.

Vuestra Comisión, por lo tanto, sugiere que se presente inmediatamente un proyecto de ley de la naturaleza del que proponía el señor Fielden ...⁵⁸

Siguiendo estas recomendaciones, John Maxwell presentó realmente un proyecto de ley el 28 de julio de 1835. La fuerza de la oposición se expresó en un discurso de Poulett Thomson: «¿Era posible que el Gobierno del país fijara una tarifa para los salarios? ¿Era posible que el trabajo del hombre no debiera ser libre?» Una medida como aquella constituiría «un acto de tiranía». El doctor Bowring y Edward Baines (del *Leeds Mercury*) aconsejaban a los tejedores que se ayudasen a sí mismos haciendo que sus hijos aprendieran otros oficios. El *Hansard* consideró que John Fielden era «inaudible». Se rechazó el proyecto de ley por 41 votos contra 129. Propuesto de nuevo por Maxwell en 1836, su segunda lectura fue pospuesta repetidas veces y finalmente abandonada. Vuelto a presentar en mayo de 1837 por Maxwell en una moción por la suspensión, se negó el permiso de presentar una propuesta de ley por 39 votos contra 82. En las garras de una legislatura del *laissez faire*, los fabricantes de Paisley y Todmorden (muchos de cuyos miembros estaban al borde del hambre) siguieron luchando. John Fielden propuso presentar un nuevo proyecto de ley el 21 de diciembre de 1837; rechazado por 11 votos a 73. Pero entonces Fielden se mantuvo firme e hizo saber que se opondría a cualquier proyecto de ley referente a di-

nerales, contiene algunas valiosas ideas sobre el efecto de los cambios tecnológicos en las relaciones familiares de los obreros del algodón.

58. S. C. *on Hand-Loom Weavers' Petitions*, 1835, p. xv. He citado esta parte del Informe con el fin de corregir las informaciones incorrectas que hay en Smelser, *op. cit.*, pp. 263-264, y Clapham, *op. cit.*, I, p. 552.

nero hasta que la Cámara hiciese algo. Esta vez fue «audible». Se nombró una Comisión Real, que estaba firmemente controlada por aquel *decano* de la «economía política» ortodoxa, Nassau Senior, y se inició otra etapa de «manejo y canalización». En 1838, los comisarios auxiliares recorrieron los distritos afectados, prevenidos por Senior de que deberían «combatir muchas teorías predilectas, y puede defraudar esperanzas imprecisas o exageradas, pero abrigadas durante mucho tiempo». Por muy humanos e inteligentes que, en algunos casos, fueran esos hombres que investigaron minuciosamente las condiciones de los tejedores, eran, sin embargo, ideólogos del *laissez faire*. Sus informes —y el informe final de la Comisión— se publicaron en 1839 y 1840. El árido informe del comisario auxiliar para el West Riding indica que —a menos que fuera para el uso de futuros historiadores sociales— no había necesidad alguna de encargar su trabajo: «La conclusión general que me he esforzado por establecer es que es labor de la legislación acabar con todas las restricciones que afectan a la acumulación de capital, y aumentar de ese modo la *demanda* de trabajo; pero en cuanto a la *oferta* del mismo no tiene por qué intervenir». Pero éste era ya su punto de partida. «Ni el poder del Zar de Rusia», se decía,

pudo aumentar los salarios de los trabajadores en una situación similar ... lo único que queda por hacer, por lo tanto, es instruir a los tejedores manuales respecto de su situación real, aconsejarles que abandonen el oficio y que se guarden de dirigir a sus hijos hacia él, del mismo modo que se guardarían de cometer los crímenes más atroces.⁵⁹

Todo este «manejar y canalizar» tuvo por lo menos dos resultados: convirtió a los tejedores en cartistas partidarios inveterados de la «fuerza física», e hizo que hubiesen, sólo en el algodón, 100.000 tejedores menos en 1840 que en 1830. Sin duda alguna, la propuesta de ley de Fielden sólo hubiese sido parcialmente eficaz, sólo hubiese proporcionado un ligero alivio a medida que la competencia del telar mecánico aumentaba en la década de 1830, y podría haber trasladado el aumento del empleo a tiempo parcial hacia alguna otra industria. Pero debemos ser escrupulosos en cuanto a las palabras: el «ligero alivio» en la década de 1830 podría haber sido la diferencia entre la muerte y la su-

59. *Journals of House of Commons* y *Hansard*, *passim*; *Reports of Hand-Loom Weavers' Commissioners*, 1840, Parte III, p. 590; A. Briggs, *Chartist Studies*, pp. 8-9.

pervivencia. «Pienso que ha habido ya una demora demasiado larga —dijo Oastler ante la Comisión Especial de 1834—, creo que la demora ocasionada en este problema ha enviado a muchos cientos de operarios británicos a sus tumbas.» De los 100.000 tejedores que perdió el Lancashire en aquella década, es probable que sólo una minoría encontrara otros empleos: una parte de la mayoría murieron dentro de su plazo natural, mientras que la otra parte simplemente «murieron» prematuramente.⁶⁰ (A algunos de ellos los debieron mantener sus hijos que habían entrado a trabajar en las fábricas.) Pero fue en 1834 cuando la misma legislatura que se había considerado incapaz de ofrecerles cualquier medida de apoyo golpeó directa y activamente sus condiciones de vida mediante la propuesta de enmienda a la *Poor Law*. La beneficencia —que era el recurso de muchas comunidades, a veces en una escala del tipo de «Speenhamland»— fue (por lo menos en teoría) reemplazada por las «Bastillas»* a partir de los últimos años de la década de 1830. El resultado fue verdaderamente catastrófico. Si el profesor Smelser analizase el «sistema de valores dominante» de los tejedores, descubriría que les disgustaba *todo* tipo de subsidio para los pobres, pero para el asilo malthusiano los valores de la independencia y del matrimonio eran un tabú absoluto. La nueva *Poor Law* no sólo le negó la ayuda al tejedor y a su familia, y le *mantuvo* en el oficio hasta el fin, sino que en realidad condujo a otros —como a algunos de los irlandeses pobres— al seno del oficio. «No puedo contemplar este estado de cosas sin perder la paciencia», dijo un tejedor de muselinas de Bolton a la Comisión de 1834:

Mi situación es la siguiente: en este momento, dentro de un año cumpliré 60 años, y calculo que en el lapso de ocho años me habré convertido en un pobre. Me es imposible, por mucho que me esfuerce, ganar un chelín más; y cuando tengo salud necesito todos mis esfuerzos para mantener el alma y el cuerpo juntos. ... Hablo con sentimiento sobre este tema, como lo haría cualquier hombre en las mismas circunstancias; veo el presente proyecto de enmienda de la *Poor Law* como un sistema de coerción sobre el pobre, y que dentro de muy poco tiempo estaré bajo

60. Véase el diario de W. Varley, un tejedor, en W. Bennett, *History of Burnley*, Burnley, 1948, III, pp. 379-389; (febrero, 1827): «el mal y la enfermedad imperan por todas partes, y es normal que así sea, (helor) y el hambre y el duro trabajo a que están sometidos los pobres. ... la viruela y el sarampión se llevan a los niños a razón de dos o tres por casa.»

* En inglés, sinónimo de cárcel. Eran los nuevos asilos para los pobres. (*N. de la r.*)

su terrible actuación. No he merecido esto. Soy un hombre leal, con un gran cariño por las instituciones de mi país, y soy un amante de mi país. «Inglaterra, con todos tus defectos, y sin embargo, te amo», es el lenguaje de mi alma ...⁶¹

En estos distritos tejedores como Ashton (donde el párroco cartista, Joseph Raynor Stephens, hacía discursos insurreccionales), Todmorden (donde Fielden desafió abiertamente la ley), Huddersfield y Bradford la resistencia a la *Poor Law* fue violenta, prolongada e intensa.

Pero cuando se inició la segunda fase del declive de los tejedores, es decir, la competición plena con los telares mecánicos, ¿qué soluciones había? «Es difícil decir qué decreto —escribió Clapham— que no fuesen pensiones del Estado para los tejedores, la prohibición del telar mecánico, o la prohibición del adiestramiento en el tejido con telar mecánico, hubiese tenido la más mínima utilidad.»⁶² Éstas no se encontraban entre las peticiones de los mismos tejedores, aunque ellos protestaban contra:

... el uso sin restricción (o, más bien, el abuso) de maquinaria mejorada y perfeccionada continuamente ...

... el descuido en cuanto a proporcionar empleo y manutención de los irlandeses pobres, que se ven obligados a invadir el mercado de trabajo inglés en busca de un pedazo de pan.

... La adaptación de las máquinas, en cada uno de sus perfeccionamientos, a los niños, los jóvenes y las mujeres, lo cual supone la expulsión de quienes deberían trabajar: LOS HOMBRES.⁶³

La respuesta de los tejedores a la maquinaria fue, como indican estas resoluciones, más perspicaz de lo que se supone a menudo. Rara vez tuvo lugar la destrucción directa de telares mecánicos excepto cuando su introducción coincidía con una desgracia extrema y el desempleo (West Houghton, 1812; Bradford, 1826). Desde finales de la década de 1820, los tejedores hicieron tres propuestas constantes:

Primero, proponían un impuesto sobre los telares mecánicos para igualar las condiciones de la competencia, parte del cual se podría des-

61. *Loc. cit.*, 1834, pp. 456-460.

62. Clapham, *op. cit.*, I, p. 552.

63. *Report and Resolutions of a Meeting of Deputies from the Hand-Loom Worsted Weavers residing in and near Bradford, Leeds, Halifax, &c.*, 1835.

tinar a la ayuda de los tejedores. No se debe olvidar que el tejedor manual no sólo estaba él mismo gravado por los impuestos para asistir a los pobres, sino que pagaba una pesada carga en impuestos indirectos: «El telar mecánico les ha quitado el trabajo; su pan está gravado; su malta está gravada; su azúcar, su jabón y casi todas las cosas que usan y consumen están gravadas. Pero el telar mecánico no paga impuesto alguno ... », así rezaba una carta de los tejedores de paños de Leeds, en 1835.⁶⁴ Cuando tratamos los detalles de los asuntos financieros, a veces olvidamos las disparatadas y explotadoras bases del sistema impositivo posterior a las guerras, así como su función redistributiva, de los pobres hacia los ricos. Entre otros artículos gravados con impuestos se encontraban los ladrillos, el lúpulo, el vinagre, las ventanas, el papel, los perros, el sebo, las naranjas (que eran un artículo de lujo para los niños pobres). En 1832, de unos ingresos de 50 millones de libras, recaudados en su mayor parte mediante los impuestos indirectos sobre artículos de consumo corriente, se gastaron más de 28 millones de libras esterlinas en la Deuda Nacional y 13 millones de libras en el ejército, en contraste con las 356.000 libras gastadas en servicios civiles y las 217.000 libras en la policía. Un testigo dio el siguiente resumen de los impuestos que probablemente recaían cada año sobre el trabajador, ante la Comisión Especial en 1834:

N.º 1. Impuesto sobre la malta, 4 libras 11s. 3d. N.º 2. Sobre el azúcar, 17s. 4d. N.º 3. Té o café, 1 libra 4s. N.º 4. Sobre el jabón, 13s. N.º 5. Sobre la vivienda, 12s. N.º 6. Sobre los víveres, 3 libras. N.º 7. Sobre los vestidos, 10s. Total de los impuestos que pesan sobre el trabajador anualmente, 11 libras 7s. 7d. Suponiendo que un trabajador gana al día 1s. 6d., y calculando que trabaja 300 días al año (cosa que muchos trabajadores hacen), el ingreso será de 22 libras 10s.; así, se reconocerá que por lo menos se le extrae, 100 por 100, o la mitad de sus ingresos mediante los impuestos ... porque haga lo que haga, comer, beber o dormir paga impuestos de un modo u otro.⁶⁵

El resumen abarca artículos que pocos tejedores podían comprar, incluyendo, demasiado a menudo, el mismo pan:

64. *Leeds Times* (25 de abril de 1835).

65. S.C. on *Hand-Loom Weavers' Petitions*, 1834, pp. 293 y siguientes. El testigo, R. M. Martin, fue autor de *Taxation of the British Empire*, 1833.

Tejedor que tienes el pan tasado, todos pueden ver
En qué te ha beneficiado este impuesto,
Y tus hijos, con un destino infame,
Cantando himnos por un vergonzoso mendrugo de pan,
Hasta que las piedras de todas las calles
Conozcan sus pequeños pies desnudos.*

así reza una de las «*Corn Law Rhymes*» de Ebenezer Elliott.⁶⁶

No es sorprendente que los ataques de Cobbett a los inversores en deuda pública encontrasen una buena acogida, y que Feargus O'Connor se ganara en primer lugar el aplauso de los que llevan «chaquetas de fustán y barbas sin afeitar» del norte, pulsando la misma nota: «Pensáis que no pagáis nada, cuando, en realidad, todo lo pagáis vosotros. Sois vosotros quienes pagáis seis u ocho millones en impuestos para mantener el ejército; ¿y, para qué? para mantener los impuestos ...».⁶⁷ Ciertamente, no parece más «imposible» poner un impuesto sobre los telares mecánicos que sobre las ventanas, las naranjas o los ladrillos.

Las otras dos propuestas eran relativas a la limitación de horas de trabajo en las fábricas que tenían telares mecánicos, y al empleo de tejedores masculinos adultos en los telares mecánicos. La primera de ellas constituyó un poderoso influjo que condujo a muchos tejedores de telares manuales a apoyar la agitación en favor de las diez horas. Sobre este tema se creó una difícil situación, desde la década de 1830 hasta la actualidad, con la acusación hecha a los hombres de «refugiarse en las faldas de las mujeres» o de utilizar la situación de los niños como pretexto para su propia demanda de una jornada laboral más corta. Pero, de hecho, los operarios y los tejedores declararon abiertamente su objetivo. En su modelo alternativo de economía política se hallaba intrínseco el hecho de que una jornada laboral de menos horas en la fábrica aligeraría el trabajo de los niños, permitiría hacer una jornada de trabajo más corta a los obreros adultos y extendería el trabajo disponible de manera más amplia entre los trabajadores manuales y los desempleados. En el segundo caso, mientras que el hilado con *mule* estaba en general reservado a los obreros, el telar mecánico estaba

* Bread-tax'd weaver, all can see / What that tax hath done for thee, / And thy children, vilely led, / Singing hymns for shameful bread, / Till the stones of every street / Know their little naked feet.

66. E. Elliott, *The Splendid Village, &c.*, 1834, I, p. 72.

67. *Halifax Guardian* (8 de octubre de 1836).

atendido más a menudo por mujeres o jóvenes. Y aquí debemos observar con más detención las razones de los tejedores para oponerse al sistema fabril.

«Razón» no es la palabra apropiada, ya que el conflicto se da entre dos modos o formas de vida distintos desde el punto de vista cultural. Hemos visto que incluso antes de la aparición del telar mecánico, a los tejedores de lana les disgustaban las fábricas con telares manuales. En primer lugar, se resentían por la disciplina: la campana o la sirena de la fábrica; el cronometraje que hacía caso omiso de la mala salud, la organización doméstica o la elección de ocupaciones más variadas. William Child, un oficial tejedor que fue castigado por sus actividades con «la Tradición» de 1806, se negó a entrar en una fábrica con telares manuales debido a sus reparos a «estar obligado a ir con exactitud a tal hora y tal minuto, y al mal comportamiento que allí se tenía ...»:

Cuando un trabajador auxiliar trabajaba en casa podía hacer el trabajo en sus ratos libres; aquí debes llegar a la hora: la campana suena a las cinco y media, y luego de nuevo a las seis, luego se daban diez minutos para que la puerta estuviera abierta; cuando expiraba el minuto undécimo, se cerraba la puerta ante cualquiera, ya fuese hombre, mujer o niño; tienes que esperar ahí en la puerta o volver a casa hasta las ocho.⁶⁸

En la «época dorada» una queja frecuente de los patronos había sido que los tejedores celebraban «San Lunes» —y algunas veces hacían fiesta los martes— acabando el trabajo los viernes y los sábados por la noche. Según la tradición, los primeros días de la semana el telar iba al ritmo lento de «Tiempo-de-sobra. Tiempo-de-sobra». * Pero durante el fin de semana el telar repiqueteaba, «Queda un día. Queda un día». ** Sólo una minoría de tejedores del siglo XIX habrían tenido una vida tan variada como el tejedor pequeño propietario cuyo diario, en la década de 1780, le describe tejiendo en los días húmedos y faenando —acarreando, cavando y drenando, segando, batiendo mantequilla— en los días de buen tiempo.⁶⁹ Pero debió de existir variedad de algún

68. *Committee on the Woolen Trade*, 1806, p. 111 et passim.

* Plen-ty of time. Plen-ty of time.

** A day t'lat. A day t'lat.

69. T. W. Hanson. «Diary of a Grandfather». *Trans. Halifax Antiq. Soc.*, 1916.

tipo, hasta en los peores tiempos: aves de corral, algunos huertos, las «vigilias» o las fiestas e incluso un día de caza con perros:

Venga, todos vosotros tejedores de algodón, debéis levantaros muy temprano, Porque tenéis que trabajar en las fábricas desde la mañana hasta la noche: No podéis ir dos o tres horas al día a vuestros huertos, Porque tenéis que estar a sus órdenes, y mantener sus lanzaderas en movimiento.⁷⁰

«Estar a sus órdenes», esta era la afrenta que más profundamente se resentía. Porque, en el fondo, el tejedor sentía que era el verdadero *hacedor* de la tela (y sus padres recordaban la época en que el algodón o la lana se hilaban también en casa). Hubo un tiempo en que se creyó que las fábricas serían una especie de asilos para los niños pobres; e incluso cuando desapareció este prejuicio, entrar en la fábrica suponía descender, en cuanto a posición social, desde la del trabajador con interés propio, por muy pobre que fuese, a la del empleado o «mano de obra».

Además, se resentían por los efectos del sistema fabril sobre las relaciones familiares. El tejido había ofrecido un empleo a toda la familia, incluso cuando el hilado se había alejado del hogar. Los niños pequeños devanando las bobinas, los muchachos más mayores vigilando las imperfecciones, repasando la tela o ayudando a tirar la lanzadera en el telar ancho; los adolescentes trabajando en un segundo o tercer telar; la esposa alternando el tejido con sus tareas domésticas. La familia estaba junta, y por muy pobres que fuesen las comidas, al menos se podían sentar juntos en momentos escogidos. Alrededor de los talleres de tejido se había desarrollado un modelo completo de vida familiar y comunitaria; el trabajo no impedía conversar y cantar. Las hilanderías —que sólo daban empleo a sus hijos— y más adelante las naves de telares mecánicos, que en general sólo empleaban a las esposas o a los adolescentes, fueron resistidas hasta que la pobreza derribó todas las defensas. Aquellos lugares se consideraban «inmorales»: lugares de licencia sexual, lenguaje soez, crueldad, accidentes violentos y

70. J. Harland, *op. cit.*, p. 253. (So, come all you cotton-weavers, you must rise up very soon, / For you must work in factories from morning until noon: / You mustn't walk in your garden for two or three hours a-day, / For you must stand at their command, and keep your shuttles in play.)

costumbres extrañas.⁷¹ Los testigos ante la Comisión Especial destacaban ahora una objeción y después otra:

... a nadie le gustaría trabajar en un telar mecánico, no les gusta, hay tal martilleo y estruendo que podría volver locos a algunos hombres; y además, tendría que estar sujeto a una disciplina que ningún tejedor de telar manual estaría dispuesto a aceptar jamás.

... todas las personas que trabajan en el telar mecánico lo hacen a la fuerza, porque no pueden vivir de otra forma; en general son personas que han tenido aflicciones familiares y cuyos negocios han fracasado ... tienen tendencia a ir como pequeñas colonias a colonizar las fábricas ...

Un testigo de Manchester, que había perdido un hijo en un accidente en la fábrica, declaró:

He tenido siete hijos, pero si tuviera 77 nunca mandaría a uno de ellos a una hilandería. ... Uno de los reparos que tengo contra ellas es que su moralidad está muy corrupta. ... Tienen que estar en las fábricas desde las seis de la mañana hasta las ocho de la noche, por consiguiente no tienen medios de instrucción ... no se les da buen ejemplo ...

«Por mi parte estoy resuelto a que si inventan máquinas para sustituir el trabajo manual, deban encontrar muchachos de acero para atenderlas.»⁷²

Por último, tenemos todas estas objeciones, no tomándolas por separado, sino tomándolas como indicadores del «sistema de valores» de la comunidad. Este sería un material verdaderamente valioso para un estudio de sociología histórica; puesto que, en la Inglaterra de la década de 1830, tenemos una «sociedad plural», con comunidades de fábrica, de tejedores y agrícolas que se influyen unas a otras, con diferentes tradiciones, normas y expectativas. La historia de los años que van desde 1815 a 1840 es, en parte, la historia de la confluencia de las

71. Véase la declaración de los tejedores de Manchester (1823): «Los males de la vida fabril son incalculables. ... Allí se mezcla la juventud, ignorante y sin control, de ambos sexos ... sin ningún tipo de vigilancia de los padres. ... Confinados en un calor artificial en perjuicio de su salud. ... El espíritu expuesto a la corrupción, y la vida y los miembros expuestos a la Maquinaria ... consumiendo una juventud en la que los 40 años de edad equivalen a los 60 en constitución física ... » (Hammond, *The Town Labourer*, p. 300).

72. *S.C. on Hand-Loom Weavers' Petitions*, 1834, p. 428 (5473), p. 440 (5618); p. 189 (2643-6).

dos primeras en una agitación política común (radicalismo, reforma de 1832, owenismo, campaña en favor de las 10 horas, cartismo); mientras que la última etapa del cartismo es, en parte, la historia de su frágil coexistencia y su disociación final. En las grandes ciudades como Manchester o Leeds en donde los tejedores manuales compartían muchas de las tradiciones de los artesanos, se casaban entre ellos y pronto enviaron a sus hijos a las fábricas, estas distinciones eran menos marcadas. En los pueblos de tejedores de las tierras altas, las comunidades tenían un sentido de clan mucho más fuerte; despreciaban a la «gente de la ciudad», todos ellos hechos de «desperdicios y mendrugos hervidos».⁷³ Durante años, en áreas como Saddleworth, Clitheroe, la zona alta del valle del Calder los tejedores de las aldeas de las laderas se mantuvieron alejados de las fábricas situadas en el fondo de los valles, adiestrando a sus hijos para que ocupasen sus lugares en el telar.

Verdaderamente, luego, hacia la década de 1830, podemos empezar a hablar de una ocupación «condenada», que en parte estaba autocondenada por su propio conservadurismo social. Pero incluso en los lugares en que los tejedores aceptaban su destino, el consejo de la Comisión Real de «abandonar el oficio» a menudo no venía al caso. Los niños podían encontrar un puesto de trabajo en las fábricas, o las hijas crecederas empezar a trabajar en el telar mecánico:

Si entráis en un taller de tejido, en el que hay tres o cuatro pares de telares,

Todos están desocupados, son estorbos en las habitaciones;
Y si preguntáis la razón, la vieja madre os dirá sencillamente,
Mis hijas los han abandonado, y se han ido a tejer con vapor.⁷⁴

Pero esto no siempre era posible. En muchas fábricas, los hilanderos o la mano de obra existentes tenían prioridad para sus propios hijos. Donde eso tenía lugar, a la vergüenza de los tejedores se añadía su dependencia respecto de su esposa y sus hijos, la forzosa y humillante inversión de los papeles tradicionales.

Hay que recordar la falta de equilibrio entre trabajo juvenil y adulto

73. Edwin Waugh, *Lancashire Sketches*, 1869, p. 128.

74. J. Harland, *op. cit.*, p. 253. (If you go into a loom-shop, where there's three or four pairs of looms, / They all are standing empty, encumbrances of the rooms; / And if you ask the reason why, the old mother will tell you plain, / My daughters have forsaken them, and gone to weave by steam.)

en el primer sistema fabril. A principios de la década de 1830, entre una tercera parte y una mitad de la mano de obra (para todo tipo de trabajo) de las hilanderías tenía menos de 21 años. En el estambre, la proporción de mano de obra juvenil era bastante más elevada. De los adultos, bastante más de la mitad eran mujeres. El doctor Ure hacía una estimación de una mano de obra adulta en todas las fábricas textiles del Reino Unido, a partir de los informes de los inspectores de fábrica en 1834, de 191.671, de los cuales 102.812 eran mujeres y solamente 88.859 eran hombres.⁷⁵ El modelo de empleo masculino está bastante claro:

En las fábricas de los algodoneros del Lancashire, los salarios de los hombres en el grupo de edad en que hay el mayor número de empleados —de los 11 a los 16 años— son de una media de 4s. 10 3/4 d. a la semana; pero en el siguiente grupo de edad de 5 años, de los 16 a los 21, el promedio aumenta a 10s. 2 1/2 d. por semana; y por supuesto, el fabricante tendrá tan pocos como pueda a ese precio. ... En el siguiente grupo de edad de 5 años, de 21 a 26, el promedio de salarios semanales son 17s. 2 1/2 d. Aquí hay un motivo todavía más fuerte para no seguir empleando hombres en la medida que ello sea posible. En los dos grupos de edad subsiguientes el promedio salarial todavía aumenta más, hasta 20s. 4 1/2 d., y 22s. 8 1/2 d. En este nivel salarial sólo se empleará a aquellos hombres que son necesarios para realizar un trabajo que requiera una gran fuerza física, o una gran cualificación en algún arte, oficio o misterio ... o personas empleadas en cargos de confianza.⁷⁶

Debemos señalar dos aspectos evidentes, pero importantes, acerca de este modelo de empleo. El primero —que ya lo hemos apuntado en relación a los oficios «deshonrosos»— es que no podemos separar de manera artificial en nuestras mentes los salarios «buenos» de las fábricas, de los salarios malos de las industrias «anticuadas». En un sistema que se basa en la discontinuidad del empleo de los varones adultos «en la medida que ello sea posible», el salario del obrero fabril cualificado y el salario del obrero no cualificado desplazado de la fábrica a los 16 o los 21 años se debe inscribir en las dos caras de la misma

75. A. Ure, *The Philosophy of Manufactures*, 1835, p. 481; J. James, *History of the Worsted Manufacture*, pp. 619-620; James, *Continuation of the History of Bradford*, 1866, p. 227. Los informes subestiman, a menudo, la mano de obra juvenil.

76. Ure, *op. cit.*, p. 474.

moneda. En realidad, en las industrias textiles laneras, los trabajadores jóvenes desplazados de las fábricas a veces se veían obligados, antes de cumplir los 20 años, a volver al telar manual. El segundo punto es que el tejedor de telar manual, varón y adulto, incluso cuando las privaciones vencían sus prejuicios, tenía pocas oportunidades más que el trabajador agrícola de encontrar empleo en una fábrica. Pocas veces se adaptaba al trabajo de la fábrica. No tenía ni una «gran fuerza física» ni cualificación en cualquier oficio de la fábrica. Uno de los patronos mejor dispuestos, John Fielden, recordaba respecto del año 1835:

Semanalmente acudían a mí multitud de tejedores de telar manual que se hallaban en una situación tan apremiante como para verse obligados a buscar un trabajo como aquel, y tanto a mí como a mis compañeros nos causaba un gran dolor estar ... obligados a negarles el trabajo a la mayoría de los que lo pedían.⁷⁷

En los oficios artesanos del Lancashire, a principios de la década de 1830, los salarios eran razonablemente elevados: entre los fundidores de hierro, los mecánicos, los zapateros, los sastres y los trabajadores de la construcción cualificados oscilaban entre 15s. y 25s. (y en las industrias mecánicas eran todavía más altos). Pero esos sueldos se habían alcanzado sólo gracias a la fuerza de la organización, uno de cuyos objetivos era mantener alejados de la fábrica a los despedidos jóvenes y a los tejedores de telar manual. Si el tejedor hubiese podido cambiar de ocupación hacia otro oficio artesano —o hubiera podido colocar a sus hijos de aprendices—, el conservadurismo social no lo hubiese impedido. Había un cierto prejuicio comprensible contra el trabajo no cualificado, era considerado como una pérdida definitiva de categoría: [

Pero dejaré este oficio, y trabajaré con una azada.
O iré a picar piedra a la carretera ...*

declara «Jone o' Grinfil» en el punto álgido de sus tribulaciones.

Pero incluso aquí había dificultades. El tejedor de seda de Manchester que expuso los elementos de una teoría obrera del valor a la Cámara

77. J. Fielden, *The Curse of the Factory System*, 1836, p. 68.

* But aw'll give o'er this trade, un work wi' a spade. / Or goo un' break stone upo' th' road ...

de los Comunes había fracasado en su intento de obtener trabajo como mozo de cuerda (con unos salarios de 14s. a 15s.). La constitución física de los tejedores pocas veces era apta para realizar trabajos pesados no cualificados (los salarios de los peones de albañil y los «paleadores» eran de 10s. o 12s.), y competían con los braceros irlandeses que eran más fuertes y estaban dispuestos a trabajar por menos dinero.⁷⁸ Y mientras que los tejedores de las grandes ciudades encontraban sin duda trabajos sueltos mal pagados muy variados, el tejedor rural de mediana edad no podía trasladar su casa y su familia:

El cambio tuvo un efecto terrible en los espíritus de algunos tejedores viejos de telar manual ... Vimos a un viejo tejedor de Pudsey con lágrimas en los ojos mientras ... contaba las buenas cualidades de su telar. Sí, estaba sujeto como debe estar un telar, y se balanceaba de un lado a otro como un telar debe hacerlo, la lanzadera volvía con facilidad y hacía su trabajo sin trabas y admitía cualquier cantidad de trama. Cuando el telar llegó desde uno de los mejores talleres de construcción de telares de Inglaterra ... todos los vecinos vinieron a verlo, lo admiraron y lo codiciaron. Pero ahora durante algún tiempo tanto este telar como otro ... han enmudecido y están cubiertos de polvo y de telarañas ...⁷⁹

La historia de los tejedores de telar manual afecta en multitud de aspectos a la cuestión general de los niveles de vida durante la Revolución industrial. En sus primeras etapas parece proporcionar pruebas al lado «optimista»: las hilanderías son los multiplicadores que atraen a miles de trabajadores a domicilio y aumentan su nivel de vida. Pero a medida que su nivel de vida aumenta, su posición social y sus defensas disminuyen; y desde 1800 a 1840 el balance es casi absolutamente «pesimista». Si vamos a enjuiciar los niveles de vida de esos años, no en términos «futuristas», sino en los términos de las generaciones vivas que los experimentaron, entonces debemos ver a los tejedores como un grupo que no sólo no «compartió los beneficios» del progreso económico, sino que sufrió una decadencia drástica. Puesto que las textiles fueron las principales industrias de la Revolución industrial, y pues-

78. Los salarios que aquí se apuntan son los que dio como promedio la Cámara de Comercio de Manchester en 1832: véase *First Annual Report P.L.C.*, 1836, p. 331, y *British Almanac*, 1834, pp. 31-61.

79. J. Lawson, *Progress in Pudsey*, pp. 89-90.

to que había muchos más adultos involucrados en las ramas del tejido que en las del hilado, esta parecería ser una forma tan válida de describir la experiencia de esos años como cualquier otra. La historia tradicional, quizá debido a cuestiones de estilo dramático, fija su atención sobre el multiplicador (la *mule*, la fábrica y el vapor); nosotros hemos observado a la gente que se multiplicó.

Los «optimistas» reconocen, por supuesto, la situación de los tejedores; en todos los relatos hay alguna salvedad, que exceptúa a «unos pocos y reducidos grupos de población especialmente infelices, como los tejedores de telar manual», «un pequeño grupo en una comunidad que florece», o «bolsas de desempleo tecnológico».⁸⁰ Pero como muy bien sabía Clapham, los tejedores no se pueden describir de ningún modo como un «pequeño» grupo antes de los últimos años de la década de 1840. Los tejedores eran, y probablemente lo habían sido durante algunos cientos de años, el mayor grupo singular de trabajadores industriales de Inglaterra. Fueron los labradores de nuestras principales industrias. En algún momento entre 1820 y 1840 llegaron a ser los terceros en las listas de ocupación, después de los braceros agrícolas y los criados domésticos, y sobrepasando con mucho cualquier otro grupo industrial. «Nunca se hizo un censo de ellos [por ejemplo, de telares en el Reino Unido]; pero no pudieron ser menos de 500.000 y debieron ser muchos más.»⁸¹ Las estimaciones para el Reino Unido, incluyendo los telares de algodón, lana, seda, hilo, lino, así como las ramas especializadas como el tejido de cintas (pero excluyendo a los tejedores de punto), se elevaban algunas veces hasta 740.000. Pero en muchas familias habría dos, tres y cuatro telares. La estimación de la Comisión Especial de 1834-1835 de que de 800.000 a 840.000 personas eran completamente dependientes del telar debe ser lo más exacto que podemos obtener.

El persistente mito de la libertad en una ideología anticuada permite que no hacer nada y dejar que las fuerzas económicas «naturales» inflijan daño a una parte de la comunidad constituya una justificación completa para una legislatura. El telar mecánico proporcionó una excusa de oro tanto al Estado como a los patronos. Pero, del mismo

80. Clapham, *Economic History*, I, p. 565; F. A. Hayek en *Capitalism and the Historians*, p. 28; R. M. Hartwell, «The Rising Standard of Living in England, 1800-1850», *Econ. Hist. Review*, 2.ª serie, XIII (abril 1961).

81. Clapham, *op. cit.*, I, p. 179.

modo, podríamos considerar la historia de los tejedores como la expresión de la situación sumamente anormal que existía durante la Revolución industrial. En la historia de los tejedores tenemos un caso paradigmático de la actuación de un sistema represivo y explotador sobre un grupo de trabajadores sin las defensas de las *trade unions*. El gobierno no sólo intervino contra sus organizaciones políticas y sus *trade unions*, también impuso a los tejedores el dogma negativo de la libertad del capital de forma tan intransigente como lo iba a hacer sobre las víctimas del hambre irlandesa.

Hoy en día todavía está presente el fantasma de este dogma. El profesor Ashton lamenta que los factores financieros retrasaran la inversión en telares mecánicos:

A veces se sugiere que los «males» de la Revolución industrial se debieron a la rapidez con que aquella se produjo: el caso de los trabajadores textiles a domicilio indica exactamente lo contrario. Si en el tejido hubiese habido un hombre como Arkwright, si los tipos de interés se hubiesen mantenido bajos, si no hubiesen habido inmigraciones ni subsidios con la *Poor Law*, la transferencia a la fábrica se hubiese realizado con rapidez y con menos sufrimiento. Tal y como se produjo, grandes cantidades de trabajadores manuales siguieron, durante más de una generación, librando una batalla perdida contra la energía del vapor.⁸²

Pero, como hemos visto, para los patronos de los telares mecánicos no era una «batalla», sino una gran ventaja tener una fuerza de trabajo barata adicional, como recurso en los buenos tiempos y como medio de mantener bajos los salarios de las mujeres y las chicas (de 8s. a 12s. en Manchester, en 1832) que atendían los telares. Además, apenas había «transferencia hacia la fábrica». Si la introducción del telar mecánico hubiese sido más rápida, sus consecuencias —siendo todo lo demás igual— habrían sido incluso más catastróficas.

Algunos historiadores de la economía parecen no estar dispuestos (quizá debido a un «progresismo» encubierto, que iguala el progreso humano con el crecimiento económico) a afrontar el hecho evidente de que la innovación tecnológica durante la Revolución industrial, hasta la época del ferrocarril, desplazó (excepto en las industrias del metal) al obrero cualificado adulto. Los obreros desplazados de ese modo pa-

saban a engrosar la provisión ilimitada de mano de obra barata que se empleaba en los penosos trabajos de pura fuerza humana muscular, que eran tan pródigos en la época. Había poca mecanización o ninguna en las minas, en los muelles, las ladrillerías, las fábricas de gas, la construcción, en la construcción de canales y tendidos de ferrocarril, en el acarreamiento y el porteo. El carbón todavía se subía a hombros por las largas escaleras de las bodegas de los barcos: en Birmingham todavía se podían alquilar hombres, en la década de 1830, por 1s. al día para acarrear arena en carretillas nueve millas por carretera y nueve millas de vuelta sin carga. La disparidad de salarios de un mecánico (de 26s. a 30s.) o un carpintero (24s.) y el paleador (de 10 a 15s.) o el tejedor (digamos 8s.) en 1832 es tal que no podemos dejar que la explique sólo el conservadurismo social. Indica que los trabajos cualificados son los excepcionales, y que las condiciones en el trabajo manual no cualificado o en las industrias domésticas, lejos de ser «especialmente infelices» eran características de un sistema diseñado por los patronos, los legisladores y los ideólogos para abaratar el trabajo humano de todas las formas posibles. Y el hecho de que el tejido llegara a estar sobresaturado en un momento en que las circunstancias eran de rápido declive es una confirmación elocuente. En las industrias domésticas, escribió Marx, era donde la explotación era más «desvergonzada», «porque en esos últimos reductos de las masas que se han vuelto "superfluos" debido a la industria y la agricultura modernas, la competencia por el trabajo alcanza sus máximas cotas».⁸³

Por supuesto, hay un argumento «futurista» que merece atención. De hecho, es un argumento que muchos obreros, que vivieron hasta llegar a tiempos mejores, aceptaron. Uno de esos obreros comentaba, a pesar de haber sufrido plenamente la transición:

...los tejedores del telar mecánico no tienen que comprarse los telares y una *jenny* que hile para ellos; o las bobinas, frascos y canastos; o pagar renta e impuestos para establecerse; tampoco tienen que pagar velas, o gas y carbón para iluminar y calentar el taller. No tienen que pagar las reparaciones, por el desgaste ... no tienen que comprar lanzaderas, recogedores, aparadores, mostradores, guíahilos, estacas, mallas y cuerdas. ... No tienen que atarse a los pedales y bancos ... ni

82. T. S. Ashton, *The Industrial Revolution*, p. 117.

83. *El capital*, edición de 1938, p. 465. (Hay trad. cast. en OME, 40 (1976), 41 (1970), 42 (1980), Crítica, Barcelona.)

deben vendar su muñeca para reforzarla. ... No tienen que ir a buscar hilazas ni preparar el urdido, reforzar los orillos, aprestar, sacar los tejidos a secar, estirarlos en el tendedero, sacarlos, humedecerlos y teñirlos; ni, además de todo, tendrían que seleccionar la lana, limpiarla y teñirla y *hacerlo todo a cambio de nada*.⁸⁴

Si contemplamos el trabajo de los tejedores de telar manual bajo esta perspectiva, éste era verdaderamente penoso y obsoleto, y cualquier transición, por muy llena de sufrimiento que estuviese, estaría justificada. Pero este es un argumento que desestima el sufrimiento de una generación a cuenta de las ganancias del futuro. Para quienes sufrieron, este consuelo retrospectivo no sirve de nada.

84. J. Lawson, *op. cit.*, p. 91.

10. NIVELES DE VIDA Y EXPERIENCIAS

I. LOS BIENES

La controversia que se refiere a los niveles de vida durante la Revolución industrial, posiblemente ha adquirido mayor valor cuando ha abandonado la búsqueda, un tanto irreal, de los niveles salariales de unos hipotéticos obreros medios y ha dirigido su atención hacia los artículos de consumo: alimentos, vestidos, vivienda, y, además de éstos, salud y mortalidad. Muchos de los aspectos expuestos a debate son complejos, y todo lo que aquí se puede intentar ofrecer son observaciones acerca de una discusión que continúa. Cuando tomamos en consideración cantidades mensurables, parece claro que entre los años 1790 y 1840 el producto nacional aumentaba con mayor rapidez que la población. Pero es extremadamente difícil establecer cómo se distribuía este producto. Incluso en el caso de que dejemos otras consideraciones de lado (¿Qué parte de este aumento salía fuera debido a la desfavorable relación real de intercambio? ¿Qué parte se dirigía a inversiones de capital, más que a artículos de consumo?), no es fácil descubrir qué parte de este aumento iba a los diferentes sectores de la población.

El debate acerca de la dieta de la población durante la Revolución industrial versa principalmente sobre cereales, carne, patatas, cerveza, azúcar y té. Es probable que el consumo *per cápita* de trigo disminuyese, desde los niveles de los últimos años del siglo XVIII, durante las cuatro primeras décadas del siglo XIX. El señor Salaman, el historiador de la patata, ha ofrecido un convincente relato, punto por punto, de la «batalla de la hogaza», mediante la cual los terratenientes, los labradores acomodados, los párrocos, los fabricantes y el gobierno mismo intentaron hacer pasar a los braceros de una dieta de trigo a una de patatas. El año crítico fue 1795. Después, la necesidad del tiempo de

guerra reemplazó los argumentos referentes a los beneficios de reducir a los pobres a una dieta básica barata. El aumento del área cultivada de patatas durante las guerras no se puede atribuir sólo a la escasez de trigo: «había alguna deficiencia, pero la división desigual entre las diferentes clases de la sociedad, que era resultado de los precios excesivos, fue un factor mucho más poderoso...» La gran mayoría de la población inglesa, incluso en el norte, había pasado, hacia 1790, de los cereales más bastos al trigo; y el pan blanco se consideraba celosamente como un símbolo de su posición social. El bracero rural del sur se negaba a dejar su dieta de pan y queso, incluso cuando se encontraba al borde de la inanición; y durante casi cincuenta años tuvo lugar una guerra dietética regular entre las clases, con las patatas invadiendo el terreno del pan en el sur, y con la harina de avena y las patatas invadiendo en el norte. En realidad, el señor Salaman descubre en la patata un estabilizador social más eficaz incluso que el que Halévy encontró en el metodismo:

... el consumo de la patata ... permitió, de hecho, que los obreros sobrevivieran con el mínimo salario posible. Es probable que, de este modo, la patata prolongara y fomentara el empobrecimiento y la degradación de las masas inglesas, durante otro centenar de años; pero seguramente, la alternativa no era otra que la revolución sangrienta. El hecho de que Inglaterra escapase a tal trastorno violento, en las primeras décadas del siglo XIX, ... se debe anotar, en gran medida, en el haber de la patata.¹

Hoy en día, los expertos en nutrición nos informan de que la patata está llena de virtudes, y verdaderamente, siempre que los niveles de vida subieron de forma suficiente para que la patata fuese un artículo añadido que proporcionaba variedad a la dieta, ello fue un logro. Pero la sustitución del pan o la harina de avena por las patatas se vivió como una degradación. Los inmigrantes irlandeses con su dieta de patatas (Ebezener Elliott les llamaba «hordas irlandesas alimentadas de raíces») constituían un testimonio elocuente, y muchísimos ingleses estaban de acuerdo con Cobbett acerca de que los pobres eran víctimas de una

1. R. N. Salaman, *The History and Social Influence of the Potato*, Cambridge, 1949, en especial las pp. 480, 495, 506, 541-542. J. C. Drummond y A. Wilbraham, los historiadores de *The Englishman's Food*, 1939, también consideran que este es un período de declive.

conspiración para reducirlos al nivel de los irlandeses. Durante toda la Revolución industrial, el precio del pan (y de la harina de avena) fue el índice principal del nivel de vida, en opinión de la población. Cuando, en 1815, se aprobaron las *Corn Laws*, las tropas tuvieron que defender las cámaras del Parlamento de los ataques de la población. Entre las pancartas que había en Peterloo, destacaban las que decían: «NO A LAS CORN LAWS», y las cosas siguieron como estaban (especialmente en el Lancashire) hasta la agitación de la década de 1840 contra las *Corn Laws*.

La carne, como el trigo, acarrea sentimientos de posición social muy por encima de su valor dietético. El cordero asado de la Vieja Inglaterra era el orgullo del artesano y la aspiración del bracero. Una vez más, el consumo *per cápita* disminuyó probablemente entre 1790 y 1840, pero las cifras están en discusión. La discusión gira en torno al número y al peso de las reses sacrificadas en los mataderos de Londres. Pero incluso en el caso de que estas cifras estén establecidas, no podemos todavía estar seguros respecto de qué sectores de la población consumían la carne y en qué proporciones. Verdaderamente, la carne sería un indicador sensible de los niveles de vida, puesto que era uno de los primeros artículos en los que se debe haber gastado cualquier aumento de los salarios reales. Los trabajadores estacionales no planificaban meticulosamente su consumo sobre 52 comidas de domingo; más bien, gastaban el dinero cuando tenían trabajo y durante el resto del año tomaban lo que la fortuna les deparaba. «En los largos y hermosos días de verano», le contaron a Henry Mayhew,

la hija pequeña de un obrero de una ladrillería solía encargarle al carnicero chuletas y otros manjares selectos, diciendo, «Por favor, señor, a mi padre no le importa el precio, ahora mismo; pero quiere unas buenas chuletas, señor, y tiernas, por favor ... porque es ladrillero.» En invierno la cosa era como sigue, «Oh, por favor, señor, aquí tiene una monedita de cuatro peniques, y debe darme algo barato para mi padre. No le importa qué trozo sea mientras sea barato. Estamos en invierno y no tiene trabajo, señor, porque es ladrillero.»²

Los londinenses tendían a tener unos niveles de expectativas mayores que los braceros de provincias. En el punto más bajo de la depre-

2. Mayhew, *op. cit.*, II, p. 368.

sión de 1812, un observador tuvo la impresión de que a los pobres de Londres les iba mejor que a los del norte y el oeste:

Los Pobres de la Metrópoli, a pesar del enorme precio de los productos de primera necesidad, viven en realidad, comparativamente, de manera confortable. El peón más humilde aquí consigue carne (carne comestible) con frecuencia, y siempre consigue pan y queso, con algún tipo de cerveza, para sus comidas, en cambio un campesino del West Country no puede conseguir esta comida para su familia.³

Por supuesto, había una variedad de «carnes» inferiores en venta: arenques ahumados, arenques salados, pies de vaca, pies de oveja, orejas de cerdo, albóndigas, callos y morcillas. Los tejedores rurales del Lancashire despreciaban la comida de la ciudad, y preferían (la carne de animales muertos a cuchillo —una frase que sugiere, a la vez, la supervivencia de su propia economía de la cría directa del cerdo y la sospecha de que la carne de la ciudad no estaba en buenas condiciones—; si se veían obligados a comer en la ciudad, «cada bocado se tragaba en medio de dolorosas especulaciones en torno a qué debía ser el cuadrúpedo cuando estaba vivo y sobre qué razón particular había tenido para morir».⁴ Para los habitantes de la ciudad, no era algo nuevo estar expuestos a los alimentos impuros o adulterados; pero a medida que la proporción de los trabajadores urbanos aumentaba, la exposición devenía peor.⁵

No hay duda de que el consumo *per cápita* de cerveza disminuyó entre 1800 y 1830, y tampoco hay duda de que el consumo *per cápita* de té y de azúcar aumentó; mientras que entre 1820 y 1840 se produjo un notable aumento en el consumo de ginebra y whisky. Una vez más, esta es una cuestión tanto cultural como dietética. La cerveza se consideraba —por parte de los braceros agrícolas, los descargadores de carbón, los mineros— como algo fundamental para realizar cualquier tarea pesada (para «restituir el sudor»), y en algunas zonas del norte la cerveza era sinónimo de «bebida». La fabricación casera de cerveza de poca calidad era tan esencial para la economía doméstica que «si una mujer joven sabe cocer tortas de avena y hacer buena cerveza, se con-

3. *Examiner* (16 de agosto de 1812).

4. E. Waught, *Lancashire Sketches*, pp. 128-129.

5 Véase J. Burnet, «History of Food Adulteration in Great Britain in the Nineteenth Century», *Bulletin of Inst. of Historical Research* (1959), pp. 104-107.

sidera que será una buena esposa»; mientras que «algunos jefes de clase metodista dicen que no podrían dirigir sus clases sin darles una jarra de bebida».⁶ La disminución se atribuyó de manera directa al impuesto de la malta; un impuesto tan impopular que algunos contemporáneos lo consideraban como una incitación a la revolución. Abolid el impuesto de la malta, argumentaba un magistrado eclesiástico en 1816, y el obrero:

irá alegremente a su trabajo diario, y lo hará con energía viril y satisfacción, y sentirá apego por su casa, su familia y, por encima de todo, su país, que le permite compartir, junto con sus superiores, esa sencilla y saludable bebida, a lo cual aspira un pobre, más, por supuesto, que a cualquier otra cosa que le pueda conceder un Parlamento Británico.⁷

El impuesto adicional sobre la cerveza fuerte condujo a una extensa (evasión fiscal) y los «despachos clandestinos» proliferaron, como aquel en el que casi asesinaron a Samuel Bamford como sospechoso de ser un recaudador del *excise*, hasta que uno de los bebedores lo reconoció como un radical *bona fide* «en activo».

Sin duda, los impuestos tuvieron como resultado reducir la producción casera de cerveza y el consumo casero de ésta y, del mismo modo, hicieron que la bebida fuese cada vez menos una parte de la dieta normal y más una actividad externa a la casa. (En 1830 se revocó el impuesto sobre la cerveza fuerte y se aprobó la *Beer Act*, y en 5 años aparecieron 35.000 cervecerías, como si de setas se tratase.) El aumento en el consumo de té se dio, en parte, como reemplazo de la cerveza y, quizá también, de la leche; y una vez más, muchos contemporáneos —con Cobbett a la cabeza— vieron en ello pruebas de deterioro. [El té se consideraba un sustituto y, junto con el mayor consumo de alcohol, como un indicador de la necesidad de estimulantes debido a las excesivas horas de trabajo con una dieta inadecuada.] Pero hacia 1830 el té se juzgaba como algo indispensable: las familias que eran demasiado pobres para comprarlo, pedían a los vecinos las hojas de té utilizadas, o incluso imitaban su color echando agua hirviendo sobre una corteza de pan tostado.⁸

6. J. Lawson, *op. cit.*, pp. 8, 10.

7. *Agricultural State of the Kingdom*, 1816, p. 95.

8. Para tener una indicación de los puntos que aquí se discuten, véanse los artículos sobre el nivel de vida de los autores T. S. Ashton, R. M. Hartwell, E. Hobsbawm y J. Taylor citados con anterioridad.

En resumen, es un recuerdo común. En 50 años de la Revolución industrial, la participación de la clase obrera en el producto nacional casi había disminuido en relación con la participación en el mismo de las clases propietarias y profesionales. El obrero «medio» permanecía muy cerca del nivel de subsistencia en un momento en que se hallaba rodeado por la evidencia del crecimiento de la riqueza nacional, gran parte de la cual era claramente el producto de su propio trabajo, y pasaba, por medios igualmente claros, a manos de sus patronos. En términos psicológicos, esto se sentía en gran medida como una disminución de los niveles de vida. Su propia parte de los «beneficios del progreso económico» consistía en más patatas, unas pocas prendas de vestir de algodón para su familia, jabón y velas, un poco de té y azúcar, y un buen número de artículos que constan en la *Economic History Review*.

II. LAS VIVIENDAS

Los datos referentes al entorno urbano no son mucho más fáciles de interpretar. A finales del siglo XVIII había braceros agrícolas que vivían con sus familias en casuchas de una sola habitación, húmedas y por debajo del nivel del suelo: 50 años más tarde esas condiciones eran menos frecuentes. A pesar de todo lo que se pueda decir acerca de la construcción no planificada de mala calidad y de la especulación que se desarrolló en las ciudades industriales en crecimiento, las casas propiamente dichas eran mejores que aquellas a las que estaban acostumbrados muchos de los inmigrantes del campo. Pero a medida que las ciudades industriales envejecían, los problemas de suministro de agua, saneamiento, superpoblamiento y de la utilización de las viviendas para actividades industriales se multiplicaron hasta llegar a las espantosas condiciones que revelaron las investigaciones sobre vivienda y condiciones sanitarias realizadas en la década de 1840. Es cierto que las condiciones en los pueblos rurales o las pequeñas aldeas de tejedores pudieron ser tan malas como las de Preston o Leeds. Pero la magnitud del problema era verdaderamente peor en las grandes ciudades, y la multiplicación de las malas condiciones facilitaba la propagación de las epidemias.

Además, las condiciones en las grandes ciudades eran —y se vivían como tales— más enérgicamente ofensivas y molestas. El agua de la al-

dea, si nacía cerca del cementerio, muy bien podía ser impura: pero al menos los aldeanos no tenían que levantarse por la noche y hacer cola para tener un turno en la única cañería que abastecía varias calles, ni tenían que pagar por ello. A menudo, el habitante de la ciudad industrial no podía escapar al hedor de los residuos industriales y las cloacas abiertas, y sus hijos jugaban por entre los desperdicios y los muladares privados. Después de todo, algunos de los testimonios continúan existiendo hoy en día en el paisaje industrial del norte y de las Midlands.

Hoy, este deterioro del entorno urbano nos disgusta, como disgustó a muchos contemporáneos, por ser una de las consecuencias más desastrosas de la Revolución industrial, tanto si se considera en términos estéticos, en términos de comodidades para la comunidad o en términos de sanidad y densidad de población. Además, esto ocurrió de manera más acentuada en algunas de las áreas de salarios altos, en las que los datos «optimistas» relativos a la mejora de los niveles de vida están mejor fundamentados. El sentido común nos aconsejaría tomar en consideración los dos tipos de datos a la vez; pero, en realidad, se han dado diversos argumentos como atenuantes. Se han encontrado ejemplos de propietarios modelo de fábricas que se preocupaban por las condiciones de vivienda de sus empleados. Esto nos puede conducir a pensar mejor acerca de la naturaleza humana, pero no hace otra cosa que tocar el problema general de refilón, al igual que los admirables hospitales de caridad afectaban probablemente los índices de mortalidad sólo en una décima. Además, la mayor parte de los experimentos serios de comunidades modelo (aparte de New Lanark) datan de después de 1840; o de después de que la opinión pública se despertase con las investigaciones sobre las Condiciones Sanitarias de las Clases Trabajadoras (1842) y la Higiene de las Ciudades (1844), y fuera alertada por las epidemias de cólera de los años 1831 y 1848. Los experimentos de este tipo anteriores a 1840, como el de los Ashworths en Turton, tuvieron lugar en poblaciones fabriles autosuficientes.

También se sugiere que el empeoramiento de las condiciones se puede dispensar de algún modo porque no era culpa de nadie, y menos de los «capitalistas». No se puede encontrar a ningún bribón que responda al nombre de «Jerry».* Algunas de las peores construcciones fue-

* Abreviación de *jerry-builder*. Un *jerry-builder* es un especulador cuyo negocio consiste en construir casas con materiales de mala calidad. (N. de la t.)

ron emprendidas por intermediarios con pequeños negocios, negociantes especuladores de poca monta o incluso obreros de la construcción que trabajaban por cuenta propia. Un investigador de Sheffield situaba la culpa entre el propietario de la tierra, el pequeño capitalista (que ofrecía préstamos a elevadas tasas de interés), y el pequeño constructor especulativo «que sólo podía disponer de unos pocos cientos de libras», y algunos de los cuales «en realidad, no pueden ni siquiera escribir sus nombres». ⁹ Los precios se mantenían altos debido a los impuestos sobre la madera del Báltico, los ladrillos, las baldosas y las pizarras; y el profesor Ashton puede disculpar completamente a todos los acusados: «sin ningún género de dudas quienes tuvieron la culpa no fueron la máquina, ni la Revolución industrial, ni siquiera el albañil especulador o el carpintero». ¹⁰ Todo esto puede ser cierto: de todos es sabido que la vivienda de la clase obrera proporciona ejemplos del proverbio según el cual todas las pulgas tienen «pulgas menores que les piquen». En la década de 1820, cuando muchos tejedores de Lancashire hicieron una huelga de alquileres, se dijo que algunos propietarios de *cottages* se vieron arrojados a subsistir de los impuestos para ayudar a los pobres. En los barrios pobres de las grandes ciudades, se citaba a los taberneros y los tenderos con pequeños establecimientos entre los propietarios de los peores «rediles» o madrigueras humanas, hechos de mortero que se desmoronaba. Pero nada de eso mitiga ni pizca las condiciones reales; ni puede, la discusión sobre la correcta asignación de responsabilidades, disculpar un proceso por el cual algunos hombres estuvieron en condiciones de vivir a costa de las necesidades de otros.

Una observación más valiosa es la que subraya en qué medida, en algunas ciudades más antiguas, las mejoras del pavimento, alumbrado, alcantarillado y limpieza de los barrios pobres se pueden situar en el siglo XVIII. Pero en el ejemplo de Londres, que a menudo se cita, no está de ningún modo claro si las mejoras que se hicieron en el centro de la *City* se extendieron al East End y a los distritos portuarios, o hasta qué punto se mantuvieron durante las guerras. De suerte que el reformador sanitario, doctor Southwood Smith, daba la siguiente información de Londres en 1839:

Mientras que se han hecho esfuerzos sistemáticos, a gran escala, para ensanchar las calles ... para extender y perfeccionar el desagüe y el al-

9. G. C. Holland, *The Vital Statistics of Sheffield*, 1843, pp. 56-58.

10. *Capitalism and the Historians*, pp. 43-51.

cantarillado ... en los lugares donde residen las clases más ricas, nada en absoluto se ha hecho por mejorar la situación de los distritos que habitan los pobres. ¹¹

Las condiciones en el East End eran tan nocivas que los doctores y los funcionarios de las parroquias arriesgaban sus vidas en el curso de la realización de sus deberes. Además, como señalaron los Hammond, donde se encontraban las peores condiciones era en las ciudades *boom* de la Revolución industrial: «lo que sufrió Londres (durante la revolución comercial) lo sufrió el Lancashire a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX». ¹² Casi con seguridad, Sheffield, una ciudad antigua y comparativamente próspera con una elevada proporción de artesanos cualificados, vio una mejora en las condiciones de vivienda —a pesar de los *jerry-builders*— durante la primera mitad del siglo XIX, con un promedio, en 1840, de cinco personas por vivienda, la mayoría de las cuales eran artesanos que alquilaban un *cottage* familiar para ellos solos, que tenía una sala y dos dormitorios. Las pruebas más atroces de deterioro —densa superpoblación, viviendas en sótanos, suciedad indescriptible— se encuentran en los distritos textiles y en las ciudades que más expuestas estaban a la inmigración irlandesa: Liverpool, Manchester, Leeds, Preston, Bolton, Bradford. ¹³

Por último, se indica con pesada repetición que los barrios pobres, los ríos fétidos, el expolio de la naturaleza y los horrores arquitectónicos pueden perdonarse porque todo ocurrió de forma tan rápida y tan fortuita, bajo una intensa presión demográfica, sin premeditación y sin experiencia previa. «La causa de la miseria fue más a menudo la ignorancia que la avaricia.» ¹⁴ De hecho, ambas cosas se pueden demostrar, y no está de ningún modo claro que una característica sea más benigna que la otra. El argumento es válido sólo hasta cierto punto; hasta el punto en que, en la mayor parte de las grandes ciudades, en las déca-

11. *Fifth Annual Report of the Poor Law Commissioners*, 1938, p. 170. Véase también el *Fourth Report*, 1838, Apéndice A, N.º 1.

12. Véase M. D. George, *London Life in the Eighteenth Century*, cap. 2; *England in Transition*, Penguin, p. 72; Hammond, *The Town Labourer*, cap. 3 y prefacio a la segunda edición; doctor R. Willan, «Observations on Disease in London», *Medical and Physical Journal* (1800), p. 299.

13. G. C. Holland, *op. cit.*, p. 46 *et passim*. En la obra de J. F. C. Harrison, *Learning and Livings*, 1961, pp. 7-20, se encuentra una excelente descripción del entorno urbano de los obreros de Leeds a mediados de siglo.

14. R. M. Hartwell, *op. cit.*, p. 413.

das de 1830 o 1840, doctores y reformadores sanitarios, benthamitas y cartistas, libraron repetidas batallas en favor de la mejora y contra la inercia de los que detentaban la propiedad y la demagogia de los contribuyentes del «gobierno barato». ¡Hacia esta época los obreros estaban virtualmente segregados en sus hediondos enclaves, y las clases medias mostraron su auténtico parecer respecto de las ciudades industriales, yéndose tan lejos de ellas como el transporte ecuestre las hiciese accesibles. Incluso en Sheffield, ciudad comparativamente bien construida: «Todas las clases, excepto la de los artesanos y los tenderos necesitados, se sienten atraídas por las comodidades y el retiro del campo. El abogado, el fabricante, el abacero, el pañero, el zapatero y el sastre fijan sus residencias principales en algún lugar hermoso ...» De los 66 abogados que había en Sheffield en 1841, 41 vivían en el campo, y 10 de los 25 restantes eran recién llegados a la ciudad. Los pobres, en sus patios interiores y sótanos vivían,

... ocultos a la vista de las categorías más altas, por las moles de los almacenes, las fábricas, los depósitos y los locales industriales, y son menos conocidos para sus acaudalados vecinos —que viven principalmente en los espacios abiertos de Cheetham, Broughton y Chorlton— que los habitantes de Nueva Zelanda o Kamchatka.

«Los ricos pierden de vista a los pobres, o sólo los reconocen cuando su atención se ve obligada a constatar su existencia, debido a su aparición como vagabundos, mendigos o delincuentes.» «Hemos perfeccionado el proverbio “Medio mundo ignora cómo vive la otra mitad”, cambiándolo por “Medio mundo *no se preocupa* de cómo vive la otra mitad”. Ardwick sabe menos acerca de Ancoats que acerca de China ...»¹⁵

Ciertamente, el índice de crecimiento demográfico sin precedentes y la concentración en las áreas industriales hubiesen creado problemas importantes en cualquier sociedad conocida, y sobre todo en una sociedad cuya racionalidad se hallaba en la búsqueda del beneficio y en la hostilidad hacia la planificación. Deberíamos contemplar éstos como los problemas del industrialismo, agravados por los ataques de rapiña del capitalismo del *laissez faire*. Pero, por muy definidos que estén los problemas, las definiciones no son más que diferentes formas de descri-

15. G. C. Holland, *op. cit.*, p. 51; W. Cooke Taylor, *Notes of a Tour in the Manufacturing Districts of Lancashire*, 1842, pp. 12-13. 160.

bir o interpretar los mismos hechos. Y ninguna visión general de los núcleos industriales puede pasar por alto la evidencia de la devastación visual y la privación de comodidades. Al fin y al cabo, el siglo que reedificó Bath no estaba desprovisto de sensibilidad estética ni ignoraba la responsabilidad cívica. Las primeras etapas de la Revolución industrial presenciaron un declinar de ambas; o, por lo menos, una drástica lección de que esos valores no se iban a hacer extensivos a la clase obrera. Por muy espantosas que fueran las condiciones de los pobres en las grandes ciudades antes de 1750, sin embargo en siglos anteriores la ciudad encarnaba ciertos valores cívicos y bellezas arquitectónicas, cierto equilibrio entre oficios, comercio y manufactura, cierto sentido de la variedad. Las «*Coke towns*» fueron quizá las primeras ciudades de más de 10.000 habitantes que se dedicaron de forma tan absoluta al trabajo y a la «acción».

III. LA VIDA

Los problemas de la salud y la longevidad aún presentan mayores dificultades de interpretación. Hasta hace poco tiempo era ampliamente aceptado que el factor principal de la «explosión» demográfica en Gran Bretaña, entre 1780 y 1820, era el descenso de la tasa de mortalidad, y en particular el descenso de la tasa de mortalidad infantil. Por lo tanto, era razonable suponer que ello era resultado de las mejoras en los conocimientos médicos, la nutrición (la patata), la higiene (el jabón y la camisa de algodón), el abastecimiento de agua o la vivienda. Pero, hoy en día, se ha puesto en cuestión toda esta línea de razonamiento. La «explosión» demográfica puede considerarse un fenómeno europeo, que tiene lugar de manera simultánea en Gran Bretaña, en Francia, y en España e Irlanda, donde muchos de esos factores no actuaban con la misma intensidad. En segundo lugar, en el presente los demógrafos discuten los datos que se habían aceptado, y se han propuesto sólidos argumentos que ponen un énfasis renovado en el ascenso de la tasa de natalidad, más que en el descenso en la tasa de mortalidad, como factor causal.¹⁶

16. Véase especialmente J. T. Krause, «Changes in English Fertility and Mortality, 1781-1850», *Econ. Hist. Review*, 2.ª serie, XI, N.º 1 (agosto 1958), y «Some Neglected Factors in the English Industrial Revolution», *Journal of Economic History*, XIX (4 de diciembre de 1959).

Si aceptamos el punto de vista del doctor Krause respecto de que la tasa de natalidad aumentó después de 1781 y descendió después de 1831 y de que «no se observa ningún cambio importante en la tasa de mortalidad», esto de ningún modo proporciona pruebas en cuanto a una mayor salud o longevidad de la clase obrera. Es interesante observar que la tasa de fertilidad (es decir, el número de niños de 0 a 4 años por 1.000 mujeres, de los grupos de mujeres en edad de tener hijos) era más elevada en 1821: primero, en el núcleo central de la Revolución industrial (Lancashire, el West Riding, Cheshire, Staffordshire); segundo, en los «condados de la *Poor Law*» más maltratados del sur. A primera vista, parecería que esto aporta confirmación a los argumentos malthusianos —tan ampliamente defendidos en la época y que tanto disgustaban a Cobbett— de que la beneficencia del tipo Speenhamland y las oportunidades de empleo en las fábricas (incluyendo el trabajo de los niños) contribuían a aumentar la tasa de natalidad. No es necesario suponer que los padres decidían, conscientemente, tener más hijos para proveerse de asalariados adicionales o para tener derecho a los impuestos para asistir a los pobres. Un aumento en la tasa de natalidad podría explicarse en términos de la ruptura de los modelos tradicionales de comunidad y vida familiar (tanto el sistema Speenhamland como las fábricas pudieron debilitar los tabúes contra el matrimonio temprano y «desprovisto»), el debilitamiento de la costumbre de que los criados agrícolas y los aprendices vivieran en la casa, el impacto de las guerras, la concentración en nuevas ciudades, o incluso la selección genética de las más fértiles. Además, un aumento de la tasa de natalidad no puede considerarse, desde luego, como una prueba del aumento de los niveles de vida.¹⁷ A principios del siglo XIX, el hecho de que los más pobres y los más «desprovistos» de entre los obreros tuviesen las familias más numerosas, era un tema que continuamente trataban los observadores; mientras que en Irlanda hizo falta la lacerante experiencia del Gran Hambre para que se alterase todo el modelo matrimonial de la vida campesina irlandesa.¹⁸

Los argumentos son complejos y, por el momento, es mejor dejarlos a los demógrafos. Pero hemos llegado a un punto en el que los

17. Véase J. T. Krause, «Some Implications of Recent Work in Historical Demography», *Comparative Studies in Society and History*, I, 2 (enero 1959).

18. K. H. Connell, «The Land Legislation and Irish Social Life», *Econ. Hist. Review*, XI (1 de agosto de 1958).

datos —que tradicionalmente se han interpretado en base al supuesto de que la tasa de mortalidad descendía— requieren que los examinemos de nuevo. Al parecer, los avances médicos sólo pudieron tener una mínima influencia sobre la esperanza de vida de la población obrera antes de 1800. Es posible que a mediados del siglo XVIII tuviera lugar algún descenso real en Londres y otras ciudades «artesanas» más antiguas, al cual contribuyó la disminución del consumo de ginebra y los primeros esfuerzos dedicados a la mejora de las condiciones sanitarias y la educación. También es posible que los comienzos de la «explosión» demográfica daten de mediados de este siglo y surjan del declive de las epidemias debido a «cambios en la virulencia y la resistencia, sobre los cuales el esfuerzo humano no tenía ninguna influencia».¹⁹ El crecimiento demográfico inicial se apoyó en una larga serie de buenas cosechas y en una mejora de los niveles de vida que pertenecen, no a los últimos, sino a los primeros años de la Revolución industrial. A medida que la Revolución se aceleraba y a medida que vamos encontrando las condiciones clásicas de superpoblación y desmoralización en las grandes ciudades que crecen con rapidez —engrosadas por una multitud de inmigrantes desarraigados— se produce un serio deterioro en la salud de las poblaciones urbanas. En las primeras tres o cuatro décadas del siglo XIX, la tasa de mortalidad infantil era mucho más elevada —y a veces era el doble— en las nuevas ciudades industriales que en las áreas rurales. «Ni el 10 por 100 de los habitantes de las grandes ciudades disfrutaban de plena salud», declaró el doctor Turner Thackerah de Leeds;²⁰ y existen abundantes testimonios literarios, muchos de ellos pertenecientes a médicos, relativos a la incidencia de la enfermedad, malnutrición, mortalidad infantil y malformaciones laborales entre la población obrera. La información es a veces contradictoria, particularmente en cuanto a las consecuencias del trabajo infantil en las fábricas, ya que, en el punto culminante de la agitación en favor de las 10 horas, en la década de 1830, los médicos argumentaban, algunas ve-

19. T. McKeown y R. G. Brown, «Medical Evidence Related to English Population Changes in the Eighteenth Century», *Population Studies* (noviembre 1955). Véase también J. H. Habakkuk, «English Population in the Eighteenth Century», *Econ. Hist. Review*, VI, 2 (1953); G. Kitson Clark, *The Making of Victorian England*, 1962, cap. 3; y para un análisis minucioso de los datos económicos y demográficos de una región, J. D. Chambers, *The Vale of Trent, 1670-1800*, Economic History Society, suplemento, 1957.

20. *The Effects of Arts, Trade and Professions ... on Health and Longevity, 1832*, compilado por A. Meiklejohn, 1957, p. 24.

ces, representando intereses opuestos. Pero ya era hora de que se pusiera fin a la tendencia de los historiadores «optimistas» a despreciar, como «sesgada», la información de los médicos favorable a las demandas de los reformadores, mientras se aceptaba como «objetiva» y autorizada la información de los testimonios médicos solicitados para dar apoyo a la causa de los patronos.²¹

El Primer Informe del *Registrar-General** (1839) mostraba que cerca de un 20 por 100 de la tasa de mortalidad total se atribuía a la tisis: una enfermedad que se asociaba normalmente a la pobreza y la superpoblación, tan frecuente en las zonas rurales como en las urbanas. De 92 muertes de obreros jóvenes y adultos de una fábrica lanera de Leeds, entre los años 1818-1827, por lo menos 22 se atribuyeron a la tisis o «consunción», las dos categorías siguientes eran «agotado» o «demasiado viejo» (9) y asma (7). Es interesante examinar las cifras más detalladas presentadas por el doctor Holland, médico del Hospital General de Sheffield, y que abarcan las causas de muerte del registro del distrito de Sheffield, durante los 5 años que van de 1837 a 1842. De las 11.944 muertes de este período (incluyendo a los niños) se citaron las siguientes enfermedades como causantes de la muerte de más de 100 personas, en el período de 5 años:

1. Tisis	1.604
2. Convulsiones	919
3. Inflamación de los Pulmones	874
4. Decaimiento Físico	800
5. Accidentes (declarados por el <i>Coroner**</i>)	618
6. Fiebre, Escarlatina	550
7. Debilidad	519
8. Dentición	426
9. Infección Intestinal	397
10. Infección Cerebral	351

21. El único respaldo para esa forma de interpretar los datos parecería ser la discusión impresionista y sumamente insatisfactoria de las pruebas médicas sobre el trabajo de los niños que se halla en W. H. Hutt, «The Factory System in the Early Nineteenth Century», *Economica* (marzo 1926); vuelto a publicar en *Capitalism and the Historians*, pp. 166 y siguientes. Véase más adelante, p. 372.

* Funcionario jefe de la Oficina del Registro General. (*N. de la t.*)

** En la época moderna su función principal es llevar a cabo investigaciones sobre los cuerpos de los que han muerto supuestamente de forma violenta o por accidente. (*N. de la t.*)

11. Consunción	346
12. Sarampión	330
13. Viruela	315
14. Tos Ferina	287
15. Inflamaciones diversas	280
16. Fiebre, Común	255
17. Asma	206
18. Garrotillo	166
19. Parálisis	107
20. Afección hepática	106

No es necesario señalar la insuficiencia de los diagnósticos (no constan ni la gastroenteritis, ni la difteria). El doctor Holland comentó que las declaraciones no eran «muy de fiar»: la «consunción» así como muchos de los casos de «asma», se deberían atribuir a la tisis. Y por lo que se refiere a un solo caso de muerte por «falta de alimentos»:

Muy limitada debe ser la observación de cualquier médico, que no le haya llevado a la conclusión de que las muertes de cientos de personas de esta ciudad se deben atribuir a una carencia de las cosas indispensables para vivir. Puede que mueran de enfermedad, pero ésta es ocasionada por el hecho de vivir en la pobreza, conjugada con el excesivo esfuerzo en el trabajo.

Sin embargo, las cifras de Sheffield sólo muestran 64 muertes por parto durante los 5 años (muertes en las que los errores de diagnóstico apenas son probables). Esto representa una mejora drástica respecto de los 100 años anteriores, a la cual pudieron contribuir de manera fundamental la disminución de las fiebres puerperales, los avances de la higiene y la asistencia a las parturientas. Pero si en todas las clases disminuía la mortalidad maternal las madres de la clase obrera sobrevivían sólo para parir más hijos cuyas oportunidades de vivir, en los centros industriales, disminuían. Y la mortalidad infantil era elevada, debemos recordar que el período crítico de la vida de un niño no era de 0 a 1 año, sino de 0 a 5 años. De este modo, de las 11.944 muertes de Sheffield en este período, la distribución por edad es la siguiente:

Menos de 1 año	2.893
1 año	1.511
de 2 a 4 años	1.544

Esto nos da un total de 6.038 muertes por debajo de los 5 años, y las 5.906 restantes se distribuyen entre los otros grupos de edad. La tasa de mortalidad infantil (de 0 a 1 año) en Sheffield en esta época era aproximadamente de 250 por 1.000, mientras que la tasa de mortalidad (de 0 a 5 años) era de 506 por 1.000. Más o menos lo mismo es cierto para Manchester donde (según observó el doctor Kay) «más de la mitad de la prole de los pobres ... muere antes de acabar el quinto año», y donde el informe del *Registrar-General* (1839) indicaba un índice de muertes en el grupo de edad de 0 a 5 años de 517 por 1.000. Pero estas cifras subestiman —y quizá subestiman seriamente— la tasa real de mortalidad infantil, porque los centros industriales eran continuamente engrosados por inmigrantes adultos. Así, el censo de 1851 (que registraba los lugares de nacimiento) mostraba que «en casi todas las grandes ciudades los inmigrantes que provenían de otros lugares excedían en número a las personas nacidas en la ciudad»; y las muertes de los inmigrantes tendrían el efecto de diluir continuamente los datos reales de mortalidad infantil. El crecimiento de las ciudades grandes no se puede atribuir, antes de 1840, a una tasa de crecimiento natural mayor que la del campo. Si el punto de vista tradicional es cierto, y el grueso de la población, en los centros más antiguos, ciudades con mercado y pueblos, se beneficiaba en algún grado en cuanto a su salud de los productos (y el conocimiento sanitario) de la Revolución industrial, los que producían aquellos bienes no lo hacían. A uno se le ocurre la idea de que en los centros industriales en los que se ganaban salarios elevados, se engendraba una generación tras otra de niños, más de la mitad de los cuales morían antes de que supiesen hablar; mientras que en las zonas rurales donde se ganaban salarios bajos, los niños se mantenían vivos gracias a los impuestos para asistir a los pobres, con fin de suplir, mediante la migración, la cuantiosa mano de obra adulta de las ciudades.²²

No hay razón para suponer que la salud de los obreros adultos de las fábricas estuviera por debajo de la media, y hay algunos datos que sugieren que la salud de los hilanderos de algodón mejoró entre 1810 y 1830 y con mayor rapidez a partir de entonces a medida que se restringió el horario, se pusieron protecciones en la maquinaria, y el es-

22. G. C. Holland, *op. cit.*, cap. 8; J. P. Kay, *The Moral and Physical Condition of the Working Classes employed in the Cotton Manufacture of Manchester*, 1832; *First Annual Report of the Registrar-General*, 1839, *passim*; A. Redford, *op. cit.*, p. 16.

pacio, la ventilación y el encalado de las paredes se mejoraron. Pero sus hijos parecen haber sufrido junto con el resto de la mano de obra. En un informe encargado por parte de los empresarios de Manchester en 1833, se veía que los hilanderos casados estudiados habían tenido 3.166 hijos (un promedio de cuatro y medio por cada matrimonio): «de esos niños, 1.922, es decir el 60,5 por 100, estaban vivos, y 1.244, es decir el 39,5 por 100, habían muerto».²³ Se puede razonablemente suponer que el 39,5 por 100 podría aumentar hasta el 50 por 100 en el momento que los niños, que eran muy pequeños cuando se hizo el informe, alcanzaran la edad de 5 años o no llegaran a ella. Esta elevada mortalidad infantil entre los hijos de los obreros, que a menudo se citan como los beneficiarios de la Revolución industrial, puede atribuirse en parte a las condiciones generales de salud ambiental. También se puede haber debido a la deformación característica y al estrechamiento de los huesos pélvicos, en las chicas que habían trabajado desde la infancia en las fábricas, que contribuían a los partos difíciles;²⁴ la debilidad de los niños nacidos de madres que trabajaban hasta la última semana del embarazo; pero sobre todo a la falta de un cuidado apropiado de los niños. Las madres, por miedo a perder el empleo, volvían a la fábrica tres semanas después, o menos, del nacimiento; todavía más, en algunas ciudades del Lancashire y el West Riding, en la década de 1840, se llevaban los niños a las fábricas para amamantarles en el descanso de la comida. Las madres solteras, que quizá habían trabajado en la fábrica desde la edad de 8 o 9 años, no tenían preparación doméstica; la ignorancia en cuestiones médicas era espantosa; los padres eran víctimas de supersticiones fatalistas (que algunas veces fomentaban las iglesias); se utilizaban los narcóticos, particularmente el láudano, para tranquilizar a los bebés que lloraban. Los recién nacidos y los pequeños que empezaban a andar se dejaban al cuidado de parientes, viejas nodrizas o niños que eran todavía demasiado pequeños para encontrar trabajo en la fábrica. A algunos les daban sucios muñecos de trapo para chupar, «a los que se ataba un mendrugo de pan remojado en leche y agua», y se podía ver a los pequeñuelos de 2 y 3 años «co-

23. W. Cooke Taylor, *op. cit.*, p. 261.

24. Véase la información del doctor S. Smith, de Leeds, en *Poor Man's Advocate* (5 de mayo de 1832). La baja incidencia de las muertes maternas en el parto, en Sheffield, se puede relacionar quizá con el hecho de que menos chicas jóvenes trabajaban en empleos que requerían estar de pie durante 12 o 14 horas al día.

rrauteando arriba y abajo con esos trapos en la boca, alrededor de las fábricas».²⁵

«Un peón de fábrica», escribió uno que era él mismo un lisiado:

se puede reconocer con facilidad cuando anda por las calles; es casi seguro que tiene algunas articulaciones mal. O bien tiene las rodillas hacia adentro, los tobillos hinchados, un hombro más bajo que el otro, o es cargado de espaldas, el pecho hundido por ambos lados, o está deformado de algún modo.²⁶

Pero esto mismo era cierto para muchas profesiones industriales, tanto si se hacían dentro como fuera de la fábrica. Si a los hilanderos pocas veces se les daba trabajo después de los 40 (y quienes lo conseguían era a través de un largo proceso selectivo que eliminaba a los débiles), lo mismo ocurría con los mineros o los cuchilleros viejos. El doctor Thackrah encontró una gran incidencia de enfermedad laboral entre los emborradores y los traperos, mientras que el doctor Holland escribió un tratado detallado sobre las enfermedades y los accidentes entre los amoladores de Sheffield. Hemos visto las malas condiciones de trabajo de los cardadores de lana a domicilio, mientras que los tejedores estaban también sujetos a deformidades. Lo mismo es cierto para los obreros del vidrio en los Mendips, los de las panaderías o los de muchos de los oficios mal pagados de Londres. Los sastres tenían una deformidad característica de los hombros y el pecho, que era resultado de estar sentado cada día durante muchas horas «con las piernas cruzadas sobre un banco».

El doctor Turner Thackrah veía poca diferencia entre los peores empleos domésticos y las hilanderías. Los niños que salían de las hilanderías de Manchester le parecían:

... casi todos con mal aspecto, pequeños, enfermizos, descalzos y mal vestidos. Muchos parecían no tener más de 7 años. Los hombres, en general de 16 a 24 años, y ninguno de edad, estaban casi tan pálidos y delgados como los niños. Las mujeres eran las que tenían un aspecto más tolerable ...

Los comparaba con los obreros de las fábricas de menor tamaño y los

talleres de acabado del West Riding: «los fornidos obreros que lavaban los paños, los robustos torcedores, los sucios pero alegres *pieceners* con sus caras sonrosadas». Observando a los obreros del algodón, «vi, o creí ver, una estirpe degenerada —seres humanos mal desarrollados, debilitados y depravados— hombres y mujeres que no iban a llegar a viejos, niños que jamás llegarían a ser adultos saludables». Puso en cuestión los datos sobre salud recogidos por los patronos del algodón, puesto que la mayor parte de los obreros varones eran desechados en los primeros años de su edad adulta, y el hilandero de algodón a quien le faltasen las fuerzas moriría en algún otro oficio. Tanto en las nuevas fábricas como en muchos de los viejos oficios domésticos, los obreros viejos parecían «enormemente inferiores, en cuanto a fuerza y aspecto, comparados con los campesinos viejos».²⁷

Tenemos que ver el multiplicador y el multiplicando al mismo tiempo. Frente al, sin duda, amplio número de niños que eran lisiados de la fábrica, tenemos que poner el número de víctimas del raquitismo entre los hijos de los tejedores y de los trabajadores a domicilio en general. Hacia 1830, se daba por supuesto que el obrero urbano industrial medio estaba mal desarrollado y no estaba capacitado, debido a su debilidad física, para el trabajo manual pesado que estaba reservado a los irlandeses pobres; cuando el hilandero de algodón se quedaba sin trabajo estaba indefenso, o, como mucho, podía esperar que le emplearan para «hacer recados, servir a los vendedores del mercado, vender alfileres y fruslerías, baladas, cintas y encajes, naranjas, pan de jengibre ...».²⁸

Mientras las principales estadísticas demográficas estén en discusión, cualquier conclusión debe ser provisional. Nada debería llevarnos a subestimar las espantosas tasas de mortalidad de Londres durante la «epidemia» de la ginebra de principios del siglo XVIII. Pero al parecer, las condiciones de vida y de trabajo de los artesanos y de algunos braceros rurales eran más saludables en la segunda mitad del siglo XVIII, que las de los obreros de las fábricas o los trabajadores a domicilio de la primera mitad del siglo XIX. Si Londres y Birmingham muestran un descenso en la tasa de mortalidad durante estos años, quizá se debe a que siguieron siendo en gran medida ciudades «artesanas» con niveles elevados de cuidado de los hijos y unas condiciones de trabajo

25. W. Dodd, *The Factory System Illustrated*. 1842, p. 149.

26. *Ibid.*, pp. 112-113.

27. Thackrah, *op. cit.*, en especial las pp. 27-31, 146, 203-205.

28. W. Dodd, *op. cit.*, p. 113.

algo más saludables. En el norte industrial, en las alfarerías y en la mayor parte de cuencas mineras, la mortalidad infantil aumentó y la vida se volvió más corta y más difícil. Quizá como resultado de ello, aumentó el consumo de alcohol y el uso de narcóticos, añadiéndose a los riesgos de las enfermedades laborales. Y la miseria absoluta puede haber contribuido a aumentar el índice de reproducción. El doctor Holland encontró a «los más disolutos, imprudentes y poco previsores» entre los obreros peor pagados y menos organizados de Sheffield: «al afirmar que, cuando más miserable es la condición de los artesanos más jóvenes se casan, lo hacemos en base a extensas investigaciones».²⁹

Si aceptamos que la tasa nacional de mortalidad —y más en particular la tasa de mortalidad infantil— presentó un leve descenso durante las primeras cuatro décadas del siglo XIX, debemos preguntar todavía a las estadísticas exactamente las mismas cuestiones que hemos visto en cuanto a los salarios y los artículos de consumo. No hay razón para suponer que los niños moribundos o la enfermedad se distribuyesen de forma más equitativa que los vestidos o la carne. En realidad, sabemos que no ocurría. El hombre adinerado raras veces podía —como observó Oastler— vestir dos abrigos a la vez, pero su familia tenía diez veces más oportunidad de obtener un diagnóstico, medicinas, enfermeros, dieta, espacio, tranquilidad. Se han hecho intentos para establecer la edad promedio de fallecimiento según los diversos grupos sociales en varios centros urbanos, en 1842:

	Gentry	Gentes de oficio	Obreros
Rulandshire	52	41	38
Truro	40	33	28
Derby	49	38	21
Manchester	38	20	17
Bethnal Green	45	26	16
Liverpool	35	22	15

En Leeds, donde se estimaba que las cifras eran 44, 27, 19, la media global de los tres grupos era 21. En Halifax, una parroquia amplia y dispersa, que tenía un resultado favorable en cuanto a tasa de mortalidad al ser comparada con otros centros más concentrados, un médico

29. G. C. Holland *op. cit.*, pp. 114-115.

local calculaba que el promedio de edad de defunción para la «gentry, los fabricantes y sus familias» era de 55 años; para los tenderos, 24 años; para los obreros, 22 años.³⁰

Los demógrafos estarían en lo cierto al considerar éste como «un dato literario más que estadístico». Pero sugiere que un descenso sustancial de la mortalidad infantil y un aumento de la esperanza de vida entre varios millones de las clases medias y la aristocracia del trabajo ocultarían, en promedios nacionales, un empeoramiento de la situación de la clase obrera en general. Y en esta opinión, se nos adelantó el doctor Holland de Sheffield:

No tenemos ningún género de dudas al afirmar que los sufrimientos de las clases trabajadoras, y por consiguiente la tasa de mortalidad, son mayores en la actualidad que en épocas anteriores. Por supuesto, en la mayor parte de distritos fabriles es espantoso ver la tasa de mortalidad en estas clases, cuando se puede estudiar sólo respecto de ellas y *no en relación a toda la población*. El supuesto avance, por lo que se refiere a la longevidad, proviene principalmente de ... una clase media relativamente mucho más numerosa que la que anteriormente existía ...

Las «estadísticas groseras —seguía diciendo— pueden engañarnos»;

... en la creencia de que la sociedad mejora progresivamente por lo que se refiere a su condición física y social, cuando, en realidad, la clase más numerosa puede estar en situación estacionaria o en proceso de deterioro.³¹

IV. LA INFANCIA

Ya hemos tocado el tema del trabajo infantil, pero merece un análisis adicional. En un sentido, es curioso que la cuestión se pueda aceptar como polémica: se produjo un aumento drástico de la intensidad de explotación del trabajo infantil entre 1780 y 1840, y todo historiador que esté familiarizado con las fuentes sabe que eso ocurrió así. Fue

30. *Report on the Sanitary Condition of the Labouring Classes*, 1842, p. 153; G. C. Holland, *op. cit.*, p. 128; para Halifax, doctor Alexander, citado en W. Ranger, *Report on ... Halifax*, 1851, pp. 100 y siguientes; para más datos, véase James Hole, *The Homes of the Working Classes*, 1866, pp. 18 y siguientes.

31. G. C. Holland, *op. cit.*, p. 124.

cierto en las minas, tanto en los ineficaces pozos a pequeña escala, en donde los pasadizos eran tan estrechos algunas veces que los niños podían pasar más fácilmente por ellos, como en diversos yacimientos de carbón mayores, en los que —a medida que la veta de carbón se alejaba del pozo— se requerían niños para trabajar como «*hurryers*» y para accionar las portillas de ventilación. En las fábricas la fuerza de trabajo infantil y juvenil aumentaba de año en año; y en varios de los oficios «deshonrosos» o que se hacían a domicilio aumentaron las horas de trabajo y éste se intensificó. ¿Qué queda, entonces, por discutir?

Pero los «optimistas» han rodeado la cuestión de tantas reservas, desde la época de los Hammond, que casi podría sospecharse que existe una conspiración para justificar el trabajo de los niños. Se dice que no había «nada nuevo» en ello; que las condiciones eran tan malas en las «viejas» industrias como en las nuevas; que gran parte de la información es partidista y exagerada; que las cosas ya estaban mejorando antes de que tuviera lugar la protesta de la década de 1830; que los propios obreros eran los peores culpables del trato que recibían los niños; que la protesta provino de partes «interesadas» —terratenientes hostiles a los fabricantes o sindicalistas adultos que querían una limitación de horas para sí mismos—; o de los intelectuales de clase media que no sabían nada acerca del asunto; o que (paradójicamente) todo el problema revela, no el infortunio y la insensibilidad, sino la creciente humanidad de la clase de los patronos. Pocas cuestiones se han perdido de igual modo para la historia, mediante una mezcla liberal de argumentos especiosos e ideología.

El trabajo de los niños no era nuevo. Antes de 1780, el niño era una parte intrínseca de la economía agrícola e industrial, y lo siguió siendo hasta que la escuela le liberó. Algunas de sus ocupaciones —deshojadores o grumetes— eran peores que cualquier cosa excepto las peores condiciones en las primeras fábricas: un huérfano cedido como «aprendiz», por parte de la parroquia, a un Peter Grimes* o a un minero borracho trabajando en una pequeña galería de una mina de carbón estaría sujeto a una crueldad y a un aislamiento aún más espantoso.³² Pero es una equivocación generalizar, a partir de ejemplos tan

* Personaje principal y título de una historia rimada de George Crabbe (1755-1832) en base al cual Benjamin Britten (1913-1976) compuso, en 1945, una ópera con el mismo título. (N. de la t.)

32. Véase M. D. George, *London Life in the Eighteenth Century*, cap. 5.

extremos, por lo que se refiere a las actitudes predominantes antes de la Revolución industrial; y, de todos modos, uno de los puntos importantes de la historia de Peter Grimes es su reducción al ostracismo por parte de las mujeres de la comunidad de pescadores, y la culpabilidad que le conduce a la tumba.

La forma predominante de trabajo infantil se daba en el hogar o en el seno de la economía familiar. Los niños que apenas sabían caminar se podían poner a trabajar trayendo y llevando cosas. Uno de los hijos de Crompton recordaba que le pusieron a trabajar «poco después de que supiese andar»:

Mi madre solía pasar el algodón en rama por un cedazo de alambre. Luego lo ponía en un lebrillo hondo y oscuro con una fuerte lejía de jabonaduras. Entonces, mi madre me arremangaba las enaguas alrededor de la cintura y me ponía dentro del cubo para que pisoteara el algodón que estaba en el fondo. ... Este proceso seguía hasta que el lebrillo estaba tan lleno que ya no podía mantenerme de pie con seguridad en su interior, en aquel momento ponía una silla al lado y yo me cogía en el respaldo ...

Otro hijo recordaba que «cuando tenía 7 años le ponían encima de un escabel para extender el algodón sobre un aparato que preparaba el hilado, mientras otro hermano mayor hacía girar la rueda para ponerlo en marcha».³³ Luego venía la tarea de devanar las bobinas; y cuando se llegaba a los 10 u 11 años, el hilado o —si las piernas eran bastante largas para alcanzar los pedales— un turno en el telar. Tan profundamente arraigado estaba el trabajo infantil en las industrias textiles, que a menudo éstas se presentaban como algo envidiable para los obreros de otros oficios en los que los hijos no podían ser empleados y acrecentar de este modo los ingresos familiares; a la vez que las primeras «factorías» de la industria lanera, que trabajaban con telares manuales, encontraron oposición sobre la base de que conducirían al desempleo de los niños. Si el sistema fabril llegaba a ser predominante, declaró un testigo en 1806,

sacaré a todos los obreros pobres de sus habitaciones y sus hogares, y les llevará a la fábrica, y allí ... no tendrán la ayuda y la asistencia de

33. G. F. French, *Life of Samuel Crompton*, 1859, pp. 58-59, 72; véase también B. Brierley, *Home Memories*, Manchester, 1886, p. 19.

sus familias que antes tenían en casa. Suponiendo que yo fuera padre de cuatro, cinco o seis hijos, y uno de ellos tuviera 14, otro 12 y otro 10 años; si trabajase en casa con mi familia, les podría dar empleo, uno devanar bobinas, otro trabajar en el telar y el otro en la *jenny*; pero si voy a trabajar a la Fábrica no me dejarán tener a los muchachos, sino que debo dejar que se echen a perder por el ancho mundo ...³⁴

Para los valores contemporáneos esto era penoso, incluso brutal. En todos los hogares las chicas se ocupaban horneando, haciendo cerveza, limpiando y haciendo tareas domésticas. En la agricultura, los niños —a menudo mal vestidos— trabajaban con buen o mal tiempo en los campos o alrededor de la casa labriega. Pero si lo comparamos con el sistema fabril, hay importantes diferencias. Había alguna variedad en las tareas (y la monotonía es particularmente cruel para los niños). En circunstancias normales, el trabajo sería intermitente: seguiría un ciclo de tareas, e incluso las ocupaciones regulares, como devanar bobinas, no sería necesario hacerlas todo el día a no ser en circunstancias especiales (como por ejemplo si había uno o dos niños al servicio de dos tejedores). Ningún niño tenía que pisar algodón en un cubo durante ocho horas al día y durante seis días a la semana. En resumen, podemos suponer que se daba una introducción gradual al trabajo, relacionada de algún modo con las capacidades del muchacho y su edad, entremezclado con llevar recados, coger moras, recoger leña o jugar. Y sobre todo, el trabajo se hacía en el seno de la familia y bajo el cuidado de los padres. Es cierto que las actitudes de los padres hacia los hijos eran excepcionalmente severas en el siglo XVIII. Pero no se puede argumentar que hubiese un sadismo generalizado o falta de cariño.

Otras dos circunstancias confirman esta interpretación: la persistencia, durante el siglo XVIII, de juegos, danzas y deportes que apenas hubiese sido posible si los niños hubiesen estado confinados las mismas horas en la fábrica; y la resistencia de los trabajadores manuales a mandar a sus hijos a las primeras fábricas, lo que constituyó una de las causas de que en ellas se emplease a los aprendices pobres. Pero no sólo fue la fábrica lo que condujo a la intensificación del trabajo infantil entre los años 1780 y 1830; y, quizá, ni siquiera fue lo fundamental. Fue en primer lugar, el mismo hecho de la especialización, la diferenciación creciente de los papeles económicos y la ruptura de la economía

34. *Committee on the Woollen Trade*, 1806, p. 49.

familiar. Y, en segundo lugar, el fracaso del humanitarismo de finales del siglo XVIII, y el clima contrarrevolucionario de las guerras, que alimentó los áridos dogmatismos de la clase patronal.]

Volveremos sobre el segundo punto. Por lo que se refiere al primero, casi todos los vicios conocidos en el siglo XVIII se perpetuaron en las primeras décadas del XIX, pero de forma intensificada. Como sabía Dickens, Peter Grimes se podía encontrar al igual en el Londres victoriano que en el Aldeburgh georgiano. Los informes de las comisiones que trataban el asunto del empleo de los niños, de 1842, mostraban un nuevo modelo de Juntas Tutelares en Staffordshire, Lancashire y Yorkshire que todavía se desembarazaban de los muchachos pobres de 6, 7 y 8 años colocándolos como aprendices con mineros, con una guinea de propina «para ropa». Los muchachos estaban «totalmente en poder de los *butties*»* y no recibían un solo penique de paga; un chico de Halifax al que su patrono le pegaba y le tiraba trozos de carbón se escapó, durmió en galerías abandonadas y comió «durante mucho tiempo las velas que encontraba en los pozos que los mineros abandonaban por la noche».³⁵ La mezcla de terror y fatalismo de los niños se revela a través de sus lacónicas explicaciones. Una niña de 8 años, empleada durante 13 horas al «día», para abrir y cerrar trampillas: «Tengo que manipular la trampilla sin ninguna luz, y estoy asustada ... A veces, cuando tengo una luz, canto, pero no lo hago en la oscuridad; entonces no me atrevo». O Patience Kershaw, de 17 años, quien trataba sobre los pros y los contras de distintos empleos:

... la calva que tengo en la cabeza me la hice empujando cargas; mis piernas jamás se han hinchado, pero a mis hermanas sí les ocurrió cuando fueron a la fábrica; empujo a toda prisa las cargas una milla o más por debajo del suelo y luego de vuelta; pesan 3 quintales. ... los picadores para quienes trabajo van desnudos excepto sus gorras ... algunas veces me pegan, si no voy bastante deprisa. ... Preferiría trabajar en una fábrica que en una mina de carbón.³⁶

Esto no es otra cosa que la multiplicación de las peores condiciones del siglo XVIII. Pero la especialización y la diferenciación econó-

* Intermediarios que contrataban trabajadores para extraer carbón o mineral a tanto por tonelada. (*N. de la t.*)

35. *Children's Employment Commission. Mines*, 1842, p. 43.

36. *Ibid.*, pp. 71, 80.

mica llevó a que se les dieran, a los niños que trabajaban fuera de las fábricas, tareas especiales pagadas a destajo y que requerían una monótona aplicación de trabajo durante 10, 12 o más horas.] Ya hemos citado con anterioridad la población de carderos de Cleckheaton, en la que «pequeñuelos de 4 años de edad ... estaban hora tras hora haciendo la monótona tarea de clavar los alambres en las cardas con sus minúsculos dedos, hasta que sus pequeñas cabezas estaban aturdidas, sus ojos rojos y doloridos y los más débiles crecían encorvados y contrahechos». Esto todavía se podía hacer en casa, y los datos indican que el trabajo infantil mal pagado de este tipo incluso aumentó, durante las primeras décadas del siglo, en la mayoría de industrias a domicilio, en las industrias rurales (trenzado de paja, encaje), y en los oficios deshonrosos.³⁷ El delito del sistema fabril fue heredar las peores características del sistema doméstico en un contexto que no tenía ninguna de las compensaciones domésticas: «sistematizó el trabajo infantil, pobre y libre, y lo explotó con una persistente brutalidad ...».³⁸ En el hogar, las condiciones del niño debieron variar de acuerdo con el carácter de los padres o del patrono, y hasta cierto punto su trabajo debió ser escalonado de acuerdo con su habilidad. En la fábrica, la maquinaria determinaba el ambiente, la disciplina, la velocidad y la regularidad del trabajo y las horas de trabajo, tanto para los frágiles como para los fuertes.

No es necesario que repitamos la crónica, larga y miserable, de los niños en la fábrica, desde los primeros aprendices pobres de la fábrica hasta la agitación fabril de las décadas de 1830 y 1840. Pero, puesto que hoy en día se divulgan consoladoras ideas referentes a las «exageradas» historias de los contemporáneos y los historiadores, deberíamos tratar algunas de estas afirmaciones. La mayor parte de ellas se encuentran en un provocativo, casi frívolo, artículo publicado por el profesor Hutt en 1926. Una cucharada de zumo de limón a veces es buena para el sistema, pero no podemos vivir siempre de zumo de limón. Este artículo flojo, apenas documentado, y a menudo directamente engañoso ha aparecido citado en notas a pie de página hasta nuestros días, y se ha vuelto a publicar en *Capitalism and the Historians*.³⁹ Casi cada uno

37. Hay que señalar que algunos de los ejemplos más terribles de *El capital* de Marx están tomados de la Comisión de Empleo de los Niños de la década de 1860.

38. H. L. Beales, *The Industrial Revolution*, 1928, p. 60.

39. W. H. Hutt, «The Factory System of the Early Nineteenth Century», *Economica* (marzo de 1926).

de los puntos que introduce había sido previsto y refutado en los argumentos de los partidarios de las 10 horas y particularmente en el comedido y bien documentado libro de John Fielden, *The Curse of the Factory System*, 1836.

Sería aburrido volver a tratar de nuevo todos los puntos. Es cierto —y este es un aspecto que se cita con frecuencia— que la información expuesta ante la Comisión Sadler de 1832 era parcial; y que historiadores como los Hammond y Hutchin y Harrison (pero no Fielden o Engels), pueden ser criticados por basarse en ella de forma demasiado acrítica. Con la ayuda de Oastler, los Comités para la Reducción de la Jornada Laboral, de los obreros, organizaron la recogida de datos —particularmente del West Riding— para presentarlos ante esa Comisión; su presidente, Michael Sadler, fue el principal defensor parlamentario del proyecto de ley de las 10 horas; y su información se publicó antes de que se recogiera información alguna de parte de los patronos. Pero de ello no se deduce que la información presentada ante la Comisión Sadler pueda, por lo tanto, ser calificada de falsa. En realidad, cualquiera que lea el grueso de la información encontrará que tiene una autenticidad que empuja a creerla, aunque se debe tener el cuidado de distinguir entre testimonios, y de observar las diferencias entre algunas de las peores condiciones en las fábricas pequeñas en los centros industriales menores (por ejemplo, Keighley y Dewsbury) en comparación con las condiciones en las fábricas mayores de las grandes ciudades algodoneras. No existe ningún tipo de fundamento para las afirmaciones hechas por el profesor Hutt acerca de que la Comisión de Fábrica nombrada —debido a la insistencia de los patronos— durante el siguiente año, aportara «respuestas verdaderas a casi todas las acusaciones hechas ante la comisión [de Sadler]». Gran parte de la información presentada ante la Comisión de Fábrica tiende hacia conclusiones diferentes. Además, cuando la información es contradictoria, uno queda perplejo ante el razonamiento lógico por el cual se nos pide que demos preferencia, sin duda alguna, a lo que alegan los patronos (y sus vigilantes) frente a lo que aducen sus empleados.⁴⁰

Quienes, como los profesores Hutt y Smelser, ensalzan la información de la Comisión de Fábrica (1833), como opuesta a la de la Comi-

40. *Capitalism and the Historians*, pp. 165-166. El profesor Hutt repite incluso el chismorreo de los patronos y del doctor Ure, como por ejemplo la acusación infundada de que John Doherty había sido declarado culpable de «agresión grave» a una mujer.

sión Sadler, son culpables del mismo error del que se acusa a los Hammond. Correcta o equivocadamente, Oastler y el Comité para la Reducción de la Jornada Laboral consideraban que el nombramiento de aquella Comisión era una medida deliberada de dilación y que sus comisarios eran instrumentos de los patronos. Como cuestión política se negaron a testimoniar ante ellos. Se vigilaban atentamente los movimientos de los Comisarios Auxiliares en los distritos fabriles. Se les criticaba por comer y beber con los propietarios de las fábricas y por dedicar sólo una parte irrisoria de su tiempo en las tareas de inspección. Se observó que antes de sus visitas, se encalaban y se limpiaban las fábricas, y los niños que tenían menos edad de la autorizada eran quitados de la vista. Los obreros se contentaban organizando manifestaciones hostiles.⁴¹ Las informaciones de los comisarios recibieron tantas críticas de parte de los obreros como recibió la Comisión Sadler por parte de los empresarios.

«Uno de mis vecinos me pidió», declaró uno de los testigos de Sadler,

que le recomendase a la Comisión ir al Puente de Leeds a las cinco y media de la mañana, mientras pasan los pobres niños de las fábricas, y en una sola hora de estar allí recogerán más información que la que obtendrían en 7 años de investigación. He visto a algunos niños corriendo hacia la fábrica y llorando, con un mendrugo de pan en la mano que es todo lo que deben comer hasta las 12 de la noche; lloraban por miedo a llegar demasiado tarde.

Incluso si dejamos de lado las historias de los vigilantes sádicos, en aquel momento empezaba un día, para multitudes de niños, que no acabaría hasta las siete o las ocho; y en las últimas horas del cual, los niños lloraban o se dormían de pie, con las manos sangrando debido a la fricción del hilo al «unir las hebras», incluso sus padres les abofeteaban para mantenerlos despiertos, mientras los vigilantes patrullaban con la correa. En las fábricas de las zonas rurales que funcionaban con

41. Véase *The Voice of the West Riding* (1 de junio de 1833): «Los hombres de Leeds —las clases trabajadoras— han cumplido su deber notablemente. Se han negado con indignación a cooperar con un grupo de hombres que, si tuvieran el más mínimo sentido de la honestidad, hubiesen dejado que los Tiránicos Señores de las Fábricas hiciesen su propio trabajo sucio ...» También *ibid.* (15 y 22 de junio de 1833) y *Driver, op. cit.*, cap. 10.

energía hidráulica, cuando había trabajo «acumulado», comúnmente se trabajaba por la noche o se hacían jornadas de 14 y 16 horas. Si bien el profesor Hutt no considera esto como «crueldad sistemática», los empresarios humanos como Fielden y Wood no tenían la menor duda de que sí lo era.

Tampoco hay misterios por lo que se refiere a la actitud de los obreros adultos, muchos de los cuales eran padres o parientes de los niños. Como ha demostrado el profesor Smelser,⁴² la economía familiar del sistema doméstico se perpetuó en la fábrica en un sentido. Los ingresos de los niños eran un componente fundamental del salario familiar. En muchos casos, aunque probablemente no en la mayoría, el hilandero adulto o el obrero podía ser pariente del niño que trabajaba para él. La demanda de reducción de horas tanto para los adultos como para los niños era una necesidad por el hecho de que trabajaban en un proceso común; si sólo se reducía el horario de los niños, no podría evitarse la distracción del adulto, o el hecho de que los niños trabajasen en turnos dobles (alargando de este modo la jornada laboral del adulto). La reducción sólo se podía garantizar con la detención real de la maquinaria de la fábrica. Pero que los adultos también se plantaran para beneficiarse de la reducción de horarios no significa que fueran indiferentes a las consideraciones de tipo humano ni tampoco justifica la sugerencia ofensiva de que las grandes peregrinaciones y manifestación en nombre de los niños de las fábricas, en la década de 1830, fueran hipócritas.

Es absolutamente cierto que los padres no sólo necesitaban los ingresos de sus hijos, sino que esperaban que éstos trabajasen. Pero aunque unos pocos de los obreros se comportaban de forma brutal incluso con sus propios hijos, los datos indican que la comunidad fabril esperaba que se observasen ciertos niveles de humanidad en el trato. Un hilandero de la zona de Dewsbury, que se distinguía por su mal carácter y porque les pegaba a los niños con el torno para torcido, «no consiguió que trabajase nadie para él en toda la ciudad y se fue a otro lugar ...». Son frecuentes las historias de padres que se vengaban de los obreros que maltrataban a sus hijos. Así, un testigo ante la Comisión Sadler describió cómo, cuando era un niño, el torcedor le pegó. «Uno de los jóvenes que trabajaba para el cardero salió y fue a buscar a mi madre»: «Ella entró ... y me preguntó cuál era el instrumento con

42. N. J. Smelser, *op. cit.*, en especial los caps. 9 y 10.

el que me había golpeado, pero no me atreví a decírselo: algunos de los espectadores señalaron el instrumento ... y entonces ella lo cogió ... y lo blandió contra la cabeza del tipo, y le hizo uno o dos ojos morados.»⁴³

Este hecho concuerda poco con las afirmaciones que se hacen a la ligera respecto de la indiferencia general de los padres. Los testimonios de los dos Informes indican que la fuente de la crueldad provenía de la propia disciplina de la maquinaria, complementada con profusión por la actuación de los vigilantes o (en las fábricas pequeñas) del patrono. Decir que prácticas comunes a industrias enteras se continuaban «contra la voluntad y contra el conocimiento de los patronos» es algo que no requiere refutación. Es cierto que muchos padres hacían la vista gorda al empleo de sus hijos que no llegaban a la edad legal decretada en 1819 y 1833. Hay que decir en honor a hombres como Doherty y de los Comités para la Reducción de la Jornada Laboral que hicieron una enérgica campaña entre los obreros contra tales males, fomentando la dignidad entre los degradados y explicando el valor de la educación entre los ignorantes. El Movimiento Fabril también comprometió a muchos cientos de personas que no eran obreros fabriles: los tejedores que deseaban «amordazar al monstruo del vapor»; los padres desplazados de las fábricas por los jóvenes y que se mantenían gracias a los ingresos de sus hijos; Gaskell observó (en 1833) que el descontento de los obreros se debía menos a los simples problemas salariales que a «la separación de las familias, la destrucción de los hogares, la ruptura de todos aquellos lazos que unen el corazón del hombre a la mejor parte de su naturaleza; es decir, sus instintos y sus sentimientos sociales...».⁴⁴ El Movimiento Fabril, en sus primeras etapas, representaba menos un crecimiento del humanitarismo de la clase media que una afirmación de los derechos humanos por parte de los mismos trabajadores.

De hecho, pocos argumentos son tan especiosos como el que dice: dado que en el siglo XVIII se toleraba el trabajo infantil ilimitado, pero éste, en sus nuevas y más intensas formas, se volvió menos tolerable en la década de 1830, ello constituye un signo del creciente humanitarismo de «la época». El profesor Hayek ha hecho referencia a «este des-

43. Frente a estas historias tenemos que situar los espantosos relatos de sadismo, que los mismos obreros adultos empleaban con los aprendices pobres, durante el período de las guerras. Véase J. Brown, *Memoir of Robert Blincoe*, Manchester, 1832, pp. 40-41.

44. P. Gaskell, *The Manufacturing Population of England*, p. 7.

pertar de la conciencia social», a este «creciente conocimiento de hechos que antes habían pasado desapercibidos. ... El sufrimiento económico se volvió más visible y pareció menos justificado, puesto que la riqueza general crecía más rápido que nunca». El profesor Ashton ha ofrecido una variante de este argumento. [Las Comisiones Reales y los comités parlamentarios de investigación, de principios del siglo XIX, «son una de las glorias de la primera época victoriana. Señalaron una aceleración de la conciencia social, una sensibilidad hacia la desgracia, que no se había puesto de manifiesto en ningún otro período ni país». Y ha mostrado un apasionamiento desacomunado en su defensa de los investigadores parlamentarios:]

... una generación que tuvo el espíritu emprendedor y la laboriosidad de reunir los hechos, la honestidad de revelarlos y la energía de emprender la tarea de la reforma, ha sido presentada hasta la calumnia como la autora, no de los *Blue Books*,* sino de los propios males.⁴⁵

Los *Blue Books*, a principios del siglo XIX, eran útiles para muchos propósitos, pero la reforma era uno de los últimos. Las investigaciones parlamentarias se realizaban como respuesta rutinaria a las peticiones; como un medio de «manejar y canalizar» el descontento, aplazar decisiones o apartar de sus propósitos a los miembros del Parlamento que no se comportaban adecuadamente; o puramente debido a un exceso de oficiosidad utilitarista. El declive de Irlanda a través de sufrimientos consecutivos hasta llegar al punto culminante, aparentemente inevitable, de la Gran Hambre estuvo acompañado por la ausencia de cualquier medida importante de mitigación; y por un promedio de cinco investigaciones parlamentarias por año.⁴⁶ Los tejedores de telar manual y los tejedores de punto fueron debidamente investigados mientras morían de hambre. Ocho investigaciones en 10 años precedieron el establecimiento de la policía. (Es aleccionador el hecho de que las investigaciones tuvieran como resultado la acción en el último caso, pero no en los anteriores.) El señor Grandgrind se repuso con toda seguridad

* Uno de los informes oficiales del Parlamento y del Consejo Privado, que se publica con cubiertas azules. (*N. de la t.*)

45. *Capitalism and the Historians*, pp. 18-19, 35-36.

46. Véase E. Strauss, *Irish Nationalism and British Democracy*, 1951, p. 80; y el comentario del señor Strauss: «La ignorancia de los hechos no fue una de las causas de la miseria irlandesa durante el siglo XIX.»

después de 1815, pero como muy bien sabía Dickens no representaba un «despertar de la conciencia social» o «sensibilidad hacia la desgracia», sino la eficacia, el gobierno centralizado con pocos gastos, el *laissez faire* y la «economía política» sólida.

Los *Blue Books* (al menos hasta que lleguemos a las grandes investigaciones sobre sanidad) no eran el producto de «una época» o el fruto de «una generación», sino un campo de batalla en el que luchaban reformadores y obstruccionistas, y en el que las causas humanitarias, las más de las veces, eran enterradas. Y por lo que se refiere a las clases más elevadas, lo que vemos en la década de 1830 no es un nuevo «despertar de la conciencia», sino la erupción casi volcánica, en distintos lugares y entre distintas gentes, de una conciencia social que había estado inactiva durante las guerras napoleónicas. Esta conciencia es verdaderamente evidente en la segunda mitad del siglo XVIII. La campaña para proteger a los deshollinadores, en la que participó Hanway, alcanzó el *statute-book*,* en 1788, frente a una reducida oposición. Durante las guerras volvieron todos los abusos, y todos los intentos de asegurar una nueva protección legislativa, después de aquéllas, chocó con una oposición frontal, y fueron rechazados en la Cámara de los Lores; puesto que, si se hubiese prescindido de los chicos, sus señorías tendrían que haber reformado sus chimeneas.⁴⁷ Todo el honorable trabajo de Howard en nombre de los prisioneros dejó una impresión poco perdurable, cuando las condiciones retrocedieron después de su muerte. Hemos advertido ya cómo la infección de odio de clase y de miedo corrompió la conciencia humanitaria. Es cierto que la *Peel's Act* de 1802 destaca en esta situación de ofuscación; pero su aplicación se limitaba a los aprendices pobres y era menos un precedente para una nueva legislación que un intento de extender las salvaguardas tradicionales del aprendizaje en un nuevo contexto. Lo más importante —y lo más desastroso para los niños que trabajaban en la fábrica— fue la atrofia de la conciencia de la *gentry* rural, los únicos hombres que tenían la autoridad o la obligación tradicional de proteger a los pobres.

No hay nada que confirme mejor esta atrofia, y la profunda alienación de las clases, que la forma que tomó el «despertar» real cuando llegó. Multitud de *gentlemen* y de profesionales que prestaron algún apoyo

* Serie completa de los volúmenes que forman el registro oficial de las leyes. (V. de la t.)

47. Véase J. L. y B. Hammond, *The Town Labourer*, pp. 176-193.

a las causas humanitarias en las décadas de 1830 y 1840 parecen haber estado viviendo, en la década de 1820, en medio de los populosos distritos manufactureros, inconscientes de los abusos que tenían lugar a pocos cientos de metros de sus puertas. El mismo Richard Oastler vivía en las afueras de Huddersfield, pero no se dio cuenta de la existencia del trabajo infantil hasta que el fabricante de Bradford, John Wood, le habló de él. Cuando sacaron a las niñas medio desnudas de los pozos de las minas, las lumbreras locales parecieron estar auténticamente sorprendidas: «El señor Holroyd, procurador, y el señor Brook, cirujano, que ejercen su profesión en Stainland, estaban presentes, y confesaron que, aunque vivían a pocas millas de aquí, no habían podido creer que existiera un sistema de crueldad no cristiana como éste.»⁴⁸ Olvidamos por cuánto tiempo los abusos pueden seguir siendo «desconocidos» hasta que son evidentes; por cuánto tiempo la gente puede contemplar la miseria y no advertirla, hasta que la propia miseria se rebela. Según la visión de los ricos, entre 1790 y 1830, los niños de las fábricas eran «activos», «laboriosos», «útiles»; se les mantenía lejos de sus jardines y huertos y eran baratos. Si surgían remordimientos de conciencia, en general, podían silenciarse mediante los escrúpulos religiosos; como subrayó un Miembro honorable acerca de los deshollinadores en 1819: «los muchachos que generalmente trabajaban en esta profesión no eran los hijos de los pobres, sino hijos de hombres ricos engendrados de manera ilícita.»⁴⁹ Esto demuestra un delicado sentido de la propiedad moral, así como una completa ausencia de prejuicio de clase.

Pero la conciencia de «los ricos» en esta época está llena de complejidad. El argumento de que los exaltados ataques «*Tory*» hacia los abusos del industrialismo, en la década de 1830, expresados por hombres como Sadler, Shaftesbury, Oastler o Disraeli, eran poco más que la venganza de los intereses de los terratenientes sobre los fabricantes y su Liga *Anti-Corn Law* tiene cierto sentido en términos de «política de partido». Es cierto que revelaban profundas fuentes de resentimiento y de inseguridad entre los tradicionalistas ante las innovaciones y el poder creciente de la clase media adinerada. Pero incluso una lectura apresurada de *Sybil*, de la vida de Shaftesbury escrita por los Hammond o de la impresionante vida de Oastler escrita por Cecil Driver nos reve-

48. *Children's Employment Commission, Mines*, 1842, p. 80.

49. Citado en *The Town Labourer*, p. 190.

lará la superficialidad de cualquier valoración que se limite a esos términos. Parece que seamos testigos de una mutación cultural; o, como en el caso del constitucionalismo del siglo XVIII, de una retórica aparentemente hueca y convencional que se encendió, en espíritus individuales, como una creencia meditada y apasionada.

Además, junto con los viejos argumentos del paternalismo *tory* tenemos la nueva influencia del romanticismo frustrado. En su repugnancia hacia la Ilustración, Wordsworth, Coleridge y Southey habían reafirmado certidumbres tradicionales, «los instintos del hombre natural y social». En su vuelta hacia el orden, la autoridad, el deber, no habían olvidado la enseñanza de Rousseau acerca de los niños. En el Libro VIII de *The Excursion*, Wordsworth condenaba el sistema fabril por contraste con la vieja economía familiar rural:

¡Las habitaciones vacías! o por ventura
La Madre sola, sin ninguna ayuda
Para mecer la cuna de su inquieto bebé;
Ninguna hija a su alrededor, que esté ocupada en el torno de hilar,
O que le cuente los pequeños progresos diarios
De las tareas del hogar; ningún delicado arte
De bordado; ninguna actividad en el fuego,
En el que un tiempo se preparó con orgullo la comida;
Nada para hacer que corra el día, o para animar el espíritu;
¡Nada que alabar, que enseñar o que ordenar!
El Padre, si por ventura todavía sigue haciendo
Sus antiguas tareas, va al campo o al bosque
Sin que le sigan o le precedan sus hijos;
Acaso estuvieran ociosos; pero lo estaban bajo su mirada;
Respirando el aire fresco y pisando la verde tierra:
Hasta que acabó la corta fiesta de su infancia,
¡Para no volver jamás! Hoy se ha perdido este derecho de nacimiento.*

* The habitations empty! or perchance / The Mother left alone —no helping hand / To rock the cradle of her peevish babe; / No daughters round her, busy at the wheel, / Or in dispatch of each day's little growth / Of household occupation; no nice arts / Of needle-work; no bustle at the fire, / Where once the dinner was prepared with pride; / Nothing to speed the day, or cheer the mind; / Nothing to praise, to teach, or to command! / The Father, if perchance he still retain / His old employments, goes to field or wood / No longer led or followed by the sons; / Idlers perchance they were — but in his sight; / Breathing fresh air and treading the green earth: / Till their short holiday of childhood ceased, / Ne'er to return! That hirthright now is lost.

La equivocación, hoy en día, es suponer que el sentimiento paternalista debe ser distante y lleno de superioridad. Puede ser apasionado y comprometido. Esta corriente del radicalismo social tradicionalista, que va desde Wordsworth y Southey pasando por Carlyle y más allá, parece contener, tanto en su origen como en su desarrollo, una dialéctica por la cual apunta continuamente conclusiones revolucionarias. El punto de arranque de los tradicionalistas y de los jacobinos era el mismo. «Qué otra cosa es una inmensa fábrica —exclamaba Thelwall—, sino una prisión corriente, en la que una desventurada multitud está condenada al libertinaje y al duro trabajo, para que un individuo pueda elevarse a la opulencia desmesurada.»⁵⁰ «Detesto el sistema fabril» declaraba su compañero jacobino, Thomas Cooper, que había sufrido las primeras etapas de la Revolución industrial en el Lancashire: «En este sistema se debe convertir a una gran proporción de la población en meras máquinas ignorantes, viciosas y brutales, para que el excedente de sus 12 o 14 horas de trabajo diarias pueda ir a parar a los bolsillos y suministrar los lujos de los ricos, capitalistas comerciales y fabricantes».⁵¹ Southey puso furioso al «filósofo» de los fabricantes, el doctor Andrew Ure, con su condena, incluso más radical, del sistema fabril como «un quiste, una excrescencia fungosa del cuerpo político».⁵² A pesar de que los jacobinos y los *tories* están en polos políticos opuestos, entre ellos se dan continuos intercambios de destellos de sentimiento y argumentación. Los profetas de la «marcha del intelecto» —Brougham, Chadwick, Ure— parecen pertenecer a un mundo diferente. Siempre que los tradicionalistas *tories* iban más allá de la discusión de ideas acerca del sistema fabril e intentaban dar rienda suelta a sus sentimientos en la acción, se veían obligados a una embarazosa alianza con los sindicalistas o los radicales obreros. La clase media liberal sólo veía en ello la prueba de la hipocresía *tories*. Cuando Sadler luchó por su escaño en Leeds (y perdió) en las elecciones del proyecto de ley de la Reforma de 1832, un tendero que escribía un diario observó: «... nadie le apoyaba excepto unos pocos que están bajo el yugo de la Tiranía y unos pocos Radicales de la clase más baja, ha sido obra

50. *Monthly Magazine* (1 de noviembre de 1799). Estoy en deuda con el doctor D. V. Erdman por esta referencia.

51. T. Cooper, *Some Information Respecting America*, 1794, pp. 77-78.

52. R. Southey, *Sir Thomas More; or Colloquies ...* 1829, I, p. 711; A. Ure, *The Philosophy of Manufactures*, 1835, pp. 277-278. Véase también Raymond Williams, *Culture and Society*, Penguin, 1961, pp. 39 y siguientes.

de *Bony* que el Viejo Partido *Tory* se vea Obligado a volverse Radical en todas y cada una de las cosas para mantener su sistema ... ».⁵³ Dos años más tarde, con la promulgación de la *Poor Law*, que con sus disposiciones malthusianas y chadwickianas atropellaba todo «instinto del hombre natural y social», pareció que se les presentaba a unos pocos *tories* radicales una elección definitiva entre los valores del orden y los de la humanidad. La mayoría se retiraron y se contentaron con proyectos de diferente tipo para una mejora humanitaria; pero unos pocos estaban preparados para asociarse, no sólo con los cobbettitas, sino con los owenitas, los librepensadores y los cartistas. Joseph Raynor llegó incluso a hacer llamamientos para incendiar las «Bastillas» y Oastler fomentó la desobediencia civil —algunas veces, muy incivil— y, en su papel de protector de los niños de la fábrica, incluso recomendó el uso del sabotaje industrial contra los propietarios de las fábricas que violaran la ley:

En este caso imprimiré una pequeña tarjeta que trate sobre *Inutilizar y Arena y Clavos Oxidados*, con directrices precisas y muy explícitas, que harán que esos transgresores de la ley miren a su alrededor y se arrepientan de haber sido tan locos como para reírse de la Ley y del Rey. Esas cartas más deberán ser entonces el catecismo de los niños de la fábrica.⁵⁴

Durante 10 años pisó Oastler los límites de la revolución; pero el título que le puso a una de sus publicaciones fue *The Home, the Altar, the Throne, and the Cottage*.

Diffícilmente podemos atribuir esta erupción de compasión a una «época» que, a la vez, encarceló a Stephens y vilipendió a Oastler. Muchos de los que realmente se esforzaron en favor de los niños de la fábrica durante los primeros años se enfrentaron con los malos tratos, el ostracismo por parte de su clase y algunas veces con pérdidas personales. Y, como ha señalado el señor Driver, el momento crucial en la trayectoria de Oastler no fue la toma de conciencia respecto del trabajo infantil, sino el «*Fixby Hall Compact*» entre él mismo y los sindicalistas radicales. La toma de conciencia no fue, en todo caso, característica del torismo como conjunto. Si quisiéramos analizar

53. MS. Diario de Robert Ayrey, Leeds Reference Library.

54. C. Driver, *op. cit.*, pp. 327-328.

minuciosamente la conciencia *tory* del año 1800 o del 1830, deberíamos empezar por la actitud del *squire* hacia sus propios braceros. Verdaderamente, puede encontrarse un antecedente cultural del humanitarismo de la década de 1830, tanto en el paternalismo *tory* como en las tradiciones más sumisas de servicio y «buenos trabajos» de la disidencia liberal. Pero, como una verdadera fuerza, sólo aflora aquí y allí, en mujeres y hombres individuales; Oastler y Bull no son más representativos de los *tories*, de lo que Fielden y la señora Gaskell lo son de la conciencia liberal inconformista.

Si Tawney tenía razón, y el trato que recibía la infancia y la pobreza son las dos «piedras de toque» que revelan «el verdadero carácter de una filosofía social»,⁵⁵ la que sale peor parada de esta prueba, en 1830, es la tradición liberal e inconformista. Es cierto que hay un humilde mundo crepuscular, medio escéptico, medio disidente, del cual provendría gran parte de lo mejor de la temprana-vida intelectual y espiritual victoriana. Pero es igualmente cierto que durante los años que van desde 1790 a 1830 se produce un espantoso declinar de la conciencia social de la disidencia. Y sobre todo están los proverbiales empresarios inconformistas, con sus vigilantes metodistas, con su odiosa fama de mentores de los niños en los días laborables, trabajando para sus fábricas hasta cinco minutos antes de la medianoche del sábado y obligando a los niños a que asistieran a la escuela dominical el *Sabbath*.*

La imagen está sacada, en parte, de la novela de Frances Trollope, *Michael Armstrong, The Factory Boy*, 1840, en la que «los señores Robert y Joseph Tomlins, los dos circunspectos *gentlemen*, como corresponde a la fábrica ... asisten en persona todos los domingos por la mañana para comprobar que tanto los niños como el maestro aprovechan el tiempo». Es una imagen de ficción y pintoresca, que pertenece quizá más a 1820 que a 1840, que es más aplicable a las fábricas rurales apartadas en las que sobrevivía el sistema de los aprendices de la parroquia, que a cualquier gran ciudad algodonera. Pero las condiciones que describe la señora Trollope en «*Deep Dale*»,** en el Derbyshire, se pueden encontrar todavía, en la década de 1830, en muchos valles aislados tanto del lado de los Peninos que corresponde al Lanca-

55. R. H. Tawney, *Religion and the Rise of Capitalism*, Penguin, p. 239.

* Séptimo día de la semana, considerado día de descanso religioso, en la tradición judía corresponde al sábado; en la cristiana al domingo. (N. de la t.)

** «Valle Profundo». (N. de la t.)

shire como en el del Yorkshire. Un viaje de investigación a la zona alta del río Calder, emprendido por un propagandista de las 10 horas, y en el que se prestó una atención especial a las reacciones del clero local, muestra la complejidad de cualquier generalización. En Ripponden el vicario se negó a dar su apoyo, pero la capilla metodista fue prestada para hacer un mitin en favor de las 10 horas. En Hebden Bridge un viejo predicador metodista laico declaró que él siempre predicaba contra el sistema fabril «porque, dice, podemos predicar hasta que nuestras lenguas hiendan el paladar de nuestras bocas, ¡pero nunca haremos nada bueno mientras se permita que el sistema funcione como en la actualidad!». Pero se había hecho tan detestable, que el empresario metodista local, en Mytholmroyd, cerraba siempre la capilla cuando le tocaba predicar. En Sowerby Bridge, el reverendo Bull, hermano del párroco Bull de Bierley (famoso compañero de Oastler durante la agitación en favor de las 10 horas), negó su apoyo y se mostró seguro de que la benevolencia de los patronos «no se puede superar». Un grupo de obreros, al pasar ante la capilla metodista construida por uno de los empresarios, el señor Sutcliffe, «se volvieron hacia la capilla y desearon que se fuera al infierno y el señor Sutcliffe con ella». «Dije que estaba muy mal, porque el señor Sutcliffe había construido la capilla para su provecho. "Maldito sea —dijo otro— le conozco, he tenido buena muestra de él, y considero que una esquina de esta capilla es mía, y que toda ella pertenece a sus obreros"».⁵⁶ El valle del Cragg, un afluyente aislado del Calder, era un verdadero «Deep Dale». Un pastor del que se desconoce la filiación declaró:

Si había algún lugar en Inglaterra que necesitaba intervención legislativa, era este lugar, porque trabajaban 15 y 16 horas al día con frecuencia, y algunas veces toda la noche: ¡oh! éste es un sistema asesino, y los propietarios de las fábricas son la plaga y la desgracia de la sociedad. Las leyes humanas y divinas son insuficientes para tenerles a raya; no hacen caso del proyecto de ley de Hobhouse y dicen «Dejad que el Gobierno haga las leyes que se le antoje, que en este valle saben cómo hacer pasar por ellas carros y carretas».

56. Se cree que muchos propietarios de fábricas tenían un fondo especial que provenía de las multas que ponían a sus obreros, y que lo dedicaban a fines caritativos o a la construcción de capillas. En Dewsbury hay una gran capilla que se conoce todavía, entre la generación vieja, como «la capilla del hilo roto» debido a las multas que se cobraban por los hilos que se rompían.

Explicó la historia de un muchacho al que había enterrado hacía poco, le habían encontrado durmiendo de pie con los brazos llenos de lana y la habían golpeado para mantenerle despierto. Aquel día trabajó 17 horas; su padre le llevó a casa, no pudo ingerir la cena, se despertó a las cuatro de la mañana y les preguntó a sus hermanos si podían ver las luces de la fábrica porque tenía miedo de llegar tarde y luego murió. (Su hermano menor, de 9 años, había muerto con anterioridad; el padre era «sensato y laborioso», era maestro de la escuela dominical.) El cura anglicano del lugar dio su apoyo sin reservas en favor de la limitación del trabajo infantil:

He visto cómo los pobres de este valle estaban oprimidos, y he creído que era mi deber revelarlo ... Tengo el deber, desde la responsabilidad que se desprende de la naturaleza de mi cargo, de contrastar esta realidad con la verdad liberal y bondadosa del Evangelio. ... Y donde se ejerce la opresión, ésta en general recae de la forma más pesada sobre aquellos que son menos capaces de soportarla ... porque la viuda no tiene marido, y sus hijos no tienen padre terrenal ... a menudo les vemos muy maltratados ...

A consecuencia de sus sermones —y de protestas personales a los patronos—, los propietarios de las fábricas maldijeron e injuriaron a él y a sus hijas en las calles. A las denuncias siguió un mitin de protesta que fue anunciado con carteles del estilo característico de Oastler:

... sois más Tiránicos, más Hipócritas que los tratantes de esclavos de las Indias Occidentales. ... Vuestra cacareada *Liberalidad* ... Demostraré que vuestro alarde de *Piedad* es, en realidad, *Tiranía* ... ni más ni menos que *Blasfemia*. ... Vuestro sistema de «*Palizas*» —de «*Multas*», de «*Turnos alargados*», de «*Truck*», de «*limpieza de la maquinaria durante el tiempo de la comida*»— de «*Trabajo en Domingo*», de «*Salarios Bajos*» ... todo ello debe someterse a la Prueba de la «*Investigación Pública*» ...

«El mismo sábado por la noche, cuando regresaba del mitin,» declaró Oastler:

Ví dos fábricas que brillaban a toda furia en el valle. Sus ocupantes, pobres pequeños sufridores, tenían que permanecer allí hasta las 11.30,

y descubrí que el propietario de una de ellas era un destacado murmurador, rezador e hipócrita religioso ...⁵⁷

Debemos volver al metodismo y ver por qué su misión particular consistió en actuar como justificadora del trabajo infantil.⁵⁸ No hay ninguna duda de que el párroco Bull tenía principalmente en la cabeza a los empresarios inconformistas, cuando atacaba a la «estirpe» de los patronos:

... una estirpe, toda la sabiduría de la cual consiste en aquella astucia que les permite inventar los medios más baratos para obtener la mayor cantidad de trabajo posible de los obreros más jóvenes que sea posible, en el mínimo tiempo posible, a cambio de los mínimos salarios posibles ... una estirpe de hombres de los cuales Agur hubiese dicho: *existe una generación, ¡oh, qué orgullosa es su mirada! y sus párpados están abiertos. Existe una generación cuyos dientes son como espadas, y sus molares son como cuchillos para devorar a los pobres de la superficie de la tierra, y a los necesitados de entre los hombres.*⁵⁹

Por otra parte, aunque la efectiva complicidad unánime de parte del inconformismo oficial se exponía a los ataques bíblicos de Bull y Oastler, así como a los de los obreros del Comité para la Reducción de la Jornada Laboral (algunos de los cuales habían aprendido a leer en las escuelas dominicales de los propietarios de las fábricas), de ningún modo se debe suponer que la iglesia oficial estuviese trabajando de manera unitaria y sin remisión en favor de los niños. Por cierto, lo dice el mismo Shaftesbury —quien con seguridad hubiese creído a la iglesia si ello hubiese sido conveniente— que con la notable excepción de Bull, el clero anglicano como «un cuerpo ... no hará nada».⁶⁰

Así pues, la afirmación referente a un «despertar de la conciencia» es engañosa. Lo que hace es minimizar el verdadero frenesí de piedad que conmovió a la escasa veintena de profesionales del norte que adoptaron la causa de los niños; empequeñecer la violencia de la oposición

57. G. Grabtree, obrero, *Brief Description of a Tour through Calder Dale*, 1833; *Voice of the West Riding*, 20 (27 de julio de 1833); *Account of a Public Meeting Held at Hebden Bridge* (24 de agosto de 1833).

58. Sin embargo, es interesante señalar que Cecil Driver, *op. cit.*, p. 110, dice que los Metodistas Primitivos prestaban a menudo sus templos a Richard Oastler.

59. *Manchester and Salford Advertiser* (29 de noviembre de 1835).

60. E. Hodder, *Life of Shaftesbury*, edición de 1887, pp. 175, 378.

con la que se enfrentaron, y que les condujo en ocasiones a posiciones casi revolucionarias; y —como han tendido a hacer los historiadores humanitarios— a subestimar la parte que desempeñaron en la agitación a lo largo de 20 años agotadores, o más, hombres como John Doherty y el Comité para la Reducción de la Jornada Laboral que era propio de los trabajadores. Más recientemente, un escritor ha examinado el problema con ese aire de fastidio apropiado a la holgada conciencia de la Era Nuclear. El lector moderno, dice, «bien disciplinado por su familiaridad con los campos de concentración» se queda «comparativamente impasible» ante el espectáculo del trabajo infantil.⁶¹ Se nos puede permitir pues reafirmar un punto de vista más tradicional: que la explotación de los niños pequeños, a esa escala y con esa intensidad, fue uno de los sucesos más vergonzosos de nuestra historia.

61. R. M. Hartwell, «Interpretations of the Industrial Revolution in England», *Journal of Econ. Hist.*, XIX (2 de junio de 1959).

11. EL PODER TRANSFORMADOR DE LA CRUZ

I. LA MAQUINARIA MORAL

Puritanismo, Disidencia, Inconformismo: el declive desemboca en una capitulación. La *disidencia* todavía lleva consigo el sonido de la resistencia frente a Satanás y a la Prostituta de Babilonia, el *inconformismo* es modesto y está lleno de disculpas: pide que le dejen solo. Mark Rutherford, uno de los pocos que comprendió la completa desolación de la historia interna del inconformismo del siglo XIX —y que, sin embargo, es en sí mismo una prueba de los valores que de algún modo sobrevivieron—, describió en su *Autobiography* la forma tradicional del servicio durante su juventud:

En general, empezaba con una confesión de que todos éramos pecadores, pero nunca se confesaban los pecados individuales, y luego seguía una especie de diálogo con Dios, que se parecía mucho a los discursos que he oído, en los últimos años, en la Cámara de los Comunes, hechos por los promotores de las peticiones dirigidas a la Corona y los que les dan apoyo, en las sesiones de apertura del Parlamento.

El ejemplo se ha tomado de los calvinistas independientes, pero también servirá de manera excelente para describir la actitud del metodismo ante la autoridad temporal. Esta capitulación estaba implícita en el origen del metodismo: en el torysmo de su fundador y en su actitud ambivalente ante la Iglesia oficial. Desde el principio los wesleyanos se situaron de manera ambigua entre la disidencia y la oficialidad, e hicieron todo lo que estuvo a su alcance para combinar las peores características de ambas, sirviendo como justificadores de una autoridad a cuyos ojos eran un objeto de ridículo o de condescendencia,¹ pero ja-

más de confianza. Después de la Revolución francesa, las conferencias anuales sucesivas manifestaron siempre su sumisión y su celo para combatir a los enemigos del orden establecido; y llamaron la atención en cuanto a su actividad para «elevar el nivel de moralidad pública, y promover la lealtad entre las categorías medias, así como la subordinación y la laboriosidad entre los órdenes más bajos de la sociedad».¹ Pero los metodistas pocas veces eran admitidos como interlocutores de la oficialidad; y cuando esto ocurría lo eran sólo por la puerta trasera; nunca fueron condecorados con ninguno de los honores del rango; y si hubiesen sido mencionados en los despachos, probablemente se habría entorpecido el tipo de espionaje moral que acometían con mayor facilidad.

Durante las guerras se observó un aumento notable de los partidarios del metodismo.² También se asistió (nos dice Halévy) a «un declive ininterrumpido del espíritu revolucionario» entre todas las sectas inconformistas [El metodismo es muy destacable durante las guerras por dos cosas: en primer lugar, sus avances fueron mayores entre la clase obrera industrial; en segundo lugar, los años posteriores a la muerte de Wesley presencian la consolidación de una nueva burocracia de ministros eclesiásticos, que consideraban como su deber manipular la sumisión de sus seguidores y disciplinar toda tendencia que se desviara en el seno de la Iglesia y que pudiera ofender a la autoridad]

En eso fueron muy eficaces. Durante siglos la Iglesia oficial había predicado a los pobres los deberes de la obediencia; pero estaba tan lejos de ellos —y su distancia casi nunca fue mayor que en aquella época de absentismo y vida plural— que sus homilias habían dejado de surtir efecto. El respeto del campo se basaba en la amarga experiencia del poder del *squire*, más que en cualquier convicción interior. Y hay pocas pruebas respecto de que el movimiento evangélico en el seno de la Iglesia encontrase un éxito mucho mayor: muchos de los folletos de medio penique, de Hannah More, se dejaban para cubrir los sueldos de los alojamientos de los criados de las grandes casas. Pero los metodistas

1. Citado en Halévy, *op. cit.*, III, p. 53. Para tener información sobre la postura política del metodismo durante estos años, véase E. R. Taylor, *Methodism and Politics, 1791-1850*; y R. F. Wearmouth, *Methodism and the Working Class Movements of England, 1800-1850*, 1937, en especial los capítulos que tratan sobre «The Methodist Loyalty» y «The Methodist Neutrality». Véase también *The Town Labourer*, cap. 13. «The Defences of the Poor».

2. Véase más adelante, p. 433.

—o muchos de ellos— *eran* los pobres. Muchos de sus folletos eran confesiones de pecadores arrepentidos, de entre los pobres; muchos de sus predicadores locales eran hombres humildes que hallaban las imágenes para su discurso (como dijo uno de ellos) «detrás de mi *spinning-jenny*». Y la gran expansión que se produjo después de 1790 fue en los distritos mineros y fabriles. Junto con las Salems y Bethels, más viejas, las nuevas capillas de ladrillo de Brunswick y Hanover proclamaban la lealtad al metodismo. «He oído cosas extraordinarias acerca de vuestro anfiteatro de Liverpool», escribió un pastor al reverendo Jabez Bunting en 1811: «Se necesitarán unos poderosos pulmones para que las palabras lleguen de un extremo al otro de él. En Bradford y en Keighley están construyendo templos casi tan amplios como la Capilla de Carver Street de Sheffield. ¿En qué se convertirá el metodismo en pocos años?».³

Jabez Bunting, cuyo ministerio activo abarca plenamente medio siglo, era la figura dominante del wesleyanismo ortodoxo, desde la época del ludismo hasta los últimos años del movimiento cartista. Su padre, un sastre de Manchester, había sido un «Radical de pies a cabeza» que «se adhirió apasionadamente a la causa de los primeros revolucionarios franceses», pero no por ello fue menos metodista.⁴ Pero a finales de la década de 1790, y después de la separación de la Nueva Conexión Kilhamita, surgió un grupo de pastores más jóvenes, entre los cuales se hallaba Bunting, cuya preocupación principal era eliminar la mancha jacobina del metodismo. En 1812, Bunting ganó distinción al renegar de los metodistas luditas; al año siguiente, en Leeds, contaba con «varios magistrados *tory* de la vieja escuela, partidarios de la Iglesia y el Rey, que, probablemente, jamás habían cruzado el umbral de un templo disidente, entre sus asiduos oyentes».⁵ Él y sus compañeros de ministerio —de los cuales uno de los más detestables se llamaba reverendo Edmund Grindrod— eran sobre todo organizadores y administradores, ocupados con las interminables intrigas de la Conexión y un exceso de celo disciplinario. Los sucesores de Wesley continuaron con el desagrado de éste hacia la anarquía de carácter autónomo de la Vieja Disi-

3. T. P. Bunting, *Life of Jabez Bunting*, D. D., 1887, p. 338.

4. *Ibid.*, p. 11. Es interesante señalar que el padre de Oastler, un pañero de Leeds, también era metodista y partidario de Tom Paine. En su madurez, la opinión de Oastler acerca del metodismo apenas si fue algo más lisonjera que la de Cobbett.

5. J. Wray, «Methodism in Leeds». Leeds Reference Library.

dencia, con la autoridad que se le concedía a la Conferencia Anual (escorada con los ministros que el propio Wesley había designado) y su Comité de Privilegios (1803). Los metodistas primitivos fueron expulsados porque se temía que sus reuniones al aire libre derivaran en «tumultos» y sirvieran de precedentes políticos (como de hecho lo fueron); los «metodistas» de «*tent methodist*» y los cristianos de la Biblia, o bryanitas, fueron sometidos a disciplina de forma similar; se les prohibió predicar a las mujeres; se reforzaron los poderes de la Conferencia y de los inspectores de circuito. Se alentó el espionaje de las flaquezas morales de los demás; se hizo más severa la disciplina dentro de las clases; y, después de 1815, se expulsó o se borró del «proyecto» a muchos predicadores locales tanto por «reincidencias» de tipo político, como religioso. En el libro de actas de los predicadores locales de Halifax, encontramos la siguiente entrada: «Bro. M. acusado de asistir a una reunión política, cuando debería haber estado en su clase» (16 de diciembre de 1816); también encontramos allí el alarmado escrito de un corresponsal de Newcastle a Bunting:

... un tema de dolorosa y penosa preocupación, que dos de nuestros predicadores locales (de North Shields) han asistido al inmenso mitin de los Reformistas Radicales ... espero que ninguna parte considerable de nuestros hermanos se encuentre entre los Radicales; pero un pequeño número de nuestros líderes están entre los amigos más acérrimos de su espíritu y proyecto ... y un sentido equivocado de la hermandad ha hecho que algunos de los auténticamente devotos se pongan de su lado. Por lo que se refiere a las amonestaciones, me alegro de decir que varios miembros han dejado sus clases (ya que han adoptado casi toda la organización metodista, de modo que entre ellos son completamente corrientes los términos «Jefes de Clase», «Reuniones de Distrito», etcétera, etcétera). Si los hombres se tienen que adiestrar a estar frente a una multitud con serenidad y adquirir soltura para hablar en público, en las reuniones Misionales y Bíblicas y luego empiezan a emplear la terrible arma moral, que han obtenido de ese modo, para poner en peligro la misma existencia del Gobierno del país, verdaderamente *nosotros* podemos empezar a temblar ...

Esto ocurría en 1819, el año de Peterloo. La respuesta del Comité Metodista de Privilegios a los sucesos de ese año fue hacer pública una circular, que «tiene vestigios claros» de la redacción de Bunting, que expresaba

una firme y decidida desaprobación de ciertas reuniones tumultuosas que se han presenciado últimamente en diversas partes del país; en las cuales han sido reunidas grandes masas de población de forma irregular (a menudo bajo pancartas con las inscripciones más sorprendentes e impías) ... planeadas, a la vez desde los principios paganos, las teorías políticas disparatadas y engañosas, y las arengas incendiarias y violentas ... para desprestigiar a todo gobierno e introducir el descontento universal, la insubordinación y la anarquía.⁶

Al menos Wesley había sido un valiente caballo de guerra; jamás se había excusado a sí mismo; era un exaltado que se había mantenido en pie en la plaza del mercado para que le apedreasen. Bunting, con su «sólida, matemática manera de hablar», es un carácter menos admirable. Su propio consejo era «adaptar tus principios a tus exigencias». «En nuestro trato familiar», informaba un amigo de la época de su ministerio juvenil a su hijo:

su conversación era uniformemente seria e instructiva. Al igual que su ministerio en el púlpito, todas las palabras tenían su lugar apropiado y todas las frases podrían haber sido meditadas con anterioridad. ... Algunas veces el irrefrenable ingenio de tu querida madre interrumpía de pronto nuestra seriedad; pero jamás se le vio de otro modo que en su carácter adecuado como ministro del evangelio de Cristo.

El sabatismo intransigente de Bunting se paraba a corta distancia de donde empezaba su propia conveniencia: «no dudaba en emplear animales, en el necesario cumplimiento de su trabajo pastoral; aunque siempre con la reserva que se imponía a sí mismo ...» Respecto de los niños era otro problema. A menudo estamos tentados de perdonar al metodismo alguno de sus pecados cuando recordamos que al menos proporcionaba una rudimentaria educación a los niños y a los adultos, en sus escuelas dominicales; y a veces se recuerda la feliz imagen dada por Bamford de la escuela de Middleton a finales de la década de 1790, a la que asistían «los grandes muchachos de los mineros del carbón y sus hermanas», y los hijos de los tejedores y los braceros de Whittle, Bowlee, Jumbo y el White Moss. Pero precisamente esta imagen de indisciplina de los primeros metodistas es lo que Bunting no podía perdonar. Cuando, durante su ministerio en Sheffield en 1808, vio que se

6. T. P. Bunting. *op. cit.*, pp. 527-528.

les enseñaba a *escribir* a los niños en la escuela dominical su indignación no tuvo límites. Aquello era «una terrible ofensa al *Sabbath*». Por lo que se refiere a la impropiedad teológica, no podía haber duda alguna: para los niños aprender a leer las Escrituras era un «bien espiritual», mientras que escribir era un «arte secular» del que podía resultar un «provecho temporal». La batalla, de la cual Bunting salió victorioso, empezó en Sheffield (con James Montgomery, que había sido «jacobino», defendiendo la causa de los niños en el *Sheffield Iris*; se repitió de nuevo al año siguiente en Liverpool (1809) con el mismo resultado; y Bunting estuvo en la vanguardia de un movimiento que tuvo un éxito muy amplio en extirpar esa perniciosa «violación» del Día del Señor, hasta la década de 1840. Esta fue, por cierto, una de las formas en que Bunting demostró su valía a nivel nacional.⁷

Quizá era necesaria esta valía para espolear a los niños durante los seis días de la semana. En el caso de Bunting y de sus compañeros parece que tropecemos con una deformidad de la sensibilidad, complementaria de las deformidades laborales de los niños de la fábrica cuyo trabajo no condenaban. En toda la copiosa correspondencia del período de sus primeros ministerios en los núcleos industriales (Manchester, Liverpool, Sheffield, Halifax y Leeds, 1804-1815), entre interminables pequeñas disputas de la Conexión, tonterías moralistas y salaces investigaciones de la conducta privada de mujeres jóvenes, ni él ni sus colegas parecen haber tenido ni un solo escrúpulo respecto de las consecuencias del industrialismo.⁸ Pero los líderes más jóvenes del metodismo no sólo eran culpables de complicidad con el hecho del trabajo infantil por omisión. Debilitaron a los pobres desde su interior, añadiéndoles el ingrediente activo de la sumisión; y alentaron dentro de la iglesia metodista aquellos aspectos más adecuados para componer los elementos psíquicos de la disciplina laboral, de la cual estaban muy necesitados los fabricantes.

En fecha tan temprana como 1787, el Robert Peel de la primera épo-

7. *Ibid.*, pp. 295-297, 312-314, 322-323; Bamford, *Early Days*, pp. 100-101. Es justo señalar que la Iglesia oficial y otras sectas inconformistas también prohibieron enseñar a escribir en domingo.

8. La única causa humanitaria a la que los metodistas como Bunting dieron un apoyo coherente fue a la agitación antiesclavista; pero a medida que pasan los años y el tema se saca a relucir una y otra vez, se empieza a sospechar que aquello que mantenía en alto su estandarte era menos un vestigio de conciencia social que un deseo de desarmar a la crítica.

ca escribió: «He dejado la mayor parte de mis talleres del Lancashire bajo la dirección de metodistas, y me sirven maravillosamente bien.»⁹ Weber y Tawney han analizado de forma tan completa la interpenetración del modo de producción capitalista y la ética puritana que a primera vista poco se puede añadir. Se puede ver el metodismo como una simple extensión de esta ética en un medio social cambiante; y en el hecho de que el metodismo, en la época de Bunting, demostrase estar excepcionalmente bien adaptado, gracias a su exaltación de los valores de la disciplina y el orden y a su opacidad moral, tanto a los propietarios de fábricas, que lo eran por su propio esfuerzo, y a los fabricantes, como a los capataces, vigilantes y grupos que estaban inmediatamente por debajo de los patronos, tenemos a mano un argumento de tipo «económico». Y este argumento —que el metodismo servía como autojustificación ideológica para los patronos-fabricantes y para sus satélites— contiene una parte importante de la verdad. Por cuanto, John Wesley —en un pasaje que a menudo se cita— preveía y deploraba a la vez:

... la religión debe dar lugar a un tiempo a la laboriosidad y a la frugalidad, y éstas sólo pueden producir riqueza. Pero a medida que la riqueza aumenta, lo mismo harán la soberbia, la ira y el amor al mundo. ... ¿Cómo es posible entonces que el metodismo, que es una religión del corazón, aunque hoy florezca como un laurel, pueda continuar en el mismo estado? Porque los metodistas en todos los lugares crecen diligentes y frugales; en consecuencia aumentan sus bienes. Por tanto, aumentan en proporción la soberbia, la ira, el deseo de la carne, el deseo de los ojos, y el orgullo de la vida. Así, aunque permanezca la forma de la religión, el espíritu se desvanece rápidamente.

Muchos propietarios de fábricas metodistas —y, por supuesto, el mismo Bunting— podrían servir como confirmación de ello a principios del siglo XIX.¹⁰ Y sin embargo, el argumento se tambalea en un punto crítico. Porque exactamente en este momento el metodismo obtuvo su mayor éxito al servir *simultáneamente* como religión de la burguesía industrial (aunque en este grupo compartía el terreno con otras sectas inconformistas) y de amplios sectores del proletariado. Ni pue-

9. L. Tyerman, *John Wesley*, 1870, III, p. 499. Véase también J. Sutcliffe, *A Review of Methodism*, York, 1805, p. 37.

10. Véase W. J. Warner, *op. cit.*, pp. 168-180.

de haber duda alguna respecto de la lealtad, profundamente arraigada, de muchas comunidades de la clase obrera (de igual modo entre los mineros, los tejedores, los obreros industriales, los marineros, alfareros y braceros rurales) a la iglesia metodista. ¿Cómo fue posible para el metodismo desempeñar, con una energía tan notable, este doble servicio?

Este es un problema que ni Weber ni Tawney trataron. Los dos estaban preocupados, fundamentalmente, por el puritanismo de los siglos XVI y XVII, y por la génesis del capitalismo comercial; ambos se dedicaron, de manera principal, al desarrollo psíquico y social de la clase media, el primero subrayando el concepto puritano de una «llamada», el segundo los valores de la libertad, la autodisciplina, el individualismo y la ambición. Pero en los dos argumentos está intrínseco que el puritanismo contribuyó a la energía psíquica y a la coherencia social de los grupos de la clase media que se sentían «llamados» o «elegidos» y que se hallaban comprometidos (con algún éxito) en actividades ambiciosas. ¿Cómo debió, entonces, una religión como ésta atraer al naciente proletariado cuya masificación, en un período de dureza excepcional, no les predisponía a ningún sentido de llamada colectiva, cuyas experiencias en el trabajo y en sus comunidades favorecían los valores colectivos más que los individuales, y cuyas virtudes de frugalidad, disciplina o ambición proporcionaban beneficios a sus patronos más que éxito a ellos mismos?

Tanto Weber como Tawney aducen, ciertamente, poderosas razones referentes a la *utilidad*, desde el punto de vista de los patronos, de que se extendieran los valores puritanos o pseudopuritanos a la clase obrera. Tawney analizó la «Nueva Medicina para la Pobreza», con su denuncia de la pereza y la negligencia del trabajador, y su cómoda creencia de que —si el éxito era una señal de elección— la pobreza era, en sí misma, una prueba de vileza espiritual.¹¹ Weber ponía más énfasis en la cuestión crucial para la clase obrera: la disciplina en el trabajo. «Dondequiera que el capitalismo moderno ha empezado su tarea de incrementar la productividad del trabajo humano mediante el incremento de su intensidad —escribió Weber— se ha encontrado con la resistencia enormemente terca del ... trabajo precapitalista.»

La economía capitalista de los tiempos presentes es un cosmos inmenso en el que nace el individuo y que se le presenta ... como un orden

11. R. H. Tawney, *op. cit.*, pp. 227 y siguientes.

de cosas inalterable en el que debe vivir. Obliga al individuo, en la medida que se halla implicado en el sistema de relaciones de mercado, a ajustarse a las reglas de funcionamiento capitalistas.

Pero, cuando surgió el capitalismo industrial, esas reglas de funcionamiento se veían como limitaciones antinaturales y odiosas: el campesino, el bracero rural de los pueblos, que no habían sufrido el proceso de cercado, incluso el artesano urbano o el aprendiz, no medían la remuneración del trabajo exclusivamente en términos de ingresos monetarios, y se rebelaban contra la idea del trabajo disciplinado semana tras semana. En la forma de vida que describe Weber (de manera poco satisfactoria) como «tradicionalismo», «un hombre por naturaleza no desea ganar más y más dinero, sino vivir simplemente de la forma que está acostumbrado y ganar lo que sea necesario con este objeto». Incluso el pago a destajo y otros incentivos pierden su eficacia en un punto determinado, si no existe una coacción interna; cuando ha ganado suficiente, el campesino abandona la industria y vuelve a su pueblo, el artesano se emborracha. Pero, al mismo tiempo, la disciplina opuesta de los salarios bajos es ineficaz en un trabajo que requiere atención o responsabilidad. Lo que se necesita —y aquí Fromm amplía la explicación de Weber— es una «coacción interna» que demostraría ser «más eficaz en canalizar todas las energías hacia el trabajo de lo que cualquier otra coacción externa pueda serlo jamás»:

Contra la coacción externa siempre hay cierta dosis de rebeldía que impide la eficacia del trabajo o incapacita a la gente para realizar cualquier tarea específica que requiera inteligencia, iniciativa y responsabilidad. ... Sin duda el capitalismo no se hubiese podido desarrollar si no se hubiera canalizado la mayor parte de la energía humana hacia el trabajo.

Hay que convertir al trabajador «en su propio capataz de esclavos». ¹²

Los ingredientes de la coacción no eran nuevos. ¹³ Weber apuntó las dificultades que tuvieron los patronos en las industrias de «putting-out»

12. Weber, *op. cit.*, en especial pp. 54, 60-67, 160-161, 178; E. Fromm, *The Fear of Freedom*, edición de 1960, p. 80.

13. Esta disciplina de trabajo tampoco se limita al metodismo. Aquí tratamos al metodismo como el ejemplo sobresaliente de tendencias que también corresponden a la historia del evangelismo y de la mayor parte de sectas inconformistas durante la Revolución industrial.

—en particular en el tejido—, durante el siglo xvii, como consecuencia de los hábitos irregulares de trabajo de los obreros (embriaguez, desfalco de hilo, etc.). En la industria lanera del oeste de Inglaterra —en Kidderminster— el eclesiástico presbiteriano, Richard Baxter, realizó un cambio notable, con su ministerio, en las relaciones laborales; y muchos de los elementos de la disciplina de trabajo metodista se pueden hallar completamente formulados en su *Christian Directory* de 1673. ¹⁴ A lo largo del siglo xviii, los propietarios de las minas, los fabricantes laneros del norte y los algodóneros se encontraban con dificultades parecidas. En general, los mineros del carbón recibían una paga mensual; la queja era que «son de natural turbulento, apasionado y tienen un carácter y un comportamiento rudos»:

Sus ingresos son cuantiosos e inciertos, y su empleo es una especie de trabajo a destajo, cuyo beneficio pocas veces se puede determinar con anterioridad. Esta circunstancia hace que adquieran los hábitos derrochadores de un jugador. ...

Otro rasgo del carácter del minero del carbón es su predilección por los cambios de situación. ... Los cambios anuales son casi tan habituales en los mineros, como el paso de las estaciones. ... Cualesquiera que sean los favores que pueda haber recibido, está dispuesto a considerarlos todos invalidados con el rechazo de una sola petición. ¹⁵

El tejedor que además era pequeño propietario tenía fama de abandonar su trabajo cuando sucedía cualquier emergencia agrícola; la mayor parte de los obreros del siglo xviii cambiaban con mucho gusto sus empleos por un mes de trabajo en la cosecha; muchos de los obreros adultos de las primeras hilanderías tenían «hábitos relajados y errabundos, y pocas veces permanecían por mucho tiempo en el establecimiento». ¹⁶

14. Weber, *op. cit.*, pp. 66-67, 282; Tawney, *op. cit.*, pp. 198 y siguientes. Los escritos de Baxter eran lecturas preferidas entre los primeros metodistas, y se reimprimieron muchas veces en las primeras décadas del siglo xix.

15. *Report of the Society for Bettering the Condition of the Poor*, I, 1798, pp. 238 y siguientes; relato de los mineros del carbón del duque de Bridgewater (cerca de Manchester). Los mineros del carbón del duque tenían fama de ser «más morales» que la mayoría, y «algunos de los representantes del duque son personas religiosas y han fundado escuelas dominicales ...»

16. A. Redford, *op. cit.*, pp. 19-20. En fecha tan tardía como la década de 1830, Samuel Greg se lamentaba de «ese espíritu inquieto y migratorio que es una de las características peculiares de la población fabril».

Algunos de los problemas de dirección de las primeras empresas se indican en la lista de multas de los talleres Etruria de Wedgwood:

... Cualquier obrero que golpee, o maltrate de forma parecida, a un vigilante perderá su empleo.

Cualquier trabajador que tenga cerveza o licor en la fábrica durante las horas de trabajo, pagará una multa de 2/—.

Cualquier persona que practique el juego de pelota contra cualquiera de las paredes en las que hay ventanas, pagará una multa de 2/—. ¹⁷

Tanto si sus obreros estaban empleados en una fábrica como si lo estaban en sus casas, el patrono-fabricante de la Revolución industrial estaba obsesionado con estos problemas de disciplina. Los trabajadores a domicilio necesitaban (desde el punto de vista de los patronos) ser educados en cuanto a los hábitos «metódicos», atención meticulosa a las instrucciones, cumplimiento de los contratos a tiempo y en cuanto a la maldad de malversar los materiales. Hacia la década de 1820 (nos dice un contemporáneo) «la gran mayoría de los Tejedores» estaban «profundamente imbuidos de las doctrinas del Metodismo». Algunos de los hombres que, gracias a sus propios esfuerzos, eran ahora sus patronos, eran metodistas o disidentes cuya frugalidad —como había predicho Wesley— había producido riqueza. Éstos tenderían a favorecer a sus compañeros de religión, ya que en ellos encontraban una «garantía de buena conducta» y «una conciencia de la importancia del carácter». ¹⁸ Las tradiciones «artesanas» de los tejedores, con su acento en los valores de la independencia, ya les había preparado para alguna variante de la religión puritana. ¹⁹ Y ahora, ¿qué decir de los obreros fabriles?

En el libro del doctor Andrew Ure, *Philosophy of Manufactures* (1835) —un libro que, con su invocación satánica, influenció mucho a Engels y a Marx— encontramos una completa anticipación del argumento de tipo «económico» que explica la función de la religión como

17. V. W. Bladen, «The Potteries in the Industrial Revolution», *Econ. Journal* (suplemento), 1926-1929, I, p. 130. Véase también M. McKendrick, «Josiah Wedgwood and Factory Discipline», *His. Journal*, IV, I (1961), p. 30. La intención de Wedgwood era «convertir a los Hombres en Máquinas que no se puedan equivocar».

18. R. Guest, *A Compendious History of the Cotton Manufacture*, 1823, pp. 38, 43.

19. Durante el siglo XVII las sectas puritanas tenían muchos seguidores entre los tejedores, pero —si exceptuamos el oeste de Inglaterra— esta tradición tuvo una corta vida durante los primeros años del siglo XVIII.

disciplina del trabajo. Para Ure, el término fábrica: «acarrea la idea de un vasto autómatas compuesto por varios órganos mecánicos e intelectuales, que actúan con una coordinación ininterrumpida para la producción de un objeto común, y todos ellos están subordinados a una fuerza motriz que se regula de forma automática.» «La dificultad principal» del sistema fabril no se hallaba tanto en la tecnología como en la «organización de los diferentes miembros del aparato en un cuerpo cooperativo», y, sobre todo, «en el adiestramiento de los seres humanos para que renunciasen a sus hábitos de trabajo poco regulares y se identificasen con la regularidad invariable del complejo autómatas»:

La hercúlea empresa, la noble consecución de Arkwright, fue idear y poner en práctica un código de disciplina logrado, que fuese adecuado a las necesidades de celeridad de la fábrica. Incluso en la actualidad, cuando el sistema está perfectamente organizado, y el trabajo ha sido aligerado al máximo, se hace casi imposible convertir a las personas que han pasado la pubertad, tanto si provienen de ocupaciones rurales como artesanas, en mano de obra fabril útil. Después de luchar durante un período de tiempo para someter sus hábitos apáticos o levantiscos, o bien renuncian espontáneamente al empleo, o los vigilantes les despiden debido a su poca atención.

«Someter los caracteres obstinados de los obreros, acostumbrados a paroxismos irregulares de actividad, requería, de hecho, un hombre de nervio y ambición napoleónicos ... Esto era Arkwright.» Además, cuanto más cualificado era un obrero, más difícil de someter a disciplina se volvía, «más terco, y ... un componente menos adecuado de un sistema mecánico, en el que, debido a irregularidades circunstanciales, se podían provocar grandes perjuicios al conjunto». Por ello, los fabricantes tenían la intención de eliminar cualquier proceso que exigiera «una habilidad y una regularidad de manipulación particular, ... de manos del astuto trabajador» y ponerlo a cargo de un «mecanismo regulado de forma tan automática, que hasta un niño pudiese supervisarlos». «Por lo tanto, el gran objetivo del fabricante moderno es, mediante la unión del capital y la ciencia, reducir la tarea de sus obreros al ejercicio de vigilancia y destreza, facultades ... que en los jóvenes alcanzan la perfección con rapidez». ²⁰

20. Ure, *op. cit.*, pp. 13-21. Cf. también p. 23: «De hecho, el objetivo permanente y la tendencia de todas las mejoras de la maquinaria es reemplazar totalmente el traba-

Para los niños, la disciplina del vigilante y de la maquinaria podían ser suficientes; pero para los que habían «pasado la pubertad» eran necesarias coacciones internas. De ahí que Ure dedicara una parte de su libro a la «Economía Moral del Sistema Fabril», y un capítulo especial a la religión. El obrero irredento era una criatura terrible a los ojos de Ure; una víctima de «los demagogos astutos»; continuamente dado a las conspiraciones y las asociaciones secretas; capaz de cualquier atrocidad contra sus patronos. Los elevados salarios que cobraban los hilanderos de algodón les permitían «comer caprichosamente durante los achaques nerviosos provocados por una dieta demasiado rica y excitante para sus actividades que se desarrollaban en locales cerrados»:

Las fábricas concentran, de forma natural, a un gran número de población en un espacio reducido; dan todas las facilidades para las conspiraciones secretas ... ; comunican información y energía a los espíritus vulgares; con sus generosos salarios proporcionan los recursos pecuniarios de la revuelta ...

En tales circunstancias, las escuelas dominicales constituían un «espectáculo sublime». El comité de la escuela dominical de Stockport, construida en 1805, se felicitaba por el «decoro» que se había mantenido en la ciudad, en 1832, en una época en que reina la «excitación política» por doquier: «es casi imposible acercarse a la ciudad ... sin tropezar con una o más de esas silenciosas fortalezas, que una sabia generosidad ha construido frente a los abusos del vicio y la ignorancia». Y Ure extraía una lección moral de ello, no sólo respecto de la subordinación política general, sino respecto del propio comportamiento en la fábrica: «Una mirada experimentada detecta con facilidad la inobservancia de la disciplina moral, en cualquier establecimiento, por el desorden del sistema general, las irregularidades de las máquinas individuales, la pérdida de tiempo y de material ...» El simple pago de los salarios jamás podría asegurar unos «servicios cuidadosos». El patrono que descuidase las consideraciones y fuese él mismo «un extraño para las abnegadas bendiciones del Evangelio»

jo humano, o disminuir su coste, sustituyendo el trabajo de los hombres por la laboriosidad de las mujeres y los niños; o el de los artesanos cualificados por el de simples peones.» Como expresión de las intenciones de los propietarios de las fábricas es interesante y aplicable a la industria textil; pero como expresión de una «ley» del desarrollo capitalista, quizá Marx y Engels dieron demasiado crédito a las afirmaciones de Ure.

sabe que está destinado exclusivamente al servicio de vigilancia, y por lo tanto ejercerá la más estrecha vigilancia para impedir que sus obreros le dominen, pero lo hará en vano; ellos en su totalidad, como si de un instinto natural se tratase, conspiran contra un patrono como él. Por mucho que se esfuerce, nunca podrá imponer un funcionamiento superior. ...

Por lo tanto, es de sumo interés para todo empresario *organizar su maquinaria moral sobre principios tan sólidos como los de la mecánica*, porque de otro modo nunca dispondrá de las manos aplicadas, los ojos vigilantes y la cooperación rápida, que son esenciales para la excelencia del producto. ... De hecho, no hay otro caso al que se pueda aplicar mejor la verdad Evangélica «La Piedad es un gran beneficio», que a la administración de una gran fábrica.²¹

De este modo se completa el argumento. El sistema fabril exige una transformación de la naturaleza humana, los «paroxismos de trabajo» del artesano y el trabajador a domicilio se deben someter a disciplina hasta que el trabajador se adapte a la disciplina de la máquina.²² ¿Pero, cómo se les deben inculcar esas virtudes disciplinarias a aquellos cuya Piedad, probablemente, no les reportará ningún beneficio temporal (a no ser que lleguen a ser vigilantes)? Sólo se puede conseguir inculcando «la primera y gran lección ... que el hombre debe esperar su completa felicidad, no en el presente, sino en un estado futuro». El trabajo se debe emprender como un «acto de virtud puro ... inspirado por el amor a un Ser superior, que actúa ... sobre nuestra voluntad y nuestros afectos»:

¿Dónde encontrará la humanidad este poder transformador?: en la cruz de Cristo. Es el sacrificio que borra la culpa del pecado; es el móvil que acaba con el amor al pecado; mortifica al pecado mostrando que su vileza es imborrable si no es con esta terrible expiación; expía la desobediencia; motiva la obediencia; proporciona fuerza para la obediencia; hace que la obediencia sea factible; la convierte en aceptable; la hace de algún modo inevitable, porque la convierte en necesaria; no sólo es, por fin, el motivo para la obediencia, sino el modelo de ella.²³

21. *Ibid.*, III, caps. 1 y 3. La cursiva es mía.

22. Cf. D. H. Lawrence en *The Rainbow*: «Creen que deben transformarse para adecuarse a la mina y al empleo, en vez de transformar las minas y los empleos para que se adecúen a ellos. Es más fácil.»

23. Ure, *op. cit.*, pp. 423-425.

Así pues, Ure es el Richard Baxter de *Cottonopolis*.^{*} Pero llegados a este punto debemos descender desde sus alturas trascendentales para considerar, con mayor brevedad, los problemas mundanos de la teología. Es evidente que, en 1800, había suficientes sofismas en la teología de todas las iglesias inglesas asequibles, para reforzar el propio sentido de autoestima de los fabricantes. Tanto si tenía una fe jerárquica, como si se sentía elegido, o consideraba que su éxito era una prueba de gracia o de piedad, sentía pocos impulsos para cambiar su residencia junto a la fábrica en Bradford, por una celda monástica en Bardsey Island. Pero la teología metodista, gracias a su oportunismo inmoral, estaba mejor adaptada que cualquier otra para servir como religión de un proletariado cuyos miembros no tenían la más mínima razón, por lo que a experiencia social se refiere, para considerarse «elegidos». Wesley parece haber prescindido, en su teología, de los mejores elementos del puritanismo y haber seleccionado, sin vacilar, sus peores elementos: si en términos de clase el metodismo era hermafrodita, en términos doctrinales era un mulo. Ya hemos observado la ruptura del metodismo con las tradiciones intelectuales y democráticas de la Vieja Disidencia. Pero en cambio, las doctrinas de sumisión a la autoridad de Lutero podrían haber servido como texto para cualquier conferencia wesleyana de los años posteriores a 1789:

Incluso en el caso de que los que detentan la autoridad sean malvados o no tengan fe, no obstante la autoridad y su poder es buena y proviene de Dios. ...

Dios preferiría sufrir que exista el gobierno, sin importarle cuán malvado fuera, que permitir a la canalla que se amotinase, sin importarle cuán justificado estuviera que lo hiciesen ...

(Sin embargo, Jabez Bunting, a diferencia de Lutero, jamás hubiese admitido la idea de que se pudiese «justificar» a la canalla.) Se han apuntado a menudo los sesgos luteranos generales del wesleyanismo.²⁴ La

* La Ciudad del Algodón, es decir, Manchester. (*N. de la t.*).

24. Weber, cuando trata brevemente el metodismo en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, exagera los elementos calvinistas de su teología, y por esa razón no captó su especial capacidad de adaptación como religión del proletariado. Así, lleva demasiado lejos el sentido de «llamada» entre los wesleyanos, en especial cuando intenta aplicarlo a la «llamada» del obrero, una doctrina que en Inglaterra tiene menos importancia que la de la sumisión y la obediencia.

adhesión de Wesley a la doctrina de la universalidad de la gracia era incompatible con la idea calvinista de la «elección». Si la gracia era universal, también lo era el pecado. Cualquier hombre que llegase a declararse culpable de pecado podría ser visitado por la gracia y podría saberse redimido por la sangre de Cristo. Así, lejos como está de ser una doctrina del igualitarismo espiritual, al menos supone la existencia de una igualdad de oportunidades en el pecado y en la gracia, tanto para los ricos como para los pobres. Y como religión «del corazón» más que del intelecto, los más simples y menos educados podían tener esperanza de alcanzar la gracia. En este sentido, el metodismo suprimía todas las barreras doctrinales y sociales y abría sus puertas de par en par a la clase obrera. Y esto nos recuerda que también el luteranismo era una religión de los pobres; y que, como anunció Munzer y Lutero aprendió a su costa, el igualitarismo espiritual tenía tendencia a rebasar sus orillas y a fluir por los canales temporales, ocasionando de ese modo una tensión constante en los credos luteranos que también se reprodujo en el metodismo.

Pero la redención de Cristo era sólo provisional. En este punto la doctrina de Wesley no estaba establecida. Jugaba con la idea de que la gracia era perpetua una vez que había visitado al penitente, y de este modo una forma desaparecida de calvinismo (ahora el «elegido» se había convertido en el «redimido») volvía a entrar por la puerta trasera. Pero a medida que el siglo XVIII avanzaba lentamente la doctrina de la justificación mediante la fe se consolidaba, quizá debido a la evidencia de que multitud de quienes habían sido «redimidos» en las campañas del resurgimiento recaían en sus viejas costumbres después de años o sólo meses. De este modo, se convirtió en doctrina que el perdón del pecado sólo duraba mientras el penitente siguiera sin pecar. Los hermanos y hermanas que habían sido «redimidos» se encontraban en un estado condicional, de elección provisional. Siempre era posible «recaer», y, teniendo en cuenta la fragilidad humana, eso era, a los ojos de Dios y de Jabez Bunting, más que probable. Además Bunting se esmeró en señalar que desde el punto de vista de Dios:

La naturaleza del pecado no cambia, mediante el perdón del pecador, para que deje de ser «censurable en extremo». Se perdona el castigo, y desaparece la obligación de sufrir dicho castigo; pero por naturaleza todavía lo merece, aunque graciosamente se perdona. De ahí provienen la conveniencia y el deber de seguir confesando y lamentan-

do incluso los pecados perdonados. Aunque estemos libres de sus perjudiciales consecuencias gracias a un acto de clemencia divina, deberíamos seguir recordando que nuestro lugar apropiado ante Dios es el polvo de la humillación ...²⁵

Pero existen complejidades adicionales para la doctrina. Sería presuntuoso suponer que un hombre se pudiese salvar *a sí mismo* mediante un acto de voluntad propia. La salvación era prerrogativa de Dios, y todo lo que un hombre podía hacer era prepararse para la redención, mediante la humillación absoluta. Sin embargo, una vez convencido de la gracia e introducido completamente en la hermandad metodista, «recaer» no era una cuestión que un hombre o una mujer pudiesen tomar a la ligera. Podía significar la expulsión del único grupo comunitario que conocían en el desierto de la Revolución industrial; y significaba el miedo, siempre presente, a una eternidad futura de castigo espeluznante:

Hay un infierno espantoso
Y tormentos perpetuos,
Donde los pecadores deben vivir con los demonios
En medio de la oscuridad, el fuego y las cadenas.*

Entonces, ¿cómo seguir en gracia? No mediante las buenas obras, puesto que Wesley había elevado la fe por encima de las obras: «Sólo debéis ocuparos de salvar las almas». Las obras eran las trampas de la soberbia y las mejores obras estaban mezcladas con la escoria del pecado; aunque —mediante otra estratagema oportunista— las obras podían ser una *señal* de gracia. (Aquí nos encontramos con un calvinismo residual dirigido a los propietarios de las fábricas y a los tenderos.) Puesto que este mundo es la antesala de la eternidad, las cosas temporales como la riqueza y la pobreza importan muy poco: los ricos podrían dar pruebas de gracia sirviendo a la iglesia (particularmente, construyendo templos para sus propios obreros). Los pobres eran afortunados por tener

25. Jabez Bunting, *Sermon on Justification by Faith*, Leeds, 1813, p. 11. La metáfora de Bunting nos recuerda que en enero del mismo año (1813), algunos luditas habían sufrido las máximas «consecuencias penales» en la horca, mientras que otros habían visto su pena «graciosamente rebajada» a 40 años de deportación.

* There is a dreadful hell / And everlasting pains, / Where sinners must with devils dwell / In darkness, fire and chains.

menos tentaciones provenientes de «el deseo de la carne, el deseo de los ojos y el orgullo de la vida». Tenían más probabilidades de permanecer en gracia, no debido a su «llamada», sino porque debían hacer frente a menos tentaciones de recaer.

Se presentaban tres medios seguros de preservar la gracia. Primero, a través del servicio a la misma iglesia, como jefe de clase, predicador local o en ocupaciones más humildes. Segundo, a través del cultivo de la propia alma, en los ejercicios religiosos, la lectura de los tratados, pero sobre todo en los esfuerzos por reproducir las convulsiones emocionales de la conversión, contrición de los pecados, penitencia y visita de la gracia. Tercero, a través de una metódica disciplina en todos los aspectos de la vida. Sobre todo, en el trabajo mismo (que, al ser humilde y desagradable, no se debe confundir con las buenas obras), que se lleva a cabo sin ulteriores motivos que no sean (como dijo el doctor Ure) «un acto de virtud puro», hay una señal evidente de gracia. Además, la maldición de Dios sobre Adán, cuando fue expulsado del Jardín del Edén, daba un apoyo doctrinal irrefutable a la bendición del trabajo arduo, la pobreza y el dolor durante «todos los días de tu vida».

Podemos ver ahora la extraordinaria correspondencia entre las virtudes que el metodismo inculcaba y los desiderata del utilitarismo.²⁶ El doctor Ure señala el punto de confluencia, en su consejo al propietario de la fábrica de «organizar su maquinaria moral sobre principios tan sólidos como los de la mecánica». Desde este punto de vista, el metodismo fue el desierto paisaje interior del utilitarismo en una época de transición hacia la disciplina laboral del capitalismo industrial. A medida que los «paroxismos de trabajo» del trabajador manual se disciplinan y sus impulsos hacia la inactividad se ponen bajo control, aumentan sus paroxismos emocionales y espirituales. La otra cara de la moneda del deshumanizado estilo en prosa de Edwin Chadwick y el doctor Kay son los rastros folletos de confesiones. La «marcha del intelecto» y la represión del corazón van al unísono.

Pero Wesley había declarado que el metodismo era, por encima de

26. Weber y Tawney, por supuesto, dirigen su atención al desarrollo paralelo de los dogmas puritano y utilitario: cf. Tawney, *op. cit.*, p. 219: «Algunos de los eslabones de la cota de malla utilitarista habían sido forjados por los teólogos puritanos del siglo xvii.» Sin embargo, fue el metodismo el que forjó los últimos eslabones de las cadenas utilitaristas que ataban al proletariado.

todas las cosas, una «religión del corazón». Precisamente sus diferencias más marcadas respecto de las sectas puritanas más viejas estaban en el «entusiasmo» y los éxtasis emocionales.²⁷ Podríamos apuntar algunas de las etapas acostumbradas de la experiencia religiosa, a partir de un folleto característico que describe la conversión de un marinero, Joshua Marsden, durante la década de 1790. Estos folletos siguen, normalmente, un modelo convencional. En primer lugar, están las descripciones de una juventud pecaminosa: maldiciones, juego, embriaguez, pereza, sexualidad disoluta o simple «deseo de la carne».²⁸ Luego sigue, o bien alguna experiencia dramática que hace al pecador consciente de la muerte (una curación milagrosa de una enfermedad mortal, un naufragio o la muerte de la esposa o los hijos); o bien algún encuentro casual con la palabra de Dios, en el que el pecador empieza mofándose, pero acaba por descubrir el camino de la salvación. Nuestro marinero tuvo todas estas experiencias. Un naufragio le dejó «temblando de horror al borde del abismo húmedo y ardiente, ... los fantasmas de sus pecados pasados pasaron por delante de él con pálidas formas». Una grave enfermedad «le condujo, sollozante y traspasado de dolor, a un trono de gracia», «extinguidos y consumidos sus deseos sensuales», y «le mostró el horror de morir en la ignorancia de Cristo». Cuando un amigo le invitó a una reunión de clase metodista, «su corazón se deshizo en sollozos como el de un niño. Las lágrimas corrían por sus mejillas como riachuelos». A continuación viene la larga prueba de la intercesión para el perdón y la lucha con la tentación de reincidir en la anterior vida de pecado. Sólo la gracia puede abrir «los siete sellos de la creencia con los que la ignorancia, la soberbia, la falta de fe, la enemistad, el egoísmo, la lujuria y la codicia cierran el corazón del pecador». Una y otra vez sucumbe el penitente, durante su «noviciado», a «tentaciones» oscuramente indicadas:²⁹

27. Exceptuando, por supuesto, a los bautistas, particularmente en Gales.

28. Para un ejemplo sacado de este folleto, véase p. 48 más arriba.

29. El lenguaje sugiere a menudo que el componente objetivo del «pecado» era la masturbación. Y esto se podía deducir claramente de tres hechos: 1) La naturaleza introvertida del estado de abstracción en que se hallaba el penitente. 2) La obsesiva enseñanza metodista referente a lo pecaminoso de los órganos sexuales. 3) El hecho de que se esperaba que los hijos de los metodistas adquiriesen sentido del pecado hacia la edad de la pubertad. Véase G. R. Taylor, *The Angel Makers*, 1958, p. 326, para el aumento de la literatura sobre este tema durante esos años.

A pesar de todo, a veces era arrebatado por la violencia y el ímpetu de la tentación, que atraía sobre él toda la angustia de un espíritu desesperado. Después de ser vencido por el pecado, redoblaría sus plegarias. ... A veces el miedo de morir en estado de culpa agitaba mucho su espíritu, y le impedía dormirse por miedo a despertarse en la vida eterna.

Cuando el «deseo de la carne» ha sido humillado hasta cierto punto, el «Enemigo» pone tentaciones espirituales más sutiles en el camino del penitente. Entre ellas, la más importante es *cualquier* actitud que conduzca a la «dureza de corazón»: la frivolidad, la soberbia, pero sobre todo la tentación de «comprar la salvación» con buenas obras en vez de esperar con paciencia hasta «recibirla como obsequio de Dios, a través de las virtudes infinitas del sangrante Redentor». La doctrina de las buenas obras es «esa doctrina Hebrea y Católica de la valía humana». Así, la «dureza de corazón» es cualquier rasgo del carácter que se resista a la sumisión completa:

Antes de que Dios pueda perdonarnos libremente ... debe aplastar nuestra falsedad, marchitar la flor de la esperanza altanera, quitar el sostén de la confianza en uno mismo, despojarnos de la envoltura de la virtud no cristiana, detener la jactancia farisea de independencia, y conducir al pecador, culpable, avergonzado, ruboroso, desesperado, a los pies de la Cruz.

Llegados a este punto de humillación, «todas sus esperanzas parecían un yermo desierto». Pero «ahora había llegado el momento de la redención». En la fiesta del amor del templo metodista, el penitente se arrodillaba en el reclinatorio «y, en una situación de tormento del alma, empezaba a luchar con Dios». Aunque «el enemigo se enfurecía y avanzaba hacia él como una marea»,

Algunos de los líderes, con algunas mujeres piadosas, entraron en la galería, y se unieron para interceder por él ante el trono de gracia: cuanto más rezaban, más aumentaba su dolor y su carga, hasta que por fin quedó casi agotado; y empezó a sudar ... y se tendió en el suelo del reclinatorio casi sin poder moverse. Sin embargo, este fue el momento de la redención. ... Sintió lo que no puede describir palabra alguna, y pareció que algo, como la presencia de Dios que penetraba en su cuerpo, se posaba en él; se levantó de un salto y sintió que podía confiar en Cristo gracias a la fe.

A partir de este momento la «carga del pecado disminuyó». «La nueva creación se manifestó con nuevas bellezas morales: amor, alegría, esperanza, paz, respeto filial, gozo en Cristo, tierna confianza, deseo de una comunión más estrecha y una conformidad más plena. ... Un nuevo reino de virtud se estableció en su corazón.» La gloria de Dios se convirtió en «el fin de cada acción». Pero la salvación era condicional; la creencia en la gracia coexistía con el conocimiento de que el hombre «es un pobre, ciego, perdido, desdichado, miserable y (sin la gracia divina) indefenso pecador».³⁰

Nuestro pecador ha sido pues «trasladado desde el poder de Satanás al reino y a la imagen del querido Hijo de Dios». Y en la fantástica expresión figurada podemos ver la penosa experiencia psíquica mediante la cual la estructura del carácter del rebelde bracero o artesano preindustrial se reconvirtió de manera violenta en la del sumiso obrero industrial. Aquí está, por cierto, el «poder transformador» de Ure. Es un fenómeno, que podría considerarse casi diabólico en su penetración hasta las mismas fuentes de la personalidad, dirigido a la represión de las energías emocionales y espirituales. Pero «represión» es un término engañoso; no se trató tanto de inhibir esas energías como de desplazarlas de su expresión en la vida personal y social, y confiscarlas para ponerlas al servicio de la iglesia. Los templos ennegrecidos, parecidos a cajas, se levantaban en los distritos industriales como grandes trampas para la psique humana. Dentro de la misma iglesia había un drama emocional constante de reincidentes, confesiones, incursiones contra Satanás y ovejas descarriadas; uno sospecha que, en particular, la hermandad piadosa encontró en esto uno de los grandes «consuelos» de la religión. Para los más intelectuales había el drama espiritual de:

pruebas, tentaciones, muerte del alma, dudas, luchas, tristeza, manifestaciones, victorias, frialdades, delirios, persecuciones, redenciones, ayudas, esperanzas, respuestas a la plegaria, interposiciones, consuelos, quejas ... convulsiones del alma, profesiones de fe, guías a través de los laberintos de las oscuras dispensas ... pruebas de fuego, y socorro en el momento de hundirse.³¹

30. Joshua Marsden, *Sketches of the Early Life of a Sailor* (autobiografía en tercera persona), Hull, sin fecha, *passim*.

31. *Sketches of the Early Life of a Sailor*, pp. 104, 111.

Pero lo que se debe subrayar es el *carácter intermitente* del sentimentalismo wesleyano. Lo que más a menudo destacaban los contemporáneos del carácter cotidiano del metodismo, o de la vida doméstica metodista, era su actitud metódica, disciplinada y reprimida. Es la paradoja de una «religión del corazón» que sería célebre por la inhibición de toda espontaneidad. El metodismo sólo aprobaba las «emociones del corazón» cuando se daban en acontecimientos de la iglesia; los metodistas escribieron himnos, pero no poesía secular importante; durante estos años, la idea de un amante metodista apasionado es ridícula. («Evita todo tipo de pasiones», aconsejaba Wesley.) Aunque la palabra es desagradable, es difícil no ver en el metodismo de estos años una forma ritualizada de masturbación psíquica. Las energías y las emociones que eran peligrosas para el orden social, o que simplemente eran improductivas (en el sentido del doctor Ure) se liberaban en la inofensiva forma de esporádicas fiestas del amor, vigiliias nocturnas, reuniones musicales o campañas de resurgimiento. En estas fiestas del amor, después de los himnos y del ceremonial corte del pastel o del bizcocho de agua, hablaba el predicador, de una tosca manera emocional, de sus experiencias espirituales, tentaciones y luchas con el pecado: «Mientras el predicador está así ocupado, del público salen susurros, gemidos, deseos piadosos, y... exclamaciones de plegaria o elogio, en todas las direcciones.» En la tensión que seguía a esto, los miembros individuales de la congregación se levantaban y hacían sus confesiones íntimas de pecado o tentación, que a menudo tenían una implicación sexual. Un observador advirtió la «timidez y los signos evidentes de agitación interior de que había dado muestras la parte más joven de las mujeres, justo antes de levantarse para hablar».³²

El metodismo —escribió Southey— convirtió la religión en «una cuestión de sensación y pasión, anhelando perpetuamente sentimientos y excitantes».³³ Esos orgasmos de sentimiento del *Sabbath* hacían posible, con mayor facilidad, la firme canalización cotidiana de esas energías hacia la consumación del trabajo productivo. Además, puesto que la salvación nunca estaba asegurada y las tentaciones estaban por todas partes al acecho, había un estímulo constante para el comportamiento «discreto y laborioso» —signo visible de la gracia— todas las horas

32. Joseph Nightingale, *Portraiture of Methodism*, 1807, pp. 203 y siguientes.

33. R. Southey, *Life of Wesley and Rise and Progress of Methodism*, edición de 1890, 318 y siguientes.

del día y todos los días del año. Las consecuencias de la indisciplina en el trabajo podían ser no sólo «el saco»,* sino además las llamas del infierno. Dios era el vigilante más atento de todos. Incluso colgaba sobre la campana de la chimenea la frase, «Dios me ve». Al metodista se le había enseñado no sólo a «soportar su Cruz» de pobreza y humillación; la crucifixión era (tal como opinaba Ure) el mismo modelo de su obediencia: «Los verdaderos seguidores de nuestro Cordero sangrante, morimos Ahora en Tu cruz cotidiana ...»³⁴ El trabajo era la Cruz de la que pendía el obrero industrial «transformado».

Pero esta nueva dirección de los impulsos no podía realizarse sin una desorganización capital de la personalidad humana. Podemos analizar por qué Hazlitt describió a los metodistas como «una colección de religiosos inválidos». ³⁵ Si Wesley tomó su autoritarismo de Lutero, de los eclesiásticos puritanos ingleses del metodismo del siglo xvii adoptó la falta de alegría: una vida metódica y disciplinada «combinada con la evitación estricta de todos los placeres espontáneos». ³⁶ De ambos adoptó el sentido casi maniqueo de culpabilidad en la perversión del hombre. Y, como adiciones gratuitas, los Wesley absorbieron y transmitieron en sus himnos y escritos el extraño fenómeno de la necrofilia de principios de siglo xviii y las perversas metáforas que constituyen el aspecto menos agradable de la tradición morava. Weber ha apuntado la conexión que hay entre la represión sexual y la disciplina de trabajo en las enseñanzas de eclesiásticos como Baxter:

El ascetismo sexual del Puritanismo sólo difiere en grado, no en cuanto a principio fundamental, del de la vida monástica; y debido a la concepción puritana del matrimonio, su influencia práctica tiene mayor alcance que la del segundo. Puesto que la relación sexual sólo se permite, incluso dentro del matrimonio, como el medio ordenado por Dios

* Castigo que consistía en ser metido dentro de un saco, cosido éste, y luego ahogado. En la antigua Roma era el castigo reservado a los parricidas. (N. de la t.)

34. J. E. Rattenbury, *The Eucharistic Hymns of John and Charles Wesley*, 1948, p. 240:

Arrojamos nuestro pecado a ese fuego
Que tu sacrificio purificó,
Y todo deseo vil y vano
Al juicio diario de la cruz.

35. W. Hazlitt, «On the Causes of Methodism», *The Round Table* (1817), *Works*, IV, pp. 57 y siguientes.

36. Weber, *op. cit.*, p. 53.

para aumentar Su gloria de acuerdo con el mandato «Creced y multiplicaos». Junto con una moderada dieta vegetariana y baños fríos, se da la misma prescripción para todas las tentaciones sexuales que contra las dudas de tipo religioso y una sensación de indignidad moral: «Trabaja con ahínco para ganar tu llamada.»³⁷

El metodismo está impregnado de enseñanzas referentes a lo pecaminoso de la sexualidad y a la extremada maldad de los órganos sexuales. Éstos —y en especial los órganos sexuales masculinos (puesto que iba en aumento la opinión de que las mujeres no podían sentir «el deseo de la carne») — eran las ciudadelas carnales visibles de Satanás, la fuente de continuas tentaciones y de incontables impulsos sumamente desordenados (a menos que estuvieran dirigidos a la procreación intencionada y piadosa) e improductivos.³⁸ Pero la obsesiva preocupación del metodismo por la sexualidad es, en sí misma, reveladora del pervertido erotismo de las metáforas metodistas. Hemos observado ya, en la conversión de John Nelson, la identificación de Satanás con el falo. Habitualmente, Dios es una simple imagen del padre, vengativa, autoritaria y prohibitiva, ante quien Cristo debe interceder, el Cordero del sacrificio «sangrante e implorando Gracia/ Para todas las Almas Humanas». Pero la asociación de Cristo a una imagen sexual femenina —o, con mayor frecuencia, ambivalente— es más complicada y desagradable.

Aquí nos enfrentamos a estratos y más estratos de simbolismo contradictorio. Cristo, que es la personificación del amor al que se dirigen la gran mayoría de los himnos wesleyanos, es a veces maternal, edípico, sexual y sadomasoquista. A menudo se ha subrayado la extraordinaria asimilación de las heridas y las imágenes sexuales en la tradición morava. El hombre, como «gusano» pecador, debe encontrar «Alojamiento, Cama y Comida en las Heridas del Cordero». Pero la metáfora sexual se transfiere con facilidad a la metáfora del útero. La «querida pequeña abertura del sagrado, amado e infinitamente bello pequeño costado» es también el refugio del pecado en el que «el Regenerado descansa y respira»:

37. *Ibid.*, pp. 158-159.

38. Sólo teniendo en cuenta hasta qué punto esta obsesión impregnó la cultura inglesa —y en particular la cultura de la clase obrera— puede llegar a entenderse por qué Lawrence se sintió impulsado a escribir *Lady Chatterley's Lover*. (Hay trad. cast.: *El amante de Lady Chatterley*. El libro de bolsillo, Alianza Editorial, Madrid, 1980.)

Oh, querida abertura del Costado hendido
 Deseo vivir dentro de ti. ...
 Ahí, en la alegría divina del Costado hendido,
 Pasaré mis Días futuros.
 Sí, sí, permaneceré por siempre
 Ahí, donde tu Costado fue hendido.³⁹

Aquí parecen estar asimiladas la metáfora sexual y «de regresión al útero». Pero después de que los Wesley rompieran con los hermanos moravos, el lenguaje de sus himnos y la acusación persistente de herejía antinomiana entre las comunidades moravas llegó a ser un escándalo público. En los himnos de John y Charles Wesley se reprimió de manera consciente la metáfora sexual abierta, y se dio paso a la metáfora del útero y las entrañas:

¡Venid, hermanos míos, pecadores, venid,
 Gimiendo bajo vuestra carga de pecado!
 Su corazón sangrante os hará sitio.
 Su costado abierto os acogerá ...*

Esta metáfora está, sin embargo, subordinada a la abrumadora imagen del sacrificio de la sangre, como si las tradiciones subterráneas del sacrificio mitraico de la sangre, que preocupaban a la iglesia cristiana primitiva, salieran de pronto a borbotones en el lenguaje de los himnos metodistas del siglo XVIII. Ahí está el «amor sangrante» de Cristo, la sangre del Cordero del sacrificio en la que deben bañarse los pecadores, la asociación del sacrificio con la culpa del penitente. Ahí está la «fuente» que «brota de Su costado, / Abierta de modo que todos puedan entrar»:

La fuente de Tu Sangre todavía
 Se mantiene abierta de par en par para los pecadores;
 Ahora, incluso ahora, Señor mío y Dios mío,
 Me purifico en Tu costado.**

39. Véase R. A. Knox, *Enthusiasm*, Oxford, 1950, pp. 408-417; G. R. Taylor, *op. cit.*, pp. 166-167. (O precious Side-hole's cavity / I want to spend my life in thee ... / There in one Side-hole's joy divine, / I'll spend all future Days of mine. / Yes, yes, I will for ever sit / There, where thy Side was split.)

* Come, O my guilty brethren, come, / Groaning beneath your load of sin! / His bleeding heart shall make you room, / His open side shall take you in ...

** Still the fountain of Thy blood / Stands for sinners open'd wide; / Now, even now, my Lord and God, / I wash me in Thy side.

Y el lenguaje del sacrificio, el masoquismo y lo erótico, todos encuentran un nexo común en el mismo simbolismo de la sangre:

Estamos sedientos de Tu preciosa sangre,
 Languidecemos por descansar en tus heridas,
 Anhelamos el alimento inmortal,
 Y suspiramos por regalarnos con todo Tu Amor.*

La unión con el amor de Cristo, en especial en la eucarística «fiesta del matrimonio» (en la que la iglesia, colectivamente, «se ofrece a sí misma a Dios» mediante la «ofrenda a Dios del Cuerpo de Cristo») ⁴⁰ une los sentimientos de mortificación de sí mismo, la añoranza por el olvido del útero y el deseo sexual atormentado, «escondidos en el pecho del Salvador»:

Aquí es donde me gustaría para siempre morar,
 Y ni por un momento salir,
 Escondido en la hendidura de Tu costado,
 Eternamente asido a Tu corazón ⁴¹

Es difícil imaginarse una desorganización más sustancial de la vida humana, una corrupción de las fuentes de la espontaneidad que se refleja, inevitablemente, en todos los aspectos de la personalidad. Puesto que la alegría estaba asociada con el pecado y la culpa, y el dolor (las heridas de Cristo) con la bondad y el amor, todos los impulsos quedaban transformados en sus contrarios, y llegó a ser algo natural el suponer que un hombre o un niño sólo alcanzaban la gracia a los ojos de Dios cuando realizaban tareas dolorosas, laboriosas o abnegadas. Trabajar y afligirse era hallar placer, y el masoquismo era «Amor».

* We thirst of drink Thy precious blood, / We languish in Thy wounds to rest, / And hunger for immortal food, / And long on all Thy love to feast.

40. J. E. Rattenbury, *op. cit.*, p. 132.

41. *Ibid.*, pp. 109-111, 202-204, 224-234; y J. E. Rattenbury, *The Evangelical Doctrines of Charles Wesley's Hymns*, 1941, p. 184. Este tema merece que los especialistas le presten atención de nuevo y que ésta sea mayor. El estudio del señor G. R. Taylor sobre *The Angel-Makers* es sugerente, pero su intento de encontrar una explicación «sexual» del cambio histórico, en las orientaciones paternas y maternas que se dan a los hijos, se lleva hasta el punto del absurdo. (This there I would always abide, / And never a moment depart, / Conceal'd in the cleft of Thy side, / Eternally held in Thy heart.)

Estas extrañas metáforas se mantuvieron durante los años de la Revolución industrial, no sólo en los himnos metodistas, sino también en la retórica de los sermones y las confesiones. Todo ello no pasó inadvertido. «La Divinidad se personifica y se encarna en la más grande de las imágenes», comentaba Leigh Hunt en un ensayo «Sobre las Indecencias y los Éxtasis Profanos del Metodismo». «Si debemos dirigirnos a Dios con un lenguaje de afecto mundano, ¿por qué no dirigirnos a él como a un padre en vez de como a un amante?»⁴² Pero hacia finales del siglo XVIII, la tradición metodista estaba sufriendo un triste cambio. La negación o la sublimación del amor empezaba a tender hacia el culto a su opuesto: la muerte. El propio Charles Wesley había escrito más de un himno que presagiaba este cambio:

¡Ah, hermosa aparición de la Muerte!
Ninguna otra Visión en la Tierra es tan bella.
Ni todos los alegres Espectáculos que *respiran*
Se pueden comparar con un Cuerpo muerto.*

Aquí, la tradición metodista es ambivalente. Por un lado, los predicadores metodistas perfeccionaron sus técnicas para provocar paroxismos de miedo a la muerte y a los dolores ilimitados del infierno. Los niños, desde la edad en que aprendían a hablar, eran aterrorizados con las imágenes de infinito castigo por el más leve mal comportamiento. Sus noches se convertían en algo espeluznante con la lectura del *Book of Martyrs* de Fox y otras parecidas.⁴³ Pero al mismo tiempo, los que sabían leer se vieron inundados, a lo largo de los primeros años del si-

42. El editor del *Examiner An Attempt to shew the Folly and Danger of Methodism*, 1809, en [Leigh Hunt], en especial pp. 54-64, 89-97. El lenguaje también exponía a los metodistas a las acusaciones de que las fiestas del amor, las vigiliias nocturnas y el fervor del resurgimiento se convertían en ocasiones de relaciones sexuales ilícitas. Entre los críticos moderados, Nightingale desechaba estas acusaciones, Leigh Hunt les daba crédito y Southey se reservaba la opinión. Véase la literatura de gente *casalla* como: *Un Profesor, Confesiones of a Methodist*, 1810.

* Ah, lovely Appearance of Death! / No Sight upon Earth is so fair, / Not all the gay Pageants that *breathe* / Can With a dead Body compare.

43. Cf. W. E. H. Lecky, *History of England in the Eighteenth Century*, edición de 1891, II, p. 585: «Las horribles imágenes [los predicadores metodistas] evocadas continuamente, emponzoñaban sus imaginaciones, les perseguían en cualquier hora de debilidad o depresión, marchitaban todas sus opiniones sobre el mundo, y añadían un horror diez veces mayor a la oscuridad de la tumba.»

glo XIX, con los folletos que celebraban la «Muerte Sagrada». Ninguna revista metodista o evangélica, ya fuera para los mayores o para los niños, estaba completa sin una escena del lecho de muerte en la que (como también advirtió Leigh Hunt) la muerte era a menudo anticipada en el lenguaje de una novia o un novio impaciente por la noche de boda. La muerte era el único fin que se podía desear sin culpa, era la recompensa de paz después de una vida de sufrimiento y trabajo.

En los últimos años, la historia del metodismo la han escrito, hasta tal punto, defensores o seculares imparciales que intentaban hacer concesiones a un movimiento que no podían entender, que nos provoca sobresalto la opinión de Lecky, a finales del siglo XIX: «Pocas veces ha existido un sistema más detestable de terrorismo religioso, un sistema que estuviera hecho más a medida para trastornar y arruinar el intelecto y para oscurecer y amargar una naturaleza sensible.»⁴⁴ La figura del reverendo Jabez Branderham (modelado casi con seguridad sobre la imagen de Jabez Bunting), que aparece en la macabra pesadilla de Lockwood al principio de *Cumbres borrascosas*,* se cernía sobre la Revolución industrial: «¡buen Dios! qué sermón, dividido en *cuatrocientas noventa partes* ... ¡y cada una de ellas tratando de un pecado distinto!» Frente a este omnipresente «¡No Debes!», que durante estos años impregnaba *todas* las creencias religiosas en diversos grados, podemos apreciar en toda su altura la talla de William Blake. En 1818, pasó de sus libros proféticos, densamente alegóricos, a una última fase de claridad proverbial en *The Everlasting Gospel*. En él reiteró los valores presentes en sus primeras canciones, la afirmación casi antinomiana de la alegría de la sexualidad y la afirmación de la inocencia. Casi cada línea puede considerarse como una declaración de «guerra mental» contra el metodismo y el evangelismo.⁴⁵ La «Visión de Cristo» de aquellos era «el mayor Enemigo» de su visión. Sobre todo, Blake negó su asentimiento a la enseñanza de la humildad y la sumisión. Esta humildad negadora era, en su opinión, la que «oscurece el Sol y la Luna», «Deforma los Cielos de Polo a Polo»,

44. Lecky, *op. cit.* III, pp. 77-78.

* Hay trad. cast. en Destino, Barcelona 1979, 8.ª ed. (*N. de la t.*)

45. Cf. Wiltberforce, *A Practical View of Christianity*, p. 437: «Recordad que todos somos criaturas perdidas, nacidas en el pecado, y depravadas por naturaleza, la Cristiandad no reconoce ninguna *inocencia o bondad de corazón*.»

Hundiendo con las espinas y el tallo
El Alma sepultada con todos sus Tesoros.*

II. EL MILENARISMO DE LA DESESPERACIÓN

La utilidad del metodismo como disciplina para el trabajo es evidente. Lo que ya no es tan fácil de entender es por qué tantos obreros estaban dispuestos a someterse a esa forma de explotación psíquica. ¿Cómo pudo el metodismo representar, con tamaño éxito, el doble papel de religión de los explotadores y los explotados a la vez?

Durante los años que van de 1790 a 1830⁴⁶ se pueden aducir tres razones para ello: el adoctrinamiento directo, el sentido de comunidad de los metodistas y las consecuencias psíquicas de la contrarrevolución.

La primera razón —el adoctrinamiento— no se puede exagerar. Las escuelas dominicales evangélicas siempre fueron activas, aunque es difícil saber hasta qué punto se pueden designar sus actividades correctamente como «educativas». Los wesleyanos habían heredado de su fundador una convicción particularmente sólida respecto de la maldad natural de los niños; y ésta se expresaba —en el caso de Wesley— con una fuerza que podría haber hecho palidecer a más de un jesuita:

Doblega su voluntad temprano. Empieza esta tarea antes de que puedan correr solos, antes de que puedan hablar claro, quizá antes de que sepan decir una palabra. Cueste lo que cueste, doblega su voluntad si no quieres condenar al chiquillo. Deja que a un niño de un año se le enseñe a temer la vara y a llorar silenciosamente; haz que haga lo que se le ordena desde esta edad, aunque tengas que azotarle diez veces con-

* Rooting over with thorns & stems / The buried Soul & all its Gems.

46. Estos años abarcan el período de ascensión y dominio de Jabez Bunting y su círculo. Después de 1830 se puede observar como actúan tendencias liberalizadoras en el seno de la Conexión Metodista; y a pesar de que Bunting libró un combate determinado para cubrir la retirada, hacia la década de 1840 el metodismo entró en una nueva fase de algún modo suavizada. Por una parte, una segunda o tercera generación de propietarios de fábricas y de patronos abandonaron el metodismo a cambio de la respetabilidad de la Iglesia oficial. Por otra parte, el metodismo aparece como la verdadera perspectiva de algunos que pertenecen a los grupos de tenderos con pequeños negocios, empleados de oficina y a los encargados de dirección, en quienes un radicalismo callado se ha unido a la ideología de la «ayuda a uno mismo». Véase E. R. Taylor, *op. cit.*, caps. 5, 6, y W. J. Warner, *op. cit.*, pp. 122-135.

secutivas para conseguirlo. ... Doblega su voluntad ahora, y su alma se podrá salvar y probablemente te bendecirá para toda la eternidad.⁴⁷

En la escuela de Wesley, en Kingswood, sólo se permitían «recreaciones» rigurosamente activas —cortar madera, cavar y cosas parecidas— puesto que los juegos y las diversiones eran «indignos de un niño Cristiano». («Destruiré o curaré —dijo Wesley, que pocas veces decía cosas que no pensaba—. Tendré una cosa u otra, una escuela Cristiana o ninguna.») Una rápida ojeada a los materiales «educativos» que se usaban de forma corriente en las escuelas dominicales de las primeras décadas del siglo XIX revela su verdadero propósito. Los alucinantes himnos de Wesley, que se empleaban en los servicios para adultos, se sustituyeron por los *Divine Songs of Children* de Isaac Watts, u otras variantes moralistas de autores posteriores. Se les enseñaba a cantar a los pequeñuelos, que apenas sabían andar, que eran «Por naturaleza y también por costumbre, Un miserable esclavo del pecado». El «penetrante ojo» de Dios, que Todo lo ve, miraba sus más «secretas acciones»:

No hay un solo pecado de los que cometemos,
Ni una sola palabra blasfema de las que decimos,
Que no esté escrita en tu terrible libro,
Para el día del juicio.*

Una historia moral característica de la época ejemplifica la tendencia general de esta «enseñanza».⁴⁸ John Wise es hijo de «un hombre muy pobre que tenía muchos hijos y apenas conseguía pan para todos ellos aunque trabajase mucho. Tenía que trabajar con todas sus fuerzas cada día de la semana y se alimentaba de tortas de avena y harina de avena hervida con agua». Sin embargo, su padre era un buen «rezador», que

47. Southey, *op. cit.*, p. 561. Por ejemplo, a partir de las memorias de Bamford, de la década de 1790, y a partir de la obra de Thomas Cooper *Life* (que corresponde a la época en que trabajaba como maestro en una escuela metodista, en la década de 1820, y consideraba como una señal de gracia el hecho de que no les pegara a sus alumnos), podemos observar que las enseñanzas de Wesley fueron humanizadas por sus seguidores de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX. Pero véase la defensa utilitaria ortodoxa de Jabez Bunting en *Sermon on a great work described*, 1805.

* There's not a sint that we commit, / Nor wicked word we say, / But in thy dreadful book 'tis writ, / Against the judgement-day.

48. *The History of John Wise, a Poor Boy: intended for the Instruction of Children*, Halifax, 1810.

continuamente daba gracias por las bendiciones que recibía: por ejemplo, «Algunos de nosotros podrían haber muerto, pero todos estamos en el reino de los vivos». La madre de John le había enseñado el himno de Watts sobre el sol, disciplinado y trabajador:

Cuando desde la morada del este
Empieza su recorrido matutino,
Nunca se cansa, ni se para a descansar,
Sino que resplandece alrededor del mundo,

Así, como el sol, debería yo cumplir
Los deberes de este día,
Empezar mi trabajo temprano, y seguir
Andando por mi camino celestial.*

Los padres de John le enseñan la santidad del *Sabbath*, y le entregan diversas homilías sobre el deber, la obediencia y la laboriosidad. Luego sucede la terrible historia de Betty, la hermana mala de John, que sale un domingo a pasear y vuelve mojada y cubierta de barro, y ha perdido un zapato. Su padre la reprende y lee a toda la familia el decreto de Moisés según el cual el hombre que recogiera leña en el *Sabbath* debía ser apedreado hasta la muerte. El pecado de Betty es mucho peor que el de aquel hombre, pero por esta vez se le perdona. Pero siguen pecados peores: algunos niños hacen novillos a la escuela dominical y, en lugar de ello, van a jugar a *fútbol*. El siguiente domingo se reprende a los niños y se les cuenta la historia de los 42 niños que se burlaban del viejo Elisha, y que fueron despedazados por orden de un Dios misericordioso. Luego los niños cantaron otro de los himnos de Watts:

Cuando los niños en su travieso juego,
Trataron de ese modo al viejo Elisha;
Y le dijeron que se fuera,
«Lárgate tú, calvo, vete:»

Rápidamente Dios paralizó su perversa respiración,
Y envió osos rabiosos,

* When from the chambers of the east / His morning race begins, / He never tires,
nor stops to rest, / But round the world he shines, / So, like the sun, would I fulfil / The
duties of this day, / Begin my work betimes, and still / March on my heavenly way.

Que los despedazaron, miembro a miembro, hasta la muerte,
Con sangre, gemidos y lágrimas.*

Al final, la piedad de John y su padre se ven recompensadas por una herencia que proviene de un extraño, profundamente conmovido por su paciencia y su sumisión a la pobreza.

Podemos reírnos, pero las atrocidades psicológicas a que fueron sometidos los niños eran terriblemente reales para ellos. Podemos tener dudas en cuanto al énfasis que pone un autor reciente en el efecto represivo de la costumbre puritana de ceñir a los niños (con apretados pañales) y el adiestramiento anal, aunque no se puede desechar el asunto.⁴⁹ Pero a pesar de todos los tópicos que se repiten en la mayoría de los libros de texto acerca de las «iniciativas educativas» de las iglesias en esta época, las escuelas dominicales fueron un cambio espantoso, incluso para las escuelas de damas de los pueblos. La provisión para la educación de los pobres, durante el siglo XVIII, por muy inadecuada y desigual que fuera, era, sin embargo, una provisión *para educación*, de algún modo, aunque (como en el caso de la maestra de Shenstone) consistiera en poco más que nombrar las flores y las plantas. Esta situación se corrompió, durante los años contrarrevolucionarios, debido a la actitud predominante de los evangélicos, de que la función de la educación empezaba y acababa con el «rescate moral» de los hijos de los pobres.⁵⁰ No sólo se desalentó la enseñanza de la escritura, sino que muchos de los alumnos de las escuelas dominicales las dejaron sin saber leer, lo cual, teniendo en cuenta las partes del Antiguo Testamento que se consideraban más edificantes, era por lo menos una bendición. Otros aprendieron poco más que la pequeña que le dijo a uno de los comisarios del trabajo infantil en las minas: «si muriese siendo una buena niña iría al cielo; si fuera mala sería quemada en azufre y fuego: me lo dijeron ayer en la escuela, antes no lo sabía».⁵¹ Mucho antes de la pubertad, el niño estaba sujeto, tanto en la escuela dominical como en casa (si sus padres eran piadosos), al peor tipo de intimidación emo-

* When children in their wanton play, / Serv'd old Elisha so; / And bid the prophet
go his way, / 'Go up, thou bald-head, go:' / GOD quickly stopt their wicked breath, /
And sent two raging bears, / That tore them limb from limb to death, / With blood, and
groans, and tears.

49. G. R. Taylor, *op. cit.*

50. Cf. Raymond Williams, *The Long Revolution*, 1961, pp. 135-136.

51. Citado en J. L. y B. Hammond, *Lord Shaftesbury*, edición de Penguin, p. 74.

cional para que hiciera confesión de sus pecados y alcanzara un sentido de la salvación; y muchos de ellos, como el joven Thomas Cooper, se dirigían «veinte veces al día a lugares secretos, para rezar por su perdón ...».⁵²

El epíteto de Lecky, «terrorismo religioso», no es en modo alguno un término excesivo para aplicar a una sociedad que no proporcionaba programas educativos alternativos para los hijos de los pobres; al menos hasta que apareció el movimiento lancasteriano* de escuelas benéficas, en el que la idea de «rescate moral» era sustituida por auténticas intenciones educativas y por una preocupación utilitaria por preparar a los niños para los empleos industriales.⁵³ Pero debemos tener cuidado —y aquí llegamos a la segunda razón— de ofrecer una imagen demasiado poco afable e incompetente de las iglesias evangélicas, a partir de los testimonios de los libros de texto de las escuelas dominicales, o de los dogmas de hombres como Bunting. Lo que pretendía el pastor metodista ortodoxo es una cosa, lo que ocurría en realidad en muchas de las comunidades puede que sea otra. Los viejos metodistas «arminianos» tenían una actitud más humanitaria hacia la enseñanza en las escuelas dominicales; los metodistas de la Nueva Conexión siempre eran más intelectuales en su forma de enfocar las cuestiones que los pertenecientes a la ortodoxia wesleyana; ya hemos apuntado que James Montgomery (del *Sheffield Iris*) dirigió la lucha de los inconformistas de Sheffield para que se siguiera enseñando a escribir en los programas de estudios de la escuela dominical. Los profesores laicos, que ofrecían sus servicios de manera voluntaria, eran menos propensos a ser doctrinarios, y existía una continua tensión que, a veces, producía resultados desiguales. «Incluso nuestras Escuelas Dominicales —le escribía al duque de Portland, en 1798, un pastor de Bolton— se pueden convertir en algunos Casos en Seminarios de la Facción. Hemos descubierto uno o dos que han prestado Juramento a los Ingleses Unidos, que están actuando en calidad de Maestros de la Escuela Dominical gra-

52. T. Cooper, *Life*, p. 37.

* De Joseph Lancaster, que estableció un sistema de monitores en las escuelas. (*N. de la r.*)

53. Creo que los autores que en la actualidad denuncian, con razón, la degradación humana que resulta del abuso comercial de los medios de comunicación, sacan las cosas de quicio cuando consideran el alcance y el carácter del adoctrinamiento de masas en períodos anteriores.

tis ...»⁵⁴ Las «silenciosas fortalezas» de las escuelas dominicales de Stockport, que tanto había elogiado el doctor Ure en la década de 1830, habían sufrido un auténtico asedio (y en cierto grado se habían visto desplazadas), entre 1817 y 1820, cuando el reverendo Joseph Harrison y la Unión Política de Stockport respaldaron un movimiento radical de la escuela dominical que debió estar compuesto, en parte, por antiguos profesores y alumnos de las escuelas ortodoxas.⁵⁵

Y procesos como éste se debieron dar no sólo en las escuelas, sino también en relación a la influencia general de las iglesias metodistas. Como dogma, el metodismo aparece como una implacable ideología del trabajo. En la práctica, este dogma se suavizaba en grados diversos, se humanizaba o se modificaba según las necesidades, los valores y las pautas de relación social de la comunidad en la que se hallaba. Después de todo, la iglesia era algo más que un edificio, y más que los sermones y las enseñanzas de su pastor. También estaba encarnada en las reuniones de clase, los grupos de costura, las actividades de recogidas de fondos, los predicadores locales que caminaban varias millas después de trabajar para asistir a pequeñas funciones en aisladas aldeas que pocas veces recibían la visita del pastor. La imagen de compañerismo entre los metodistas que por lo común se presenta es demasiado eufórica, se ha acentuado hasta el punto de olvidar todas las demás características de la iglesia.⁵⁶ Pero sigue siendo cierto y es importante que el metodismo, con las puertas de sus capillas abiertas, ofreció a la población desarraigada y abandonada de la Revolución industrial algún tipo de comunidad para reemplazar las viejas pautas comunitarias que estaban siendo desplazadas. Por el hecho de ser una iglesia no consolidada (aunque no democrática), existía un sentido en el que los obreros se la podían apropiarse; y cuanto más estrechamente unida estaba la comunidad en la que arraigaba el metodismo (poblaciones de mineros, pescadores o tejedores) más ocurría esto.

Durante esos años, el «carnet» metodista de pertenencia a la iglesia adquirió para mucha gente una importancia verdaderamente fetichista;

54. Reverendo Thomas Bancroft, 12 de febrero de 1798, P.C. A.152.

55. Véase D. Read, *Peterloo*, Manchester, 1957, pp. 51 y siguientes, y más adelante, vol. 2, p. 320.

56. El sentido del compañerismo en los primeros años de la Iglesia se expresa con benevolencia en L. F. Church, *The Early Methodist People*, 1948. Véanse también, por supuesto, los libros del doctor Wearmouth, entre muchos otros.

para el obrero que emigraba podía ser la tarjeta de entrada a una nueva comunidad cuando se trasladaba de ciudad a ciudad. En esta comunidad religiosa había (como hemos visto) su drama propio, sus propias gradaciones de posición e importancia, su propio chismorreo y una buena dosis de ayuda mutua. Había incluso un cierto grado de movilidad social, aunque muy pocos de los eclesiásticos provenían de hogares proletarios. Los hombres y las mujeres tenían la sensación de ocupar algún lugar en un mundo, por otra parte hostil, cuando formaban parte de la iglesia. Allí obtenían un reconocimiento, quizá por su discreción, o su castidad o piedad. Y había otras cosas positivas, como por ejemplo la contribución a la estabilidad de la familia y el hogar; sobre ello volveremos más adelante. Además, la configuración del carácter no era algo que sólo se pudiese poner al servicio de la iglesia y del patrono. Una vez operada la transferencia, encontraremos la misma dedicación, que permitía a esos hombres cumplir esos papeles, en quienes encabezaban las *trade unions* y los clubs Hampden, que adquirirían una educación por sí mismos estudiando por las noches y tenían la responsabilidad de dirigir las organizaciones obreras. Al analizar la ideología del metodismo, hemos mostrado una imagen intelectualizada. En la fluidez de la vida social, el simple sentido común, la piedad, la obstinada vitalidad de las viejas tradiciones comunitarias, todo está mezclado para suavizar sus perfiles severos.

Sin embargo, existe una tercera razón por la cual los obreros estaban expuestos, de manera excepcional, a la penetración del metodismo durante los años de las guerras napoleónicas. Es, quizá, la razón más interesante de todas, pero apenas si se la ha tenido en cuenta. Podemos aproximarnos mejor a ella si recordamos el aspecto histórico del resurgimiento metodista, baptista y de las pequeñas sectas. Durante los peores años de la Revolución industrial, en los distritos manufactureros, estaba ampliamente extendido el consumo de narcóticos. Y el epíteto de Charles Kingsley, «el opio de las masas», nos recuerda que mucha población obrera se dirigió a la religión como un «consuelo», a pesar de que los sueños inspirados por la doctrina metodista no eran muy felices. Los métodos de los predicadores del resurgimiento se destacaban por su violencia emocional: el inicio tenso, las vívidas descripciones de la muerte súbita y la catástrofe, la retórica indeterminada que versaba sobre la enormidad del pecado, la oferta dramática de redención. Y las multitudes que se reunían al aire libre y las primeras congregaciones del metodismo también se caracterizaban por su «entusiasmo»:

desvanecimientos, gemidos, gritos, llantos y estados de exaltación. Southey, por su parte, sugería que el resurgimiento era análogo al mesmerismo: Wesley «había provocado una nueva enfermedad, y la explicaba con una teoría teológica en vez de hacerlo con una teoría física». ⁵⁷ Algunas veces esos síntomas adquirirían la forma de una violenta histeria de las masas, como en el incidente de Bristol que Wesley anotó en su *Journal*, en marzo de 1788, cuando un «violento ruido ... estalló como un relámpago por toda la reunión»:

El terror y la confusión fueron indescriptibles. Parecía una ciudad sacudida por la tormenta. Las gentes se precipitaron unos contra otros con suma violencia, los bancos se rompieron a trozos, y las nueve decimas partes de la congregación parecieron ser presas del mismo pánico.

En Chapel-en-le-Frith, escribía en 1786, esta histeria se ha convertido ya en un hábito morboso:

Algunos de ellos, quizá muchos, chillan a la vez todo lo fuerte que pueden. Algunos de ellos utilizan expresiones inadecuadas, sin duda indecentes, en las plegarias. Algunos de ellos se dejan caer como muertos y permanecen inmóviles como cadáveres; pero al cabo de un momento se levantan y gritan, Gloria, gloria ...

Wesley condenaba este exceso de histeria, porque «desprestigiaba la auténtica labor». ⁵⁸ Pero a lo largo de la Revolución industrial hubo otras muchas formas de histeria callada, que eran intrínsecas al resurgimiento metodista. Las comunidades de mineros, agricultores de las zonas montañosas o de tejedores que estaban estrechamente unidas podían, en un primer momento, resistir la campaña de predicación en los campos y las reuniones de plegaria entre ellos; luego se podía producir un «pequeño cambio entre los muertos de hambre»; y luego «el fuego prendía, como cuando se queman los matorrales de los campos comunales, ¡resplandecía magníficamente!». ⁵⁹

El ejemplo está tomado de la propaganda que se hacía en los pueblos tejedores del West Riding, entre 1799 y 1801, cuando comunidades enteras se declararon —aunque sólo fuera temporalmente—

57. Southey, *op. cit.*, pp. 382 y siguientes.

58. Véase la discusión sobre el «entusiasmo» en R. A. Knox, *op. cit.*, pp. 520-535.

59. F. A. West, *Memoirs of Jonathan Saville*, Halifax, 1844.

«redimidas». Y pocas veces se señala que durante los años de guerra, no sólo se produjo la mayor expansión del metodismo, particularmente entre la clase obrera del norte, sino que esto fue acompañado por nuevas demostraciones de histeria. Por ejemplo, durante los años 1805-1806, cuando gran cantidad de gentes afluyó hacia el metodismo en Bradford, «en muchas ocasiones, apenas se había anunciado el texto, cuando los gritos de las personas afligidas interrumpían al predicador, de tal modo que ... inmediatamente el servicio se convertía en una intercesión fervorosa generalizada». ⁶⁰ «Mientras hablaba, cayeron tres —anotó complacido en su diario un predicador de los Cristianos de la Biblia en Devon, en 1816—, rezamos y en seguida cayeron algunos más, creo que fueron seis los que encontraron la paz.» Los servicios religiosos de esta secta entre los agricultores y los braceros de los páramos iban acompañados, con frecuencia, de angustias, abatimientos, «gritos de alabanza», y «de gritos fuertes y devotos de los penitentes». ⁶¹

Puede que el metodismo inhibiera la revolución, pero podemos afirmar con certeza que su rápido crecimiento durante las guerras fue un componente de los procesos psíquicos de la contrarrevolución. En un sentido, cualquier religión que ponga un fuerte acento en la vida futura es el milenarismo de los derrotados y los desesperados. «La visión utópica generó una visión contraria. El optimismo milenarista de los revolucionarios dio lugar, a la larga, a la formación de una actitud conservadora de resignación ...»; estas son palabras de Karl Mannheim al describir otro movimiento. Y él mismo nos ofrece una pista sobre la naturaleza del proceso psíquico: «El milenarismo siempre ha acompañado los estallidos revolucionarios y les ha proporcionado su espíritu. Pero cuando este espíritu mengua o abandona esos movimientos, queda, por debajo, en el mundo un delirio colectivo manifiesto y una furia grosera.» ⁶² Puesto que en la Inglaterra de la década de 1790, el impulso revolucionario fue sofocado antes de que alcanzara el punto del «estallido», tampoco cayó, cuando menguó la energía, en la situación de delirio. Y sin embargo, durante estas décadas se producen muchos fenómenos que no se pueden explicar de otro modo. El auténtico mi-

60. W. M. Stamp, *Historical Notices of Wesleyan Methodism in Bradford*, 1841, p. 85.

61. F. W. Bourne, *The Bible Christians*, 1905, pp. 36-42.

62. K. Mannheim, *Ideology and Utopia*, edición de 1960, pp. 192-196.

lenarismo acaba a finales de la década de 1790, con la derrota del jacobinismo, el comienzo de las guerras y la reclusión de Richard Brothers en un manicomio. Pero en los siguientes 15 años prosperaron diversas sectas de la «Nueva Jerusalén». ⁶³ Surgieron un profeta tras otro, como Ebezener Aldred, un pastor unitarista que estaba en un pueblo aislado en el Derbyshire Peak (Hucklow):

Vivía allí en una especie de soledad, se volvió soñador y salvaje; interpretaba las profecías; creía ver a Napoleón en el Libro de la Revelación; al final, se figuraba que él era el Profeta que, sin sostenerse sobre la tierra ni el agua, proclamaría la destrucción de una gran ciudad ...

y, ataviado con una ropa blanca, con su cabello gris cayendo sobre las espaldas, navegó en una barca por el Támesis, repartiendo folletos y profetizando el juicio final. ⁶⁴ El radical, el místico y el militarista se disputaron las tónicas de la Revelación: se descubrieron las tribus perdidas de Israel en Birmingham y Wapping; y se descubrieron «pruebas» de que «el Imperio Británico es la posesión particular del Mesías y su dominio naval de promisión». ⁶⁵

Pero la prueba más sobrecogedora de la existencia de una «furia grosera» se encuentra en los movimientos que rodean —y sobreviven— a la mayor de todas las profetisas, Joanna Southcott. Su primer estafalario folleto profético, *The Strange Effects of Faith*, se publicó en 1801. La rapidez con que se extendió la fama de la hija del agricultor de Devon, que era criada doméstica, muestra el clima general de delirio expectante que existía. Su llamada estaba curiosamente compuesta de muchos elementos. Estaba la viva imaginación supersticiosa de la vieja Inglaterra, que era especialmente tenaz en el West Country, de donde era ella. «La creencia en la mediación sobrenatural —escribió el *Taunton Courier* en 1811— está extendida de manera universal por todos los Condados del Oeste, y hay muy pocos pueblos que no cuenten por lo menos con una persona conocedora de la "Gramática Negra del Infierno". El Espectro de Samford ganó, durante un tiempo, sus miles de de-

63. En marzo de 1801, Earl Fitzwilliam investigó las actividades de los seguidores de Brothers en Bradford, dirigido por Zacchaeus Robinson, un tejedor, que «durante muchos años había sido un convencido metodista y lo que se denominaba un Jefe de Clase». Documentos Fitzwilliam, F 45 (a).

64. T. A. Ward, *op. cit.*, pp. 188-189; Eben-Ezer. *The Little Book*, 1811.

65. R. Wedgwood. *The Book of Remembrance*, 1814.

votos ...»⁶⁶ Estaban las fantásticas metáforas y el fervor de la comunión metodista, a las cuales (según Southey) Joanna había estado «vinculada con entusiasmo». ⁶⁷ Estaba la extraña amalgama que constituía el propio estilo de Joanna, en el que se ponían versos místicos ramplones junto con prosa autobiográfica perspicaz o poco imaginativa: relatos de sus memorias de la infancia, asuntos amorosos desgraciados y encuentros entre la testaruda hija del campesino y los descreídos párrocos y la *gentry*. Y sobre todo estaba la miseria y el abatimiento de esos años de guerra, y la expectación milenarista de una época en que los seguidores de Brothers vivían diariamente en la esperanza de una nueva revelación; una época en que: «Un loco publicaba sus sueños, otro sus visiones; uno había visto cómo un ángel salía del sol con una espada en la mano, otro había visto fieros dragones en el aire, y ejércitos de ángeles en orden de batalla. ... Las clases bajas ... empezaron a creer que se iban a abrir los Siete Sellos ...»⁶⁸

Joanna no era Juana de Arco, pero compartía uno de los atractivos de Juana para los pobres: la opinión de que la Revelación podía recaer tanto en la hija de un campesino como en un rey. Se la aclamó como la verdadera sucesora de Brothers y reunió a su entorno un séquito que incluía a varios hombres y mujeres cultos. (Si bien los libros proféticos de Blake pueden considerarse, en parte, como un ensayo idiosincrásico al margen de la corriente profética predominante, su conocido, William Sharp, también grabador y con pasado jacobino, entregó toda su lealtad a Joanna.) Pero donde más fuerte caló la llamada de Joanna fue entre la población obrera del oeste y del norte: Bristol, el sur del Lancashire, el West Riding, Stockton-on-Tees.

¡Oh Inglaterra! ¡Oh Inglaterra! ¡Inglaterra! el hacha apunta hacia el árbol y éste debe ser y será cortado; no sabéis cuándo será el día de vuestro castigo ... La medianoche se acerca para todos vosotros, y os caerá encima. Os prevengo de peligros que están ante vosotros ahora, porque está llegando el momento en que se cumplirán todas las cosas. «Quién es aquel que venía de Esaú, con ropas teñidas de Bozrah; que hablaba con razón, y tenía el poder de salvar a todos los que creían en él; pero

66. Citado en *Alfred* (24 de agosto de 1811). Véase también F. W. Bourne, *op. cit.*, pp. 55, 64-65, para los relatos de mujeres poseídas por el diablo y de una mujer «que afirmaba que ella era Cristo».

67. Southey, *Letters from England*, 1808, segunda edición, III, p. 238.

68. *Ibid.*, III, p. 232.

a mis enemigos los pisaré con ira y los pisotearé con furia; porque el día de la venganza está en mi corazón y ha llegado el año de mis redimidos.»

La mayor parte de las profecías de Joanna transmiten poco más que una sensación apocalíptica y los augurios de catástrofe son tan vagos que podían aplicarse con facilidad a las crisis y trastornos de la Europa napoleónica, con el propio Bonaparte representado en LA BESTIA. Su estilo carecía de la particularidad revolucionaria de Brothers; pero, con toda seguridad, su apocalipsis era de un tipo en el que había que separar irrevocablemente las ovejas de los machos cabríos. «La Tierra se llenará de Mi bondad —dijo el Señor a través de Joanna— y el infierno se llenará de Mis Terrores. ... Mi furia emergerá, y Mi Tierna Benevolencia salvará completamente a todos aquellos que ahora vienen hacia MÍ.» «Despierta, despierta, Oh Sión, viste tus bellos ropajes, Oh Jerusalén: porque el día del Señor está al llegar ... Rebajaré el orgullo de los Altaneros, y elevaré el Espíritu de los Mansos ...»

A los redimidos se les ofrecía una Utopía indefinida:

Quando redima a mi pueblo
Del poder del infierno y el pecado,
Construiré de nuevo vuestras casas,
Y pondré palacios ante vosotros;
Porque tengo guardadas minas de oro:
Los mares espumeantes llevarán a la orilla
Millones de tesoros ocultos allí dentro,
Y se verán minas de diamantes ...
Tengo oro de Ofir, que llegará
Para construir de nuevo Jerusalén,
Y los primeros que sean redimidos
Pueden decir, exigimos estas promesas ...*

Había incluso un cierto eco del «Bastardo y sus bandidos armados» de Paine, y una sugerencia de que la tierra sería devuelta a la población trabajadora:

* When I my people do redeem / From every power of hell and sin, / Your houses I shall build anew, / And palaces bring to your view; For golden mines I have in store: / The foaming seas shall send on shore / Millions of treasure hid therein, / And mines of diamonds shall be seen... / I've gold of Ophir, (that shall come) / To build Jerusalem up again, / And those that are the first redeem'd / May say, these promises we claim...

Pero ahora quiero liberar a los herederos,
Y arrojaré a todos estos siervos,
Y los verdaderos herederos no deben dudar en absoluto;
Porque exterminaré la estirpe bastarda,
Y en su lugar pondré a los verdaderos herederos
Para que posean esta tierra ...*

Es probable que Joanna Southcott no fuera, en absoluto, una impositora, sino una sencilla y a veces insegura mujer, víctima de su propio desequilibrio y credulidad. (La opinión acerca de algunos miembros del círculo que la «promocionaba» puede ser más severa.) Las transcripciones de sus «Voces», tan poco imaginativas, tienen algo de patético. Los largos mensajes que el Señor le ordenaba que comunicase estaban repletos de los mejores testimonios de la habilidad de la propia Joanna:

Porque algo nuevo aparece sobre la tierra.
Os digo, que desde que creé la tierra,
Jamás hubo aquí abajo una mujer tan maravillosa ...**

Halagada de este modo por el mejor de los Árbitros, pudo ejercer una forma de chantaje psíquico sobre los crédulos que no era menos terrorífico que el de los predicadores de las llamas del infierno. Un día, mientras barría una casa después de una venta, «el Señor le permitió encontrar, como por accidente», un sello vulgar. Desde aquel momento sus seguidores —los «Johannas» o southcottianos— podían obtener un sello especial de ella, una especie de pagaré que daba derecho al portador a «heredar el Árbol de la Vida, ser Heredero de Dios junto con Jesucristo». La promesa del milenio sólo era asequible para «LA GENTE QUE POSEYERA EL SELLO», mientras los que se mofaban recibían las amenazas más terribles:

Y ahora, si aumentan los enemigos, os digo,
Que aumentarán con rapidez todas las aflicciones,
Las Guerras, sus tumultos jamás cesarán

* But now the heirs I mean to free, / And all these bondmen I'll cast out, / And the true heirs have nought to doubt; / For I'll cut off the bastard race, / And in their stead the true heirs place / For to possess that very land...

** For on the earth there's something new appears. / Since earth's foundation plac'd I tell you here, / Such wondrous woman never was below...

Hasta que los corazones de los hombres se vuelvan hacia mí
Y abandonen el furor de perseguirte a ti.*

De este modo, miles y miles recibieron el sello (según una estimación, 100.000). Durante una época existió, ciertamente, un mercado de sellos comparable al mercado de reliquias de la Cruz de finales de la Edad Media. El desequilibrio emocional de la época se hace patente, no sólo en el entusiasmo de los «Johannas», también en los violentos sentimientos correspondientes de las multitudes que, de vez en cuando, atacaban a los profetas subalternos de Joanna. El southcottianismo apenas era una forma de milenarismo revolucionario, no incitaba a los hombres a la acción social efectiva, y casi nunca se comprometía con el mundo real; su fervor apocalíptico era muy parecido a los fervores del metodismo: conducía a un punto de intensidad histérica, el deseo de salvación *personal*. Pero verdaderamente era un culto de los pobres. El dios de Joanna maldecía a los falsos pastores de Inglaterra (los terratenientes y gobernantes) que conspiraban para elevar el precio del pan:

Mis acusaciones contra ellos serán graves, y mis sentencias deberán ser importantes en el país, si hacen pasar hambre a los pobres en medio de la abundancia. ... Lo que dije de Nínive, Sodoma y Gomorra, lo que dije de Tiro y Sidón, lo que dije referente a los Galileos, son ahora acusaciones contra los pastores de Inglaterra.

Se resucitó la vieja metáfora de la «Prostituta de Babilonia» con una confusión desbordante, y se señalaba a todo «el Clero de todo el país» como «Amantes y Adúlteros» con Jezabel, que «adulteró mi Biblia como un hombre adúltero cometería fornicación con una mujer adúltera». Como en todos los cultos de los pobres, se hacía una identificación directa entre su situación y las tribulaciones de los Hijos de Israel: «igual que el Faraón persiguió a los Hijos de Israel muy de cerca, perseguirá Satanás al Pueblo que posee el Sello, mediante tentaciones interiores y sin persecuciones ...». A veces, cualquier viso de sentido desaparece debajo de la avalancha de esas imágenes; en ellas los nombres

* And now if foes increase, I tell you here, / That every sorrow they shall fast increase, / The Wars, her tumults they shall never cease / Until the hearts of men will turn to me / And leave the rage of persecuting thee.

propios del Antiguo Testamento luchan con los ritmos del *Ancient Pistol*:

¡Venid! ¡venid! dejad que Sodoma sufra su perdición. ¿Dónde está Lot ahora? ¡Fuera de peligro en Zoar! ¿Dónde está su mujer? ¿No es toda ella de sal? En la pared está escrito: Tú te diviertes de manera obscena con las entrañas de Dios. ... ¡Deja que Bel estalle en pedazos! ... Los santos están juzgando la tierra. El omnipotente está aquí, en poder y espíritu en la palabra. ¡La espada, el caballo blanco, y el Rey de reyes ha desenfundado la flameante espada! ¡Alegraos, vosotros santos, alegraos! ... ¡Gran Og y Agag dónde estáis! ¡Las murallas de Jericó caen! Los cuernos de carneros de Josué, siete y doce, cruzan el río Jordán. ... Los reinos ungidos del Señor. Las varas o leyes de Efraim, diez en una, atadas a la falda de Judá. El Hijo del Hombre reina sobre Israel. Surgen los muertos de hambre. ... Ha llegado la novia. El novio recibe el sello del matrimonio. La ley y el evangelio están ahora unidos. Aparecen la luna y el sol. Caleb y Josué cruzan triunfalmente la corriente para restaurar. ¿Dónde estáis ahora, vosotros cananeos? ¿Dónde toda vuestra gente enloquecida?

¡Marchaos hititas! no vengáis más a hacer daño o a molestar; Ahora los hijos de Israel triunfan y disfrutan de la tierra de Canaán. Fijaos bien, vengo de Edom, con los ropajes manchados de sangre: Mis hijos han sido liberados, y salvados y purificados en el torrente púrpura...⁶⁹

El primer delirio del culto fue entre 1801 y 1804; pero se alcanzó

69. Este último pasaje no es de Joanna, sino una «pequeña parte de los pensamientos» de «un gentleman muy respetable» que se contaba entre los seguidores de aquélla. Todos los demás pasajes pertenecen a los escritos de Joanna. Véase *Strange Effects of Faith*, Libro 5.º, p. 235; Libro 6.º, p. 275; *A Continuation of Prophecies*, 1802, pp. 15, 48-49; *A Word in Season*, 1803, p. 17; *A Word to the Wise*, 1803, p. 32; *Sound an Alarm in My Holy Mountain*, 1804, pp. 31, 45; *A Warning to the World*, 1804, p. 8; *Copies and Parts of Copies, &c.*, 1804, p. 49; *Letters and Communications*, 1804, pp. 44-45; *Answer to Five Charges in the Leeds Mercury*, 1805, pp. 20-21; *Divine and Spiritual Communications*, 1809, pp. 20, 39. Véase también G. R. Balleine, *Past Finding Out*, 1956, caps. del 1 al 7; William Sharp, *An Answer to the World*, 1806. (Hitites be gone! no more appear to hurt or to annoy; / Now Israel's sons in peace succeed and Canaan's land enjoy. / Behold, from Edom I appear, with garments dyed in blood: / My sons are freed, and sav'd and wash'd amidst the purple flood ...)

un segundo punto álgido en 1814, cuando la envejecida Joanna tuvo un embarazo histérico y prometió dar a luz a «Shiloh», el hijo de Dios. En el West Riding «todo el distrito estaba infestado de profetas barbudos», mientras que Ashton, en el Lancashire, se convirtió más adelante en una especie de «metrópolis» para los «Johannas» del norte.⁷⁰ El culto demostró estar profundamente arraigado cuando la profetisa murió en la última semana de 1814, trágicamente desilusionada por su propia «Voz». Aparecieron sucesivos pretendientes a la herencia del manto profético, el más célebre de los cuales fue un cardador de lana de Bradford, John Wroe. Los varios descendientes de los southcottianos pasaron de una aberración a otra, y se mostraron capaces de súbitas manifestaciones de vitalidad mesiánica hasta los últimos años del siglo XIX.⁷¹

No hay duda que el culto a la Southcott causó estragos en el terreno metodista, particularmente en Bristol, el Lancashire y el Yorkshire. Ciertamente, los pocos ensayos de Joanna que abordan polémicas de tipo teológico se dirigían a los metodistas, a quienes acusaba de sostener dogmas «calvinistas», y de ese modo: «convertir al gran Creador y Padre de todos en un ser de una crueldad tal, que no hay palabras que puedan expresarlo, o lápiz que pueda describirlo, en lugar de un SER cuyo AMOR está en todas partes y cuya MISERICORDIA está en todas SUS OBRAS». ⁷² Por supuesto, los metodistas tenían muchas ventajas sobre los southcottianos: estabilidad organizativa, dinero, una actitud indulgente por parte de las autoridades. Probablemente, los miembros que perdían para el culto los volvían a recuperar pronto. Pero esto no significa que podamos rechazar el culto como un mero «capricho» que no es relevante para las inalterables líneas del desarrollo social. Por el contrario, deberíamos considerar que los «Johannas» y el resurgimiento metodista de esos años están íntimamente relacionados. Las guerras fueron un momento de apogeo para los predicadores laicos itinerantes, con

70. Los seguidores del culto estaban obligados a llevar barbas. Para la penetración de los southcottianos en el norte, véase J. Crossley, *Remarks and Inquiries on a Sermon Preached by the Rev. J. Cockin*, Leeds, 1806; G. Turner, *A Vindication for the Honour of God*, Leeds, 1807; W. Cooke Taylor, *op. cit.*, p. 230; F. Peel, *Nonconformity in the Spen Valley*, p. 187-188.

71. Véase G. R. Balleine, *op. cit.*, caps. 8 al 14; W. H. G. Armytage, *Heavens Below*, pp. 274-276; y más adelante, vol. 2, pp. 413-417.

72. *Divine and Spiritual Communications*, 1809, p. 33.

sus «exclamaciones pías, sus gemidos celestiales, sus desmayos angelicales»;⁷³ las «absolutas tonterías» que tanto enfurecían a Cobbett:

Sus dones celestiales, sus llamadas, sus inspiraciones, los sentimientos de gracia que actúan en su interior y todo el resto de su galimatías hipócrita, constituyen un insulto enorme y monstruoso al sentido común y un gran escándalo para el país. Es inútil que hagamos alarde de nuestro *ilustrado estado*, mientras una secta como ésta aumenta diariamente.⁷⁴

A medida que el wesleyanismo ortodoxo prosperaba, lo mismo hacían los grupos disidentes de «*ranterers*»*, los «*jumpers*»** galeses (primos de los «*shakers*» americanos), los metodistas primitivos, los «*tent methodists*», los «metodistas mágicos» de Delemere Forest, que entraban en trance y tenían «visiones», los bryanitas o cristianos de la Biblia, los «metodistas cuáqueros» de Warrington y los «metodistas independientes» de Macclesfield. En la Inglaterra de la guerra y la posguerra se podía ver por las calles a los misioneros del resurgimiento gritando: «¡Dirígete al Señor y busca la salvación!».

Es sorprendente, no sólo la sensación de desequilibrio, sino la *transitoriedad* del fenómeno de conversión metodista. Las gráficas de adscripción a la iglesia son engañosas; lo que se produce es, más bien, una palpitación de resurgimiento, o una oscilación entre períodos de esperanza y períodos de desesperación y angustia espiritual. Después de 1795, los pobres habían entrado de nuevo en el Valle de la Humillación. Pero esta vez entraron de mala gana, mirando continuamente hacia atrás; y cada vez que resurgía la esperanza, el resurgimiento religioso se dejaba de lado, sólo para reaparecer con un fervor renovado sobre las ruinas del mesianismo político que había sido derrumbado. En este sentido, puede considerarse que el gran reclutamiento metodista, que se produce entre los años 1790 y 1830, es el milenarismo de la desesperación.

Esta no es la interpretación tradicional del período; y se ofrece sólo como una hipótesis que requiere una investigación más detallada. En

73. Cartel del Teatro Real de Halifax, 1793.

74. *Political Register* (12 de junio de 1813).

* Miembros de los metodistas primitivos, el grupo se originó en 1807-1810. Un *ranter* es una persona que reza en voz alta y de forma rimbombante. (*N. de la t.*)

** El nombre se aplicaba, en el siglo xviii, a un grupo de metodistas galeses que solían saltar y bailar como parte de su culto religioso. (*N. de la t.*)

vísperas de la Revolución francesa los metodistas afirmaban tener unos 60.000 partidarios en Gran Bretaña. Esto sugiere que tenían poco más que un apoyo en todos, excepto unos pocos, los distritos industriales. Después las cifras mostraban un avance como sigue: 1800, 90.619; 1810, 137.997; 1820, 191.217; 1830, 248.592.⁷⁵ Los años especialmente destacados para el reclutamiento del resurgimiento fueron de 1797 a 1800, de 1805 a 1807, de 1813 a 1818, de 1823 a 1824 y de 1831 a 1834. Estos años están cerca de los de máxima conciencia y actividad política que el doctor Hobsbawm tiene razón al llamar la atención sobre el «marcado paralelismo entre los movimientos de conciencia religiosa, social y política».⁷⁶ Pero mientras que la relación entre la agitación política y la religiosa es, evidentemente, íntima, sigue siendo oscura la naturaleza de esta relación: no debe deducirse necesariamente la conclusión de que «el metodismo avanzaba cuando el radicalismo avanzaba y no lo hacía cuando éste se debilitaba».⁷⁷ Por el contrario, es posible que el resurgimiento religioso tomara el relevo exactamente en el momento en que las aspiraciones «políticas» o temporales se enfrentaran a la derrota. Así, casi podríamos ofrecer una gráfica espiritual que se iniciaría con los trastornos emocionales de gran alcance asociados con la Revolución francesa y *Los derechos del hombre*. En los primeros años de la década de 1790 encontramos un jacobinismo secular y las esperanzas milenaristas de Richard Brothers; a finales de la década de 1790 y durante la década de 1800, encontramos el resurgimiento metodista y el delirio de los «*Johannas*», que más de un testigo contemporáneo consideraron como parte del mismo fenómeno y reuniendo a la misma audiencia;⁷⁸ después del ludismo (1811-1812) se produce una nueva ola del resurgimiento, que dio paso luego al resurgimiento político del invierno de 1816-1817. En los dos

75. Censo del Culto Religioso, Inglaterra y Gales, 1851 (1853), p. LXXVIII. Se afirmaba que los circuitos ortodoxos wesleyanos con más de 1.000 miembros en 1815 eran: Londres, Bristol, Redruth, St Ives, Birmingham, Burslem, Macclesfield, Manchester, Bolton, Liverpool, Colne, Nottingham, Sheffield, Leeds, Birstal, Bradford, Halifax, Isle of Man, Sunderland, Wakefield, Dewsbury, Epworth, York, Hull, Darlington, Barnard Castle, Newcastle, Shields. Véase M. E. Edwards, «The Social and Political Influence of Methodism in the Napoleonic Period», Londres, tesis de doctorado, 1934, p. 244.

76. *Primitive Rebels*, pp. 129-130.

77. Véase E. J. Hobsbawm, «Methodism and the Threat of Revolution», *History Today* (1957), VII, p. 124.

78. Véase, por ejemplo, Leigh Hunt, *op. cit.*, p. XIV.

últimos años, los metodistas primitivos penetraron en los pueblos de tejedores de punto de Nottinghamshire, Derbyshire y Leicestershire, y parece que la relación entre el resurgimiento y el radicalismo político fue especialmente estrecha. El domingo de la Pascua de Pentecostés de 1816, se afirma que se reunieron 12.000 personas en el mitin al aire libre con acampada que tuvo lugar en Nottingham Forest. Desde el otoño de 1816 hasta el verano de 1817 parece que las energías populares están absorbidas por la agitación radical, que culmina en la «sublevación» de Pentridge de junio de 1817, en la que por lo menos un predicador local desempeñó una parte destacada. Pero el gran resurgimiento de los metodistas primitivos que en estos condados tuvo lugar en 1817 y 1818 («uno de los más notables ... que jamás se había experimentado»), parece que prendió *después* del desastre de Pentridge.⁷⁹ El año de máxima actividad política de la década de la posguerra, 1819, es un año sin importancia para el resurgimiento; mientras que el fervor del resurgimiento de los años que van de 1831 a 1834 puede atribuirse, en parte, a las campañas que se realizaron en los condados rurales del sur y el este, inmediatamente después de la «Última Revuelta de los Braceros».⁸⁰

La sugerencia es provisional. Para seguir adelante con ella deberíamos saber más acerca, no sólo de los años del resurgimiento, sino de los meses; no sólo los condados, sino las ciudades y los pueblos. Además, la relación de los metodistas primitivos o de los cristianos de la Biblia con la agitación política era muy diferente de la que tenían los wesleyanos ortodoxos. Un examen minucioso de todas las iglesias que experimentaron resurgimientos muestra, sin embargo, que su progreso no se caracteriza por un movimiento ascendente constante, salpicado de pendientes más pronunciadas, de vez en cuando, en los momentos de conversiones masivas. Tenía más bien la naturaleza de una palpitación, una oleada hacia adelante seguida de una retirada. El relato de Thomas Cooper sobre su propia conversión, en la década de 1820, puede tomarse como característica: «el ejemplo era extraordina-

79. H. B. Kendall, *History of the Primitive Methodist Church*, 1919, pp. 7-8, 31. El papel del resurgimiento puede determinarse mediante el incidente legendario, registrado por Kendall, de un «ludita» de 1817 que estaba planeando un asesinato y fue detenido en su misión y llevado a un templo metodista.

80. De forma parecida, el profesor Armytage encuentra que los años de mayor emigración de los distritos industriales, en la década de 1840, hacia la ciudad mormona de Sión fueron años de inactividad cartista. Véase más adelante, vol. 2, p. 417.

riamente contagioso. Cientos de personas de la ciudad [Gainsborough] y del circuito empezaron a rezar por la santidad de corazón ... ». Durante semanas se sintió transfigurado, en un «cielo sobre una tierra de santidad». Luego, por fin, volvió a la tierra, se enojó con los niños de la escuela donde impartía clases y perdió su sensación de transfiguración:

La experiencia de multitud de otros miembros de nuestra ciudad y de pueblos del circuito fue parecida a la mía. Y en todos los circuitos de la conexión se dio la misma. A menudo, lo que recibe el nombre de resurgimiento empieza con alguno o varios esfuerzos por conseguir la santidad. El asunto enciende el deseo en otras personas ... y algunas veces llena, durante varios meses, a todo un circuito de agitación entusiasta. Pero invariablemente empieza el declive ...⁸¹

Cooper nos proporciona la experiencia concreta. Pero en términos del proceso social podemos suponer que se daba algo parecido a una oscilación, con el resurgimiento religioso en el polo negativo, y la política radical (teñida de milenarismo revolucionario) en el positivo. La idea que los pone en contacto es siempre la de los «Hijos de Israel». En uno de los polos, el milenarismo de la desesperación podía convertir al obrero metodista en uno de los seres humanos más rastreros. Sus pastores le preveían constantemente contra los reformadores, como «aque- llos hijos del Mal»: «... Debíamos esperar en silencio la salvación del Señor. Cuando sea el momento, librará a su *propio y querido pueblo escogido*».⁸² Como «persona escogida» a veces le destruían sus herramientas o se le negaba el ingreso a las *trade unions*, bajo la sospecha de ser un «soplón» del patrono. Cobbett todavía llevaba más lejos el ataque contra los metodistas: «Entre las gentes del norte han servido como espías y como hombres que cobraban dinero manchado de sangre».⁸³

Por otro lado, como para confundir las expectativas que de ellos se hacían, durante el siglo XIX, surgían repetidamente obreros metodistas y predicadores locales —en grupos, aquí y allá— que eran activos trabajadores en los diferentes campos de la política de la clase obrera.

81. T. Cooper, *Life*, pp. 85-86.

82. Estas palabras se ponen en boca de un predicador metodista en un folleto radical, *A Dialogue between a Methodist Preacher and a Reformer*, Newcastle, 1819, pero representan fielmente los sermones metodistas de la época.

83. *Political Register* (3 de enero de 1824).

Hubo unos pocos metodistas jacobinos, más metodistas ludistas, muchos metodistas tejedores que se manifestaron en Peterloo, metodistas sindicalistas y cartistas. Pocas veces (exceptuando el sindicalismo de las minas y, más tarde, de la agricultura) fueron los iniciadores; este papel lo cumplían más a menudo los owenitas o los librepensadores que provenían de distintas trayectorias morales. Pero a menudo se les encontraba como fieles oradores y organizadores, que llevaban consigo —incluso después de que les expulsasen de la iglesia metodista— la confianza de sus comunidades.

Una de las razones que explica esto reside en las tensiones que existían en el corazón del wesleyanismo. Al igual que las limitaciones represivas sobre la sexualidad conllevaban el peligro continuo de provocar lo opuesto, ya fuera en la forma del puritano rebelde característica (el precursor de Lawrence) o en la forma del antinomianismo; del mismo modo, las autoritarias doctrinas del metodismo engendraban a veces antítesis libertarias. El metodismo (y sus equivalentes evangélicos) eran religiones políticamente muy conscientes. Durante los 100 años anteriores a 1789, la disidencia, en su retórica popular, tuvo dos enemigos principales: el Pecado y el Papa. Pero en la década de 1790 se produce una reorientación del odio: se desplazó al papa de su asiento de conminación y en su lugar se situó a Tom Paine. «El metodismo —declaró Bunting— odia la democracia tanto como odia el pecado.» Pero el continuo sermoneo contra el jacobinismo también sirvió para que se mantuviera el asunto en un lugar destacado de la conciencia pública. En las épocas de privaciones o de agitación política ascendente, toda la «hostilidad reprimida»⁸⁴ en la mente del obrero metodista se podía desbordar; y entonces, con la misma rapidez de las campañas del resurgimiento, las ideas jacobinas o radicales podían extenderse «como fuego en los matorrales».

Además, deberíamos recordar la tensión que existía entre el igualitarismo espiritual y temporal característico del luteranismo. En el Antiguo Testamento, los obreros encontraban algo más que un Dios vengativo y autoritario, también encontraban una alegoría de sus propias tribulaciones. Este conjunto de simbolismos (junto con el *Pilgrim's Progress*) era lo que tenían en común los milenaristas, «*johannas*», «*jumpers*», y los wesleyanos ortodoxos. Ninguna ideología es completamente

84. Cf. E. Fromm, *Fear of Freedom*, edición de 1960, pp. 81-83. Traducción castellana: *El miedo a la libertad*, Paidós, Barcelona, 1984.

absorbida por sus partidarios; en la práctica, cede de cien formas diferentes bajo la crítica del estímulo y la experiencia: la comunidad obrera inyectó sus propios valores de ayuda mutua, buena vecindad y solidaridad en los templos. Además, debemos darnos cuenta de la increíble farsa que debían parecer aquellas genealogías hebreas, los anatemas y las crónicas cuando se ponían al lado de la experiencia diaria de los tejedores o los mineros. Aquí y allá acudirían a la vista textos aplicables a casi todos los contextos, y era tan probable que apareciesen como imágenes de la lucha de clases, como de la peregrinación espiritual. Este fue el caso de la organización «clandestina» de 1801, acerca de la cual se informó de manera creíble que los conspiradores del Lancashire habían prestado juramento en base a Ezequiel:

Y tú, profano impío príncipe de Israel, llegó tu día, el término del tiempo de la iniquidad.

Así dice Yavé: ¡Fuera tiara! ¡Fuera corona! Eso no será más. Será ensalzado lo humilde y humillado lo alto.

¡Ruina, ruina! ¡A ruina las reduciré!, y no serán más mientras no venga aquel a quien de derecho pertenecen y a él se las daré ...

¡La espada! Desenvainada está la espada para degollar, bruñida para consumir, para fulgurar.⁸⁵

También lo encontramos en el lenguaje de uno de los ministros no remunerados de los metodistas independientes del distrito de Newcastle, un grupo que se disolvió después de las expulsiones de los predicadores laicos radicales en 1819:

Las leyes desiguales y la administración parcial clavan una espina en todos los pechos y extienden la tristeza a todos los semblantes ... De tales gobernantes se puede decir con justicia que Su cepa es la cepa de Sodoma y los campos de Gomorra; sus uvas son uvas de hiel, sus racimos son amargos; su vino es el veneno de los dragones y el veneno cruel de los áspides. Pero en el reino del Mesías, la paz fluye como un río ...

85. R. F. Wearnouth, *Methodism and Working-Class movements, 1800-1850*, p. 61: Ezequiel, XXI, 25-28. Es interesante señalar que este texto también lo utilizaron los *levellers* ingleses: cf. Gerrald Winstanley, *Fire in the Bush*, 1650, «Vosotros poderosos opresores del mundo ... ¿lo recordáis? Vuestra ruina, ruina, vuestra ruina ha llegado ...» Para otro ejemplo, véase más adelante, vol. 2, p. 80.

La vara de la fuerza de Dios, que crece en Sión, no es una vara de opresión.⁸⁶

De este modo, incluso las «fortalezas» de las escuelas dominicales podían engendrar rebelión. Una hoja de colecta⁸⁷ de principios del siglo XIX, que proviene de Todmorden, en la que todos los que suscriben el fondo de apoyo a la huelga figuran en la lista con los seudónimos que han escogido, nos proporciona la impresión de este período, en el que el templo y la taberna hacían causa común en un momento de crisis industrial:

	l.	s.	d.
Uno que lameata ver a un Hombre coronado con el manto de Plata del tiempo, confirma las verdades de Salomón, Pro. 27, versículo 22	0	2	6
Un tipo Salado con un Asno	0	0	2
Mantenerse Fiel	0	0	6
Posada de la Liebre y los Podencos	0	0	6
Amor misericordioso, haz justicia	0	0	4
Colgad a ese viejo amigo	0	0	2
La esposa de Jam a Tum	0	0	2
Amicus	0	1	0
Posada del Rey Jorge	0	1	0
Decidle al Viejo Robertshaw que lea el versículo 13 del capítulo 22 de Jeremías	0	0	6
Tejedores de Eastwood	0	5	4
Si la esposa de Dick de Jos deja de quemar las Notas, los Viejos Leños Fulminantes hablarán de su gasto de media corona en una Juerga del Domingo	0	4	3½
Un tipo que no tiene chaqueta	0	0	2
Corta su cola y vuélvesela a coser como castigo	0	0	4

Pero por lo que se refiere a los años que van entre 1790 y 1830, sería tan ridículo describir la participación de predicadores metodistas lai-

86. Hugh Kelly, *The Stone Cut Out of the Mountain* Newcastle, 1821, p. 13; H. Kelly, *An Impartial History of Independent Methodism*, Newcastle, 1824.

87. Cartel en posesión del autor. La lectura de Jeremías recomendada es: «¡Ay del que edifica su casa con la injusticia, / sus salones con la iniquidad, / haciendo trabajar a su prójimo sin pagarle. / sin darle el salario de su trabajo!»

cos que eran rebeldes, así como de otros, en las agitaciones radicales extremas como una «contribución metodista» al movimiento obrero, como lo sería describir la práctica del amor libre entre los antinomianos extremos como una «contribución puritana» a la liberación sexual. Ambos son modelos culturales *reactivos*; pero al igual que el puritano rebelde en materia sexual (como Lawrence) sigue siendo un «puritano» en su profunda preocupación por «una relación correcta» entre hombres y mujeres, del mismo modo el metodista rebelde desde el punto de vista político mantuvo en su actividad radical o revolucionaria una seriedad moral, un sentido de la virtud y de la «llamada», una capacidad «metodista» para la dedicación continuada a la organización y (en el mejor de los casos) un alto grado de responsabilidad personal. Esto lo hallamos en los metodistas que participaron en el levantamiento de Pen-tridge, uno de los cuales, ejecutado por alta traición en Derby, «había sido el predicador local más capacitado del Circuito».⁸⁸ Lo hallamos en las mejores cualidades de Samuel Bamford, y en la autodisciplina que aportó a los manifestantes de 1819. Lo hallamos en Loveless, el bracero de Dorchester y «Mártir de Tolpuddle». Siempre que la agitación popular aumentaba en intensidad, esta forma de «herejía» se volvía manifiesta. En realidad, hacia la década de 1830 —a pesar de todos los intentos de la vieja guardia de Bunting para controlar la situación mediante anatemas y expulsiones— comunidades enteras, en particular de tejedores y calceteros, habían llegado a combinar su metodismo y su cartismo.

Hubo otros factores que influyeron en este proceso. Hacia principios del siglo XIX existía una tensión notable entre el wesleyanismo profesionalizado de los ministros que cobraban un estipendio y el voluntarismo de los predicadores laicos. La separación de la Nueva Conexión Kilhamita no había puesto fin, de ningún modo, al resentimiento que experimentaban muchos laicos ante la cesión del gobierno supremo del metodismo ortodoxo a manos de un círculo de ministros nombrados de manera arbitraria. Una y otra vez Cobbett denominaba de forma satírica a la conferencia metodista como el «CÓNCLAVE». La presentaba como una nueva burocracia, compuesta por «el grupo de hombres más atareados y perseverantes del mundo», absorta en preservar sus intereses mundanos y en perpetuar un nuevo clero hereditario, que vivía confortablemente a costa de los peniques que cotizaban los pobres. Con-

88. Benjamin Gregory, *Autobiographical Recollections*, 1903. pp. 126-129.

sideraba que la escuela de Wesley, en Kingswood, era la maquinaria para perpetuar una nueva élite.⁸⁹ Cobbett acusaba a los ministros profesionales, y no a los predicadores locales, de ser «los enemigos más implacables de la libertad en Inglaterra»:

... a pesar de lo hostil que ha sido el clero oficial a la libertad, su hostilidad no ha sido nada, en cuanto a virulencia, comparada con la de esos canallas sectarios. ... Escriben libro tras libro, tratado tras tratado. Predican un sermón infame tras otro. Protestan amargamente ... contra los propietarios de esclavos de las Indias Occidentales; pero jamás oírás una palabra suya contra los propietarios de esclavos en el Lancashire o en Irlanda. Por el contrario, le dicen continuamente a la población que debería dar gracias a Dios ... no por tener la panza llena y la espalda abrigada, sino por esa gracia abundante de la que ellos son portadores, y por la cual sólo les cobran un penique a cada uno por semana.⁹⁰

De todos modos, los ataques de Cobbett no eran totalmente desinteresados. En su época *tory*, había atacado a los metodistas, con la misma desmesura, pero por razones opuestas, cuando descubrió que varios de los compañeros del coronel Despard eran metodistas.⁹¹ Este era uno de sus prejuicios constantes. Y, en los primeros años de la década de 1820, estaba enfurecido, no sólo con el fuerte *torysmo* de Bunting y el «CÓNCLAVE», sino también con la facilidad con la que la iglesia metodista utilizaba los peniques de los mismos hombres que asistían a las manifestaciones radicales. Pero sin duda muchos de los predicadores laicos y de los jefes de clase compartían su desagrado por el ministerio con dedicación completa, así como las prácticas como la *pew-rent**

89. «Los miembros de esta Conferencia tienen una escuela en *King's Wood*, ¡en la que se educan sus hijos (y no los hijos de sus congregaciones)! ... También esto se mantiene a expensas de las congregaciones ... Los hijos que se educan de este modo, salen decididamente, a su debido tiempo, para ser *gentlemen*; es decir ... para ser recaudadores del *excise*, recaudadores de impuestos, oficinistas y funcionarios de diversos tipos.» *Political Register* (27 de enero de 1820).

90. *Ibid.* (3 de enero de 1824).

91. *Ibid.* (23 de julio de 1803): «De los seis trabajadores ... ejecutados junto con Despard ... tres eran *Metodistas*, y tuvieron un maestro metodista para atenderles en los últimos momentos. ... La secta está compuesta principalmente por pobres diablos rastros, de las grandes ciudades y centros fabriles o sus alrededores ...» Cf. T. E. Owen, *Methodism Unmasked*, 1802.

* Renta que se pagaba para tener lugar, banco o reclinatorio, destacado en la iglesia. (*N. de la t.*)

y los privilegios para los ricos. Y Cobbett se esforzaba por fomentar este desagrado. «Un hombre que haya estado toda la semana haciendo zapatos —escribió— no por ello predicará peor el domingo.»

Hay miles y miles de braceros, artesanos y fabricantes que, sin embargo, nunca intentaron predicar, y que son más capaces de hacerlo que los miembros de la Conferencia, que en su gran mayoría han sido braceros y artesanos, y se han convertido en *predicadores* porque era más agradable *predicar* que *trabajar*.

Los predicadores locales «piadosos y desinteresados», que no recibían remuneración alguna, estaban siendo (según la descripción de Cobbett) «relegados a los puestos inferiores» por la «arrogante» oligarquía de la Conferencia:

Los Líderes de la Conferencia los miran con desprecio, los tratan como si fueran intrusos, los mandan a los pueblos pequeños para que prediquen ante media docena o una decena de personas, mientras ellos predicán ante miles. Ahora bien, debería haber un acuerdo entre los metodistas de todo el reino de acudir a escuchar sólo a esos hombres desinteresados; y si la Conferencia les negase la entrada a los templos, les deberían ir a escuchar a sus propias casas, seguirles hasta los graneros o debajo de los árboles.

El otro «remedio» que Cobbett les proponía a los metodistas era «negarse a pagar los peniques», o por lo menos, negarse a pagárselos a todos los ministros excepto los partidarios de la reforma.⁹²

No está claro si muchos metodistas siguieron el consejo de Cobbett, o si Cobbett dio este consejo porque ya había personas que habían tomado esa iniciativa. Pero verdaderamente nos ayuda a entender el carácter de muchas sectas que se separaron —particularmente los metodistas primitivos y los cristianos de la Biblia— durante las primeras décadas del siglo XIX. Mientras que la secesión kilhamita había mostrado una escisión vertical en el seno de la iglesia, en la que se habían separado los miembros más intelectuales, las secesiones de este período fueron, sobre todo, escisiones horizontales, en las que los predicadores laicos y sus congregaciones se separaban del ministerio profesional. Los cristianos de la Biblia aparecieron porque un laico apasiona-

92. *Ibid.* (27 de enero de 1820, 13 de enero de 1821).

do, William O'Bryan, descubrió que la oficialidad metodista se negaba a reconocer su llamada. Se dedicó a predicar de forma independiente por la zona del norte de Devon, ignorando las limitaciones disciplinarias de la sociedad, y fue expulsado como un «mendigo ambulante». Se llevó consigo a sus grupos de conversos. Al leer la biografía de Bunting junto con la de Hugh Bourne, el fervoroso *mill-wright* y ensamblador (a quien se le encargaba revisar la maquinaria, reparar maderamen, o trabajar con hierro en las minas de carbón o en las «explotaciones agrícolas de montaña» en Staffordshire) que fundó los metodistas primitivos, tenemos la sensación de pasar entre dos mundos diferentes. «Nuestros templos —recordaba Bourne— eran los bancos de las minas de carbón, o cualquier otro lugar, y en nuestro modo de conversar predicábamos el Evangelio a todos, buenos y malos, incultos y con cultura.»⁹³ La oficialidad wesleyana local tenía poco interés en los conversos que hicieran Bourne y Clowes en las minas y las ciudades alfareras. El entusiasmo evangélico que condujo a las primeras reuniones al aire libre en Mow Cop (1807 y 1808) fue rechazado con prontitud.

Bunting miraba con desprecio a los obreros desde las alturas de las intrigas de la conexión, Bourne y Clowes formaban parte de la población obrera. Bunting estaba resuelto a situar al metodismo en un puesto a la derecha de la Iglesia oficial: los metodistas primitivos vivían todavía en el mundo de las privaciones y las persecuciones del origen del wesleyanismo. Apenas si podemos tratar las dos iglesias en los mismos términos. La predicación de los primitivos era tan ardua como las vidas de sus congregaciones; requería (como ha dicho el doctor Hobsbawm) destacar el más agudo contraste «entre el oro de los redimidos y la negra llamada de los condenados». Pero esto no se les predicaba a los pobres, sino que lo predicaban los *mismos* pobres. En esta y en otras sectas, los predicadores locales hacían suya la iglesia, y por este motivo esas sectas contribuyeron de forma mucho más directa a la historia posterior del sindicalismo y el radicalismo político que la conexión ortodoxa.⁹⁴

Había otro contexto en el que el metodismo de *cualquier* variedad

93. J. T. Wilkinson, Hugh Bourne, 1772-1852, 1952, pp. 21-32. Véase también la vida de William Clowes escrita por el mismo autor.

94. Véase E. J. Hobsbawm, *Primitive Rebels*, cap. 8. Los metodistas primitivos eran 200 en 1811, y 7.842 en 1820. Véase H. B. Kendall, *op. cit.*, p. 31.

asumía, necesariamente, una forma de mayor conciencia de clase: en las áreas rurales. En un pueblo agrícola, el templo era una afrenta inevitable para el párroco y el *squire*, y constituía un centro en el que el bracero ganaba independencia y dignidad. Una vez más, la influencia de los metodistas primitivos —particularmente en East Anglia— demostró ser muy notable. Pero su lógica podemos verla en un folleto de un indignado párroco rural de 1805, varios años antes de que se fundaran los metodistas primitivos.⁹⁵ Los braceros agrícolas convertidos al metodismo recibieron acusaciones de todo tipo de intenciones seditiosas. Decían «Que el Grano y todos los demás frutos de la tierra crecen y son un regalo de la Providencia, tanto para los pobres como para los ricos». Estaban menos satisfechos con sus salarios y menos dispuestos «a trabajar horas extraordinarias como sería necesario para las exigencias de sus patronos». Peor todavía, en vez de recuperarse para el siguiente día de trabajo, se agotaban caminando varias millas los domingos para ir a escuchar al predicador. Las noches de los días laborables, en lugar de irse derechos a la cama, maigastaban fuego y velas cantando himnos; una imagen que había horrorizado al párroco al verla «en algunos de nuestros *cottages* más pobres, a una hora tan tardía como las nueve ... de una noche de invierno». Muchos años más tarde George Howell destacó la perpetuación de esas actitudes entre la *gentry*, cuando hacía observaciones sobre el caso concreto de los braceros de Dorchester. El metodismo era «una ofensa vergonzosa en aquellos días en muchos pueblos, en especial en Dorset y otros condados del Oeste. Ciertamente, junto con la caza furtiva era la más grave de todas las ofensas».

De estas formas, se generaban continuamente tensiones en el corazón de una religión cuyos dogmas teológicos eran los de la sumisión y la santificación del trabajo. El máximo desarrollo de esta dialéctica reactiva corresponde a la historia posterior del sindicalismo entre los mineros y los trabajadores rurales, y a la historia del cartismo. Pero sus orígenes se sitúan en las décadas que van desde 1810 a 1830, cuando los líderes cartistas como Ben Rushton de Halifax y John Skevington de Loughborough atravesaban sus años de formación. Rushton, un tejedor de telar manual nacido en 1785 y predicador local con la Nueva Conexión Metodista, fue activo en la política radical en la época de Peterloo, probablemente le encarcelaron y o bien le expulsaron o se fue

95. *A Letter to a County Gentleman on the Subject of Methodism*, Ipswich, 1805.

de la Conexión en la época de la llamada de Cobbett a los metodistas para que se negaran a pagar sus obligaciones. Fue activo de nuevo durante la agitación contra la *Poor Law* y en favor de los tejedores manuales a principios de la década de 1830. En 1839, en uno de los primeros de la serie de grandes mítines con acampada de los cartistas (que se hacían siguiendo el modelo de los metodistas primitivos), varios predicadores locales intervinieron junto con Rushton. Uno de ellos, William Thornton, abrió el acto con una plegaria —que «se acabe la maldad de los malvados»— y Feargus O'Connor le dio unas palmadas en la espalda diciendo: «Bien dicho, Thornton, cuando consigamos la Carta del Pueblo procuraré que te nombren Arzobispo de York». Otro propuso una resolución que comprometiera a la reunión a «no asistir a ningún lugar de culto en el que quien administre los servicios sea enemigo de la libertad civil ... y en cambio reunirnos en el futuro en nuestras distintas localidades de forma y manera que sea adecuada a las circunstancias de cada caso». Ben Rushton apoyó la resolución, declarando que: «Por su parte no les había dado nada a los párrocos desde 1821, y el próximo penique que les diera les haría mucho bien». Otro predicador local, Hanson, añadió sus censuras al clero:

Predicaban a Cristo y un mendrugo, una obediencia pasiva y la ausencia de resistencia. Que el pueblo deje de ir a esas iglesias y templos («¡Lo haremos!»). Que vayan a escuchar a esos hombres que predicaban a Cristo y una panza llena. Cristo y una espalda bien abrigada, Cristo y una buena casa para vivir, Cristo y el Sufragio Universal.⁹⁶

Los hombres como Rushton, Thornton y Hanson hicieron una contribución al movimiento cartista que es imposible valorar en exceso. Lo vemos en el carácter de los mítines al aire libre y en el fervor de los himnos cartistas, como «Uníos Hijos de la Pobreza»:

Vosotros, pobres de espíritu, mirad a los valientes,
Que defienden vuestra justa causa:
¿Quién no les ha tratado como enemigos?
Son, como lo fue Jesús,
Perseguidos
Por hombres malos y leyes malvadas.
Saeables de su cómoda inactividad,
Importunadles en medio de su orgullo;

96. B. Wilson, *op. cit.*, p. 3; *Halifax Guardian* (25 de mayo de 1839). Hanson fue expulsado de los metodistas debido a esta intervención.

Acrescentad vuestras filas, aumentad vuestro número,
Extended la Carta por todas partes:
La verdad está con nosotros.
El mismo Dios está de nuestro lado.⁹⁷

Lo vemos en los amotinados de Plug que entraron en Halifax cantando el «Old Hundreth». Lo vemos en los lemas, como el de la gran pancarta que los tejedores del pueblo de Rushton, en Ovenden, llevaron a una de las manifestaciones cartistas: «No les tengáis miedo, recordad al Señor, que es grande y terrible, y luchad por vuestros hermanos, vuestros hijos e hijas, vuestras esposas y vuestras casas». ⁹⁸ Lo vemos en los templos cartistas: en el Valle del Spen, donde el diácono Priestley les había dado trigo a los «pobres de Cristo», donde John Nelson había visto a Satanás en la cuesta de Gomersal, donde se encontrarían los southcottianos, los antinomianos y los metodistas ludistas a principios de siglo; en la década de 1840, encontramos un templo de este tipo del cual nos queda un relato de la predicación de Rushton, sobre el texto «Los pobres que siempre están con vosotros». Rushton dividía a los pobres en tres clases: los tullidos y los ciegos, que eran los «pobres de Dios»; los holgazanes y los derrochadores, que merecían ser abandonados a su suerte:

Luego, en tercer lugar, estaban los pobres que se habían afanado y habían trabajado con ahínco toda su vida, pero que se habían empobrecido, o se habían mantenido en la pobreza, debido a la perversidad de otros. ... Con una vehemente elocuencia siguió para denunciar a los hombres que rechazaban la justicia política para su vecino, y que los oprimían hasta que su vida se convertía en una lucha larga y desahogada por la simple existencia.

A medida que su elocuencia e indignación reunían fuerzas, «los sentimientos de la audiencia se manifestaban con apasionadas exclamaciones ... hasta que al fin una persona, exaltada por la fuerte denuncia que

97. *National Chartist Hymn Book*. (See the brave, ye spirit-broken, / Who uphold your righteous cause: / Who against them hath not spoken? / They are, just as Jesus was, / Persecuted / By bad men and wicked laws. / Rouse them from their silken slumbers, / Trouble them amidst their pride; / Spread the Charter far and wide: / Truth is with us, / God himself is on our side.)

98. *Halifax Guardian* (21 de abril de 1848). Véase también los lemas de 1819, más adelante, vol. 2, p. 292.

el señor Rushton hacía de los opresores, exclamó: «¡Ay! malditos sean, malditos sean».⁹⁹

Aunque los hombres como Rushton aportaron un fervor moral excepcional al movimiento en muchos distritos, nada sería más equivocado que suponer que estaban predispuestos a favorecer el partido de la «fuerza moral» (como opuesto a la «fuerza física») dentro del cartismo. Por el contrario, servían a un Dios de Batallas a quien los hombres del Nuevo Ejército Modelo habrían comprendido; y más de unos cuantos ex predicadores laicos estaban deseosos de hablar sobre el texto, «El que no tenga espada, que venda sus ropas y compre una». Rushton —a quien un amigo había descrito como «el político más juicioso, valiente y honesto que jamás había pisado un estrado inglés»— estaba dispuesto a encabezar a los amotinados de Plug (y a incurrir en otro período de cárcel); y cuando tenía 60 años todavía hizo campaña en favor de Ernest Jones. El tejedor-predicador fue muy popular hasta su muerte; unas veces le encontramos predicando vestido con ropas usadas y calzado con zuecos, en un servicio de aniversario en una pequeña aldea de tejedores, ante una congregación ataviada con «sus mejores vestidos, es decir, zuecos y ropas de trabajo, incluidos largos delantales o *bishops*»; otras veces le encontramos andando muchas millas cada noche, esforzándose por mantener elevados los ánimos de algunas secciones cartistas que estaban en lucha. (Una vez, un joven compañero de Rushton advirtió que sus zuecos estaban gastados hasta los calcetines. «Ay —dijo el viejo interrumpiendo sólo por un momento su discurso político—, pero piensa en la recompensa futura.») Su muerte, en 1853, motivó un gran funeral cartista; y puesto que Rushton había estipulado que no debía officiar ningún sacerdote pagado, las oraciones fueron pronunciadas por Gammage y Ernest Jones.¹⁰⁰

Pero Jabez Bunting y Ben Rushton no pertenecían a los mismos mundos. Sólo violentando nuestra imaginación podemos concebir que el tejedor cartista y el autoritario sacerdote hubiesen coincidido alguna vez en un mismo «movimiento». Porque ¿quién era Rushton, sino el Adán a quien el Dios de Bunting había maldecido?

99. F. Peel, *Spen Valley, Past and Present*, Heckmondwike, 1893, pp. 317-319.

100. *Commonwealth* (16 de noviembre de 1866); *People's Paper* (2 de julio de 1853); *History of Luddenden Dean Chapel*, 1928, p. 5. Para tener información sobre un hombre de una fuerza y una integridad parecidas que pertenecía a los Metodistas Primitivos, John Skevington de Loughborough, véase Harrison, «Chartism in Leicester» en A. Briggs, *Chartist Studies*, 1959, pp. 70 y siguientes.

12. COMUNIDAD

I. TIEMPO LIBRE Y RELACIONES PERSONALES

El resurgimiento metodista de los años de guerra intervino en la disciplina de trabajo del industrialismo. También fue, en parte, un reflejo de la desesperación entre la población obrera. El metodismo y el utilitarismo, tomados en conjunto, componen la ideología dominante de la Revolución industrial. Pero en el metodismo vemos sólo la más clara expresión de procesos que actuaban en el conjunto de toda la sociedad. Muchas de sus características se reproducían en todas las iglesias del movimiento evangélico, y en las enseñanzas sociales de algunos utilitaristas y deístas. Hannah More sostenía con la misma firmeza que Wesley el punto de vista de que era «un error fundamental considerar que los niños era seres inocentes», en vez de seres de «naturaleza corrupta y propensión al mal».¹ Y en las escuelas dominicales que promovía la Iglesia de Inglaterra en muchos pueblos, durante las décadas de 1790 y 1800, encontramos exactamente el mismo énfasis (aunque a veces utilizando un tono más paternalista) sobre la disciplina y la represión que el que hemos señalado en las escuelas de Stockport o Halifax. Su función se describe, de manera invariable, como la de conservar en los hijos de los pobres «un espíritu de laboriosidad, economía y piedad»; los maestros de las escuelas dominicales de Caistor (Lincs) tenían orden de:

... contener la ferocidad de sus indómitas pasiones, resprimir la excesiva rudeza de sus modales, corregir la repugnante y desmoralizadora obscenidad de su lenguaje, someter la tenaz rebelión de sus voluntades,

1. H. More, *Strictures on the Modern System of Female Education*, 1799, p. 44.

convertirlos en personas honradas, obedientes, educadas, laboriosas, sumisas y ordenadas ...²

Las presiones tendentes a la disciplina y el orden se extendían desde la fábrica, por una parte, y la escuela dominical, por otra, a todos los aspectos de la vida: el ocio, las relaciones personales, la forma de hablar, los modales. Junto con la mediación disciplinaria de las fábricas, las iglesias, las escuelas, y los magistrados y militares, se establecieron medios cuasioficiales para reforzar una conducta moral ordenada. El lugarteniente moral de Pitt, Wilberforce, combinó el distintivo del metodismo con el celo de la oficialidad, y fue muy activo entre 1790 y 1810 en su causa. En 1797, explicó detenidamente «la gran ley de la subordinación», y fijó normas para el gobierno de los pobres:

... que su camino más humilde les ha sido asignado por la mano de Dios; que les corresponde cumplir sus deberes lealmente y sufrir con alegría sus incomodidades; que la vida presente es muy corta; que los objetos por los cuales hombres prolijos se pelean con ansia, no merecen la contienda ...³

Hacia 1809, estaba satisfecho de que el jacobinismo ostensible ya no fuese un peligro, pero en cada manifestación de indisciplina moral veía el peligro de un resurgimiento jacobino. «Somos sensibles a las ofensas políticas —escribió—, pero parecemos sumamente insensibles ante el delito moral.»

En esto era demasiado modesto, puesto que su propia Sociedad para la Supresión del Vicio había llevado a cabo con éxito 623 procesos por violar las leyes del *Sabbath*, sólo en 1801 y 1802.⁴ Pero su convicción en cuanto a la íntima correlación existente entre la ligereza moral y la sedición política en las clases más bajas es una característica de su clase. Aumentaron los procesos por embriaguez y comportamiento obsceno; el viejo enemigo de Blake, el obispo Watson de Llandaff, pre-

2. R. C. Russell, *History of Elementary School & Adult Education in Nettleton and Caistor*, Caistor, 1960, pp. 5, 7.

3. W. Wilberforce, *A Practical View of the Prevailing Religious System of Professed Christians*, 1797, pp. 405-406.

4. Véase L. Radzinowicz, *op. cit.*, III, pp. 504-506, y las partes 3 y 4 *passim*. Véase también G. R. Taylor, *op. cit.*, p. 36: «... el período de cambio moral decisivo no se dio en la época de ascenso al trono de Victoria, ni siquiera en el siglo XIX, sino ... durante la década de 1790-1800».

dicó un sermón en 1804 en el que consideraba que el papel del delator común era «un noble Designio ... tanto desde un Punto de Vista religioso como político». Se predicó y se legisló contra las diversiones de los pobres, hasta que incluso las más inofensivas fueron consideradas bajo un aspecto aterrador. La Sociedad para la Supresión del Vicio extendió su esfera de actuación hasta «los bailes de dos peniques, las ferias de pan de jengibre, y las imágenes obscenas».⁵ Los que se bañaban desnudos en el mar eran perseguidos como si fueran premonitores de potros de castigo y guillotina. «Con respecto al adulterio, —escribió oscuramente John Bowdler— al igual que está castigado de forma capital por los Judíos, algunos piensan que entre nosotros ... también debería estarlo.» Los evangélicos exhortaban a las clases altas a reformar su conducta como ejemplo para los pobres. En la propia «Sociedad» durante los años posrevolucionarios se observó una creciente reserva en los modales ... funesta para la alegría y el humor».⁶

El proceso de disciplina social encontró contestación. El intento de los seguidores del doctor Bowdler de elaborar nueva legislación para que se encarcelara a los adúlteros fracasó en la Cámara de los Comunes; a diferencia de los castigos que se impusieron a quienes violaban el *Sabbath*, vagabundos, gitanos, bailarines y saltimbanquis, cantores de baladas, librepensadores y bañistas desnudos, la legislación contra el adulterio estaba expuesta a las objeciones porque podía perjudicar tanto la diversión de los ricos como la de los pobres. Otros intentos de intervenir en las diversiones de los pobres fueron rechazados por la Cámara de los Comunes, gracias a mayorías escasas compuestas de una parte de la inercia del *laissez faire*, una parte de la defensa foxita de la libertad del individuo y una parte de la tradicional tolerancia *tory* hacia el «pan y circo» y del desagrado por el «fanatismo» metodista. (Una de las ironías de la época fue la defensa del *bull-baiting** por parte de Windham, ministro de la guerra, frente a los evangélicos y los reformadores; defensa que propició que surgiera el grito de «¡Windham y Libertad!», desde los baluartes de Satanás.)

Pero si bien los partidarios de la disciplina perdieron unas pocas escaramuzas legislativas, ganaron la batalla de la Revolución industrial; y en este proceso el temperamento «irlandés» que a menudo se atribuía

5. *Gorgon* (24 de abril de 1819).

6. T. Moore, *Life of Sheridan*, 1825, p. 217.

* Acoso de toros con perros. (*N. de la t.*)

a los ingleses pobres de la ciudad y del campo del siglo XVIII se tradujo en la forma de vida metódica del capitalismo industrial. En las zonas rurales esto se puede ver con mucha claridad en el triunfo de la economía monetaria por encima de los ritmos estacionales, «poco económicos», de la semisubsistencia campesina. En las áreas industriales se puede ver en la extensión de la disciplina de la sirena o el reloj de la fábrica, de las horas de trabajo a las de ocio, de los días laborables al *Sabbath*, y en el ataque al «Lunes del Zapatero» y a las fiestas y ferias tradicionales.

Aunque todavía tenían una gran importancia las funciones económicas de la feria del siglo XVIII —«contrataciones» anuales, las ferias de caballos y de ganado vacuno, la venta de diversas mercancías— no debemos olvidar su misma importancia por lo que se refiere a la vida cultural de los pobres. En los primeros tiempos de la Revolución industrial, el año del trabajador todavía se componía de ciclos de ardua tarea y comida en el mismo tajo, salpicados por días de «fiesta» en los que la bebida y la comida eran más abundantes, se compraban caprichos para los niños, como naranjas y cintas, y tenían lugar bailes, cortejos, visitas festivas y deportes. Hasta finales del siglo XIX, se mantenía todavía una red de ferias por todo el país (muchas de las cuales la autoridad trataba de limitar o proscribir), a las que asistían buhoneros, fulleros, gitanos auténticos o supuestos, vendedores de baladas y vendedores ambulantes.⁷ Un hombre de Northumberland que escribía un diario en 1750 describe el domingo de la Pascua de Pentecostés:

... fuimos a los Juegos de Carton, con la silla de montar, la brida, el látigo, etc., todo lo necesario para Galopar. ... había muchos hombres y mujeres jóvenes que se divertían con el juego o pasatiempo que llaman Perder la Cena. ... Y después de todo esto, acababan su recreo hartándose de beber en las cervecerías y los hombres Besando y jugueteando casi toda la noche con sus queridas. ...

Tres semanas más tarde tuvieron lugar los Juegos de Leberston. «Se jugaba a los Tejos una Cacerola de Cobre ... y también había una Paloma primorosamente engalanada y adornada con Cintas de diversos co-

7. El lector recordará las novelas acerca de Wessex, escritas por Hardy. Para una descripción de algunas de las ferias de la década de 1830, véase, *First Report of the Constabulary Commission*, pp. 30-42.

lores y otros elegantes Ornamentos, cuya danza realizaron las Muchachas del País ...»⁸ En 1783, un magistrado de Bolton se lamentaba de que —en una época en que la harina de avena se vendía a dos guineas la carga—

... había tan poca apariencia de escasez en este pueblo que una tarde me encontré con una gran procesión de hombres y mujeres jóvenes con violines, guirnaldas y otras muestras de adornos rurales, bailando las *Morris dances** en la carretera simplemente para celebrar un frívolo aniversario, o lo que a ellos les gusta llamar desde hace un año o dos, una verbena en una miserable cervecería con el techo de paja cercana a la zona comunal.⁹

Es tentador explicar el declive de las viejas diversiones y fiestas simplemente en términos de la sustitución de los valores «rurales» por los «urbanos». Pero es engañoso. Las diversiones más arraigadas, ya fuesen en la violenta forma del acoso de animales y el boxeo, o en festividades más alegres, pueden encontrarse, tanto o más a menudo, en Londres o en las grandes ciudades durante el siglo XVIII como en las zonas rurales. Siguió existiendo durante el siglo XIX con una fuerza que nos recuerda tanto las revoltosas tradiciones de los aprendices de Londres de la época de los Tudor, como la gran proporción de londinenses que había inmigrado desde los pueblos. La mayor festividad de todas era la Feria de San Bartolomé, con sus repertorios de fieras, carteristas, pantomimas de Arlequín y Fausto, tahures, juegos, exhibiciones de hombres salvajes y jinetes. En 1825, el *Trades Newspaper* se quejaba: «Desde muchas semanas antes se denuncia desde el púlpito y la prensa, y se sacan a relucir historias de aprendices desviados de los caminos de la honestidad, de criadas perdidas para cualquier trabajo, de cabezas rotas y reyertas ...».¹⁰ En la década anterior las autoridades habían temido que la feria se convirtiese en «el lugar de encuentro general para la sedición y la señal para la insurrección».¹¹

Por otra parte, la Revolución industrial, que vació las zonas rura-

8. MS. del Diario de Beswick, citado en G. R. Taylor, *op. cit.*, p. 16.

* Danza grotesca realizada por personas disfrazadas que representan los personajes de la leyenda de Robin Hood. (*N. de la t.*)

9. B. T. Barton, *Historical Gleanings of Bolton*, Bolton, 1881, I, p. 263.

10. 11 de septiembre de 1825.

11. *Sherwin's Weekly Political Register* (15 de septiembre de 1817).

les de algunas de sus industrias y destruyó el equilibrio entre la vida rural y la urbana, también creó en nuestras mentes una imagen de aislamiento rural y de «estupidez». La cultura inglesa urbana del siglo XIX era más «rural» (en sus connotaciones tradicionales), mientras que la cultura rural era más rica, de lo que a menudo suponemos. «Es una gran equivocación suponer —insistía Cobbett— que la gente se ha atontado por el hecho de permanecer siempre en el mismo lugar.» Y no se trata tanto de que la mayoría de las ciudades industriales desplazaran al campo, como de que crecieron *sobre* él. La configuración industrial más corriente de principios del siglo XIX era un núcleo comercial o industrial que servía como centro de un círculo de poblaciones industriales dispersas. Los grandes centros urbanos de finales del siglo XIX se formaron a medida que aquellas poblaciones se convirtieron en suburbios y las tierras labrantías se cubrieron de ladrillos.

Pero en todo este proceso no hubo nada tan violento como el forzar la ruptura de las viejas tradiciones. En el sur del Lancashire, las Potteries,* el West Riding y el Black Country, las costumbres locales, las supersticiones y el dialecto no fueron reprimidos ni trasplantados: el artesano del pueblo o la ciudad pequeña se convirtió en obrero industrial. Bamford, en su *Early Days*, ha dado testimonio del vigor de la tradición en los pueblos de tejedores del Lancashire en el cambio de siglo. Había cuentos de brujas, de espectros, de hadas; el violento pugilismo y la pelea de gallos; las tradiciones, como las carreras con huevos (por Pascua) o «montar al negro»; las fiestas con sus celebraciones tradicionales: Navidad, Carnaval, el «domingo de Cymbalin», y el *Rushbearing*** en agosto, cuando los bailarines de la *Morris dance* se podían encontrar en Middleton, Oldham o Rochdale:

Mis zapatos nuevos son tan buenos,
Que si quisiera podría bailar las *morris*;
Y si me vistiera con camisa y sombrero,
Bailaría las *morris* con la mejor.***

* Distrito del North Staffordshire en el que se encontraban Hanley y Stoke-upon-Trent, centro principal de la industria alfarera inglesa. (N. de la t.)

** Ceremonia anual de los distritos del norte que consiste en llevar juncos y guirnalda a las iglesias y hacer alfombras o decorar las paredes con ellas. (N. de la t.)

*** My new shoon they are so good, / I cou'd doance morrice if I wou'd; / An' if hat an' sark be drest, / I will doance morrice wi' the best.

O había el «*Mischief-neet*», el primero de mayo, en el que los muchachos dejaban señales en los peldaños de la puerta de las mujeres del pueblo:

Un arbusto de aulaga significaba una mujer con fama de deshonestas; y un arbusto de acebo, una mujer a la que aman en secreto; un cuerno de carnero especificaba que el hombre o la mujer no eran fieles al matrimonio; una rama de un árbol muy joven, verdaderamente enamorada; una ramita de abedul, una muchacha bonita.¹²

Junto a la descripción de Bamford, correspondiente a la década de 1790, podemos situar los recuerdos de Joseph Lawson, acerca de un pueblo pañero «atrasado» del West Riding —Pudsey— durante la década de 1820, en el momento de transición de las viejas a las nuevas formas de vida. Las casas estaban dispersas «como si hubiesen surgido de semillas caídas al azar», las calles sin iluminación ni pavimento, los grupos de casas comunicados por tortuosos apriscos y callejones. Las habitaciones son bajas, con pequeñas ventanas sin cristales: «Hay una gran ignorancia de los conocimientos sanitarios. Cuando un médico entra en una casa en la que hay alguien con fiebre y golpea el cristal con su bastón, la primera dosis de medicamento que le proporciona es el aire fresco.» La mayoría de las casas no tiene horno, pero tiene una *bakstone** para cocer. Los suelos de piedra están enarenados, el mobiliario es sencillo y escaso: «en algunas casas hay una cómoda de roble o un cofre, una reliquia de familia, o una pequeña alacena colgada en un ángulo, y un estante para ollas y platos de Delft**». El agua es escasa, y los días de colada se puede formar una cola de 20 o 30 personas en la fuente. El carbón y las velas son muy apreciados, y en invierno los vecinos se reúnen para compartir el fuego. El pan y la cerveza se hacen en casa; el pan blanco y la carne se consideran un lujo; «los principales artículos de alimentación son: tortas de avena, pan moreno, budín de gachas de avena, leche desnatada, patatas y cerveza casera».

Esta amplia rutina se rompe con las ocasionales «festividades» o banquetes, en los que se compra «un trozo de carne de vaca» y todos van a la feria, donde se vende pan de jengibre, frutas y juguetes, y se mues-

12. *Early Days*, caps. 13 al 16.

* Losa de piedra que se calienta para cocer pan. (N. de la t.)

** Ciudad holandesa conocida por sus baterías de cocina de loza de barro vidriado. (N. de la t.)

tran imágenes de la batalla de Waterloo, se hacen representaciones de Punch y Judy,* hay casetas de juego, columpios y un «mercado del amor» tradicional, en el que los hombres jóvenes cortejan a las muchachas con «presentes» de galletas de brandy y nueces. Muy pocos obreros pueden leer el periódico con suficiente soltura, aunque los periódicos se reciban (y se leen en voz alta) en la herrería, la barbería y en diversos establecimientos públicos. Muchas de las noticias todavía llegan por medio de los vendedores de folletos y los cantores callejeros. Las viejas supersticiones son una fuente de terror viva, tanto para los viejos como para los jóvenes. Hay espectros en el Manantial del Remolino, en la Horca de la Bailía, en el Sendero de los Espíritus; los padres, en general, castigan a sus hijos encerrándoles «en los sótanos u otros lugares oscuros para que los espíritus negros se los lleven». «Otra superstición muy seria y dañina, que prevalecía en todas partes, era la creencia de que cuando moría un niño, era la voluntad del Señor y, por lo tanto, debía ser así.» A los reformadores de la sanidad se les consideraba como «Descreídos». Eran corrientes las peleas de perros y de gallos; y también era corriente, en las épocas de fiestas, «ver diversos cuadriláteros instalados, en los que hombres desnudos lucharían a veces durante una hora, hasta que no se podía reconocer a los combatientes ...». Emborracharse era muy común, especialmente en las fiestas y durante el «Lunes del Zapatero», que celebraban los tejedores y desbarradores así como los zapateros. Pero también había muchos pasatiempos menos violentos: *knur and spell*,** «*duck knop*»,*** y fútbol en las calles. La aldea daba lugar a un fuerte sentimiento de pertenencia y era una comunidad cerrada para los forasteros, aunque fueran de lugares que sólo distaban dos o tres millas. Sobrevivían algunas tradiciones muy antiguas, como «*Riding the Stang*»,**** de modo que si un hombre maltrataba a su esposa y esto se sabía, o se creía que una mujer había cometido actos impúdicos, la multitud vociferante transpor-

* Espectáculo de títeres. Punch es la abreviación de Polichinela, representa a un personaje jorobado, Judy es su esposa. (N. de la t.)

** Juego de la zona norte del país parecido al *trap-ball*, que consiste en lanzar una bola de madera colocada en el extremo de una trampa, a base de golpear el otro extremo con una maza y luego darle a la pelota con la misma maza. (N. de la t.)

*** Juego de chicos que se practica con un botón o una piedra, en el segundo caso se llama *duck stone*, en él puede participar un solo jugador. (N. de la t.)

**** Forma de expresar la desaprobación popular, llevando a un transgresor de la norma cabalgando sobre una estaca para burla pública. (N. de la t.)

taba por las calles una efigie de paja y la quemaba ante la casa del infractor o infractora.¹³

Es posible que durante los primeros años de la Revolución industrial, lejos de extinguirse las tradiciones locales, se produjera un aumento del orgullo provincial y de la valorización local. El sur del Lancashire y el West Riding no eran desiertos rurales antes de 1780, y habían sido durante dos siglos centros de industria doméstica. A medida que la disciplina fabril invadía la forma de vida de los trabajadores manuales, y a medida que se abrían las calles de la Corporación y la Coronación en el Pardillo y el Hoyo de la Rana y Los Acebos, se agudizaba la conciencia local por la pérdida, y en la cultura de los obreros industriales se mezcla un sentimiento cuasinacionalista con uno de clase (las nuevas máquinas contra las viejas costumbres, la tiranía de Londres o del capital «ajeno» contra el pañero local, el trabajo de los irlandeses rebajando los precios del tejedor nativo). George Condy, un importante propagandista del movimiento por las 10 horas, escribió un prefacio para el *Traditions of Lancashire* de Roby (1830); Bamford sólo era uno entre los muchos autores plebeyos que seguían los pasos del «Tim Bobbin» del siglo XVIII, al ensalzar e idealizar las costumbres locales y el dialecto.

Pero esto era una resistencia consciente ante la desaparición de una antigua forma de vida y con frecuencia estaba asociada con el radicalismo político.¹⁴ En esta desaparición, la pérdida de tiempo libre para jugar y la represión de los impulsos de diversión fueron tan importantes como la simple pérdida material de los bienes comunales y de los «espacios de juego».¹⁵ Wesley transmitió la totalidad de las enseñanzas puritanas de Bunyan o Baxter: «Evita cualquier ligereza, como evitarías el fuego del infierno; y evita hablar con despreocupación, como evitarías maldecir o blasfemar. No toques mujer alguna ...». Los juegos de cartas, los vestidos de colores, los adornos personales, el teatro, todo estaba incluido en la prohibición metodista. Se escribían tratados contra las canciones «profanas» y el baile;¹⁶ la literatura y las

13. J. Lawson, *Progress in Pudsey*, *passim*.

14. El que acude a la mente es Cobbett. Pero quizá William Hone hizo más esfuerzos por recoger las viejas costumbres, al publicar sus *Date Book*, *Every-Day Book*, y *Table Book*, así como el *Sports and Pastimes* de Strutt, todos ellos en la década de 1820.

15. Véase la obra de los Hammond, *The Black Age*, cap. 6.

16. Los defensores de estos tratados se encontraban con algunas dificultades respecto de la referencia del *Eclesiastés* a «un tiempo para el baile». Pero puesto que «en la Bi-

artes que no tuviesen una orientación devota eran consideradas profundamente sospechosas; el terrible *Sabbath* «victoriano» empezó a extender las redes de su opresión incluso antes del nacimiento de la reina Victoria.

Un folleto característico pone de manifiesto el alcance de la determinación metodista para desarraigar las tradiciones preindustriales de los distritos manufactureros.¹⁷ En una reunión trimestral de Sheffield, en 1799, se había observado que algunos miembros no se habían «liberado completamente de la costumbre de *visitar y recibir visitas*, en la *Fiesta anual*». Estas fiestas, que se conocían por diversos nombres como «*Vísperas*» (en Derbyshire y Staffordshire), «*Rushbearing*» (en el Lancashire) y «*Veladas*» (en el oeste de Inglaterra), en su origen podrían haber sido lícitas, pero habían llegado a estar «terriblemente prostituidas por los objetivos más diabólicos». Se pasaba el tiempo «comiendo y bebiendo sin moderación; hablando de cosas profanas, o por lo menos cosas inútiles; riendo y haciendo broma, practicando la fornicación y el adulterio ...». La más mínima participación en ellas suponía «la asociación con las obras más estériles de la oscuridad». Los pobres despilfarraban el dinero que debían haber ahorrado; muchos de ellos contraían deudas. Los metodistas que participaban en estas festividades se exponían a las costumbres mundanas de los no convertidos; la recaída era un resultado corriente. Debían rechazar alojar incluso a los amigos y parientes (que se encontraran entre los no convertidos) que pudiesen acudir; y si a tales visitantes no se les podía disuadir cuando llamaban a la puerta, entonces se les debía alojar, pero sólo bajo la condición de leerles la Biblia, hablarles de cosas sagradas y cantar himnos: «¡Oh, Hermanos, qué estamos haciendo! La muerte está aquí mismo. Ha empezado el tormento. Se ha desatado la ira contra los profesores estériles. La desidia del pecado pesa sobre nosotros ...» Otras costumbres que sobrevivían, como la de comer y beber en el «*velatorio*» del funeral, merecían la misma condena. Incluso la visita de

bilia no se encuentran ejemplos de bailes, en los que los dos sexos se ejerciten al unísono», se argumentaba que sólo podía permitirse que bailasen los miembros de un sexo (separados de los del otro), y que bailasen en ocasiones sagradas a plena luz del día y en días laborables. (Tampoco se reseñan ocasiones como éstas en la Biblia.) Véase A. Young, *A Time to Dance*, Glasgow, sin fecha; y también Southey, *op. cit.*, pp. 546-549.

17. Rev. James Wood, *An Adress to the Members of the Methodist Societies*, 1799, *passim*.

parientes en un *Sabbath* normal no se podía permitir, excepto en casos de enfermedad repentina.¹⁸

El calor de la argumentación indica que en muchos lugares, como el Middleton de Bamford, la lucha entre la vieja forma de vida y la nueva disciplina fue aguda y prolongada. Y el relato que hacía Lawson acerca de Pudsey muestra a la «gente de iglesia» como un grupo que se mantenía *aislado* de la comunidad por su conducta sombría. Hubo muchas personas educadas en familias devotas que reaccionaron violentamente contra su educación, como William Lovett:

... el hecho de ser obligado a acudir tres veces durante el domingo a un lugar de culto, tener estrictamente prohibidos todos los libros excepto la Biblia y el Libro de Rezos, y de que no se me permitiera disfrutar de un paseo si no era a la capilla ... son suficientes para explicar aquellos sentimientos juveniles. Mi pobre madre ... creía que al gran poder que había creado las numerosas cosas alegres, divertidas y cantarinas de la tierra y el aire, se le debía complacer con los rostros solemnes, los vestidos gazmoños y el comportamiento medio soñoliento de los seres humanos; y que la religión consiste en escuchar la repetida historia de la caída del hombre ...¹⁹

A muchos hombres de la generación de la posguerra, como Lovett, les parecía que los metodistas eran incultos y atrasados. Y esto nos hace recordar la dificultad extrema que supone generalizar respecto de el tono moral y los comportamientos de las comunidades de la clase obrera durante la Revolución industrial. Está claro que entre 1780 y 1830 tuvieron lugar cambios importantes. El obrero «medio» inglés se volvió más disciplinado, más sujeto al ritmo productivo «del reloj», más reservado y metódico, menos violento y menos espontáneo. Los depor-

18. Los velatorios eran ocasiones importantes para la relación familiar, cuando las gentes de la ciudad visitaban a sus parientes que vivían en el campo, y «la hija casada volvía a su vieja casa con sus hijos». Howitt, que los describía como «una pequeña pausa en la, por otra parte imparable, maquinaria de la servidumbre», relataba cómo los viejos de los pueblos, cuando se les preguntaba acerca de sus hijos e hijas, decían: «Bien, bien, les veremos en el Velatorio.» Los velatorios podían incluso con el disciplinario Wedgwood, quien decía que los velatorios «se debían celebrar aunque llegara el fin del mundo»: R. E. Leader, *Reminiscences of Old Sheffield*, Sheffield, 1876, pp. 200-202; W. Howitt, *Rural Life of England*, 1838, I, p. 59, pp. 245-254; N. McKendrick, *op. cit.*, p. 46.

19. Lovett, *op. cit.*, I, p. 8.

tes tradicionales fueron sustituidos por aficiones más sedentarias: «Los ejercicios Atlético de los Tejos, la Lucha Libre, el Fútbol, el *Prison-bars** y la Caza con Arco han caído en desuso ... ahora son aficionados a las Palomas, criadores de Canarios y cultivadores de Tulipanes ...» o cosas por el estilo, se lamentaba un escritor del Lancashire en 1823.²⁰ Francis Place hacía a menudo comentarios sobre un cambio que, desde su punto de vista, suponía un aumento de la dignidad personal y una elevación «del carácter del obrero». «Fijaos incluso en el Lancashire», escribió un mes después de Peterloo:

Hace pocos años, cuando un extranjero se paseaba por sus ciudades se le «miraba con malos ojos», es decir, era abucheado, y algunas veces se apedreaba a un forastero. «Bruto del Lancashire» era un apelativo común y apropiado. Hasta hace muy poco hubiese sido peligroso tener reunidos a quinientos de ellos por cualquier motivo. Al menos los panaderos y los carniceros hubiesen sido saqueados. Hoy en día, se pueden reunir 100.000 personas y no tiene lugar motín alguno a continuación ...²¹

En este punto la valoración se convierte en algo extremadamente difícil. A pesar de que muchos escritores contemporáneos, desde Cobbett a Engels, lamentaban la desaparición de las viejas costumbres inglesas, es absurdo considerar la cuestión sólo en términos idílicos. No todas esas costumbres eran inofensivas o pintorescas. La madre soltera castigada en un correccional, y quizá repudiada por la parroquia en la que tenía derecho a recibir la beneficencia, tenía pocos motivos para admirar la «alegre Inglaterra». No es de lamentar la desaparición de la Senda de la Ginebra, la Feria de Tyburn, de las borracheras orgiásticas, de la sexualidad animal y de los combates a muerte con zuecos tachonados con clavos de hierro, en los que se ganaba un premio en dinero.

Pero, entre la vieja superstición y la nueva intolerancia, está bien tomar precauciones cuando nos encontramos con las afirmaciones de

* También denominado *prisoner's bars* o *prisoner's base*. Juego en el que participan dos equipos que ocupan dos «bases» o «casas» contiguas: cada jugador que corre fuera de su base es perseguido por uno del otro equipo, y si le cogen es hecho prisionero. (*N. de la t.*)

20. Guest, *op. cit.*, pp. 38-39.

21. Wallas, *op. cit.*, pp. 145-146.

que los evangélicos fueron un medio de educación intelectual. Ya hemos advertido la tendencia de los metodistas a encerrarse en una secta, a mantener a sus miembros separados del contagio de los no convertidos y a considerarse ellos mismos como en estado de guerra civil con la cervecería y los habitantes de los baluartes de Satán. Donde los metodistas eran un grupo minoritario dentro de una comunidad, las actitudes se endurecían por ambos lados; las profesiones de virtud y las declamaciones contra el pecado son menos reveladoras acerca de los comportamientos reales que acerca del rencor de los antagonismos. Además, el aire de principios del siglo XIX está viciado por los argumentos y contraargumentos, especialmente en los temas en que entraban en conflicto los valores de los trabajadores manuales y los obreros fabriles, o los de aquellos que se oponían o defendían el trabajo de los niños. Los críticos del sistema de la fábrica lo consideraban destructivo para la vida familiar y acusaban constantemente a las fábricas de ser centros de la mayor inmoralidad sexual; el lenguaje soez y el comportamiento independiente de las muchachas de las fábricas sorprendían a muchos espectadores. Gaskell comparaba la inocencia idílica de los trabajadores domésticos, cuya juventud se consagraba a una libertad pagana que acarrecaba la obligación del matrimonio sólo si tenía lugar la concepción, con la promiscuidad de la fábrica en la que algunos de los patronos protagonizaban escenas con las muchachas de la fábrica, que «hacen ruborizar las lascivas Saturnales de los Romanos, los ritos de la Pagoda de las muchachas Indias, y la vida del Harén del Otomano más voluptuoso.»²²

Estos relatos llenos de color suponían una ofensa no sólo para los patronos, en cuyo caso no carecían totalmente de razón, sino también para los mismos obreros. Éstos señalaron que la comparación de las tasas de ilegitimidad en muchos distritos rurales arrojaban un resultado desfavorable con respecto a las de las ciudades fabriles. En muchas fábricas se obligaba a guardar el mayor decoro. Y si había «Otomanos» entre los propietarios de las fábricas, también había patronos paternalistas que despedían a cualquier muchacha a la que se descubriera el menor desliz moral.

No es fácil hacer balance. Por una parte la afirmación de que la Revolución industrial mejoró la situación de las mujeres parecería no tener mucho significado si recordamos las horas de trabajo excesivas, las

22. *The Manufacturing Population of England*, p. 64.

malas condiciones de las viviendas, el excesivo número de partos y los terribles datos de mortalidad infantil. Por otra parte, las abundantes oportunidades de empleo femenino en los distritos textiles proporcionaban a las mujeres la categoría de asalariadas independientes. La soltera o la viuda se liberaron de la dependencia respecto de los familiares o la beneficencia parroquial. Incluso las madres solteras podían, gracias al relajamiento de la «disciplina moral» en muchas fábricas, alcanzar una independencia desconocida hasta entonces. En las mayores fábricas de tejidos de seda de Macclesfield, virtuosos patronos se enorgullecían de despedir a las muchachas que cometían un solo «paso en falso». Un testigo, que contrastó este comportamiento con las costumbres de manga más ancha de Manchester, hizo una serie de observaciones que inquietaron a los moralistas:

He observado, de forma muy generalizada ... el caso de que, cuando las fábricas y las factorías están casi libres de madres con hijos ilegítimos, las calles están infestadas de prostitutas; y que por el contrario, donde se permite que las muchachas vuelvan a su trabajo, después de dar a luz un niño, allí las calles se encuentran comparativamente vacías de esos seres infelices.²³

El período pone de manifiesto muchas paradojas como ésta. Los años de guerra presenciaron una superabundancia de folletos que limitaban o refutaban las reivindicaciones de los derechos de las mujeres, que se asociaban con el «jacobinismo». La subordinación de la mujer dentro del matrimonio se disponía en los términos más crudos. «Las escrituras Cristianas», declaraba Paley, imponen a la esposa una obediencia en el matrimonio en términos tan imperiosos y absolutos, que parece abarcar todo lo que no sea delictivo, o no sea completamente contrario a la felicidad de las mujeres».²⁴ Pero estos años también presenciaron la existencia de una inquebrantable tradición minoritaria, compuesta sobre todo por profesionales y artesanos radicales en las grandes ciudades, que planteaban reivindicaciones de más largo alcance que cualquiera de las planteadas antes de la Revolución francesa. Las

23. W. Dodd, *The Factory System Illustrated*, p. 194. Margaret Hewitt cuestiona alguna de la documentación, sobre todo las fuentes posteriores a 1840. en *Wives and Mothers in Victorian Industry*, 1958, en especial cap. 5.

24. W. Paley, *Concise Admonitions for Youth*, 1809, p. 68. Véase también T. Gisborne, *Enquiry into the Duties of the Female Sex*, 1797, en especial las pp. 226-229.

declaraciones que habían hecho en la década de 1790 Mary Wollstonecraft, William Blake y Thomas Spence jamás fueron abandonadas por completo; se repiten, no sólo en el círculo de Shelley, sino también en las publicaciones radicales de los años de la posguerra. Se hicieron eco de ellas, mostrando su desacuerdo, el *Black Dwarf*; de manera más estridente, las publicaciones de Richard Carlile; y con la mayor fuerza, Anna Wheeler y William Thompson y en el movimiento owenita.²⁵ Pero en los distritos textiles fue donde el cambio en la situación económica de las mujeres dio lugar a la primera participación amplia de las mujeres obreras en la agitación política y social. Durante los últimos años del siglo XVIII, las sociedades femeninas de socorro mutuo y las clases metodistas femeninas pueden haberles proporcionado experiencia y confianza en sí mismas; la demanda de las mujeres de actuar como predicadores locales fue una «herejía» wesleyana persistente. Pero los años de la guerra, con la mayor demanda de trabajo no sólo por parte de las hilanderías, sino también en el telar manual, aceleraron el proceso.²⁶ En 1818 y 1819, se fundaron las primeras Sociedades Femeninas para la Reforma, en Blackburn, Preston, Bolton, Manchester, Ashton-under-Lyne. El relato de Samuel Bamford —si podemos darle crédito— sugiere que se produjo un repentino salto hacia adelante en cuanto a conciencia. En un mitin en el distrito de Saddleworth, que está en el límite del Lancashire y el Yorkshire,

en el transcurso de una intervención, insistí en el derecho, y también en la corrección, de que las mujeres presentes en reuniones como aquella votasen con el brazo alzado en favor o en contra de las resoluciones. Esta era una idea nueva, y las mujeres, que asistían en gran número desde un palco elevado, se mostraron muy satisfechas. Como los hombres no discreparon, cuando se planteó la resolución las mujeres levantaron sus manos en medio de muchas risas; y desde entonces las mujeres votaron junto con los hombres en las reuniones Radicales ... Se convirtió en una costumbre, se formaron *unions* políticas femeninas, con su presidenta, sus comités y otros cargos; y a partir de nosotros, rápidamente adoptaron la misma costumbre ... las instituciones religiosas y de caridad.²⁷

25. *Black Dwarf* (9 y 30 de septiembre de 1818); para Carlile y los owenitas, véase más adelante el capítulo 16.

26. Para el aumento del número de mujeres tejedoras durante las guerras, véase Ivy Pinchbeck, *Women Workers and the Industrial Revolution*, 1930, pp. 164-166.

27. *Passages in the Life of a Radical*, edición de 1893, pp. 141-142.

(Al mismo tiempo, en Newcastle, uno de los corresponsales de Jabez Bunting se lamentaba de la falta cometida por la «hermandad pía» que bordaba los estandartes de la reforma.) Durante los 20 años que median entre 1815 y 1835, también se producen los primeros síntomas de actuación de *trade unions* independientes entre las mujeres obreras. John Wade, al comentar una huelga de 1.500 mujeres carderas del West Riding en 1835, extraía la siguiente conclusión: «Los alarmistas consideran que estos síntomas de independencia femenina son más amenazadores respecto de las instituciones que existen, que la «educación de las clases bajas».²⁸

Pero incluso en este progreso se da una paradoja de sentimientos. El radicalismo de las mujeres del norte se componía de nostalgia por la condición perdida y de afirmación de derechos recién descubiertos. Según convenciones profundamente arraigadas, la posición de la mujer dependía de su éxito como ama de casa en la economía familiar, en la organización doméstica y la previsión, la elaboración de pan y cerveza, la limpieza y el cuidado de los hijos. La nueva independencia, ya fuese en la fábrica o haciendo una jornada de trabajo completa en el telar manual, que hacía posibles los nuevos derechos, se vivía simultáneamente como una pérdida personal de importancia y de independencia. Las mujeres se volvieron más dependientes del patrono o del mercado de trabajo, y evocaban un pasado «dorado» en el que los ingresos domésticos que provenían del hilado, las aves de corral y cosas parecidas, se podían ganar cerca de la propia casa. En los buenos tiempos la economía doméstica, al igual que la economía campesina, sostenían una forma de vida centrada en el hogar, en la que los caprichos y las coacciones interiores eran mucho más evidentes que la disciplina externa. Cada etapa de la diferenciación y la especialización industrial afectó también a la economía familiar, alterando las relaciones tradicionales entre el hombre y la mujer, los padres y los hijos, y estableciendo una diferencia más aguda entre «trabajo» y «vida». Transcurrirían 100 años completos antes de que esta diferenciación trajera recompensas, en forma de aparatos que permiten ahorrar trabajo, a los hogares de las mujeres obreras. Mientras tanto, cada mañana la sirena de la fábrica separaba brutalmente a la familia, y la madre, que también era una asalariada, a menudo sentía que le tocaba la peor parte tanto del mundo doméstico como del industrial.

28. J. Wade, *History of the Middle and Working Classes*, 1835, pp. 570-571.

«Hubo un tiempo en que podríamos habernos dado la bienvenida, desplegando ante vos una mesa que representara la hospitalidad Inglesa, abastecida por nuestro trabajo», así se dirigían las Mujeres Reformadoras de Bolton a William Cobbett en 1819: «Hubo un tiempo, en que podríamos habernos recibido con los semblantes rosados de las mujeres Inglesas. ... Podríamos habernos mostrado nuestros *Cottages*, que rivalizaban en cuanto a pulcritud y orden con el Palacio de nuestro Rey.» Las Mujeres Reformadoras de Blackburn recogían el mismo tema: sus casas «despojadas de todos sus ornamentos», sus lechos «arrancados ... por la mano implacable del insensible recaudador de impuestos», de modo que «los tiranos que traficaban con los municipios» podían descansar en «camas de plumón» mientras que sus familias yacían sobre la paja. Sobre todo, protestaban en favor de sus hijos: «se nos rompe diariamente el corazón al verles devorar con avidez la basta comida que algunos apenas les darían a sus cerdos». Era natural que reaccionaran positivamente ante Cobbett, que pronto iba a consolidar su apoyo con su *Cottage Economy*, y también ante Oastler, que ponía mucho énfasis en «el hogar». Ni Cobbett ni Oastler dieron el más mínimo apoyo a la idea del sufragio femenino, pero tampoco las Sociedades Femeninas para la Reforma lo reivindicaron por su parte. Su papel se reducía a dar apoyo moral a los hombres, confeccionando pancartas y gorras de la libertad que se presentaban con ceremonia en las manifestaciones en favor de la reforma, aprobando resoluciones y discursos y aumentando el número de personas en los mítines.²⁹ Pero incluso estas formas de participación motivaban el insulto por parte de sus oponentes. El *Courier* describía a las «reformadoras con enaguas» de Manchester como «mujeres degradadas», culpables de «la peor prostitución del sexo, la prostitución del corazón», «abandonando su puesto en la sociedad» y cambiando la «naturaleza sagrada» de la esposa y la madre «por los turbulentos vicios de la sedición y la impiedad». Cualquiera que fuese la opinión de Cobbett acerca del sufragio de las mujeres, no tenía segundas intenciones en cuanto a prestar ayuda a las Mujeres Reformadoras:

29. Se puede observar el inicio de otra tradición en el relato de un confidente sobre la *Manchester Political Union*, del 17 de noviembre de 1819: «La *Union* es miserablemente pobre, ha tenido que pedir ayuda a la *Union* femenina porque no podía mantenerse desde el punto de vista financiero» (H.O. 42.198).

¡Exactamente como si las mujeres no supieran hacer otra cosa que cocinar la harina de avena y barrer una casa! ¡Cómo si las mujeres no fueran inteligentes! ¡Cómo si Hannah Moore y la *Gentry* hubiesen reducido a las mujeres al mismo nivel de los Negros del África! ¡Cómo si Inglaterra no hubiese tenido nunca una reina ...! ³⁰

II. LOS RITUALES DE LA SOLIDARIDAD

Una y otra vez la «desaparición de la vieja Inglaterra» elude el análisis. Si recordamos que la Revolución industrial no era una situación social consolidada, sino una fase de transición entre dos modos de vida, podemos ver las líneas de cambio con mayor claridad. Y debemos prestar atención, no sólo a la comunidad «típica» (Middleton o Pudsey), sino a muchas comunidades diferentes que coexisten unas con otras. Sólo en el sudoeste del Lancashire se podían encontrar, a pocas millas unas de otras, la cosmopolita ciudad de Manchester, a la que se dirigían emigrantes de todos los lugares del reino; poblaciones mineras (como las minas de carbón del duque de Bridgewater) que salían de una situación semifeudal; poblaciones modelo de carácter paternalista (como Turton); ciudades fabriles nuevas (como Bolton); y viejas aldehuelas de tejedores. En todas estas comunidades actuaban un número de influencias convergentes, todas ellas encaminadas hacia la disciplina y el desarrollo de la conciencia de la clase obrera.

La comunidad obrera de principios del siglo XIX no fue producto del paternalismo o del metodismo, sino, en gran medida, del esfuerzo consciente de la clase obrera. En Manchester o Newcastle las tradiciones de las *trade unions* y las sociedades de socorro mutuo, con su acento en la disciplina y sus fines comunitarios, se retrotraen al siglo XVIII. Las reglas que sobreviven de los tejedores de artículos de mercería, en la década de 1750, muestran ya una atención meticulosa hacia los procedimientos y la etiqueta institucional. Los miembros del comité deben sentarse en un orden determinado. Las puertas deben mantenerse cerradas. Existen minuciosas regulaciones para custodiar la «caja». Se le recuerda a los miembros que «la Intemperancia, el Rencor y la Impiedad son la Plaga y el Parásito que corroen las Partes Vitales de toda Sociedad».

30. *Political Register* (23 de octubre, 29 de diciembre de 1819); *Courier* (15 de julio de 1819).

Si consideramos que esta Sociedad no es una Colectividad de Hombres que se reúnen para regalarse con Cerveza y Tabaco, y para hablar de forma indiferente sobre cualquier Tema; sino más bien una Sociedad reunida para Proteger los Derechos y Privilegios de un Oficio por medio del cual subsisten varios cientos de Personas ... qué desagradable debe parecer ver a sus Miembros revueltos de forma promiscua unos con otros, hablando de manera indiferente de cualquier Tema ...

Las consignas son «Decencia y Regularidad»; siempre se tiene la esperanza de que cuando los «Gentlemen y los Magistrados» acaten este orden «venerarán más que castigarán una Sociedad como ésta». ³¹

Esto representa el código del artesano con dignidad, aunque la esperanza de que tal sensatez ganara el favor de las autoridades se vería ampliamente defraudada. Hombres como Hardy y Place recibieron su educación en una escuela parecida a ésta, en Londres. Pero a medida que la Revolución industrial avanzaba, este código (a veces en forma de leyes modélicas) se extendió a sectores crecientes de la población obrera. Las gentes con pequeños negocios, los artesanos, los braceros, todos intentaban asegurarse contra la enfermedad, el desempleo o los gastos del funeral, ³² mediante la pertenencia a *box clubs* o sociedades de socorro mutuo. Pero la disciplina que era esencial para proteger los fondos, mantener una conducta ordenada en las reuniones y la resolución de los casos conflictivos, suponía un esfuerzo de autoorganización tan grande como las nuevas disciplinas de trabajo. Un examen de las reglas y preceptos de las sociedades de socorro mutuo que existían en Newcastle durante las guerras napoleónicas nos proporciona una lista de multas y penalizaciones más severas que las de un patrono del algodón de Bolton. Una Sociedad General imponía multas a cualquier miembro que «pusiera en tela de juicio» a otro miembro que recibiera subsidio de enfermedad, por emborracharse durante el *Sabbath*, por golpear a otro, «por ponerse apodos unos a otros», acudir al local del club en estado de embriaguez, usar el nombre de Dios en vano. La her-

31. Wadsworth y Mann, *op. cit.*, pp. 345-347.

32. La población obrera le confería un gran valor a la ceremonia del funeral. Un funeral pobre era la desgracia social más extrema. La ceremonia ocupaba un papel importante en el folklore y preocupaba a los moribundos. «Desearía —escribió un condenado ludita— que John Rawson, John Roberts y John Roper llevasen mi féretro; querida esposa, escoge tú misma a los otros tres»: *The Surprising ... History of «General Ludd»*, Nottingham, sin fecha, p. 239.

mandad de los Malteadores ponía multas por embriaguez en *cualquier momento*, por dejar de asistir a los funerales de hermanos o de sus esposas. Los vidrieros (que se habían fundado en fecha tan temprana como 1755) imponían multas por dejar de asistir a las reuniones, o a aquellos que se negaban a cumplir su turno en la rotación de cargos; por no guardar silencio cuando se ordenaba, por hablar a la vez, por replicar al moderador, apostar en el club, o (por regla general) por revelar secretos fuera de la sociedad. Además: «Las personas infames, de mal carácter, pendencieras o desordenadas no serán admitidas en esta sociedad. ... Ningún pocero, minero del carbón, grabador o barquero debe ser admitido ...». Los barqueros, para no ser menos, añadieron una norma que excluía de los beneficios a cualquier hermano que sufriera «cualquier enfermedad adquirida por yacer con una mujer deshonesto, o que tenga gonorrea o sífilis». Los hermanos serían multados por ridiculizarse o provocarse hasta encolerizarse unos a otros. La Sociedad Unánime retiraría su ayuda a cualquier miembro que cobrando el subsidio de enfermedad fuera visto «en cervecerías, jugando o borracho». Con el fin de mantener su unanimidad, había multas para los miembros que proponían «disertar o discutir sobre temas políticos o eclesiásticos, o del gobierno y los gobernantes». La Sociedad de Socorro Mutuo de Todos los Oficios tenía una regla parecida al *huffing** cuando se juega a las damas: se imponía una multa «si cualquier miembro tiene oportunidad de multar a su hermano, y no lo hace». Los cordobaneros ponían multas por pedir tabaco o bebida antes de que el moderador abandonara la reunión. Los carpinteros y ebanistas tenían una prohibición a los «sentimientos desleales» o a las «canciones políticas». ³³

Es posible que algunas de estas reglas, como la prohibición de las disertaciones y las canciones políticas, se pusiesen con una cierta iro-

* Norma del juego de damas según la cual se saca del tablero, golpeándola, una ficha del oponente como penalización por haber dejado de matar una pieza que se encontraba *en prise*. (N. de la t.)

33. *Laws and Orders of the Friendly Society who meet at the House of Mr Wm Forster* ... N. Shields, 1795, p. 11; *Rules and Orders of the Brotherhood of Malsters*, Newcastle, 1796, p. 6; *Articles, Laws and Rules of the Glass-makers Friendly Society*, Newcastle, 1800, pp. 5, 11, 15; *Articles ... of the Friendly Society*, Newcastle, 1804, p. 11; *Articles of the Unanimous Society*, Newcastle, 1804, p. 11; *Articles ... of the Friendly Society of All Trades*, Newcastle, 1804, p. 9; *Articles ... of the Society of Cordwainers*, Hexham, 1806, p. 8; *Rules of the Philanthropic Society of House-Carpenters and Joiners*, Newcastle, 1812, p. 7; *Articles ... of the Miners Society*, Newcastle, 1817.

nía. Aunque algunas de estas sociedades eran clubs de enfermedad escogidos, de los que sólo formaban parte 20 o 30 artesanos que se reunían en una taberna, otros probablemente eran coberturas de la actividad de las *trade unions*; mientras que en Newcastle, como en Sheffield, es posible que después de las *Two Acts* se utilizara la formación de sociedades de socorro mutuo como tapadera de organizaciones jacobinas. (Un «grupo» de una sociedad de socorro mutuo daba, en 1816, testimonio de las «regulaciones leales, patrióticas y pacíficas» de muchas de las sociedades de Newcastle, pero se lamentaba de que esas regulaciones eran a menudo insuficientes para impedir el «debate apasionado y el lenguaje violento».)³⁴ Durante los años de guerra, las autoridades tenían profundas sospechas respecto de las sociedades, y uno de los objetivos de las reglas era asegurar su inscripción ante los magistrados locales. Pero todo aquel que esté familiarizado con los procedimientos y la etiqueta de algunas *trade unions* y clubs de obreros actuales, reconocerá el origen de prácticas que todavía existen en varias de sus normas. Tomadas en su conjunto, sugieren un logro de autodisciplina y una difusión de experiencia de un nivel realmente impresionante.³⁵

Las estimaciones en torno al número de miembros de las sociedades de socorro mutuo indican 648.000 miembros en 1793, 704.350 en 1803, 925.429 en 1815. A pesar de que la inscripción de las sociedades ante los magistrados, bajo la primera *Friendly Society Act* de 1793, permitía la protección de los fondos por parte de la ley si se daba el caso de que hubiese encargados morosos, un gran número, pero desconocido, de clubs no se inscribieron, ya fuese por hostilidad hacia las autoridades, inercia local, o debido a una profunda reserva que, tal y como descubrió el doctor Holland, todavía era bastante fuerte en la década de 1840 como para dificultar sus investigaciones. Antes de 1815, casi todas las sociedades tenían un carácter estrictamente local y autónomo, y combinaban las funciones de seguro de enfermedad con veladas de convivencia del club y «excursiones» o fiestas anuales. En 1805, un observador presenciaba cerca de Matlock la siguiente escena:

34. *A Short Account of the Benevolent Society ... at Messrs Angus Manufactory*, Newcastle, 1816.

35. Para la situación legal de las sociedades de socorro mutuo en esta época, véase P. H. J. Gosden, *The Friendly Societies in England*, Manchester, 1961, p. 5. Para la composición social de las sociedades, véase G. C. Holland, *op. cit.*, cap. 17.

... unas cincuenta mujeres precedidas por un violinista solitario que interpretaba una tonada alegre. Era una sociedad femenina de ayuda mutua que había ido a Eyam a escuchar un sermón y ahora iba a comer en comandita, un lujo que nuestras mujeres de la sociedad de ayuda mutua de Sheffield no se permiten, sólo toman té y, en general, cantan, bailan, fuman y beben *negus*.³⁶

Pocos de los miembros de las sociedades de socorro mutuo tenían una posición social más elevada que la de los oficinistas o las gentes de oficio con pequeños negocios; la mayor parte de ellos eran artesanos. El hecho de que cada hermano tuviera fondos depositados en la sociedad contribuía a la estabilidad en la afiliación y a la participación vigilante en el autogobierno. Casi no tenían miembros de la clase media y, aunque algunos patronos les veían con buenos ojos, en la práctica su conducta dejaba muy poco espacio para el control paternalista. Eran comunes los fracasos debidos a la inexperiencia como actuarios de seguros; eran frecuentes los empleados informales. Estas sociedades, que se difundieron por todos los rincones del país, fueron (a menudo de forma angustiosa) escuelas de experiencia.

En la propia clandestinidad de las sociedades de socorro mutuo y en su opacidad frente al examen a que les sometía la clase alta, tenemos una auténtica prueba del desarrollo de una cultura y unas instituciones obreras independientes. Esta fue la subcultura en base a la cual crecieron las menos estables *trade unions*, y en la que los dirigentes de las *trade unions* hicieron su aprendizaje.³⁷ Las normas de las *unions*, en muchos casos, eran versiones más elaboradas del mismo código de conducta que los clubs de enfermedad. Algunas veces, como en el caso de los cardadores de lana, se complementaba con los procedimientos de las órdenes masónicas secretas:

Desconocidos, el designio de nuestras Logias es el amor y la unidad,
Nuestra protección se basa en las leyes de la equidad,

36. T. A. Ward, *op. cit.*, p. 78. Véase también J. H. Priestley, «Ripponden Female Society», *Trans. Halifax Antiq. Soc.*, 1943. *Negus*: vino (en especial oporto o jerez) y agua caliente, endulzado y aromatizado con limón y especias. (*N. de la t.*)

37. Una queja continua de las autoridades era que las sociedades de socorro mutuo permitían que sus miembros retirasen fondos cuando estaban en huelga. En 1812, se describió Macclesfield como «un nido de asociación ilícita», «lleno de sociedades para la enfermedad y el entierro, que son los gérmenes de la revolución»: C. S. Davies, *History of Macclesfield*, Manchester, 1961, p. 180.

Y cuando conozcas nuestros derechos místicos,
Te revelaremos todos nuestros secretos.³⁸

Después de la década de 1790, bajo el impacto de la agitación jacobina, los preámbulos a los reglamentos de las sociedades de socorro mutuo adquieren una nueva resonancia; una de las consecuencias más extrañas del lenguaje del «hombre social» de la Ilustración filosófica es su reproducción en los reglamentos de oscuros clubs de reunión que se encontraban en tabernas o «despachos clandestinos» de la Inglaterra industrial. En el Tyneside, las sociedades «Sociales» y «Filantrópicas» expresaban sus aspiraciones en términos que abarcaban desde frases inútiles —«una sociedad firme, duradera y amistosa», «para promover la amistad y la verdadera caridad Cristiana», «el hombre no ha nacido sólo para sí mismo»— hasta imponentes afirmaciones filosóficas:

El hombre, por la constitución de su cuerpo, y la disposición de su espíritu, es una criatura formada para la sociedad ...

Nosotros, los miembros de esta sociedad, tomando en seria consideración, que el hombre está constituido como ser social ... con una necesidad continua de asistencia y apoyo mutuo; y habiendo entretendido en nuestras naturalezas aquellos sentimientos humanos y compasivos que siempre experimentamos ante la desgracia de cualesquiera de nuestros prójimos ...³⁹

Las sociedades de socorro mutuo, que encontramos en comunidades de tan diverso tipo, fueron una influencia cultural unificadora. Aunque por razones financieras y legales fueron lentas en federarse entre sí, facilitaron la federación regional y nacional de las *trade unions*. Su lenguaje del «hombre social» también encaminó el desarrollo de la conciencia de la clase obrera. Unía el lenguaje de caridad cristiana y la metáfora latente de la «hermandad» en la tradición metodista (y morava),

38. (E. C. Tuffnell), *The Character, Objects and Effects of Trades' Unions*, 1834, vuelto a publicar en 1934, pp. 42 y siguientes. (Strangers, the design of all our Lodges is love and unity, / With self-protection founded on the laws of equity, / And when you have our mystic rights gone through, / Our secrets all will be disclosed to you.)

39. *Rules ... of the Sociable Society*, Newcastle, 1812; *Articles of the Friendly Society at West Boldon*, Sunderland, 1811; *Rules of the Good Intent Society*, Newcastle, 1815; *Articles of the Unanimous Society*, Newcastle, 1804; véase también H. J. Maltby, «Early Bradford Friendly Societies», *Bradford Antiquary*, VII, 1933, para encontrar ejemplos de reglamentos con influencia metodista.

con la afirmación social del socialismo owenita. Muchas de las primeras sociedades y cooperativas de consumo owenitas prolongaban sus reglamentos con la siguiente cita de Isaías (XLI, 6): «Uno a otro se ayudan, uno a otro se dicen: ¡Ánimo!». Pero todavía en la década de 1830 había en circulación una multitud de himnos y canciones de sociedades de socorro mutuo o de *trade unions* que eran elaboraciones del mismo tema.

El señor Raymond Williams ha indicado que «el elemento distintivo crucial de la vida inglesa desde la Revolución industrial está ... en la existencia de ideas alternativas en cuanto a la naturaleza y la relación social». En contraste con las ideas de individualismo o (como mucho) de servicio de la clase media, «lo que significa propiamente "cultura de la clase obrera" ... es la idea colectiva básica, y las instituciones, comportamientos, hábitos de pensamiento e intenciones que procedían de aquella».⁴⁰ Las sociedades de socorro mutuo no «procedían de» una idea, tanto las ideas como las instituciones surgieron en respuesta a ciertas experiencias comunes. Pero la distinción es importante. En la simple estructura celular de la sociedad de socorro mutuo, con su característica cotidiana de ayuda mutua, podemos encontrar muchas de las características que se reproducían, de manera más sofisticada y compleja, en las *trade unions*, cooperativas, Hampden clubs, organizaciones políticas y logias cartistas. Al mismo tiempo puede considerarse a las sociedades como la cristalización de un espíritu de solidaridad difundido de forma muchísimo más amplia en los detalles «densos» y «concretos» de las relaciones personales de los obreros, en el hogar y en el trabajo. Todos los testigos presenciales de la primera mitad del siglo XIX —clérigos, inspectores de fábrica, propagandistas radicales— subrayan el alcance de la ayuda mutua en los distritos más pobres. En momentos de emergencia, desempleo, huelgas, enfermedad, parto, el pobre «ayudaba sin excepción a su vecino». Veinte años después de que Place hiciera un comentario acerca del cambio en el comportamiento de los habitantes del Lancashire, Cooke Taylor se asombraba de la forma en que los obreros del Lancashire soportaban «la más extrema de las desdichas»,

con un elevado tono de dignidad moral, un notable sentido de la propiedad, una decencia, una limpieza y un orden ... que no merecen el in-

40. *Culture and Society*, edición de Penguin, pp. 312-314.

tenso sufrimiento que he presenciado. Contemplé la inmoliación gradual de la población más noble y más valiosa que jamás existió en este país o en cualquier otro lugar bajo el cielo.

«Casi todos los desdichados obreros que encontré al norte de Manchester ... estaban completamente horrorizados de verse obligados a recibir la beneficencia parroquial.»⁴¹

Es un error considerar que esta era la *única* ética «obrero» auténtica. Las aspiraciones «aristocráticas» de los artesanos y los trabajadores manuales, los valores de la «ayuda a sí mismo» o la delincuencia y la desmoralización, también estaban ampliamente extendidos. Se libraba la batalla en torno al conflicto entre formas de vida alternativas, no sólo entre la clase media y la clase obrera, sino en el seno de las mismas comunidades obreras. Sin embargo, para los primeros años del siglo XIX, es posible afirmar que los valores colectivistas dominan en muchas comunidades industriales; existe un código moral con sanciones contra el esquirol, los «instrumentos» del patrono o la mala vecindad, que además es intolerante hacia los excéntricos o los individualistas. Los valores colectivistas se sustentan de forma consciente y se propagan en la teoría política, las ceremonias de las *trade unions*, la retórica moral. En realidad, es esta conciencia colectiva de sí mismos, con su correspondiente teoría, instituciones, disciplina y valores comunitarios, la que distingue a la clase obrera del siglo XIX de la multitud del siglo XVIII.

El radicalismo político y el owenismo a la vez se inspiraron, y enriquecieron, en esa «idea colectiva básica». Quizá Francis Place estaba en lo cierto cuando atribuía el cambio de comportamiento de los mucedumbres del Lancashire, en 1819, al avance de la conciencia política «que se extendía por todo el país desde que la Sociedad Constitucional y la Sociedad de Correspondencia habían empezado a actuar en 1792»:

En la actualidad se pueden reunir 100.000 personas y no se produce ningún motín a continuación, y ¿por qué? ... La gente del pueblo tiene un objetivo, cuya consecución les confiere importancia ante sí mismos, les eleva en su propia opinión, y así ocurre que los mismos individuos que hubiesen sido los líderes del motín son los que mantienen la paz.⁴²

41. Cooke Taylor, *op. cit.*, pp. 37-39. Taylor escribía en la época de la depresión del algodón de 1842.

42. Wallas, *op. cit.*, p. 146.

Otro observador atribuía los cambios ocurridos en el Lancashire a la influencia tanto de Cobbett como de las escuelas dominicales y advertía un «cambio general y radical» en el carácter de las clases trabajadoras: «Los pobres, cuando sufren y están insatisfechos, ya no provocan motines, sino que convocan un mitin; en lugar de atacar a sus vecinos, acusan al Ministerio».⁴³

Este aumento de la dignidad propia y de la conciencia política fue un avance real de la Revolución industrial. Sirvió para desvanecer algunas formas de superstición y de deferencia e hizo que algunos tipos de opresión no se considerasen tolerables por más tiempo. Podemos encontrar testimonios abundantes por lo que se refiere al firme desarrollo del espíritu de solidaridad en la fuerza y el orgullo ceremonial de las *unions* y los clubs de oficios que surgieron, en una situación de cuasilegalidad, cuando se revocaron las *Combination Acts*.⁴⁴ Durante la huelga de cardadores de lana de Bradford de 1825, encontramos que en Newcastle, donde las sociedades de socorro mutuo estaban tan bien arraigadas, las *unions* que contribuían a reunir fondos para Bradford incluían herreros, *mill-wrights*, ensambladores, zapateros, marroquines, aprestadores de piel, ebanistas, carpinteros de navíos, aserradores, sastres, cardadores de lana, sombrereros, curtidores, tejedores, alfareros y mineros.⁴⁵ Además, en cierto sentido las sociedades de socorro mutuo ayudaron a aprender e incorporar al movimiento de las *trade unions* el amor por la ceremonia y el elevado sentido de la categoría social del gremio artesano. Estas ceremonias, ciertamente, tenían todavía un notable vigor a principios del siglo XIX, en algunas de las antiguas Compañías o Cofradías con Estatutos de los maestros y maestros artesanos, cuyas ceremonias periódicas expresaban el orgullo tanto de los maestros como de sus oficiales en «el Oficio». Por ejemplo, en 1802, hubo una gran celebración de jubileo de las «Cofradías» de Preston. Durante una semana de procesiones y exposiciones en las que participaron la nobleza, la *gentry*, los comerciantes, los tenderos y los fabricantes,⁴⁶ se confirió un lugar prominente a los oficiales:

43. Un miembro del Comité de Manchester para mitigar los sufrimientos del 16 de agosto de 1819 (J. E. Taylor), *Notes and Observations Critical and Explanatory on the Papers relative to the Internal State of the Country ...*, 1820.

44. Véase más arriba, p. 257.

45. *Trades Newspaper* (11 de septiembre de 1825).

46. Entre las cofradías representadas se hallaban los curtidores, guanteros, cordobaneros, carpinteros, carniceros, vinateros, sastres, herreros, merceros y pañeros. Véase *Leeds Mercury* (4 de septiembre de 1802).

Los Cardadores de Lana y los Obreros del Algodón ... estaban precedidos por veinticuatro mujeres jóvenes, bellas y florecientes, cada una con una rama de la planta del algodón, luego seguía una máquina de hilar sostenida a hombros de los hombres, y más adelante un telar erguido sobre una plataforma móvil, con obreros ocupados trabajando en él ...

En Bradford, en vísperas de la gran huelga de 1825, la fiesta del obispo Blaize, de los cardadores de lana, se celebró con un esplendor extraordinario:

Heraldo, llevando una bandera.

Veinticuatro Laneros a caballo, cada caballo enjaezado con un vellón de lana.

Treinta y ocho Hilanderos de Estambre y Fabricantes a caballo, con chalecos de paño blanco, cada uno con una mecha de lana sobre sus hombros y un fajín de paño blanco; los cuellos de los caballos cubiertos con mallas de hilo grueso.

Y así sucesivamente, hasta que llegamos al:

OBISPO BLAIZE

Pastor y Pastora.

Zagales.

Ciento sesenta Clasificadores de Lana a caballo, con capas adornadas y bandas de diversos colores.

Treinta Carderos.

Carboneros.

Colores de los Cardadores.

Banda de música.

Cuatrocientos setenta Cardadores de Lana, con pelucas de lana, etc.

Banda de música

Cuarenta Tintoreros, con escarapelas rojas, delantales azules y bandas cruzadas de color rojo y azul.⁴⁷

Después de la gran huelga, una ceremonia como ésta no se podía repetir.

Este pasaje, que nos lleva desde la vieja perspectiva del «Oficio» hasta la dualidad de las organizaciones de los patronos por un lado, y

47. J. James. *History of Bradford*, 1866, pp. 164-167; J. Burnley. *Yorkshire Stories Retold*, Leeds, sin fecha, p. 165-175.

las *trade unions* por el otro, nos sitúa en el centro de la experiencia de la Revolución industrial.⁴⁸ Pero las sociedades de socorro mutuo y las *trade unions*, al igual que las organizaciones de los patronos, trataban de mantener el ceremonial y el orgullo de la antigua tradición; es más, desde el momento en que los artesanos (o, como todavía se llaman, las gentes de oficio) fueron conscientes de que ellos eran los *productores* sobre cuya destreza los patronos ejercían la función de parásitos, todavía enfatizaron más la tradición. Con la revocación de las *Combination Acts*, sus estandartes recorrieron abiertamente las calles. En Londres, en 1825, la *Union* de Calafateadores de Barcos del Támesis (fundada en 1794) presentó sus divisas: «*Main et Coeur*», «*Vigueur, Vérité, Concorde, Dépêche*», que revelan el orgullo del oficio medieval. La *Union* de los Cordeleros seguía con un estandarte blanco en el que había dibujado un enjambre de abejas alrededor de una colmena: «¡Hijos de la Industria! La Unión hace la Fuerza». (Ante las casas de los patronos que les habían concedido un aumento, se detenían y saludaban.) La *Union* Previsora de Carpinteros de Navío del Támesis de John Gast, el abanderado de los «oficios» de Londres, los superaba a todos con un estandarte de seda azul: «Los Corazones de Roble Protegen a los Ancianos», un elegante barco tirado por seis caballos bayos, tres postillones vestidos con chaquetas azules, una banda de música, el comité, los miembros portando más estandartes y banderas y delegaciones en representación del oficio que provenían de Shields, Sunderland y Newcastle. Los miembros llevaban rosetones y ramitas de roble, y en el barco había algunos carpinteros de navío viejos que vivían en los asilos que la *union* tenía en Stepney.⁴⁹ En Nantwich, en 1832, los zapateros seguían manteniendo todo el sentido de la categoría de la *union* del oficio artesano, con su estandarte, «una colección completa de insignias de órdenes secretas, sobrepellices, mandiles engalanados ... y una corona y mantos para el Rey Crispín». En 1833, el rey cabalgó por la ciudad asistido por caudatarios, funcionarios con la «Dispensa, la Biblia, un voluminoso par de guantes, y también bellos ejemplares de botas y zapatos de señoras y caballeros»: «Casi 500 personas formaron

48. Para la formación de una «conciencia de clase media», entre 1780 y 1846, véase el artículo del profesor Briggs, «Middle-Class Consciousness», *Past and Present* (abril de 1956). Para la importancia de la idea de «el Oficio» en el movimiento lúdita, véase más adelante, vol. 2, pp. 118-121.

49. *Trades Newspaper* (14, 21, 28 de agosto de 1825). Los calafateadores tenían unos 300 miembros, los cordeleros 200, los carpinteros de navío unos 1.500.

parte de la procesión, vistiendo cada una de ellas un mandil blanco primorosamente adornado. Cerraba la procesión un miembro del oficio equipado de ambulante, con sus herramientas atadas a la espalda, y un bastón en la mano.»⁵⁰

Ninguna explicación sencilla será suficiente para dar cuenta del cambio evidente en los comportamientos de los obreros.⁵¹ Tampoco deberíamos exagerar el grado del cambio. La embriaguez y los alborotos eran todavía frecuentes por las calles. Pero es cierto que los obreros aparecen a menudo más moderados y disciplinados, durante los 20 años posteriores a las guerras, cuando la mayor parte de ellos afirmaba con la mayor seriedad sus derechos. Por lo tanto no podemos admitir la tesis según la cual la moderación era sólo, o incluso principalmente, consecuencia de la propaganda evangélica. Y esto también lo podemos ver, si le damos la vuelta a la moneda y miramos el reverso. Hacia 1830 no sólo la Iglesia oficial, sino también el resurgimiento metodista encontraba una fuerte oposición en la mayoría de centros obreros de librepensadores, owenitas y cristianos no sectarios. En lugares como Londres, Birmingham, el sudeste del Lancashire, Newcastle, Leeds y otras ciudades, los deístas partidarios de Carlile u Owen tenían un séquito muy numeroso. Los metodistas habían consolidado su posición, pero tendían a representar de forma creciente a las gentes de oficios y a los grupos privilegiados de obreros, y a estar moralmente aislados de la vida comunitaria de la clase obrera. Algunos de los antiguos centros del resurgimiento habían recaído en el «paganismo». Hacia la década de 1840, en el Sandgate de Newcastle, que en un tiempo se había «destacado tanto por rezar como por beber más de la cuenta, por cantar salmos y por blasfemar», los metodistas habían perdido a todos sus seguidores de entre los pobres. En zonas del Lancashire, tanto las comunidades de tejedores como los obreros de las fábricas se desvincularon mucho de los templos y fueron recuperados para la corriente del owenismo y el librepensamiento:

Si no hubiese sido por las escuelas Dominicales, la sociedad hubiese llegado antes a una situación horrible. ... La infidelidad aumenta de

50. «Reminiscences of Thomas Dunning», compilado por W. H. Chaloner, *Trans. Lancs. & Cheshire Antiq. Soc.*, LIX, 1947. A este despliegue llamativo de fuerzas, le siguió la detención de los responsables de Nantwich en el asalto general a las *unions* en 1834.

51. Para una discusión adicional sobre la cultura artesana, véase más adelante, vol. 2, pp. 313-353.

una forma extraordinaria. ... Los escritos de Carlile y Taylor y de otros infieles se leen más que la Biblia o cualquier otro libro. ... He visto, semana tras semana, como los tejedores se reunían en una sala, que podía dar cabida a unas 400 personas, para aplaudir a las personas que afirmaban y argumentaban que no había Dios. ... He entrado en los *cottages* que están alrededor del templo al que yo acudo, y he encontrado a 20 hombres reunidos leyendo publicaciones infieles ...⁵²

A menudo el owenismo y los movimientos seculares prendieron fuego «como matorrales en tierras del común», al igual que el resurgimiento lo había hecho con anterioridad.

Engels, que escribía a partir de su experiencia en el Lancashire en 1844, afirmaba que «los obreros no son religiosos y no asisten a la iglesia», exceptuando a los irlandeses, «unas pocas personas mayores, y la mediana burguesía, los vigilantes, los capataces y otros por el estilo». «Entre las masas prevalece de forma casi universal una indiferencia total hacia la religión, o a lo sumo, algún rastro de deísmo ...» Engels debilitó su ejemplo al exagerarlo; pero Dodd citaba una fábrica de Stockport en la que nueve de cada diez no asistían a la iglesia, mientras que Cooke Taylor, en 1842, se asombró ante el vigor y el conocimiento de las Escrituras que mostraban algunos obreros del Lancashire que atacaban la ortodoxia cristiana. «Si yo creyera que el Señor era la causa de toda la miseria que veo a mi alrededor —le dijo uno de esos hombres a un predicador metodista— dejaría de servirle, y diría que no era el Dios en el que yo había creído.» De forma parecida, en Newcastle durante los años del cartismo cientos de artesanos y mecánicos eran librepensadores convencidos. En unos talleres que daban empleo a unas doscientas personas «no hay más de seis o siete que asistan a un lugar de culto». «Las clases trabajadoras», decía un obrero,

están adquiriendo conocimientos, y cuanto más conocimientos adquieren, más amplia se vuelve la brecha que hay entre ellos y las diferentes sectas. Esto no se debe a que ignoren la Biblia. Yo mismo venero la Biblia ... y cuando la leo ... descubro que los profetas se mantenían entre el opresor y el oprimido, y denunciaban al que hacía mal, por muy rico y poderoso que fuese. ... Cuando los predicadores vuelvan a retomar el Antiguo Testamento, por una vez volveré a escucharles, pero no antes ...

52. Testimonio de un patrono de Bolton, S. C. *on Hand-Loom Weavers' Petitions*, 1834, p. 419.

Todas las escuelas dominicales estaban recogiendo una cosecha inesperada.⁵³

El debilitamiento del dominio de las iglesias no significaba, de ningún modo, erosión alguna de la dignidad y la disciplina de clase. Por el contrario, Manchester y Newcastle, con su larga tradición de organización industrial y política, se destacaban durante los años del cartismo por la disciplina de sus manifestaciones masivas. Los ciudadanos y los tenderos sufrieron una vez la alarma de que los «terribles y salvajes mineros» entraban en Newcastle a cualquier precio; ahora en cambio, los propietarios de las minas de carbón se veían obligados a rastrear los barrios bajos para encontrar «*candy-men*»* o traperos que sustituyesen a los mineros en huelga. En 1838 y 1839, decenas de miles de artesanos, mineros y braceros se manifestaron semana tras semana en perfecto orden por las calles, pasando a menudo a poca distancia de los militares, y evitando toda provocación. «Nuestro pueblo había aprendido bien —recordaba uno de sus líderes— que no queríamos un motín, sino la revolución.»⁵⁴

III. LOS IRLANDESES

Este análisis ha dejado de lado, por necesidad, uno de los ingredientes de la nueva comunidad obrera: la inmigración irlandesa. En 1841 se estimaba que más de 400.000 habitantes de Gran Bretaña habían nacido en Irlanda; muchas más decenas de miles habían nacido en Gran Bretaña de familia irlandesa. La gran mayoría de ellos eran católicos y se encontraban entre los trabajadores peor remunerados; la mayor parte de ellos vivían en Londres y en las ciudades industriales. En Liverpool y en Manchester una cifra que oscilaba entre la mitad y una tercera parte de la población obrera era irlandesa.

Este no es el lugar adecuado para repetir la espantosa historia del empobrecimiento de la población irlandesa durante la primera mitad del siglo XIX. Pero los infortunios que afligieron Irlanda provinieron me-

53. Engels, *op. cit.*, pp. 125-126; Cooke Taylor, *op. cit.*, pp. 153-155; *Newcastle Chronicle, Inquiry into the Condition of the Poor*, Newcastle, 1850, pp. 32, 56. Véase también Dodd, *op. cit.*, pp. 181, 186.

* Vendedor ambulante de azúcar candé. (*N. de la t.*)

54. Fynes, *op. cit.*, p. 19; Thomas Burt, *Autobiography*, 1924, p. 34; T. A. Devyr, *The Odd Book of the Nineteenth Century*, New York, 1882, pp. 184-185.

nos del desastre de la patata que de las consecuencias de una contrarrevolución que tuvo lugar después de la despiadada represión de la rebelión de los Irlandeses Unidos (1798) y fue mucho más salvaje que cualquiera de las que se hicieron en Inglaterra; y de las consecuencias políticas, económicas y sociales de la *Act of Union* (1800). En 1794, un eclesiástico de la Iglesia de Irlanda, llamado William Jackson, que actuaba como mediador entre William Rowan, de los Irlandeses Unidos, y los franceses, fue detenido en Dublín en posesión de un documento que explicaba en términos generales la posición de Irlanda y las esperanzas de apoyo en el caso de una invasión francesa. La estimación (equivocada) de la población de Irlanda era de 4.500.000 de habitantes,⁵⁵ de los cuales se suponía que 450.000 eran anglicanos, 900.000 eran disidentes y 3.150.000 eran católicos. Acerca de los disidentes («el grupo más ilustrado de la Nación») se decía:

Son Republicanos convencidos, dedicados a la Libertad y han estado de acuerdo de manera entusiasta con todas las Etapas de la Revolución Francesa. Los Católicos, la Gran mayoría de la Población, se encuentran en el punto más Bajo de la Ignorancia y la Necesidad, están dispuestos a cualquier Cambio puesto que ningún Cambio puede empeorar su situación. Todo el Campesinado de Irlanda, el más Oprimido y Aflicto de Europa, se puede afirmar que es Católico.

Mientras que en Inglaterra los prejuicios antifranceses «unirían a todas las categorías sociales en oposición a los Invasores», en Irlanda, «un País Conquistado, oprimido e Insultado, el mismo Nombre de Inglaterra y su Poder es Universalmente Odioso ...».

Los Disidentes son enemigos del Poder Inglés debido a la razón y a la Reflexión, los Católicos lo son por Aborrecimiento del Espíritu Inglés ...

En una palabra, sea debido a la Reflexión, el Interés, el Prejuicio, el espíritu de Cambio, la miseria de la mayoría de la nación y sobre todo el Aborrecimiento del espíritu Inglés, como resultado de la Tiranía de cerca de siete siglos, parece haber pocas dudas de que una Invasión sería apoyada por la población.⁵⁶

Se puede argumentar que los franceses perdieron Europa no ante

55. El primer censo, en 1821, arrojó una cifra de 6.803.000.

56. T.S., 11.3510 A (2); *Trial of the Rev. Wm. Jackson*, 1795, pp. 80-81.

Moscú, sino en 1797, cuando sólo una armada amotinada se interponía entre ellos y una Irlanda que estaba en vísperas de la rebelión.⁵⁷ Pero la invasión, cuando llegó, fue de una índole distinta: fue la invasión de Inglaterra y Escocia por parte de los irlandeses pobres. Y el escrito de Jackson nos recuerda que la emigración irlandesa fue más diferenciada de lo que a menudo se supone. Durante los años anteriores y posteriores al 98, los disidentes del Ulster, que era la provincia más industrializada, no eran los más leales, sino los más «jacobinos» de los irlandeses; mientras que sólo después de la represión de la rebelión, *The Castle** fomentó el antagonismo entre los «orangistas» y los «papistas» como medio de mantener el poder. Entre los emigrantes había segadores temporeros procedentes de Connaught, pequeños propietarios de tierra fugitivos de Wexford y artesanos del Ulster, que eran tan distintos unos de otros como los braceros de Cornualles y los hilanderos de algodón de Manchester. (Las célebres reyertas de los sábados por la noche se producían más a menudo entre irlandeses e irlandeses, que entre irlandeses e ingleses; tampoco eran siempre enfrentamientos religiosos: las rivalidades de Leinster, Munster y Connaught también se reproducían en los corrales y los patios de Preston y Batley.) Se sucedieron una ola de inmigración tras otra.⁵⁸ Entre 1790 y 1810 todavía había una mezcla considerable de protestantes y personas del Ulster, muchos de ellos gentes de oficios, artesanos, tejedores y obreros del algodón, algunos de ellos partidarios de *Los derechos del hombre*. A medida que se empezaron a sentir los efectos de la competencia económica desigual bajo la Unión, los tejedores de seda y lino y los obreros del algodón abandonaron sus industrias en decadencia por Manchester y Glasgow, Barnsley, Bolton y Macclesfield. En esta oleada llegó el joven John Doherty, que antes de los 20 años había trabajado en una hilandería en Meath, para convertirse en pocos años en el mayor de los líderes de los obreros del algodón del Lancashire.

Desde este momento en adelante se produjo más que nunca una migración católica y campesina. La *yeomanry* del Lincolnshire, señalaba un periódico en 1811, «no ha dejado de invitarles, durante muchos

57. Véase E. H. S. Jones, *The Invasion that Failed*, Oxford, 1950.

* Se refiere al Castillo de Dublín, sede de la corte virreinal y de la administración. Se sobreentiende, en términos políticos, a la autoridad y los funcionarios que administraban el gobierno de Irlanda. (N. de la r.).

58. Respecto de la considerable colonia irlandesa en el Londres del siglo xviii, véase M. D. George, *London Life in the Eighteenth Century*, pp. 113 y siguientes.

años, mediante un anuncio público». Esto hacía referencia a los migrantes temporeros, los segadores cuyo «espíritu de ardua laboriosidad» se elogiaba frente al «codicioso» bracero del Lincolnshire, «que está deseoso de obtener salarios excesivos a costa de la necesidad del agricultor, y a quien no satisface la paga de una guinea al día, en el punto culminante de la estación», y al que además se le reconvenía por mirar con envidia al «ayudante irlandés». ⁵⁹ A medida que las rutas de migración se volvían familiares, más inmigrantes llegaban para quedarse. Sucesivos fracasos en la cosecha de patatas, en particular el hambre de 1821-1822, hicieron que aumentase la migración.

La expulsión masiva de campesinos «propietarios» entre 1828 y 1830 aumentó el número de viajeros en los atestados barcos hacia Liverpool y Bristol. Pero Inglaterra estaba «lejos de ser su Meca, y en realidad era el último lugar al que se hubiesen acercado voluntariamente». Los más afortunados, que podían ahorrar el dinero del pasaje, emigraban hacia Norteamérica y Canadá, y los más indigentes eran los que venían a este país. Una vez aquí, tan pronto como conseguían trabajo hacían esfuerzos heroicos para hacer envíos de dinero hacia Irlanda, y a menudo para ahorrar la pequeña suma necesaria para traer a los familiares y reunir a la familia en Inglaterra. ⁶⁰

Las condiciones que la mayor parte de los inmigrantes de la posguerra dejaban detrás suyo eran, en el lenguaje de los *Blue Books*, insuficientes para mantener «las exigencias más comunes para vivir»;

Sus viviendas son tugurios miserables, varias personas de una misma familia duermen juntos sobre la paja o sobre el suelo desnudo ... su comida consiste por lo común en patatas a secas, y con las patatas se ven ... obligados a hacer sólo una comida al día ... A veces consiguen un arenque, o un poco de leche, pero nunca comen carne excepto en Navidad, Pascua y Carnaval. ⁶¹

Esta parte de su historia es conocida, puesto que eran la mano de obra más barata de la Europa occidental. Una página tras otra, los *Blue*

59. *Boston Gazette*, en *Alfred* (21 de septiembre de 1811).

60. Para la migración en general, véase Redford, *op. cit.*, pp. 114 y siguientes; para un resumen excelente de sus causas económicas y sociales, véase E. Strauss, *Irish Nationalism and British Democracy*, 1951, en especial los caps. 9 y 10.

61. *Third Report of the Commissioners for Inquiring into the Condition of the Poorer Classes in Ireland*, 1836, p. 3

Books que tratan de las condiciones sanitarias, los delitos, las viviendas, los tejedores de telar manual, están repletos de relatos sobre la miseria que los irlandeses traían consigo hacia Inglaterra; de sus viviendas en los sótanos; la escasez de su mobiliario y sus camas; las basuras delante de las puertas; el hacinamiento; la presión a la baja sobre los salarios de la mano de obra inglesa. No es necesario subrayar lo útiles que eran para los empresarios en este último aspecto. Un fabricante de seda de Manchester declaraba, «en el momento que hay una huelga y necesito conseguir mano de obra con urgencia, envío a buscar a Irlanda 10, 15 o 20 familias ...». ⁶²

Pero la influencia de la inmigración inglesa fue más ambivalente y más interesante que todo esto. Paradójicamente, el mismo éxito de las presiones que efectuaron los cambios en la configuración del carácter del obrero inglés creó la necesidad de una fuerza de trabajo adicional que no estuviera moldeada por la disciplina del trabajo industrial. Como hemos visto, esta disciplina exigía una dedicación metódica regular, unas motivaciones internas de seriedad, previsión y estricto cumplimiento de los contratos; en resumen, un gasto de energía controlado en los empleos cualificados o semicualificados. Por contraste, las tareas manuales pesadas que estaban en la base de la sociedad industrial exigían un pródigo gasto de pura energía física: una alternancia de trabajo intenso y relajación bulliciosa que corresponde a los ritmos de trabajo preindustriales, y para los cuales no era adecuado el artesano o el tejedor inglés, tanto debido a su debilidad física como a su temperamento puritano.

Así pues, la mano de obra irlandesa era esencial para la Revolución industrial, no sólo —y quizá no en primer lugar— debido a que era «barata» (el trabajo de los tejedores y jornaleros agrícolas era en verdad bastante barato), sino porque el campesinado irlandés había escapado a la impronta de Baxter y Wesley. Desmoralizados en Irlanda por una economía que les situaba por debajo de la subsistencia o por el *conacre system** (mediante el cual quedaban reducidos a una semiesclavitud ante los labradores, a cambio de utilizar una pequeña parcela de patatas) habían adquirido una reputación de letargo y poca seriedad. La energía no recibía incentivos en una tierra en la que al buen arrenda-

62. *Report on the State of the Irish Poor in Great Britain*, 1836, p. VII.

* Tipo de contrato por temporada. (N. de la t.)

tario se le penalizaba duplicándole la renta. En Inglaterra eran capaces de realizar hazañas asombrosas, y mostraban

... buena voluntad, presteza y perseverancia en los tipos de trabajo no cualificados más duros, molestos y desagradables, como por ejemplo ayudar a los canteros, albañiles y yeseros, excavar tierra para puertos, muelles, canales y carreteras, transportar bultos pesados, cargando y descargando barcos.

El doctor Kay, que investigó el valor de la mano de obra irlandesa entre los patronos del Lancashire en 1835, descubrió que preferían a los obreros ingleses en todas las tareas cualificadas, porque tenían «aquella perseverancia regular que el trabajo fabril exige en particular». «Los ingleses son trabajadores más regulares, limpios y hábiles y son más de fiar por lo que se refiere al cumplimiento de los contratos que se hacen entre señor y criado.» Aunque en la industria del algodón había empleados miles de irlandeses, «pocos, si es que había alguno ... trabajaban alguna vez en los procesos superiores ... ; casi todos se encuentran en talleres de preparación de la fibra para la hilatura ...». Casi ninguno llegaba a ocupar «puestos de confianza», y muy pocos «alcanzaban la categoría de hilanderos». Por otra parte, en las tareas no cualificadas la situación era la contraria. Un patrono de Birmingham en 1836 testimoniaba lo siguiente:

Los peones irlandeses trabajarán siempre. ... Les considero trabajadores muy valiosos y no podríamos arreglárnoslas sin ellos. Si se les trata con amabilidad, harán cualquier cosa por ti. ... Un inglés no podría hacer el trabajo que ellos hacen. Cuando les ayudas tienen un deseo de complacer que los ingleses no tienen; preferirían morir debajo de cualquier cosa antes de ser golpeados; preferirían trabajar duramente hasta extenuarse antes de que otro hombre les sobrepasase ...

«Es necesario vigilarles más, hablan más en el trabajo.» Con ellos a menudo son más eficaces los incentivos personales que los económicos; puesto que eran personas de buen carácter, trabajaban mejor para patronos afables que les fomentasen la emulación mutua. «Los irlandeses son más violentos e irritables, pero son menos tercos, taciturnos y voluntariosos que los ingleses.» Era fácil abusar de su generosidad y su carácter impulsivo; es literalmente cierto que «preferirían morir ... antes de ser golpeados». «En su propio país tiene fama de ser perezoso

y negligente en extremo, después de cruzar el canal se convirtió en un modelo de laboriosidad y espíritu emprendedor.» Tanto si trabajan a destajo como en cuadrillas, en los muelles o de peones camineros, «ceden a la tentación de trabajar en exceso y de arruinar su salud y su fuerza física en pocos años. Este es el caso de los mozos de cuerda, los cargadores de carbón y muchos de los peones corrientes de Londres», que eran irlandeses en una proporción elevada. Un observador en los muelles de Liverpool señaló de qué forma se cargaba la avena en un barco:

Esos hombres (la mayoría de los cuales eran irlandeses) recibían de un golpe los sacos llenos sobre sus hombros, a medida que la grúa los bajaba, y los transportaban a través de la calle. Proseguían su pesada tarea a lo largo de las horas de trabajo de un día de verano a un ritmo uniforme e infatigable, manteniendo un trote de al menos cinco millas a la hora, ya que la distancia del barco al almacén es de cinco yardas completas ... Haciendo este trabajo un buen peón ganaba, cobrando 16d. por saco, diez chelines al día; de modo que, en consecuencia, hacía setecientos cincuenta viajes ... cargando a su espalda, en la mitad de la distancia, un saco lleno de avena, recorriendo así una distancia de ... cuarenta y tres millas ...

Hacia la década de 1830, algunos tipos de trabajo habían pasado totalmente a manos de los irlandeses, puesto que los ingleses o bien se negaban a hacer tareas bajas y desagradables, o no podían seguir el ritmo de trabajo.⁶³

De ese modo, los patronos obtenían, a un nivel excepcional, lo mejor de una oferta de trabajo que pertenecía al mundo preindustrial e industrial. El obrero disciplinado en el fondo detestaba su trabajo; la misma configuración del carácter que hacía posible la aplicación y la cualificación levantaba a la vez barreras de dignidad que no les hacían sumisos ante las tareas sucias o degradantes. Un patrono de la construcción, al explicar por qué los irlandeses estaban confinados al papel de trabajadores no cualificados, aportaba información:

63. *Report on the State of the Irish Poor in Great Britain*, 1836, pp. V, VII-IX, XXX-XXXI; Strauss, *op. cit.*, cap. 14, «The Irish in Great Britain»; *First Annual Report Poor Law Commissioners*, 1836, pp. 305-306; G. C. Lewis, *Remarks on the Third Report of the Irish Poor Inquiry Commissioners*, 1837, p. 24; John Wade, *History of the Middle and Working Classes*, pp. 242-243; sir G. Head, *A Home Tour of Great Britain*, 1835, pp. 190-191.

Casi nunca tienen habilidad manual; no profundizan en los temas; su conocimiento es rápido, pero superficial; no son buenos *millwrights* o mecánicos, o cualquier otra cosa que requiera reflexión. ... Si se pone un proyecto en manos de un irlandés, es necesario vigilarle constantemente, de otro modo saldrá mal, o más probablemente no se hará.

Esto se debía más a la «falta de aplicación» que a cualquier «incapacidad natural»; era un defecto de tipo «moral» y no «intelectual»: «Un hombre que no se preocupa por el mañana y que sólo vive para el momento presente, no puede someter a su espíritu a una severa disciplina y hacer esos esfuerzos pacientes y fatigosos que debe hacer un buen trabajador manual.»⁶⁴ El *Report on the State of the Irish Poor in Great Britain*, que es uno de los ensayos sociológicos más impresionantes entre los que hay en los *Blue Books* de los años treinta, llega a la siguiente conclusión:

La emigración irlandesa a Gran Bretaña es un ejemplo de población menos civilizada que se acomoda, como una especie de substrato, por debajo de una comunidad más civilizada; y sin sobrepasarla en ninguna rama de la industria, obtiene posesión de todos los sectores más bajos del trabajo manual.

Los empresarios lo encontraban «ventajoso», como observó un patrono de las Potteries, «puesto que la población nativa está empleada por completo en los trabajos más creativos y que requieren mayor habilidad». Sin embargo, desde el punto de vista de muchos patronos la inmigración «no ha sido un beneficio limpio». Porque los irlandeses mostraban la misma exuberancia e indisciplina en los momentos de descanso como en el trabajo. «Un gran número de los obreros irlandeses que trabajan en las ciudades fabriles ... gastan sus ingresos del siguiente modo»:

El sábado por la noche, cuando reciben sus salarios, en primer lugar pagan la cuenta en la tienda ... y el alquiler ... y cuando han pagado sus deudas, se van a beber tanto alcohol como les permite lo que les queda del salario. El lunes por la mañana, no tienen ni un penique ...

Mantienen un «nivel de vida fijo, un poco superior al que tenían en su propio país», pero carecían de las virtudes puritanas de la economía y

64. *Report on the State of the Irish Poor in Great Britain*, pp. IX, XXX-XXXI.

la sobriedad, así como de la aplicación y la previsión. Cada sábado por la noche las calles de Manchester, Liverpool y otras ciudades manufactureras eran ocupadas por cientos de irlandeses borrachos y penden-cieros.

Además, las virtudes y los vicios de los irlandeses eran, por multitud de cosas, los opuestos a los de los disciplinados artesanos ingleses. Los irlandeses despreciaban, ora con violencia, ora con buen humor, la autoridad inglesa. No sólo eran las leyes y la religión de unos gobernantes extranjeros, sino que no existían sanciones comunitaria: que convirtieran en motivo de vergüenza los procesos en los tribunales ingleses. Si se les trataba bien, decía un patrono, eran dignos de confianza: «Si descubren a uno de ellos cometiendo un pequeño hurto, los otros le harán el vacío». Pero si se sabe de un irlandés que comete raterías con un patrono o agricultor impopular o que se niega a pagar el alquiler, no sólo recibe la autorización de sus compatriotas, sino su fuerza colectiva. Un patrono del algodón de Manchester declaraba que «no existe conducta temeraria de la que no hagan alarde alguna vez». Aunque estaban peleando continuamente entre ellos, se volvían como un solo hombre cuando uno de ellos era atacado por uno distinto a ellos. Cualquier intento de confiscar alambiques de destilación de alcohol conducía a guerras de chafarotes y ladrillos, en las que las mujeres irlandesas no se quedaban atrás. En la Pequeña Irlanda de Manchester, los intentos de cumplir sentencias legales referentes a alquileres, deudas o impuestos, se tenían que llevar a la práctica como pequeñas acciones militares contra la población en orden de batalla. «Es extremadamente peligroso —decía el representante de la policía de Manchester en 1836— ejecutar una orden en una fábrica en la que están empleados muchos irlandeses; éstos tirarán ladrillos y piedras contra las cabezas de los agentes a medida que suban la escalera ...» Y el inspector de vigilancia de Manchester testimoniaba que:

... para detener a un irlandés en las zonas irlandesas de la ciudad, nos vemos obligados a disponer de diez, veinte o más guardianes. Aparece todo el vecindario armado; incluso las mujeres, medio desnudas, trasladan trozos de ladrillo y piedras para que los hombres los lancen. Un hombre resistirá, luchando y esforzándose, para ganar tiempo hasta que sus amigos recojan dinero para el rescate ...⁶⁵

65. *State of the Irish Poor in Great Britain*, pp. X, XVI-XVII, XX; *First Report of the Constabulary Commissioners*, 1839, pp. 167-169.

Esos irlandeses no eran ni estúpidos ni bárbaros. Mayhew subrayaba a menudo su generosidad, sus «capacidades de expresión oral y su rapidez de percepción». Tenían un sistema de valores distinto al del artesano inglés; y uno tiene la sensación de que cuando escandalizaban el decoro inglés, a menudo se divertían y hacían el papel de traviesos. Con frecuencia, recordaba un abogado de Bolton, cuando los sentaban en el banquillo de los acusados se hacían los locos, y presentaban a un tropel de paisanos como «testigos de su conducta», entonces mostraban un conocimiento minucioso de los procedimientos legales en sus sofismas, y mareaban a los magistrados con su labia. La misma indiferencia por la veracidad convertía a muchos de ellos en mendigos consumados. Generosos como eran unos con otros, sólo ahorraban dinero para un proyecto concreto: emigrar al Canadá o casarse. Eran capaces de «ahorrar penique tras penique» durante años, para traer a sus esposas e hijos, hermanos y hermanas a Inglaterra; pero «no ahorrarán para impedir que ellos o sus hijos lleguen a la degradación de un asilo ...». Como vendedores callejeros se mantenían en los estratos más bajos, como baratilleros o traperos; su temperamento, comentaba Mayhew escuetamente, no estaba adaptado a «comprar en el mercado más barato y vender en el más caro». Respecto de las *Poor Laws* inglesas mantenían una alegre actitud de rapiña. Se aprovechaban de las anticuadas *Settlement Laws*, paseando en coches arriba y abajo del país a expensas de las parroquias (y ¿quién iba a saber si Manchester era o no era la parroquia de origen de Paddy M'Guire? y escapándose de la carreta del inspector cuando la parada les parecía agradable. Aceptaban la beneficencia parroquial «sin el menor asomo de vergüenza».⁶⁶

Este era un elemento perturbador en la comunidad obrera en formación: un flujo aparentemente inextinguible de refuerzos para guarnecer los baluartes de Satán. En algunas ciudades, los irlandeses se encontraban parcialmente segregados en sus propias calles y barrios. En el Londres de 1850, Mayhew les encontraba en el laberinto de callejuelas cercanas a Rosemary-lane, en cuyos recodos se podían ver «golflillos despeinados corriendo por los charcos con los pies desnudos, y muchachas sin cofia acurrucadas en sus manteletas y recostadas en los quicios de las puertas». En los sótanos de Manchester y Leeds había una segregación similar. Y también había una segregación de tipo religio-

66. H. M. Richardson, *Reminiscences of Forty Years in Bolton*, Bolton, 1885, pp. 129-131; Mayhew, *op. cit.*, I, pp. 109-121.

so. En 1800, el número de población obrera nativa que pertenecía a la fe católica era minúsculo. La iglesia católica vio pruebas de un plan divino para recuperar Inglaterra para la Fe en la inmigración irlandesa; y dondequiera que fuesen los irlandeses, les seguían de cerca los sacerdotes. Además, este sacerdocio irlandés era más pobre y estaba más cercano al campesinado que cualquier otro que hubiese en Europa. Con una media de ingresos que se ha estimado en 65 libras al año, vivían en un sentido literal a expensas de su grey, comiendo en las casas de sus feligreses y dependiendo de su buena voluntad. «El sacerdote», decía el obispo protestante de Waterford,

debe seguir el impulso de la oleada popular, o ser abandonado en la playa para perecer. ... «Vive conmigo y como yo; no me oprimas con una sabiduría o un refinamiento superior, coge con gratitud lo que tenga a bien darte, y gánatelo estando de acuerdo con mi credo político o mi conducta.» Este ... es el lenguaje del *cottager* irlandés hacia su sacerdote.

El obispo católico de Waterford lo confirmaba en una amonestación sorprendente a sus eclesiásticos en 1797:

No permitáis que os conviertan en instrumentos de los ricos de este mundo, que intentarán ... convertirlos en instrumentos para oprimir a los pobres, sólo para sus fines temporales. ... Los pobres siempre han sido vuestros amigos, siempre estuvieron firmemente de vuestra parte y siguieron su religión, incluso en los peores momentos. Compartieron con vosotros y con vuestros predecesores su escasa comida. ... Si hubiesen ... imitado la conducta de los ricos, que no sólo os cerraron sus puertas, sino que a menudo os persiguieron como si fueseis bestias salvajes, hoy no podría dirigirme al importante grupo actual de clérigos que se encuentran bajo mi autoridad espiritual ...

Una Iglesia que había suministrado un sacerdote para cabalgar a la cabeza de los insurrectos en Wexford, y otro (O'Coigly) para sufrir en el patíbulo en Inglaterra, era una Iglesia profundamente comprometida con las aspiraciones nacionales del campesinado; durante 30 años después de 1810, Daniel O'Connell intentó que el clero (sobre todo a través de la Asociación Católica) jugara un papel complementario en la agitación política. Cuando los irlandeses pobres fueron a Inglaterra, el clero utilizó todos los medios a su alcance —un ministerio entregado (con un conocimiento del espíritu de sus feligreses, que ningún clé-

rigo inglés podía igualar), el terror psicológico, la ayuda financiera y la exacción financiera, la presión sobre los familiares, el consuelo en la desgracia— para mantener el dominio sobre su grey; y para ello confiaron en la única forma de evangelismo apropiado para tener éxito en la Inglaterra protestante: la tasa de natalidad. Los descargadores de carbón, los peones camineros y los vendedores ambulantes ingleses eran, muchos de ellos, «paganos», sus análogos irlandeses asistían a misa. El sacerdote era la única autoridad hacia la cual los peones irlandeses mostraban algún respeto. En Bolton, un canónigo católico pudo dominar un motín, durante un sábado por la noche, cuando los magistrados habían fracasado en el intento. Cuando Mayhew acompañaba a un sacerdote durante el recorrido por su grey:

Por todas partes salía gente corriendo para saludarle. ... Las mujeres se agolpaban en los umbrales de sus puertas, y se acercaban silenciosamente desde los sótanos saliendo por las trampillas, simplemente para hacerle una reverencia. ... Incluso cuando el sacerdote andaba por la calle, los muchachos que corrían a toda velocidad se paraban en seco para que les tocara el pelo ...⁶⁷

Ciertamente, para muchos de los emigrantes el poder del cura aumentó. Después del violento desarraigo que habían sufrido, el cura era el último punto de referencia respecto de su antiguo modo de vida. Instruido, pero no lejano por lo que se refiere a la clase social, libre de la identificación con los patronos y las autoridades inglesas, conociendo algunas veces el gaélico, el cura viajaba con mayor frecuencia entre Inglaterra e Irlanda, traía noticias de la tierra y a veces de los familiares, se le podían confiar envíos, ahorros o mensajes. De ahí que la tradición cultural más perdurable que aportó el campesinado irlandés —hasta la tercera o cuarta generación— a Inglaterra, fuera la de una iglesia nacionalista y semifeudal. En los sótanos más miserables, se podían encontrar todavía algunos de los *hocus-pocus** del romanismo, los cirios, el crucifijo y «las llamativas estampas coloreadas de santos y mártires» junto con la estampa de O'Connell, el «Liberador». Por con-

67. *Ibid.*, I, p. 12; E. Wakefield. *An Account of Ireland*, 1812, II, p. 557; Halévy, *op. cit.*, III, pp. 93-95; doctor Hussey, *Pastoral Letter to the Catholic Clergy*, Waterford, 1797.

* Conjuero o fórmula mágica que a veces hace alusión a una derivación de *hoc est corpus*. (N. de la t.)

traste, la herencia enormemente rica de canción y folklore irlandés pereció en muchos casos con la primera generación. Los inmigrantes debieron continuar con las costumbres de sus pueblos durante un tiempo, haciéndose visitas en las casas de unos y otros «donde bailaban y recitaban con denuedo». Pero sus hijos abandonaron el violín, la pipa y el gaélico.

Si bien en algunas ciudades los irlandeses se encontraban segregados, jamás fueron reducidos a *ghetto*. Hubiese sido difícil convertir en minoría sometida a un pueblo que hablaba el mismo lenguaje y eran ciudadanos británicos según el *Act of Union*. Se produjeron gran cantidad de matrimonios mixtos. Y lo que es notable no son los roces, sino la relativa facilidad con que los irlandeses fueron absorbidos en las comunidades obreras. Por supuesto, hubo muchos alborotos, en especial en aquellos lugares donde el trabajo inglés e irlandés no cualificados entraban en una competencia directa: en la industria de la construcción o en los muelles. En las décadas de 1830 y 1840 tuvieron lugar batallas campales, con víctimas mortales, entre los peones del ferrocarril. En particular, en Londres, el sentimiento anticatólico y antiirlandés siguió siendo fuerte; en la larga contienda parlamentaria para la Emancipación Católica (1800-1829), cada etapa tuvo lugar con un trasfondo de octavillas y baladas, y en fecha tan tardía como 1850 el nombramiento de obispos católicos provocaba la quema de efigies y el grito de «Agresión Papal». Mayhew conoció a «charlatanes» y «cantores» que consideraban que un buen parloteo antipapal era tan lucrativo como un buen asesinato:

Monjes y Monjas y bufones que os mantenéis a flote,
No oiremos más la eterna canción de las bulas,
¡Ánimo! y gritad ¡Abajo el Papa!
Y su obispo el cardenal Wiseman!*

Pero ninguno de los cantos o letanías que Mayhew recogió contenía ninguna referencia a los irlandeses. Muchos recordaban el folklore de las quemadas de Smithfiels y el sentimiento nacional, en la línea de «La Réplica del Viejo Inglés John Bull a la Bula Papal de Roma».** Los

* Monks and Nuns and fools afloat, / We'll have no bulls shoved down our throat, / Cheer up and shout down with the Pope, / And his bishop cardinal Wiseman.

** La frase del original es: «Old English John Bull's Reply to the Papal Bull of Rome». En inglés *bull* significa a la vez «toro» y «bula». (N. de la t.)

habitantes de los sótanos de Rosemary-lane difícilmente podían incluirse en el folklore de la agresión extranjera.⁶⁸

Por el contrario, había muchas razones a favor de que el radicalismo inglés o el cartismo, y el nacionalismo irlandés, hiciesen causa común, aunque la alianza jamás se vio libre de tensiones. El antagonismo apenas podía adoptar formas racistas en el ejército, la armada o en las ciudades fabriles del norte, en todos los cuales los irlandeses luchaban o trabajaban codo con codo con otras víctimas que eran compañeros ingleses. Desde los tiempos de los Irlandeses Unidos y la época en que los irlandeses con sus cachiporras habían ayudado a defender la casa de Thomas Hardy, se había mantenido una alianza política consciente. Los reformadores ingleses, en general, apoyaban la causa de la Emancipación Católica. Durante años, sir Francis Burdett fue su principal líder parlamentario, mientras que Cobbett promovía la causa, no sólo en el *Political Register*, sino también en su obra, creadora de mitos, *History of the Protestant Reformation in England* (1823), en la que el origen de la Vieja Corrupción y de «*the Thing*» se remonta a la expropiación de monasterios y fundaciones caritativas por parte de los Tudor. Los propagandistas radicales también mantenían vivos los recuerdos de la salvaje represión de 1798, y Hone, Cruikshank y Wooler acosaron sin piedad a Castlereagh (el llamado «triángulo Derry-Down») por su complicidad en torturas y palizas. Roger O'Connor, el padre de Feargus, era íntimo amigo de Burdett y fue propuesto, a la vez que Burdett, para ser candidato junto con él por Westminster. En 1828, los irlandeses radicales y contrarios a O'Connell de Londres formaron una Asociación para la Libertad Civil y Política, que contaba con el apoyo de Hunt y Cobbett, que cooperaba estrechamente con los radicales ingleses avanzados y que fue una de las precursoras de la Unión Nacional de las Clases Trabajadoras (1830), precursora a su vez de la Asociación Cartista de Obreros de Londres (1836).⁶⁹

68. Mayhew, *op. cit.*, I, pp. 243, 252-253.

69. Véase por ejemplo el *Political Register* de Sherwin (19 y 26 de julio de 1817); el *Reformists' Register* de Hone (19 de julio de 1817); el *Political Register* de Cobbett (17 de enero de 1818); *Cap of Liberty* (8 de septiembre de 1819); Cole, *Life of William Cobbett*, 1924, pp. 308-309; D. Read y E. Glasgow, *Feargus O'Connor*, 1961, pp. 12-14, 19. La conexión de Roger O'Connor con el movimiento inglés se vio complicada por su pretensión de ser el rey legítimo de Irlanda (pretensión que heredó Feargus). La propuesta de Roger de presentarse por Westminster la refutó Cobbett en los siguientes términos: «No: no queremos una multitud de familias reales; la familia real que tenemos

Así pues, se da una sucesiva alianza clara entre el nacionalismo irlandés y el radicalismo inglés, entre 1790 y 1850, avivada y confundida a veces por las fortunas de la familia O'Connor. Pero en las Midlands y en el norte la influencia de la inmigración irlandesa era menos explícita. Durante más de veinte años después de 1798, un condado irlandés tras otro fueron barridos por disturbios agrarios, en los que las sociedades secretas —Trilladores, Caravats, Shanavests, Tommy Downshires, Carderos, Tejedores de cintas y los últimos Molly Maguires— empleaban diversas formas de terrorismo para defender los derechos de los arrendatarios, mantener bajas las rentas y los precios, resistir a los diezmos, o expulsar a los terratenientes ingleses. En 1806, los trilladores prácticamente controlaban Connaught, en 1810 los bellicosos Caravats y Shanavests era activos en Tipperary, Kerry, Waterford; en 1813, los disturbios se extendieron hasta Meath, King's County y Limerick; mientras que durante el hambre de la patata de 1821-1822 los disturbios se extendieron por Munster, Leinster y partes de Connaught. Por todas partes enseñoreaban la ley de las armas, la toma de rehenes por ambas partes para ejecutarlos, las enemistades locales, el robo de armas, las colectas de dinero forzosas: las contenidas aguas del odio agrario se desbordaban en un lugar tan pronto como en otro habían sido castigadas por medio de ejecuciones y deportaciones. Las zonas rurales mostraban, se lamentaba en 1811 el procurador general de Irlanda, las «formidables consecuencias de un campesinado armado y una gentry desarmada». El *Lord Chief Baron* declaraba, al sentenciar a muerte a un muchacho, que apenas tenía 10 años, por haber robado armas: «¿Se puede soportar que aquellas personas que durante el día trabajan, legislen por la noche? ¿Que aquellos que cultivan el suelo durante el día, promulguen leyes por la noche para gobernar el país?». Muchos inmigrantes, como Thomas Devyr de Donegal —que llegó a ser secretario de *Chartist Northern Political Union*, estaban acostumbrados, en su juventud, a oír la «pesada marcha» de los hombres «en formación semimilitar» por las calles del pueblo durante la noche.⁷⁰

No podemos citar biografías reales (¿Qué irlandés hubiese confesa-

es completamente suficiente para satisfacer a cualquier nación que no carezca de toda conciencia.»

70. Véase Halévy, *op. cit.*, II, pp. 28-30; Wakefield, *op. cit.*, II, pp. 763 y siguientes; Strauss, *op. cit.*, pp. 88-89; Procesos de los Caravats y Shanavests, en Howell, *State Trials*, 1823, XXXI, pp. 419, 423, 464; Devyr, *op. cit.*, pp. 93, 101.

do, ante un tribunal inglés, que había pertenecido a los Carderos o a los «*Levellers*»), pero sin duda algunos inmigrantes trajeron con ellos las tradiciones de estas organizaciones secretas. Su influencia se pondrá de manifiesto en los años 1800-1802 y durante los años luditas.⁷¹ El movimiento rápido de hombres con los rostros tiznados por las noches, el robo de armas, el desjarretado de caballos y reses; esos eran métodos para los cuales muchos irlandeses habían tenido un aprendizaje. Además, la existencia de colonias irlandesas en todas las ciudades fabriles favorecía la comunicación rápida. Contribuían a la natural francmasonería de los desheredados; si bien los irlandeses estaban siempre prestos para pelearse, también lo estaban para ayudarse unos a otros.

Muchos de los campesinos trajeron consigo la herencia revolucionaria que habían recibido, pero no ocurrió lo mismo con los sacerdotes. La Iglesia no tenía deseo alguno de atraer la atención sobre la minoría católica creciente en Gran Bretaña o de hacer recaer sobre ella prohibiciones adicionales. En la década de 1830, la política de los sacerdotes no iba más allá de la lealtad hacia O'Connell; y O'Connell, que había abandonado a los muy pequeños propietarios en Irlanda a cambio de su libertad, que votó en contra del proyecto de ley de las 10 horas, y que aturdió y confundió a los paisanos más críticos que vivían en Inglaterra con su egoísmo, su realismo retórico, y sus continuas entradas y salidas de los *whigs*, ilustra la alianza entre el nacionalismo irlandés y el radicalismo inglés en su punto más débil. De este modo, sola entre las iglesias de Inglaterra, la Iglesia católica no dio lugar a que clero «inconformista» alguno llegara a ser destacado en los movimientos radicales nacionales. Y aunque los obreros irlandeses estaban prestos a ingresar en organizaciones, la mayoría de ellos trabajaban en oficios no cualificados en los que el sindicalismo era más débil. Por lo tanto produjeron pocos líderes destacados en el movimiento inglés. (John Doherty, con su tenaz interés por la organización de las *trade unions*, y con su adopción consciente de algunos de los métodos organizativos de O'Connell para la Asociación Nacional para la Protección del Trabajo, 1829, fue una excepción.) La influencia irlandesa es más notable en la actitud rebelde de las comunidades y los lugares de trabajo; en una actitud de reto hacia la autoridad, de hacer uso de la amenaza de la «fuerza física» y de negarse a dejarse intimidar por las in-

71. Véase más adelante, vol. 2, en especial las pp. 178-181.

hibiciones del constitucionalismo. Los irlandeses, admitió un sacerdote católico en 1836, eran «más propensos a participar en las *trade unions*, organizaciones y sociedades secretas que los ingleses». «Siempre son los oradores y los líderes de grupo», afirmaba otro testigo. Engels consideraba que «el temperamento irlandés vivo y apasionado» era el precipitado que llevaba a los obreros ingleses, más disciplinados y reservados, al punto de la acción política:

... la mezcla del temperamento irlandés, más ligero, excitable y orgulloso, con el inglés, más estable, racional y perseverante, a la larga deberá tener buenos resultados para ambos. El brutal egoísmo de la burguesía inglesa hubiese mantenido su dominio sobre la clase obrera inglesa de forma mucho más firme si la naturaleza irlandesa, generosa hasta el exceso y regida básicamente por el sentimiento, no hubiese intervenido y suavizado el frío y racional carácter inglés, en parte mediante la mezcla de las razas, en parte por el contacto de la vida cotidiana.⁷²

Podemos poner en cuestión el lenguaje de Engels que habla de «naturaleza» y «raza». Pero sólo es necesario sustituir tales términos para descubrir que su opinión es válida. En una época en la que la mecánica de precisión coexistía con la construcción de túneles a pico y pala, era una ventaja para los patronos poder encontrar ambos tipos de trabajo. Pero el precio que tuvieron que pagar fue la confluencia del radicalismo político sofisticado con una actitud revolucionaria más primitiva y exaltada. Esta confluencia tuvo lugar en el movimiento cartista; y cuando Feargus O'Connor rompió con O'Connell, y Bronterre O'Brien adaptó el socialismo de la nacionalización de la tierra a las condiciones inglesas, amenazó con suponer un peligro todavía mayor. En un momento anterior, en la década de 1790, cuando el tío de Feargus, Arthur O'Connor, fue detenido con O'Coigly y Binns en Maidstone, pareció posible unir en una estrategia revolucionaria común el jacobinismo inglés y el nacionalismo irlandés. Si O'Connor hubiese sido capaz de ganarse Irlanda como se ganó el norte de Inglaterra, el movimiento cartista y el de la «Joven Irlanda» podrían haber llegado a un estallido insurreccional común. Las reservas de la «fuerza moral» cartista por un lado, y la influencia de O'Connell y el clero por el

72. *Report on the State of the Irish Poor*, p. XXIII; Strauss, *op. cit.*, pp. 125-130; Engels, *op. cit.*, p. 124. Véase también Rachel O'Higgins, «The Irish Influence in the Chartist Movement», *Past and Present*, XX (noviembre, 1961), pp. 84-85.

otro, junto con la terrible desmoralización de la «Gran Hambre», impidieron que tal cosa ocurriera. Pero esto se sitúa más allá de los límites de este estudio.

IV. MIRÁDAS DE LA ETERNIDAD

Si bien podemos ahora ver con mayor claridad muchos de los elementos que compusieron las comunidades de la clase obrera de principios del siglo XIX, todavía se nos debe escapar la respuesta definitiva a la controversia sobre el «nivel de vida». Porque debajo de la palabra «nivel» siempre encontraremos tanto juicios de valor como cuestiones de hecho. Los valores, tenemos la esperanza de haberlo demostrado, no son «imponderables» que el historiador puede tranquilamente desechar con el razonamiento de que, puesto que no son susceptibles de ser medidos, la opinión de cualquiera es igual de buena que la de cualquier otro. Por el contrario, existen aquellas preguntas referentes a la satisfacción humana y a la dirección del cambio social, que el historiador debería ponderar si la historia pretende reivindicar un lugar entre las humanidades destacadas.

El historiador, o el sociólogo histórico, debe interesarse de hecho por los juicios de valor de dos formas. En primer lugar, le interesan los valores que realmente tenían los que vivieron durante la Revolución industrial. Los modos de producción antiguos y los nuevos sustentaban, cada uno de ellos, distintos tipos de comunidad con formas de vida características. Los consensos colectivos y las ideas alternativas con respecto a la satisfacción humana estaban en conflicto, y si queremos estudiar las tensiones que de ello se derivaban no nos faltarán datos.

En segundo lugar, le interesa hacer algún tipo de juicio de valor acerca de todo el proceso que entraña la Revolución industrial, de la cual nosotros mismos somos un producto final. Lo que hace difícil la valoración es nuestra propia implicación. Sin embargo, nos ayudan a conseguir un cierto distanciamiento, tanto la crítica «romántica» del industrialismo que procede de una parte de la experiencia, como el recuerdo de la tenaz resistencia gracias a la cual el tejedor de telar manual, el artesano de la ciudad o de las pequeñas poblaciones se enfrentó a esa experiencia y se aferró a una cultura alternativa. A medida que vemos cómo ellos cambian, estamos viendo cómo nosotros hemos llegado a ser lo que somos en la actualidad. Entendemos con mayor cla-

ridad lo que se perdió, lo que fue empujado a la «clandestinidad», lo que todavía queda por resolver.

Cualquier evaluación de la calidad de vida debe suponer una valoración de la experiencia de vida completa, de las múltiples satisfacciones o privaciones, tanto culturales como materiales de la población de la que se trate. También desde este punto de vista debe aceptarse la vieja visión «catastrófica» de la Revolución industrial. Durante los años que van de 1780 a 1840, la población británica sufrió una experiencia de pauperismo, incluso en el caso de que se pueda demostrar una pequeña mejora estadística de las condiciones materiales. Cuando sir Charles Snow nos dice que «con una singular unanimidad ... los pobres han abandonado la tierra por las fábricas con tanta rapidez como las fábricas podían admitirlos», debemos responder, junto con el doctor Leavis, que la «historia real» del «problema humano en su totalidad [fue], de forma patética e incomparable, más complejo que todo eso».⁷³ Algunos fueron seducidos, desde el campo, por el resplandor y la promesa salarial de la ciudad industrial, pero a sus espaldas se estaba desmoronando la vieja economía aldeana. Se trasladaron menos por voluntad propia que bajo el mandato de compulsiones externas que no podían poner en cuestión: las *enclosures*, las guerras, las *Poor Laws*, el declinar de las industrias rurales, la actitud contrarrevolucionaria de sus gobernantes.

El proceso de industrialización es necesariamente doloroso. Supone la erosión de los modelos de vida tradicionales. Pero en Gran Bretaña se cumplió con una violencia excepcional. No fue mitigado por sentido alguno de participación nacional en un esfuerzo común, como ocurrió en los países que experimentaron una revolución nacional. La ideología predominante fue sólo la de los patronos. Su profeta mesiánico fue el doctor Andrew Ure, que consideraba el sistema fabril como «el gran ministerio de civilización del globo terráqueo», que difundía, «la sangre vivificadora de la ciencia y la religión a las miríadas ... que todavía estaban sumidas "en la región y la sombra de la muerte"».⁷⁴ Pero quienes la llevaron a cabo no *experimentaron* que así fuera, más que aquellas «miríadas» que supuestamente debían beneficiarse con ella. La experiencia de pauperismo se les presentó en cientos de formas di-

73. C. P. Snow, *The Two Cultures*, 1959; F. R. Leavis, «The Significance of C. P. Snow», *Spectator* (9 de marzo de 1962).

74. *Philosophy of Manufactures*, pp. 18-19.